

J A I M E

CAMPMANY

LA MITAD

de una

MARIPOSA

Lectulandia

Totoya y Giorgio se radican en Bruselas después de su boda, pero en la capital belga el recién estrenado marido encuentra mayor atractivo en los ambientes transexuales que en la cama de su mujer. Giacomino, el hermano de Totoya, acude a visitarlos con la intención de ayudar y que todo vuelva a ser como antes, pero el destino los llevará por otros caminos. El amor entre los dos hermanos florecerá de nuevo con fuerza, mientras Giorgio inicia un camino sin retorno por los vericuetos del placer, buscando sensaciones cada vez más intensas.

El amor-pasión siempre transgresor es el auténtico protagonista de esta novela, continuación de *El pecado de los dioses*. A través de un mosaico de personajes Campmany descende al fondo del sentimiento humano que ansia la totalidad de la entrega amorosa, sin importar ni cómo ni a quién se dirige. Una pieza de relojería literaria en la que todo está medido para escuchar al corazón.

Lectulandia

Jaime Campmany

La mitad de una mariposa

Trilogía de Villa Luce - 2

ePub r1.0

Titivillus 13.03.16

Título original: *La mitad de una mariposa*
Jaime Campmany, 1999

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1. La jaula de los periquitos

Las gentes que discurren a pie por las aceras de la Avenue Louise no parecen tener prisa. Son gentes pausadas, no hechas a correr detrás de algo, seguramente porque lo tienen casi todo. Caminan despacio y al pasar se detienen ante los escaparates de las firmas famosas. En aquella zona de la Avenue Louise y de la plaza del mismo nombre, con sus calles adyacentes, abren sus comercios las más conocidas marcas de la moda, en general francesas e italianas, Dior, Gucci, Cartier, Hermés, Armani, Chanel, Adolfo Domínguez. A veces, aquellos transeúntes pausados se detienen en uno de esos comercios y entran. Los otros, los apresurados, y tampoco mucho, van en coche. De vez en cuando, se ve a alguien que aprieta el paso, quizá un mensajero, un oficinista que llega con retraso, una muchacha del servicio doméstico, órdenes menores de la urbe. Se ve pronto que los belgas no tienen prisa alguna. Sólo se apresuran bajo la lluvia y el mal tiempo. No saben empezar un quehacer antes de terminar otro, ni siquiera venderte una corbata cuando ya tienes el precio justo en la mano tendida. Deben esperar necesariamente la decisión retardada de otro cliente para no embolicarse. Tampoco adelantan un pie antes de que el otro haya descansado por completo en el suelo. Lo hacen todo por sus pasos contados, y mucho más andar. Bruselas no es una ciudad urgida, como lo son Nueva York o París o Milán, donde la gente te empuja por detrás, te atropella sin consideración si vas caminando despacio. Ahora, con la invasión de los empleados comunitarios, se ha acelerado algo el ritmo tardo de la ciudad, pero todavía se puede pasear leyendo por algunas calles y avenidas bruselenses. Los ricos suelen caminar despacio. No cabe duda de que la Avenue Louise es calle de ricos.

Todas las mañanas, hacia las nueve, minuto más, minuto menos, Giorgio sale de su casa de la Avenue Louise. «Bon jour, mesié Notti», «Bon jour, madame». La portera jamás se pierde la salida mañanera de Giorgio. Le espera desde temprano y se le queda mirando en éxtasis místico. La portera habría querido tener un padre como Giorgio, un novio como Giorgio, un hermano como Giorgio, un marido como Giorgio, un hijo como Giorgio, un amante como Giorgio. Sale Giorgio, saluda a la portera y se dirige, naturalmente sin prisa, hacia el despacho, en la acera contraria, doscientos cincuenta o trescientos metros más arriba de la misma avenida, donde empiezan los edificios para oficinas, colmenas altas de celdillas iguales y encristaladas. A Giorgio le miran las mujeres con admiración, y alguna se lo come con los ojos y deja escapar de ellos un fugaz brillo de deseo. «Está bueno el tío.» Es natural. Giorgio es un italiano alto y guapo, tal vez sobrepase el metro ochenta, paradójicamente rubio, de ojos claros y tez muy morena. Tiene todavía pegado a la piel el bronce oscuro del sol del Indico, tomado en las islas del archipiélago indonesio, un esnobismo para el viaje de novios. Su viaje de novios. Cuando llegó por primera vez a Villa Luce como *fidanzato* de Totoya, todas las sirvientas estuvieron de acuerdo en que era un *bel ragazzo*, y la bestia de la Giustina añadió que

ella de buena gana se lo tiraba esa noche y lo traqueteaba hasta descoyuntarlo. Giorgio, a las mujeres, lo que más les mira es el culo. Lo mira con descaro, con una mirada ponderativa y no siempre aprobatoria. Aparta con desinterés la mirada de los culos anchos, las ancas poderosas y las caderas de matrona o candombe. La bestia de Giustina, por ejemplo, no habría tenido mucho porvenir con Giorgio. Pero el culo de Giustina ya tiene su acomodo en los envites de don Pelayo. A Giorgio le gustan los culos apretados, estrechos, musculosos, casi masculinos, más bien masculinos. Bueno, masculinos.

Al pasar por delante de La Cage, cerca ya de la oficina, ralentiza el paso y mira hacia adentro casi de reojo. Enseguida se comprende por qué La Cage se llama La Cage. Colgada del techo, junto a la puerta, hay una jaula con una pareja de periquitos ajetreados, de plumaje polícromo, azul, verde, amarillo. Dan le dijo tiempo después que los periquitos se llaman como él mismo, *Daniel* y *Danielle*, no por casualidad, sino porque el propio Dan los había bautizado. Se reconoce muy bien a la hembra, más sosegada y menos pretenciosa que el macho. La Cage es un café-bar angosto y largo, una longaniza casi oscura, con mesas minúsculas sólo para dos personas, adosadas a una pared, y enfrente una barra interminable con taburetes altos. Es un lugar incómodo, para detenerse sólo un poco, tomar un aperitivo, un café, un té, un desayuno rápido, y *au revoir*. A través de las puertas de cristal se entrevé con dificultad el interior oscuro. En cambio, desde dentro se distingue perfectamente lo que ocurre fuera. Sí, allí estaba Dan, tan joven, sólo un muchacho, muy ceñida la servilleta blanca y limpia desde la cintura hasta las rodillas, marcándole las nalgas y señalando levemente el relieve del sexo, los dos aladares morenos cayendo sobre los ojos, los labios abultados y la mirada inocente. Más que contemplarlo, lo adivinó desde fuera, sirviendo consumiciones, retirando tazas o vasos vacíos, yendo una y otra vez desde el mostrador a las mesas con un andar meneado y casi provocativo. Esperó unos segundos por ver si el chico lo descubriría fuera, parado en la acera, muy cerca de la puerta. Miró Dan, pero si vio a Giorgio, no dio señal de reconocerle, volvió enseguida la cabeza y siguió con su trabajo.

En el piso decimocuarto, letra B, del 154 duplicado de la Avenue Louise, los Electrodomésticos Notti tienen alquilado un apartamento con tres despachos, una salita de espera, el vestíbulo y un cuarto de archivadores y fotocopiadoras. Cada despacho dispone de una estancia anterior más pequeña, para la secretaria. Es una oficina funcional, donde todo parece suficiente y nada es excesivo. El abuelo Notti es así. No se trata de aparentar sino de vender. La apariencia de riqueza, el boato, incluso el derroche quedaban para la vida familiar y social. En otro lugar, fuera de la ciudad, la firma Notti tiene el almacén y el garaje con la flota de los medios de transporte, furgonetas y camiones. A Giorgio le habían habilitado el despacho del fondo, que antes ocupaba el señor Monteverde, antiguo empleado de la casa y

persona de la máxima confianza del patriarca Notti. Franco Monteverde es el prototipo del sujeto nacido para la lealtad y la obediencia, bajo, rechoncho, calvo, un poco encorvado, activo, obsequioso con el patrón, pero sincero con él. Para los demás, los cagatintas de la firma a sus órdenes, guardaba un celo vigilante y un genio endemoniado.

Lo único que Giorgio tenía que hacer en aquel negocio de su familia era enterarse de las grandes cifras y las líneas generales de los proyectos de la firma, además de alguna novedad de cierta importancia, para estar al tanto cuando lo llamaba el abuelo Notti, y aquella información necesaria se la facilitaba puntualmente Monteverde todas las mañanas apenas lo sabe instalado en su despacho. Giorgio llegaba pasadas las nueve. Ya estaban en sus puestos todos los empleados desde hacía una hora. Monteverde, claro está, llegaba el primero. Y controlaba a los demás.

A las diez en punto telefoneaba desde Milán el abuelo Notti y comentaba con su nieto las noticias del negocio, pedidos más importantes, envíos, cobros, y después le interrogaba acerca de su vida de recién casado, «¿cómo está Totoya?, ¿sois felices?, ¿necesitáis algo?, ¿quieres que vaya tu madre a estar unos días con vosotros?, en cuanto haya novedad, llamáis corriendo, estoy deseando que me hagas bisabuelo, muchacho, daos prisa que a mí no me queda demasiado tiempo, sí, sí, estoy muy bien, pero por ley natural no puede quedarme mucha vida, anda, *ciao*, y di que me pasen con Monteverde». Cuando Monteverde le informaba de que todo iba bien, el abuelo Notti se quedaba perfectamente tranquilo.

—Monteverde, ¿de verdad va todo bien? Enseñe usted al chico y sírvale de guía. Todo esto caerá alguna vez sobre sus espaldas, y usted sabe que no es fácil llevarlo. Estudiadme bien los mercados del Este, que ahí tenemos un campo virgen. Si consigue que el chico aprenda alemán, nos vendría muy bien. En el Este habrá que vender en alemán.

—Sí, señor Notti. —Monteverde siempre terminaba así sus diálogos con el amo. «Sí, señor Notti.» Pero esta vez añadió algo—: Para lo del alemán tenemos tiempo. Ahora, será mejor que el muchacho se divierta y se aplique a lo suyo, señor Notti.

—Claro, tiene usted razón. Que se aplique a lo suyo. Pero no olvide lo del alemán.

—No, señor Notti. Digo, sí, señor Notti.

Monteverde le puso a Giorgio una secretaria de edad incierta, entre treinta y cuarenta años, una judía alemana llamada Marzia, bella sin exageración, atractiva sin exageración, arreglada sin exageración, maquillada sin exageración, elegante sin exageración, y silenciosa y eficiente con exageración. Tenía unos pechos puntiagudos y agresivos, pero breves, y usaba siempre faldas largas, un tanto amplias. «Eso es que tiene las piernas feas —pensaba Giorgio—. Todas las mujeres que tienen las piernas bonitas, las enseñan. Hasta las viejas.» Marzia conocía todos los documentos, correspondencia o informes que pasaban por la mesa de Giorgio, y también los que no pasaban, porque se enteraba al minuto, Dios sabría cómo, de todo lo que sucedía

en aquella oficina, y además encontraba los papeles al momento. «Marzia, la semana pasada llegó una carta de Hamburgo...», y Marzia ya tenía la carta en la mano. Jamás hablaba de ella misma ni le hacía al jefe preguntas personales. Ni siquiera cumplía con el rito convencional de interesarse por su salud: «¿Ha descansado bien?», «hoy tiene usted muy buena cara», o por la salud de su esposa. Marzia decía siempre «su esposa», a pesar de la juventud extrema de los recién casados. Llamaba Totoya por teléfono. «Le llama su esposa, señor Notti.» Y para colmo, podía enseñarle algo de alemán, vamos, todo el alemán que Giorgio quisiera aprender.

Generalmente, Giorgio se aburría en el despacho. Monteverde sólo le dejaba el trabajo de enterarse de los asuntos y de escuchar sus explicaciones, que a veces eran prolijas y pormenorizadas. No le ocultaba nada, pero se lo daba todo hecho y decidido. Si algo le consultaba era más una atención, para que el muchacho se sintiera importante, que una verdadera consulta. Se trataba de un dilema de resolución tan clara que la decisión ya estaba tomada de antemano por una lógica elemental. Giorgio mataba el tiempo y el aburrimiento con el teléfono y con las visitas a La Cage. Le gustaba mirar a Dan, contemplar cómo se movía sirviendo unas mesas y otras, y procuraba cruzar unas palabras con el muchacho, que se le mostraba esquivo y desinteresado. Le hubiera gustado preguntarle: «¿Cómo te va, muchacho?, ¿vives solo?, ¿cómo se llaman los periquitos?, ¿no crees que te mereces algo más que este empleo de camarero?, ¿puedo invitarte a comer un día y hablamos de todo eso?» Pero Dan no se ponía a su alcance, pasaba sin mirarle apenas y sonreía, enigmático, haciéndole esperar, como si ya supiera todo lo que vendría después. Giorgio no lo sabía aún, pero Dan estaba castigándolo, dándole hilo para que mordiera bien el anzuelo.

Pasaba algunas horas hablando por teléfono con Totoya, con la *mamma* y con la *nonna*, y alguna vez también llamaba a Giacomino, a Milán o a Villa Luce, y los dos muchachos mantenían conversaciones largas y entusiastas sobre banalidades, diversiones o caprichos, coches, blandros, deportes, relojes, filmes, canciones, actores. El amor de Giorgio hacia Giacomino era casi parejo al que sentía por Totoya. Seguramente, esos dos hermanos, Totoya y Giacomino, eran las dos personas que él más amaba en este mundo. A la *nonna* también. Pero lo de la *nonna* era otra cosa. Aquella mañana se le ocurrió pegar la hebra con Marzia.

—Marzia, ¿es usted casada? Supongo que sí porque es muy bella. Y muy atractiva.

Marzia dio un respingo casi imperceptible, después se envaró y se le pintó en el rostro un gesto impenetrable, ese gesto impenetrable que sólo es privilegio de las razas nobles.

—Bueno...

—¿Qué quiere decir ese bueno, que sí o que no? Se lo preguntaré de otra manera. ¿Tiene usted pareja estable?

—Bueno...

—Pero eso es no decirme nada.

—Exacto.

—Mi interés es exclusivamente afectuoso y convencional, Marzia. Perdóneme si la he molestado o he tocado un argumento incómodo para usted. No vaya a pensar que yo intentaba...

—No he pensado nada de eso, ni lo que me pregunta es un tema que me moleste o me ponga en incomodidad. Nada de eso. Tal vez yo sea un poco rara y exagere demasiado en reservar y ocultar mi vida privada. Lo hago con todo el mundo, no sólo con usted. No me gustan las confianzas entre personas que comparten el trabajo. Me avergüenza y me azora hablar de mí. Aborrezco las confianzas y desprecio a las personas que convierten su intimidad en palabras. Me gusta vivir la vida y no contarla. Contar la vida es vaciarse de ella. Tampoco me gusta que los demás me cuenten la suya. No siento curiosidad por la vida de nadie, y eso me permite ser absolutamente discreta. De todas maneras, no quiero que saque usted de mi silencio conclusiones equivocadas. Mi vida es muy sencilla, muy normal y no tiene nada de extraordinario o capaz de interesar a usted o a algún otro.

Y además, puede estar seguro de que con usted trabajo muy a gusto y que cuenta con mi respeto, con mi consideración y con... con mi afecto. Mi retribución aquí es generosa, casi espléndida, pero yo jamás pongo límites a mi trabajo, de modo que todo está bien como está. Eso debe ser suficiente, así se lo advertí al señor Monteverde cuando me contrató, así lo entendió él y así espero que lo entienda usted. Todo esto es mejor dejarlo claro desde el principio. Y ahora, si no necesita nada de mí en este momento, voy a mi mesa. Quizá tenga alguna carta por escribir o algún recado que atender.

Giorgio se quedó mudo, estupefacto, sin saber qué decir. Jamás había escuchado un discurso semejante en labios de una secretaria ni afrontado una situación igual. En algún momento del monólogo de Marzia se le ocurrió interrumpirla airadamente: «Queda usted despedida.» Pero sólo acertó a iniciar una inclinación de cabeza, un ademán que más que un saludo era una reverencia. En aquel momento, ella parecía la directora de la firma y él un botones que se hubiese extralimitado en el trato con ella. Y además, Marzia, a pesar de poseer unas potentes piernas de valquiria, que se le adivinaban por debajo de la falda larga hasta los tobillos, tenía el culo estrecho y empinado, culo de jugador de ping-pong o de nadador de estilo mariposa, un culo sugerente y adorable. Menos mal que se había hecho la hora de tomar el café de media mañana en La Cage.

—Voy al café, Marzia. Volveré enseguida, pero si llama mi abuelo, bueno, el señor Notti, me manda al botones o me telefonea a La Cage.

—Descuide, señor Notti.

A esa hora de la mañana, el café estaba lleno de ejecutivos, empleados, secretarias, contables, una tropa de burócratas, y Dan iba sin descanso desde el mostrador a las mesas. Aquel muchacho le producía una atracción extraña, muy

semejante a la ternura y a un vago deseo de protegerle. Lo veía servir cafés o aperitivos y sentía inmediatamente el antojo de ayudarlo a subir en la sociedad, de pagarle estudios, de proporcionarle un puesto de trabajo elevado y bien retribuido, de regalarle ropas de marca, de mostrarle una vida mejor. Vamos, en una palabra, a Giorgio le entraban unas ganas tremendas de coger a Dan y hacerle feliz. Pero aquella mañana era imposible que Dan pudiera entrar en la felicidad. Sencillamente, los clientes no le dejaban tiempo para eso. A veces, la felicidad pasa por nuestro lado como un soplo o como un pájaro y nos deja engolfados cobardemente en los miserables afanes de todos los días. La felicidad tendría que esperar. Giorgio tomó un café italiano en la barra y volvió al despacho. Marzia trabajaba inclinada sobre su mesa, con los ojos bajos.

2. Luna de miel menguante

La semana en Formentera se les había ido en un suspiro. La isla era mucho más tranquila que sus hermanas mayores, Mallorca, Menorca y, sobre todo, más tranquila que Ibiza, ese mundo zoológico y divino, poblado de dioses y bestias. En aquellos días, Giorgio se mostraba con Totoya tan solícito, cariñoso y constante como cuando eran novios y siempre pedía y esperaba más del amor de ella. «No seas pulpo, Giorgio. Nos está mirando Mino.» A Totoya le excitaba recordar aquella escena de novios, en la orilla del lago, que había terminado en placer para los dos chicos y para ella misma, con tres masturbaciones calmosas y prolongadas, concordadas también en el tiempo de la culminación, mutuas las de Giorgio y Totoya y solitaria la del hermano. Estaba segura de que a Giorgio también le estimulaba el deseo cualquier referencia a Mino. Pero sobre todo recordaba la noche de la boda, cuando a ella le asaltó el temor de que Mino se hubiera ahogado en las aguas oscuras, igual que el tío Giacomo en la boda de su hermana, la abuela Vittoria. A Totoya le había asaltado la extraña idea de que se había repetido esa noche aquella vieja tragedia de la familia. Luego fueron los dos, Giorgio y ella, al cuarto del muchacho para llevarlo al suyo antes aun de estrenar el matrimonio. Mino lloraba como un niño a causa de la boda y la marcha de la hermana amadísima. Estaba tendido, atravesado en el lecho, todavía vestido con la etiqueta de la ceremonia nupcial. Lo habían desnudado entre los dos y entre los dos lo habían cubierto de amor y de caricias, y le habían ofrecido, juntos y acordados, las más sublimes y viciosas pruebas de ternura y de pasión. Mino se sintió inmensamente feliz con el cuerpo desnudo entre los cuerpos desnudos de los recientes esposos, recibiendo él las primicias de aquel amor que al principio le había parecido un amor ladrón y aborrecible que venía a robarle lo que él más deseaba y amaba. Fue aquél un pecado monstruoso, tal vez monstruoso, pero tocado con la inocencia de la espontaneidad. Ninguno de los dos lo había premeditado ni planeado. Era casi un pecado de caridad. De amor terrible, sucio e incestuoso, desde luego, pero también de un amor piadoso y sublime.

Nadie se percató del increíble suceso. Nadie lo supo ni lo sospechó en aquella casa. Nadie, excepto Celina, la doncella fiel de Totoya, que oyó desde su cuarto, vecino al de «su niña», el abrir y cerrar cuidadoso de las puertas, el roce mínimo de los pies descalzos por el pasillo y los quejidos sofocados, que le llegaban con una mezcla inseparable de dolor y de placer. Tan nítidamente oyó todo Celina, que también ella terminó por excitarse. Pero eso en Celina no era problema. Se daba un restregón enérgico, ahogaba un suspiro, más bien un berrido de satisfacción, y ya estaba. Hala, a trabajar. O a dormir. Luego, ya de mañana, adivinó desde el lecho el silencioso arrastrarse de Mino para ocupar de nuevo su dormitorio y prolongar un sueño agitado sobre su cama de muchacho soltero. Esperó a oír el rumor del agua en la cisterna, en la ducha y en el lavabo del matrimonio, y calculó el tiempo que podría tardar la pareja en vestirse. Entonces llamó suavemente a la puerta con los dedos y

entró en la alcoba. Recogió rápidamente las manchadas ropas de la cama y guardó en un maletín los útiles de aseo de ambos chicos. Detuvo la vista en cada lugar de la habitación para cerciorarse de que no quedaba ningún rastro del suceso. Estaba segura de que las demás sirvientas lo buscarían con curiosidad. Le dio un largo beso a Totoya, se le anegaron los ojos de lágrimas («no llores, tonta, nos vemos enseguida en Bruselas y ya no nos separamos»), tendió la mano hacia Giorgio sin mirarle y dejando que se le pintara en el rostro un gesto de desconcierto, y se fue con el maletín del aseo en una mano y la ropa de cama hecha un bulto bajo el otro brazo. El maletín lo llevó hasta el Bentley del abuelo Notti que ya esperaba en la puerta de Villa Luce para trasladar a los nuevos esposos al aeropuerto de Malpensa. Desde el balcón de su dormitorio les despedía Elettra y echaba besos llorosos a su hija. Detrás se adivinaba la mano de don Pelayo, que hacía un saludo soñoliento. Enrico, el jardinero, ochenta y ocho años casi mozos y apergaminados, ya estaba sentado en la puerta lateral de la casa, sujetando a los perros y silbando «Amapola, lindísima Amapola...» Enrico también lo sabría todo, aunque nadie se lo hubiera dicho. De aquella familia, Enrico lo sabía todo, «hasta las pulgas que cada uno tenía en el culo».

En Formentera habían conocido a otro matrimonio italiano, algo mayor que ellos, Claudio y Olga, Claudio Morelli o algo parecido. Pasaban buena parte del año en la isla, donde se habían comprado una casa rústica y divertida. Uno de los últimos días, antes de su marcha a Bali, Olga y Claudio les habían llevado a Ibiza. «Ya veréis. Aquello sí que es el vive como quieras. Beber, bañarse, bailar, esnifar y follar con el primero que se te acerque y que te guste. Bueno, a veces, aunque no te guste. Y cuando ya no se aguanta más, se duerme uno un rato y vuelta a empezar.» Era Olga la que hablaba, y Claudio asentía sonriendo, un poco bobalicón. A Totoya, el nombre de Olga le recordaba una chica de su pandilla del Lago Maggiore, calentorra pero esquiva, de la que los chicos decían que era una calentapollas. Eran los dos, Olga y Claudio, razonablemente guapos, sanos, simpáticos, alegres y sin duda ricos. Organizaron el viaje a Ibiza. Bebieron y bailaron en varias discotecas de moda, Pachá y El Paraíso Terrenal, y también en otros antros de homosexuales, maricones y lesbianas, travestidos, cabezas rapadas, estriptís de mujeres y de hombres, tiorras de tetas como globos, machos con penes descomunales, transexuales con ambas gracias o virtudes, quinceañeras en braguitas y muchachos en tanga de cuero. Olga compró cuatro papelinas de coca, «ésta es de confianza, es purísima», dijo para tranquilizar a los demás. Totoya rehusó. Ya sabía lo que era eso y en lo que terminaba. En su pandilla del Lago Maggiore había chicos y chicas que esnifaban coca o tomaban ácido. Se ponían pesados con el sexo, casi violentos, y un día, para defenderla, Mino llegó a las manos con un *fusto* agresivo llamado Giacinto, que se había puesto como un verraco y que le partió la boca de un trompazo brutal. En ocasiones, Mino había fumado algún porro, pero ella le amenazaba con decírselo a don Pelayo, y logró

apartarlo de aquella costumbre. Ahora dijo que no, y sería que no.

—Nunca he probado eso, Olga, y no quiero empezar esta noche.

—Para todo hay una primera vez, querida —respondió Olga—, pero no voy a insistir.

Giorgio picó con la cocaína, quizá por vez primera, aunque él presumió esa noche de lo contrario, de haber tenido varias experiencias.

Bailaron un poco más y volvieron a Formentera, ya de madrugada alta, con el sol reflejándose en el mar y dañando los ojos. Pasaban primero por la casa de los Morelli, Marelli o como se llamaran. La tocaya de la calientapollas le pasó un brazo por el hombro a Totoya y la empujó hacia adentro. «Podríais quedaros a dormir aquí. Hay un buen paseo hasta vuestro chalé y ni Claudio ni yo estamos para conducir el coche. Tenemos un sofá ancho en el salón y una meridiana grande en el despacho, y ahí pueden dormir los chicos. Pero además, nosotros dormimos en una cama enorme. Cabemos cómodamente los cuatro. Anda, Totoya, será estupendo. Eres muy hermosa, *ragazza*.» Claudio tiraba de Giorgio hacia la cama, un lecho redondo y monumental como una plaza de toros, y él se dejaba arrastrar. Olga empezó el *spogliarello* con naturalidad. Poco tenía que quitarse. Se despojó de la blusa y quedó con los pechos al aire, unos pechos duros y preciosos que ella se complacía en llevar libres y en enseñarlos. Intentaba ayudar suavemente a Totoya a desvestirse también. La muchacha consentía en ello y ya mostraba los pechos cautivos en un sujetador breve. Permitía hacer a Olga con dejadez pasiva, un tanto embotada de cansancio, de alcohol y de sueño. De pronto, reaccionó enérgicamente.

—Giorgio, vámonos.

Lo dijo en un tono que no permitía dudar de la firmeza de la decisión, un tono que Giorgio jamás le había oído. El muchacho se soltó de Claudio, que lo abrazaba por la cintura, y fue al lado de su mujer con la obediencia de un cordero.

Anduvieron un buen trecho, casi trabajosamente, apoyados el uno en el otro. Cuando llegaron al chalé, ya en la cama, Totoya le acercó los labios a la oreja.

—Yo no necesito nada ni a nadie para ser feliz contigo. Siempre estoy dispuesta para amarte y para dejar que me ames de la manera que quieras. ¿Y tú?

Giorgio tardó en responder. Abrazó a Totoya con fuerza y también acercó sus labios al oído de ella. Estaba tundido por la droga, casi *groggy*. Murmuró una frase difícilmente audible:

—Yo tampoco, Totoya, yo tampoco, yo tampoco.

Pero era la suya una negación tan reiterada y estropajosa que parecía más mecánica que sincera. La muchacha escondió la cara en la almohada y aquella noche terminó para ella en lágrimas. Era difícil explicarse, incluso para sí misma, el amor intrincado, el amor escabroso, el amor sin límites que sentía por Giorgio. Le dio por pensar que si él se lo hubiera pedido habría sido capaz de acostarse con el bobalicón de Claudio o con la cachonda de Olga con tal de que él se excitara y gozase. Seguramente eso era lo que habría deseado Giorgio. Pero ellos nunca se habían

acostado con una pareja, sólo con Mino. Claro está que Olga habría recordado que para todo hay una primera vez. «No sé, no sé. Haría cualquier cosa para que él gozara. Giorgio es formidable. Yo también soy formidable, como él mismo me dijo la noche de la boda cuando le propuse ir a buscar a Mino para llevárnoslo al paraíso. Lo mismo me dijo Mino, “eres formidable”, la noche que dio el gatillazo con Paola.» Continuó un rato sumida en parecidos pensamientos.

En cambio, Giorgio se durmió enseguida, como un niño, y Totoya, medio incorporada y apoyada en un codo, lo miraba adorándolo. Giorgio, dormido, era una incitación casi contradictoria a la ternura casta y a la lujuria frenética. Mirándolo, acariciándolo con la mirada, también Totoya se acarició suavemente hasta provocarse un placer mínimo, inicial, casi infantil. Y luego, ella también, se durmió como una *bambina*.

París, ya se sabe, es una ciudad para el amor y para la lujuria. Todo lo de París, hasta el aire, es lascivo. Casi dos días y una noche estuvieron en París Totoya y Giorgio. La chica pasó una mañana en el D'Orsay, bañándose en la pintura de los impresionistas, y otra mañana en el Louvre. Quería proseguir en Bruselas sus estudios sobre Historia del Arte y aprovechaba su paso por París para visitar museos y comprar catálogos, postales y diapositivas. Giorgio se quedó en el hotel, durmiendo, leyendo o viendo deportes en televisión. Estaban alojados en el hotel Plaza Athenée. Cada uno almorzaba esos dos días por su lado y luego se encontraban, a media tarde, en el hotel, en la Avenue Montaigne. Cenaron juntos en La Cour del Plaza Athenée, al aire libre. Todavía no había caído el frío sobre París y en el patio del hotel, con el verde forestal ascendiendo por las paredes y enmarcando las ventanas, se gozaba de una temperatura templada y grata. El fresco de la noche a la intemperie sólo requería una ligera prenda de lana. Luego, se vistieron más formalmente y se metieron en el Crazy Horse a ver un espectáculo musical para turistas, con chicas de pierna alta, pechos breves y culito cincelado y recogido, que salían medio desnudas; algunas de ellas se desnudaban del todo en escena y permanecían sólo breves segundos a la vista del público. De vuelta en el hotel, ya en la cama, Totoya se montó sobre Giorgio y lo cabalgó muy despacio mientras le pedía que le contase qué chica del espectáculo le había gustado más que las otras, y qué le había atraído más de su cuerpo, y qué cosa podía hacerle ella en la prolongación del encuentro que más placer le proporcionara. Giorgio le respondió que en Francia, ya se sabe. Ella comprendió y se esmeró en el ritmo lento y en la técnica golosa. París es París.

Durante las dos semanas en Bali, las relaciones del matrimonio fueron cariñosas, aunque no llegaban a frenéticas, ni siquiera a ardientes y frecuentes, como cabía esperar de dos enamorados de su edad. Agotaban la noche asistiendo a espectáculos,

bebiendo y bailando, y caían en la cama rendidos. Y encima, a Totoya le había venido el período y estaba con la «evax fina y segura», según la broma que a veces le gastaba su hermano. Giorgio se conformaba dócilmente con aquella dieta obligada por la naturaleza y no pedía otros sucedáneos. Totoya le buscaba con la mano el sexo y lo manoseaba para comprobar si su marido necesitaba tranquilizar el deseo, pero el deseo de Giorgio permanecía apagado, desganado y flácido. «Son raros los tíos, y este mío es un jeroglífico egipcio.» Se acordó del gatillazo de Mino con Paola y de los terrores del muchacho por miedo a la impotencia. Pero a ella, la «pistolilla» de Mino jamás le había hecho ningún desaire. Sólo tenía que morderle un labio, acercarle un pecho a la boca o pasarle suavemente la mano, y ya se le ponía el juguete a punto. Pensando en Mino, sonrió con ternura, se dio media vuelta en la cama, abrazó la almohada y se quedó dormida.

Dejando aparte los escasos mordiscos a la manzana, aquello era el paraíso. Tenían la playa a los pies, con el mar metido en la alcoba como una alfombra. La temperatura permanecía invariable durante el día y durante la noche, la comida era excelente, y fresca y dulce la fruta, la música cachonda o exótica, y los servidores, sumisos y complacientes. Todo estaba pensado y dispuesto para ofrecer sosiego, dar placer a los sentidos e invitar a la felicidad. Allí, el amor era algo tan natural como el perfume de una flor o el sabor de una fruta, algo desdramatizado, espontáneo y vegetal. Giorgio pasaba buena parte de la noche sentado junto a Totoya, bebiendo sin parar refrescos frutales y escasamente alcohólicos, contemplando los bailes de los nativos, niñas no mayores de catorce años que bailaban el ritual religioso del *legong*, y chicos que imitaban danzas guerreras. Y las músicas occidentales, que permitían a las parejas o a los grupos prolongar indefinidamente la imitación de los movimientos y vaivenes del amor. No había más, pero seguramente era suficiente: naturaleza floral y exuberante, amor de paraíso, la solicitud de los isleños, el zumo de la fruta con gotas de alcohol y lo que a cada uno le pidiera el cuerpo. A veces, se encontraba la manera de obtener un masaje tailandés, excitante y perturbador, cuerpo sobre cuerpo, y con aquello Totoya se consoló un par de veces del desvío y la desgana de su marido. Era sabia la chica tailandesa del masaje, y procuraba placer con sólo la caricia, cada vez más enérgica, del cuerpo sobre el cuerpo. Hacia el final de las dos semanas programadas, el aburrimiento cayó como un plomo sobre la pareja, que se acogió al recurso de prolongar todo lo posible las horas de sueño. Empezaron a sentir la pereza invencible de las islas y del clima. A los viajeros que prolongan su estancia en las islas, en cualesquiera islas, y más en las de clima dulce y vegetación lujuriosa, les invade un deseo pasivo, casi invencible, de quedarse en ellas. Eso también sucede, con el tiempo, en todos los lugares de la tierra. Da igual donde el hombre vaya. Al final, la patria de cada cual es la tierra donde pones los pies y donde habitas y te prenden el deseo, la ambición y el descanso. Tarde o temprano, te hacen suyo la flor o la nieve, la cumbre o el valle, el desierto o el mar.

La fecha marcada para el regreso era el 20 de octubre. Estamos en 1992. Al día siguiente, los Notti, abuelos y padres de Giorgio almorzarían en Villa Luce con los Grande, Elettra y don Pelayo, y con los recién casados, Totoya y Giorgio, que pasarían unos pocos días en Villa Luce, otros tantos en Milán, y marcharían enseguida a Bruselas, donde Giorgio debía hacerse cargo de la oficina de Electrodomésticos Notti en el corazón de la Comunidad Europea. Tenían amueblada y dispuesta la casa de la Avenue Louise, donde les esperaría Celina, y más tarde se incorporaría otra chica de servicio, un poco pazguata pero laboriosa y obediente, llamada Pasqualina, reclutada entre la servidumbre de Villa Luce.

El abuelo Notti se llama Gregorio. Es el fundador de la industria, una de las más importantes de Europa en la fabricación de electrodomésticos. Gregorio Notti había creado de la nada aquel pequeño, o no tan pequeño, imperio industrial, que lograba competir con la colosal industria americana. De muchacho había empezado vendiendo a domicilio sartenes, cacerolas y otros cacharros de batería de cocina. Totoya recordaba lo que su abuela Vittoria le había dicho en las vísperas de su boda, en uno de los momentos de mayor impertinencia de la *vecchia signora*: «Te vas a casar con un tendero. Será fabricante, pero vende cosas. Al fin y al cabo, un tendero. Su abuelo vendía cacerolas y sartenes a domicilio. Lo sabe Enrico.» ¿Quién lo podría saber en aquella casa, sino Enrico?

Gregorio Notti instaló un pequeño taller en una nave de garaje alquilada, y de ahí, en unos años, peldaño a peldaño, pasó a la gran fábrica de Electrodomésticos Notti. Se había casado joven con una muchacha modesta, manicura en una peluquería de caballeros, pero con un notable talento natural, gran bondad y sensibilidad extraordinaria, llamada Leonarda. En los años duros, Leonarda Notti trabajaba junto a su marido con igual afán y el mismo empeñamiento que él, y ahora, le acompañaba en todo, le asistía en las dudas con una palabra, un gesto o simplemente una mirada. Poseía listeza, buen juicio y un gran sentido práctico. Leonarda sólo tuvo un hijo. Al niño tuvieron que sacarlo con fórceps, y bien por eso o bien por mezquindad de la Providencia, no salió con la inteligencia despejada ni la iniciativa creadora de su padre. Y además clausuró la fábrica de hacer niños de su madre. Después de él, Leonarda ya no pudo tener otro. Gregorio Notti (GN) bautizó a su hijo con el nombre de Gaspare. De este modo las siglas del negocio no cambiarían a la muerte del fundador. En Italia no se puede poner a un hijo el mismo nombre de pila del padre, pero las iniciales seguirían siendo las mismas, GN. Cuando nació el nieto, se repitió la historia, y el niño fue bautizado con el nombre de Giorgio. Un nuevo Notti en el mundo, pero el logotipo de la firma se mantendría invariado: GN. A Gaspare Notti no le hacía caso nadie, ni en la firma ni en la familia, ni siquiera su mujer, Tilde, Matilde, que era buena, cariñosa, dócil y simple. Cuando nació Giorgio, no fueron necesarios los fórceps ni el útero de Tilde sufrió avería alguna. Pero no vinieron más Nottis al mundo. El abuelo encomendó a los dos, Tilde y Gaspare, en manos de varios médicos ilustres, pero por lo visto no era un problema de médico. El esfuerzo de la

pareja para engendrar y concebir a aquel buen mozo, guapo, fuerte y bien formado, había agotado sus ímpetus y no encontraba continuación eficiente. «Dios no me manda más hijos», suspiraba Matilde, y ponía los ojos en su suegro con una mirada que parecía arrancada de una estampa de santa Inés o de santa María Goretti.

—A vosotros, lo que os pasa es que sois unos holgazanes —les dijo en una ocasión el abuelo Gregorio, y Tilde se echó a llorar en brazos del marido.

—No somos perezosos, papá, hacemos todo lo que podemos.

—Entonces, es que sois tontos.

Los Notti viven en Milán, en un palacete de la Via Monte Napoleone. Se entra en la casa por un patio con columnas de granito, una fuente de piedra labrada y arbustos muy cuidados. El abuelo Gregorio dispone de la parte noble, con varios dormitorios, biblioteca, despacho, un par de salones, gabinetes privados y un gran comedor donde se sientan cómodamente veinte o veintidós personas. Gaspare y Matilde ocupan un ala de la misma casa y viven aparte, pero con frecuencia comen y cenan con sus padres. Para cada una de esas comidas deben ser invitados expresamente. Ni Gregorio ni Leonarda agradecían cualquier insinuación de los hijos en ese sentido. «Vamos a cenar juntos esta noche» es una frase que les gustaba pronunciar a ellos cuando les apetecía, sin que mediaran insinuaciones. En cambio, Giorgio contaba siempre con un puesto en la mesa. Sólo tenía que llegar y sentarse. Cuando se quedaba a comer fuera, aunque avisara que no iría, el puesto quedaba vacío, pero preparado. «A lo mejor, se arrepiente y viene», decía la abuela. Si comían sólo los tres, lo hacían en un velador redondo con sillones muy cómodos, instalado en el gabinete de doña Leonarda, que es donde come siempre el matrimonio solo. Gaspare y Matilde se conformaban de buen grado con que el hijo comiera casi siempre con los abuelos. En aquella casa, lo que decía don Gregorio era la ley.

El día 21 de octubre, el vendedor de sartenes y su familia almorzarían en Villa Luce. Era probable que en esa ocasión los padres de Totoya no sacaran de los viejos aparadores las joyas de la familia Duchessi, la vajilla de Rosenthal, la cristalería de Murano, la cubertería de plata portuguesa modelo João II, la sopera de plata de dieciocho kilos que presidía la mesa, rebosante de flores por los costados, los grandes cuernos de la abundancia también de plata, y el enorme mantel de lino blanco que tenían que planchar entre tres mujeres. Todo eso, que dormía en los aparadores de Villa Luce desde la boda de Vittoria con Martino Martinelli, había sido sacado de su reposo para invitar a almorzar a los Notti cuando se formalizó el noviazgo de Totoya con Giorgio. La *nonna* Notti lo recordaba todo con admiración.

«Lo más probable —pensaba Leonarda— es que preparen una comida muy sencilla. Y lo más seguro es que seamos a la mesa los cuatro matrimonios, el hermano de Totoya y basta. Nada de banquete por todo lo alto. Al fin y al cabo, se trata de una reunión familiar.» Le preocupaba el carácter que Elettra, la señora de Villa Luce, madre de Totoya y Giacomino, le diera al almuerzo en Villa Luce, porque luego ella tendría que corresponder en Monte Napoleone. Ellos serían unos nuevos

ricos, pero sabían recibir y dar de comer tan bien como el que más. En su mesa se sentaban ministros, aristócratas y obispos. Le asaltaba una duda: ¿hasta dónde quedaría elegante llegar en la ostentación y en el alarde? Pasaba inmediatamente a la opinión contraria. «Ya lo veremos el 21. Lo malo es que me quedará poco tiempo para prepararlo todo si es que hacen las cosas a lo grande, que sí las harán. Ya lo creo que las harán. Querrán presumir con nosotros de antepasados y de antigüedades heredadas.» En el fondo de su alma, y a pesar de la fábrica de electrodomésticos y de la fortuna del matrimonio, Leonarda estaba felicísima de emparentar con esa familia Duchessi, de banqueros, mecenas, testaferros de las propiedades y negocios del Vaticano, y que contaba hasta con una monja santa que terminaría en los altares. Y eso, a pesar de la muerte misteriosa del tío Giacomo, de las habladurías del incesto entre el muerto y la abuela de Totoya, el suicidio de doña Vittoria antes de la boda y las rarezas de ese español don Pelayo Grande, el marido de Elettra, que se pasaba las noches mirando las estrellas y tirándose a las criadas. «En las grandes familias, siempre suceden cosas de éstas —continuaba pensando la abuela Leonarda—.

Y cuando suceden en las familias de los pobres, nadie les da importancia.»

¡Ah!, se equivocó Leonarda. La de Villa Luce fue una comida familiar, esmerada pero sencilla. Más pretensiones de grandeza tuvo la de Monte Napoleone.

Aquel lunes, al salir de la oficina, Giorgio entró en La Cage. El café estaba casi desierto. Una pareja de cuarentones con pinta de empleados, él y ella, merendaba en la barra. El caballero enviaba a su compañera miradas suplicantes, y ella sonreía halagada y de vez en cuando le tocaba un brazo o apoyaba una mano en su rodilla. Parecía indicarle en un lenguaje mudo: «Espera. Ten un poco de paciencia, hombre.» Pero negaba con la boca o se resistía a conceder claramente lo que prometían los ojos y los ademanes de aproximación, porque él se impacientaba. La impaciencia y la desesperación de él la divertían, y ella sonreía con más franqueza, e incluso soltaba alguna risita ahogada. Hay pocas cosas que satisfagan más a una mujer que la de comprobar la urgencia del hombre por cubrirla, y todas suelen recrearse en esos prolegómenos hasta que ellas mismas sienten el deseo de rendirse y entregarse. «Estos dos pájaros, en cuanto terminen de merendar, se van a la cama», pensaba Giorgio. Ésa era, desde luego, una hipótesis muy probable.

Una viejecita menuda leía tercamente bajo la lámpara mortecina que iluminaba la mesa mientras prolongaba en sorbos minúsculos su taza de café con leche y una copa medio llena de licor oscuro, tal vez un oporto o un jerez dulce. No era la primera vez que Giorgio encontraba en La Cage a esa viejecita lectora y pausada. Debía de ser uno de esos clientes fijos, provechosos pero a veces indeseables en un local pequeño como era aquél, donde lo que conviene al dueño es que nadie se detenga demasiado tiempo. También ella, de vez en cuando, sonreía. «Lee una novela de amor, y cuando llega a una escena más explícita o de efusión más ardiente, sonrío. Quizá sea una

novela rosa y madame Margot (la había bautizado caprichosamente como “madame Margot”) sonríe cuando los protagonistas se dan un beso prolongado, o pasean por un parque solitario enlazados por la cintura, o cuando él siente en un abrazo los pechos palpitantes y duros de ella aplastándose en su propio pecho. Dicen que los viejos leen siempre las mismas cosas, que no hacen sino releer y se niegan a meterse en los libros nuevos que apasionan a los jóvenes. En realidad, eso es lo que hace la *nonna*. “A mí, esas novelas nuevas, tan puercas, no me gustan nada. No sé cómo puedes leer eso, hijo.” A lo mejor, esta viejecita se pasa la vida leyendo y releendo la misma historia, ya la conoce de memoria y por eso le gusta.»

Y Dan. Ahí quería llegar Giorgio, claro. Se ha detenido adrede en los otros personajes para retrasar voluntariamente el momento de mirar a Dan en un leve ejercicio de mortificación. El chico está parado junto al mostrador, descansando de lado en él, con un anca caída y la otra adelantada, casi agresiva y perfilada bajo la servilleta muy ceñida. Es una posición semejante a la que adoptan algunas putillas callejeras cuando se apoyan contra la farola de una acera o en el árbol de un paseo. Giorgio se ha sentado en una de las últimas mesas, allá donde la oscuridad es más espesa y la soledad más evidente. Dan le ha visto pasar hacia el fondo, sentarse, contemplar todo el escenario, la barra, la pareja de tórtolos en los preliminares del acoplamiento, el dueño del café detrás del mostrador, un belga panzudo, de negros bigotes, brazos poderosos y malas pulgas, a quien Dan llama «mesié Martin», la cajera, una hija de Martin, fea y también bigotuda, a la que su padre llama con mucho optimismo Sissí, y la mesa con la viejecita de la eterna novela, el eterno café con leche y el eterno jerez dulce.

El camarero ha visto pasar a Giorgio, pero no se ha movido de su sitio ni de su posición. No parece sino que los dos muchachos estuviesen echando un pulso invisible a ver cuál de los dos aguanta más, si Giorgio sin llamar al *garçon*, o Dan sin acudir a atender al cliente. El juego lo termina Martin, que con un imperativo ademán de la barbilla y una mirada fulminante le indica a Dan que vaya a atender la mesa recién ocupada. Obedece el chico con lentitud, casi con desgana, y acude a la mesa con pasos cortos, pasos de torero, poniendo un pie casi delante mismo del otro, y se contonea más cuando llega a lo más oscuro. Es perverso Dan. Sabio y perverso. Sabe o intuye que está poniendo a prueba y sopesando el deseo de Giorgio. Se le acerca para preguntarle qué desea tomar. Se le acerca demasiado y pone el leve relieve del sexo bajo los ojos de Giorgio, muy cerca de sus manos, posadas sobre la mesa. Dan quiere calcular ahora hasta qué punto puede trastornar con la proximidad de su cuerpo a aquel cliente rico al que ya ha sorprendido en varias ocasiones miradas, furtivas unas veces, descaradas otras, de inequívoco apetito lujurioso. Sin duda, está calculando su poder. En cualquier momento, Giorgio empezará a lanzar miradas de súplica como las del cuarentón a la cuarentona de la barra, que por cierto ahora salen del café, colgada ella mimosamente del brazo del hombre. La fortaleza se ha rendido. Bueno, cualquier observador discretamente agudo podría haber adivinado que la

fortaleza estaba rendida de antemano.

—Un whisky con mucho hielo, Dan, por favor. —Estaba nervioso Giorgio, absurdamente nervioso ante aquel camarerillo descarado y necesitado de protección.

—Prefiere un whisky de malta; Glenfiddich, ¿verdad, señor? Lo recuerdo muy bien. A mí también me gusta el Glenfiddich, pero no puedo pagarlo. A veces, lo tomo a espaldas de mesié Martin, que es un avaro.

Aquello era una confidencia y daba pie para seguir la conversación.

—¿Qué haces cuando sales de aquí? —Empezó a tutearlo.

—Me divierto —respondió el muchacho.

—¿Cómo? —preguntó Giorgio en un suspiro confidencial.

—Como puedo, señor. Yo no puedo divertirme como los ricos. Además, tengo que mantener a mis padres. Soy hijo de padres viejos —confesó sonriendo para ocultar cualquier sombra de reproche—. Quizá por eso estoy muy mimado y me gusta todo lo bueno, el Glenfiddich, los coches deportivos, la buena vida, todo lo que usted tiene. Voy a servirle el whisky.

—Espera un momento, Dan. ¿Tienes algún día para cenar conmigo?

—Tengo todos los días del mundo para cenar con usted —respondió el chico, y guiñó un ojo con un mohín de coquetería femenina. Cuando puso el vaso de whisky sobre la mesa y el tique con el precio, dejó caer también un papelito doblado. Giorgio se percató rápidamente, puso encima la mano, atrapó la esquelita y leyó: «El sábado, a las siete, en L'Hibou Rose.» Lo más importante de la cita que acababa de darle Dan era que contenía un inequívoco elemento de complicidad. Era una cita de malicia sobrentendida.

Al tomar el vaso para beber, las manos de Giorgio temblaban ligeramente. Terminó el whisky, echó sobre la mesa el importe de la consumición y casi otro tanto de propina y salió de La Cage. Hizo un leve gesto de saludo con la mano.

—Buenas tardes, señor. Muchas gracias —murmuró Dan casi sin mirarle, y aquel disimulo también era una complicidad.

La viejecita lectora alzó los ojos del libro y ante la sorpresa de Giorgio se le quedó mirando y lanzó un silbido de admiración. «Joder, con la vieja. Dios sabe lo que estará leyendo esta tía.»

3. Los hijos del rey David

Totoya se había matriculado en un curso de Historia del Arte en la ULB (Universidad Libre de Bruselas) para proseguir los estudios que había abandonado en la Universidad de Milán, donde había conocido a Giorgio. La Avenue Franklin Roosevelt, por donde se extendían las dependencias universitarias, no caía lejos de la Avenue Louise, y Totoya podía acudir a las clases dando un paseo, sin necesidad de sacar el coche, igual que hacía Giorgio para ir desde casa a la oficina de Electrodomésticos Notti. Pasaría todos los días junto a la estatua de Francisco Ferrer, aquel anarquista masón que fusilaron sus paisanos, los españoles. A veces, Totoya, que era medio española, sufría al ver que todavía había belgas que cuando miraban a un español veían en él una pica en Flandes. En el café de Le Roi d'Espagne, en la Grand Place, hay marionetas ahorcadas vestidas con el traje de los tercios del duque de Alba. Totoya había dudado entre la ULB y la Universidad de Lovaina. Era cómodo ir a Lovaina. Parten de Bruselas unos autobuses que sólo tardan alrededor de media hora, pero le daba pereza salir de la ciudad todos los días. Casi siempre almorzaban en casa juntos, mano a mano, Giorgio y ella, en una mesita pequeña. Celina les hacía comida italiana, pastas y arroces, y además en Bruselas se come buena carne y un pescado excelente del mar del Norte, sobre todo los famosos lenguados. Pero con frecuencia Giorgio la llamaba al mediodía para almorzar fuera, en algún restaurante, y aún más veces para cenar, y la llevaba a *Comme chez-soi*, a gozar de la refinada cocina de Pierre Wynants, o a La Truffe Noire, que caía a dos pasos de su casa, o a La Maison du Cygne, en la Grand Place. Bruselas está llena de restaurantes excelentes y es una de las ciudades donde mejor se come de Europa, incluidas París, Milán, Ginebra, Madrid o San Sebastián. Otras veces, vestidos con ropa informal, iban a engullir por docenas los riquísimos mejillones al vapor o un menú de pescados en las *brasseries* y marisquerías del centro. Todavía no habían intimado con ninguna de las superficiales amistades que ella hacía en la universidad y él en su trabajo.

Totoya se llama Vittoria, como su abuela, la *vecchia signora* que se había abierto las venas un poco antes de que ella se casara. Su hermano Giacomino, con su media lengua, la llamaba Totoya cuando eran niños, y con Totoya se quedó. También Giacomino, Mino, se llama así por su tío abuelo Giacomo, que se había ahogado en el lago, decían que por propia voluntad, la noche en que se casaba su amadísima hermana Vittoria con un quídam llamado Martino Martinelli. Este personaje desapareció de la familia después de someter a los Duchessi a un chantaje para no levantar el escándalo de que Elettra, la madre de Totoya, no era hija suya, sino del incesto de los dos hermanos. Don Salvatore, el rico prohombre padre de Vittoria, pagó religiosamente el importe de la extorsión. Todo eso eran las habladurías que

corrían por las dos orillas del Lago Maggiore y por Milán, pero jamás había sido confesado por nadie de la familia. Bueno, en realidad, nadie hablaba de eso en Villa Luce. Totoya y Mino sospechaban que algo extraño acaecía en su familia, y había sucesos que nadie explicaba del todo: cómo y por qué se había ahogado el tío Giacomo, al que jamás le hicieron la autopsia; la huida de Martino Martinelli, el marido de la abuela Vittoria, de quien nunca se volvió a hablar en la familia hasta que llegó la noticia de su muerte y a quien jamás dieron el nombre de «abuelo»; la extraña historia de tía Leticia, sor Lucía, la monja de los estigmas, ya en proceso de beatificación, que no pudo ser enterrada en el panteón familiar porque las benedictinas no entregaron su cadáver; y sobre todo, el suicidio de Vittoria, que se había abierto las venas momentos antes de la hora en que había citado en su alcoba a la nieta que iba a casarse con «ese chico rubio» e iba a dejar «solo y desesperado» a su único hermano, Giacomino. Tampoco a doña Vittoria se le hizo la autopsia; el médico certificó una muerte natural por hemorragia interna y externa y la Iglesia no opuso ningún reparo a que fuese enterrada en terreno sagrado.

Bueno, muy bien. En todas las familias hay sucesos secretos, a veces terribles. Dice Enrico, el jardinero, que en todas las casas esconden un muerto en el armario, si es que no tienen varios fiambres clandestinos enterrados en el jardín. Ella misma había hecho las guarradas con su hermano desde que eran pequeños. Al fin y al cabo, era su hermano y ella lo adoraba, lo protegía con una ternura que no sentía por nadie más, y cuando se tocaban y se daban placer el uno al otro no creía hacer nada nefando. En todo caso, una diablura de chicos. Durante un curso se separaron los dos hermanos, ella estaba en Milán, en sus estudios universitarios y él, dos años más joven, se quedaba en el Lago Maggiore para acudir a los rosmilianos de Stresa. Muchas noches se llamaban por teléfono y se sumían en largas masturbaciones salpicadas de frases procaces y del deseo mutuo de volver a encontrarse. A lo mejor, es que aquella familia donde ella había nacido estaba marcada por un destino implacable que obligaba a los hermanos a amarse con amor carnal. Un día, Mino y ella habían encontrado en la Biblia la historia de Tamara y Amnón, los hijos del rey David, y él le había dicho: «Si me preparas la merienda, te violo.» De cualquier manera, eso de amar a su hermano era mucho mejor que andar restregándose y acostándose con los chicos de la universidad, que ni siquiera mostraban amor y lo único que buscaban era ir de una cama a otra y presumir de que se habían tirado a todas las chicas de la pandilla. En cambio, Mino era de ella y sólo de ella. Y una vez que se acostó con Paola, que es la más puta de todas las chicas de la peña del Lago Maggiore, dio gatillazo. Si era verdad lo que murmuraban de la abuela Vittoria y de su amor al hermano y del incesto entre los dos, incluso si de aquel incesto había nacido su propia madre, Elettra, Totoya lo comprendía muy bien. «Además — pensaba —, es que esas cosas no hay que comprenderlas. Son pasiones y hay que sentirlas. Y yo las siento.»

Pero en el fondo de su alma Totoya sabía que aquello tendría que dejarlo algún

día, que ella se casaría con un chico que le gustara y que la amara, que tendría algún hijo de él, y que su hermano encontraría también una muchacha que lo enamorara. Ese pensamiento la atormentaba de alguna manera, pero, por otra parte, suponía para ella algo así como una liberación, no de una culpa, porque Totoya no sentía ningún sentimiento de culpabilidad, sino el alivio de encontrar la salida de un laberinto placentero pero efímero, destinado a derrumbarse y convertirse en un recuerdo de gozo inconfesable. Cuando se ponía a reflexionar sobre esa situación, Totoya se debatía, por un lado, entre la sensatez y el sentido práctico que poseen las mujeres, y, por otro, el delirio y la embriaguez con que los dioses distinguen a veces, arbitraria y caprichosamente, a los pobres mortales.

Es muy joven Totoya. Ha cumplido veinte años en septiembre. Es esbelta, muy delgada, casi demasiado delgada, pero tiene la pierna larga y dibujada, en el pecho dos limones hinchados y agresivos, y un culo prieto, casi de piedra, que ella aprisiona cruelmente dentro de unos pantalones estrechos o que casi libera bajo unas bragas mínimas y mueve debajo de una falda ligera. Los ojos verdes y muy claros son de la abuela, y el cabello es rubio y liso, y lo deja crecer y caer sobre los hombros, pero luego tiene un perfil duro, lejanamente parecido al de su padre, don Pelayo, que le da un cierto aire masculino. Si se aplastara un poco los dos pitones breves y puntiagudos del pecho y se cortara o recogiera la larga melena rubia, quedaría convertida en un efebo. Tal vez fuera su delgadez, el culito masculino, el aire varonil y su conducta de castidad deportiva, nada solemne ni áspera, lo que enamorara a Giorgio hasta el punto de querer casarse enseguida con ella. Luego, llegó el suceso llamado Mino, un cometa imprevisible en el amor de los dos muchachos, que cerró el triángulo isósceles de unos amores incestuosos y ambiguos. Oh, el triángulo, la figura más elemental de la geometría y sin embargo la que admite más diferentes y extrañas formas. ¡El triángulo isósceles: dos lados iguales y el tercero distinto, extraño, ajeno, intruso pero imprescindible!

«El sábado, a las siete, en L'Hibou Rose.» Se le atropellaban en la cabeza los sentimientos, los temores y las gestiones urgentes que debía acometer. Primero, ¿qué coño era eso de L'Hibou Rose, un restaurante, una *brasserie*, un hotel de mala muerte, una discoteca, un antro de droga y prostitución, una cueva de maricones? Segundo, ¿dónde estaba? Se suponía que en la ciudad de Bruselas, pero no podía descartar que estuviese en Amsterdam o en París, lugares a los que se llegaba en poco tiempo y en los que se podía acudir a una cita con toda discreción. Tercero, qué pretexto encontraría para convencer a Totoya de que no podría cenar con ella el sábado. Tendría que inventar la llegada de un cliente extranjero que pasaría a recogerlo por la oficina y lo llevaría a un restaurante cuyo nombre aún no había concretado. ¿Sábado por la noche y un cliente extranjero? Eso sería difícil de tragar, pero no se le ocurría otra excusa. Cuarto, ¿dónde cenaría con Dan? Naturalmente, no

podía llevarlo a uno de los restaurantes caros que ellos frecuentaban, en los que había que reservar mesa previamente, a veces con bastante antelación, y donde ya les conocían. Quinto: y después, ¿qué? ¿Dónde irían? ¿Le propondría Dan ir a un cine, a una discoteca, a la habitación de un hotel? ¿Se le ofrecería el chico para una noche de sexo como dos amigos que se gustan, o le pediría dinero por ello, igual que un chapero vergonzante? Giorgio tenía en su mente una idea clara: su decisión de no arriesgarse a alquilar una habitación en un hotel siniestro, de esos en que pueden ocurrir los sucesos más desagradables, atracos, escándalos, peleas y hasta crímenes. Tampoco le hacía gracia que le vieran entrar en tabernas de medio pelo y en discotecas equívocas la noche de un sábado, acompañado de un muchacho muy joven, guapo, de andar provocativo y oliendo a *finocchio* desde siete leguas. Fue entonces cuando decidió alquilar un pequeño apartamento secreto, un lugar donde pudiera verse con cualquiera sin necesidad de exhibir la compañía por los lugares públicos. Vamos, lo que Giorgio necesitaba era un picadero.

En su adolescencia, a los quince o dieciséis años, Giorgio había tenido una experiencia sexual con dos compañeros del liceo. Se reunían los tres y ensayaban prácticas homosexuales. Eso se prolongó un par de años. Después, uno de ellos se fue de Milán, porque trasladaron a su padre, director de banca, y no volvió a saber de él. El otro se enrolló con una novia, una morenaza guapa, quedona y gorda como un cetáceo, y abandonó las reuniones tripartitas. Las gordas suelen ser especialistas en liberar a los muchachos de la vacilación sexual de los primeros años o de las primeras tentaciones homosexuales. Luego, Giorgio tuvo algunas experiencias con prostitutas, experiencias frías y poco satisfactorias pero que le sosegaban las urgencias de la edad, no muchas urgencias por cierto. De vez en cuando aprovechaba la ocasión para improvisar algunos polvos rápidos, acelerados y sosos, polvillos más bien, en el coche o en el rincón oscuro de un parque, o en el palco de un cine guarro, con algunas compañeras de la universidad. Generalmente, eran ellas las que se insinuaban y llevaban la iniciativa, y las que elegían el lugar. Giorgio se dejaba llevar, se dejaba querer, se dejaba tocar y se dejaba follar. Seguro que al día siguiente la compañera del polvillo informaría, con un cierto acento de presunción, a la amiga y confidente: «Anoche me tiré a Giorgio Notti.»

Cuando conoció a Totoya, abandonó todo eso. Sintió por aquella niña de ojos claros, largos cabellos rubios, caderas estrechas y cuerpo de muchacho, una atracción invencible, no experimentada antes hacia nadie, hombre o mujer. Totoya era, además, inteligente, estudiosa, vivaracha y aparentemente casta, y no pretendía acostarse con él ni restregarse descaradamente cuando bailaban ni hacerle pajas en los cines y en las discotecas. A las amigas de Totoya no se les escapaba lo que sin duda se le escapaba a Giorgio. «Lo que quiere Totoya es casarse con Giorgio. Lo está cazando y ya lo tiene encelado.» Giorgio estaba terminando Económicas y Totoya en cambio empezaba Historia del Arte, pero siempre encontraban temas de conversación. A Giorgio le gustaba mucho hablar de los avances de la ciencia en todos los sectores, en

la tecnología, en la electrónica, en la genética y en la conquista del espacio. Leía publicaciones que trataban sobre todos esos temas, libros y revistas de divulgación, no sólo italianos, sino también ingleses, y su conversación sobre tales argumentos resultaba fascinante para un profano. Totoya hablaba con soltura de arte o de literatura, y discutía con su novio, a quien embromaba llamándole «ignorante especializado» o «bestia especializada», y le obligaba a leer algún clásico fundamental y algún moderno imprescindible. «Tienes que leer, al menos, ¡al menos! —y hacía un aspaviento con las manos en alto— *Il Gattopardo*, *Il Giorno del Giudizio* e *Il nome della rosa*, o tú no eres ni estudiante, ni universitario, ni italiano, ni hombre. Tú eres una bestia especializada.» Él leía poco a poco todo aquello que le recomendaba Totoya, y ella luego le examinaba, como si fuese un niño dando cuenta de sus deberes. Al final, se le quedaba mirando y le decía: «Eres una bestia. Eres una bestia hermosísima.»

Y se lo comía a besos, castos, exentos, casi maternos.

Giorgio jamás miraba hacia sus adentros, jamás examinaba sus sentimientos ni intentaba conocer sus inclinaciones para analizarlas y definir las. Simplemente, las tenía. Había personas jóvenes que le atraían físicamente y otras que le dejaban desinteresado o desentendido, y eso con independencia de que se tratase de hombre o mujer, inteligente o simple, culto o ignorante. Se aproximaba y cultivaba a las primeras y desdeñaba a las demás. Pasaba por la vida sin preocuparse para nada de lo que tenía que pisar en el camino.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor Notti?

Marzia lo encontró inclinado sobre la mesa del despacho hurgando en una lista de teléfonos y en una guía de Bruselas. A un lado tenía un pequeño mazo de papel engomado por el borde y un bolígrafo. Levantó la cabeza y allí estaba Marzia, fría y solícita, lejana y diligente.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor Notti?

—No, gracias, Marzia. Se trata de un pequeño problema particular. Nada del despacho. Espero poder arreglarme solo.

—Yo soy su secretaria *particular*, señor Notti. ¿Puedo ayudarle en algo?

Dudó Giorgio. Aquel ser impenetrable y seguro de sí lo desconcertaba. No sabía cómo reaccionar ante ella, ante su aplomo de estatua, pero también ante su solicitud de geisha inalcanzable. Se sentía ante Marzia empujado y perplejo. Le parecía estar sometido a un tratamiento de «disciplina inglesa», porque el caso era que Marzia le producía una turbación malsana muy próxima al deseo sadomasoquista, explicado por el divino marqués, aunque él tampoco había leído a Sade. Por fin se decidió. Hablaba como si se encontrara bajo el dominio de un hipnotizador. Hablaba a su pesar. Pero hablaba.

—Se trata de una pequeña curiosidad, un chisme. Me cuentan que un conocido

nuestro, también amigo de Vittoria, frecuenta un local llamado L'Hibou Rose — mintió sin demasiada convicción—, y quisiera saber qué clase de local es ése, dónde está y todo lo que se pueda conocer de él. Trato de encontrarlo en las guías o en el listín telefónico.

Marzia se le quedó mirando largamente, al tiempo que componía el gesto característico de hacer memoria, las cejas fruncidas y la boca apretada.

—Perdóneme. Serán sólo unos segundos. Vuelvo enseguida.

A Giorgio aquellos segundos le parecían siglos. Casi estaba arrepentido de haber confiado a Marzia aquel encargo singular.

Pero Marzia ya había entrado de nuevo al despacho. De pie, sin sentarse, empezó a informar con voz monótona, sin apenas una inflexión.

—L'Hibou Rose es un conocido cafetín de espectáculos eróticos, lugar de encuentro de parejas extravagantes, de gays, lesbianas y transexuales. Se encuentra situado enfrente del edificio de la Bolsa, en la Rué des Chartreux. Dispone de una pantalla gigante donde ofrecen imágenes de estriptís femeninos y masculinos, desnudos totales, pero sin escenas de acción explícita o de pornografía dura, sólo insinuadas. Las imágenes en la pantalla alternan con representaciones en vivo. De vez en cuando sube al escenario alguien del público, un aficionado o un espontáneo, o un gancho del local, chica o chico, y se desnuda entre las aclamaciones del público. El precio de la primera consumición es de mil francos, y las siguientes sólo quinientos. Es igual lo que se beba, el precio es el mismo por una coca-cola que por un whisky. En realidad, lo que cobran es el espectáculo. Controlan discretamente la entrada y obligan a inscribirse en un club, el Club de L'Hibou Rose, para ser admitido, aunque el acceso al local es inmediato. La inscripción cuesta cuatro mil francos. Mucha gente da nombres supuestos para no figurar en una lista de esa especie. No exigen documentación. Desde luego, se trata de un lugar considerado... ¿Cómo lo diría...? De mala nota.

Seguramente la palabra apropiada para definir el estado de ánimo en que quedó Giorgio es «anonadado». Incluso permaneció algunos segundos con la boca abierta físicamente, en sentido directo. Permaneció varios siglos, varios milenios sin pronunciar palabra. Por fin, dio el habla.

—Marzia, dígame... No, no me diga... Otra cosa. Necesito alquilar un apartamento pequeño, quizá en uno de esos edificios donde las viviendas son de dos habitaciones, dormitorio y cuarto de estar, un baño y una minúscula cocina, lo suficiente para hacerse un desayuno o una merienda y tener un frigorífico. Un estudio. Lo necesito para... para un amigo que llega de Milán y permanecerá en Bruselas durante algunas semanas.

—No me importa para quién lo necesita, señor Notti. Hago unas llamadas telefónicas y enseguida le informo. Tal vez pueda solucionarle el problema hoy mismo.

Volvió a entrar al poco.

—He encontrado un apartamento de ese tipo en el número 33 del Square Marie-Louise. Es un *flat* exterior y tiene una ventana que da a una plaza. En la plaza hay un estanque y la estatua de un ciudadano ilustre, quizá un general. Es una plaza grata y tranquila. El estudio se encuentra totalmente amueblado. Consta de un dormitorio con cama de matrimonio, salita con televisor, radio, mesa de trabajo y una estantería, cocina con frigorífico y baño. El baño no tiene bidé. Los belgas no son aficionados al bidé. —Aquí Marzia se permitió una imperceptible sonrisa de ironía—. Naturalmente, cuenta con calefacción central. Puede alquilarse por semanas o por meses; cinco mil francos a la semana o veinte mil al mes. Me lo tienen reservado, pero habría que dar la respuesta hoy mismo. Usted me dirá.

—Sí, sí, claro. Puede formalizar el alquiler.

—¿A qué nombre se extiende el contrato? —Tal vez lo preguntó con un dejo de sorna, o tal vez fuese sólo un recelo de Giorgio.

—Al mío, naturalmente.

—Voy a confirmar el alquiler.

—No, espere, Marzia. Otra cosa. El sábado por la tarde tendré que estar aquí hasta las siete, pero sin estar, y vendrá un señor extranjero a buscarme, pero que no vendrá, y me llevará a un restaurante cuyo nombre no le habré dicho y que además no existe. No sé explicarme mejor.

—Lo he comprendido perfectamente, señor Notti. No se preocupe. Yo vendré a las seis, y a *cualquier persona* que llame preguntando por usted le diré que acaba de irse a cenar con un señor extranjero cuyo nombre desconozco a un restaurante que no ha especificado y que no tengo idea de cuándo volverá.

—Es usted un sol, Marzia.

—No pretendo ser un *sol*, señor Notti. Pretendo ser solamente una buena secretaria.

Y entonces Giorgio se alzó del sillón y fue hacia la puerta. Desde el umbral, se volvió hacia Marzia, se armó de valor, le lanzó un beso con un soplo, desde la mano extendida y se fue tarareando y contoneándose. Lo que hizo Marzia con aquel beso aéreo no se sabe. Giorgio ya le había dado la espalda.

4. El triángulo isósceles

Llegaron a Villa Luce después de la una de la madrugada, pero allí estaban todos despiertos, esperándoles impacientes, Marcela y su hija Celina, Enrico con los perros, la bestia de Giustina con su culo glorioso, Pasqualina la simple, Cecilia la bizca y patizamba, y, naturalmente, Giacomino, que no había querido ir al aeropuerto, Dios sabría por qué. Don Pelayo conducía el Jaguar XJ-12 recién comprado, en el que venían Elettra y los novios. Girolamo, o sea, Fiorenzo, venía detrás con el Fiat pequeño, cargado con el equipaje. Fiorenzo era el ayudante de Enrico. El chico se llamaba Girolamo, pero Enrico lo había rebautizado como Fiorenzo, y con Fiorenzo se quedó. Enrico lo explicaba así. «Fiorenzo es uno que anda entre flores, o que florece junto a ellas, y a eso es a lo que va a dedicarse este muchacho. Qué Girolamo ni Girolamo. Se llamará Fiorenzo.» Ya nadie se acordaba en Villa Luce del nombre de Girolamo. Incluso si alguien le preguntaba al chico que cómo se llamaba, él respondía con naturalidad: «Me llamo Fiorenzo.»

Al aeropuerto de Malpensa habían ido los padres y la *nonna* de Giorgio, en el Bentley. El abuelo Notti había tenido que ir a Turín a una reunión de negocios, con cena incluida.

—Yo iré a Turín a esa reunión, papá, y así tú puedes ir a Malpensa a esperar a Giorgio. Si no te ve, se llevará una desilusión —propuso Gaspare Notti.

—¿Y qué vas a hacer tú en Turín, hijo mío? Aquellos zorros son capaces de venderte la Sábana Santa, y tú eres capaz de comprarla. No te preocupes. Además, mañana mismo veré a Giorgio en Villa Luce.

Después de los saludos, el Bentley había regresado a Milán y el Jaguar se había encaminado hacia el Lago Maggiore. Al salir de la sala de recogida de equipajes, Totoya y Giorgio habían buscado con los ojos a alguien que no encontraban.

—El abuelo no ha podido venir. Ha tenido que ir a Turín y se ha quedado muy triste —explicó la *nonna*. En realidad a quien ellos buscaban no era al abuelo; era a Giacomino.

—¿Y Mino, dónde está Mino? —preguntó, ansiosa, Totoya. Elettra no sabía qué decir.

—Prefirió quedarse. Ha dicho que los cinco iríamos incómodos en el coche —explicó lacónicamente don Pelayo.

Estaba crecida la luna y Júpiter brillaba majestuosamente en el cielo limpio y alto. A esa hora de la noche, el lago era un inmenso animal de fondo, y en el lomo azul oscuro se abría, temblorosa, la herida fulgente y ensangrentada de la luna. A Giorgio aquello le daba igual. El lago era *bonito*, y basta. Pero a Totoya se le llenaban los ojos de belleza y se le ensanchaba el corazón, que casi le galopaba en el pecho, y se le agolpaban los recuerdos en la memoria. Se asomaba a la ventanilla para gozar del paisaje y mientras tanto le apretaba la mano a Giorgio en el intento vano de transmitirle su emoción. Pero Giorgio, ya se sabe, era «una bestia especializada». Al

llegar Totoya a Villa Luce, Celina repitió los besos llorosos de la despedida. Marcela metió a la chica entre las generosas ubres que habían hecho en tiempos las delicias del *bell'uomo*, Dios lo tenga en su gloria, y allí la retuvo un rato, casi impidiéndole respirar. Enrico le daba besos sonoros en las mejillas y repetía una y otra vez «*figliola, figliola, figliola*», los perros la saludaban saltando, ladrando y moviendo alegremente la cola, y las demás chicas le apretaron la punta de los dedos con las manos ásperas, e iniciaban un remedo de respetuosa reverencia. Eso, y que se pusieran la cofia y los guantes blancos en determinadas ocasiones era lo más que Elettra y Marcela lograban de ellas. A Giustina se le quedó la boca abierta mirando a Giorgio, y Marcela tuvo que cerrársela de un empujón. A Pasqualina, la tonta, y a Cecilia, la bizca, también hubo que despabilarlas y mandarlas a su cuarto. Aquella noche don Pelayo no subió a la torre a mirar las estrellas.

—Esta noche no hay estrellas ni telescopio ni periscopio, Pelayo. Esta noche la astronomía la estudias en tu cama, como Dios manda.

Ya sabía don Pelayo lo que aquello significaba.

—Bueno, mujer. Ya lo pensaba yo.

—Pues, eso.

Marcela les había preparado té con *margberitine* del lago, a la inglesa, y chocolate con picatostes, a la española, por si llegaban con apetito. Además, abrigaba la secreta esperanza de que con el refrigerio se prolongaría algo la conversación antes de andar todos a la cama. Marcela estaba deseosa de conocer pormenores del viaje. Y Celina les tenía dispuesta la alcoba, con ropa de noche para los dos, recién lavada y planchada, oliendo a lavanda, para que no tuvieran que entretenerse deshaciendo las maletas. Tomaron el pisco, anunciaron que traían regalos para todos, «mañana haremos el reparto», se despidieron con profusión de besos y se fueron a dormir. Giacomino permaneció casi en silencio todo el rato, escuchando y comiendo. Tal vez comía por no hablar, y se fue a su cama en cuanto los novios se alzaron para irse a la suya. Había imaginado el encuentro con su hermana y con Giorgio de manera muy diversa. Se contemplaba a sí mismo con el pensamiento, con el deseo también, abrazando a Totoya, alzándola y dando vueltas con ella en brazos, riendo los dos, hasta que ella pidiera «¡Basta ya, por favor, Mino, no puedo más!», o él quedara rendido y sin fuerzas. Y a Giorgio le daría un abrazo y lo besaría en las dos mejillas, procurando rozarle la boca con los labios, y entonces él le apretaría con más fuerza en el abrazo. Nada de eso ocurrió. Vio a su hermana al bajar del coche, le sonrió levemente, le puso las dos manos sobre los hombros y, sin aproximarse demasiado, le rozó levemente las mejillas con las suyas y dio dos besos al aire. Igual hizo con Giorgio. Fue Giorgio el que le abrazó fuerte y le estampó dos besos sonoros en los carrillos, casi en la boca.

Es curioso e imprevisible el ser humano. Pasa horas, quizá días o años, deseando ansiosamente que suceda un acontecimiento determinado. Se desvive en la espera, y cuando por fin ocurre el suceso y llega lo que aguarda con tanto afán, se ve invadido

por una especie de timidez, de inexplicable desgana o de anticipada y triste decepción. Pasa con el amor. Vive uno sobre una hoguera de anhelos, y cuando por fin alcanza el objeto del deseo y realiza la posesión, siente eso que llaman «la tristeza animal del coito». El placer no sólo da dolor «después de acordado». Da dolor inmediatamente después de ser habido.

Los novios estaban cansados del viaje, y aquella noche se durmieron enseguida. Quien no se durmió pronto fue Mino. Celina le oía desde su cuarto dar paseos, abrir la puerta y asomarse al corredor. Oía el chasquido del interruptor al encender y apagar la luz, arrastrar un sillón, abrir la ventana sobre el lago, silbar a los perros, que se pusieron a ladrar un rato hasta que Enrico los llamó con voz perentoria. En cambio, de la habitación de los novios no llegaba rumor alguno, sólo silencio.

A la mañana siguiente, después del desayuno, hubo reparto de obsequios. Celina ya había vaciado las maletas, todo había sido colocado en su sitio y los paquetes de los regalos estaban preparados, cada uno con el nombre del destinatario escrito en el envoltorio. Totoya había sido muy diligente, y por donde habían ido pasando, las Baleares, París y Bali, había ido comprando objetos curiosos, ropas divertidas, pequeñas joyas, colgajos y cachivaches. Al terminar la ceremonia, Giorgio propuso dar una vuelta en bicicleta, y los tres chicos salieron pedaleando con fuerza por el paseo de los castaños. Al verles sacar las bicicletas, les gritó Enrico: «No se os ocurra bañaros. En este tiempo, el lago es traicionero y de pronto el agua se vuelve fría y pincha el cuerpo con agujas de hielo. Y además, tira de uno hacia adentro.» Se dirigían sin duda hacia la playita de los sauces llorones, ese lugar sombreado y escondido que tanto sabía de picardías infantiles, de juegos prohibidos de adolescentes y del pecado de los dioses.

A pesar de lo que había dicho Enrico, aquel octubre se presentaba piadoso, soleado y hasta tibio. Los picos alpinos que se podían contemplar desde la ribera del lago no se habían calado aún el gorro de nieve. Se estaba bien en Villa Luce. Se tendieron bajo los sauces, sobre una vieja lona impermeable que debía de llevar años y años allí, quizá más de medio siglo. A lo mejor era la misma lona sobre la que habían florecido las pequeñas amapolas de sangre que dejó la abuela Vittoria la primera vez que cometió con su hermano el pecado nefario, perverso y también divino, llamado incesto. Allí, bajo aquellos sauces, los dos chicos, Giorgio y Giacomino, habían contemplado mutuamente sus jóvenes cuerpos desnudos y luego, tendidos en la arena, la mano de Giorgio había buscado tímidamente la de Mino, mientras el chico esperaba el contacto temblando de emoción.

—Mino.

—Dime, Giorgio.

—¿Quieres venir esta noche a nuestro cuarto?

—Yo sí. —Le temblaban los labios—. Claro que quiero ir a vuestro cuarto. Pero no sé si Totoya querrá que vaya.

—Quien no sabe si tú querrás ir soy yo, descastado. Ayer noche ni siquiera fuiste

al aeropuerto a esperarme. Se conoce que no tenías prisa en vernos, ni a Giorgio ni a mí. Estuviste a punto de hacerme llorar delante de todo el mundo, cabrón.

Mino cambió el tono de voz. Adoptó un aire trascendente y tal vez un poco cursi.

—Totoya, tú y Giorgio sois lo que más quiero en el mundo. —Y se le saltaron las lágrimas al decirlo.

Totoya se levantó y fue a su lado. Empezó a acariciarle la cara y a besarle los ojos y los labios. Llamó con la mirada a Giorgio, que también lo acariciaba con ternura. Introdujo ella una mano por el escote abierto del polo y comenzó a sobarle una tetilla, dándole leves pellizcos en el pezón, que le hacían quejarse, mientras Giorgio reía. Totoya bajó después la mano hacia la pistolilla, empezó a frotar allí por encima del pantalón y pronto comprobó el resultado. Jamás le había fallado la pistolilla de Giacomino. Lo que tenía Mino era pistolilla desde la noche del gatillazo, porque así la llamaron aquella noche en que Totoya fue *formidable*. Sonrió la chica con el orgullo y la alegría del vencedor, pero se alzó en un repentino salto y montó en la bicicleta.

—Todo eso lo dejamos para esta noche, *ragazzi*. —Guiñó un ojo al hermano—. A lo mejor se te olvida o no quieres verme, como anoche, que no te dio la gana de ir al aeropuerto.

Con el movimiento de los labios, pronunció él una palabra sin voz: «Put», y Totoya se echó a reír, pero ya pedaleaba.

Aquella noche y las siguientes se repitió el paraíso del día de la boda, cuando Totoya y Giorgio llevaron a Giacomino a la alcoba de su estreno conyugal y lo pusieron entre los dos y lo adoraron y lo amaron. Aquella noche perversa y divina, los tres muchachos, desnudos y exaltados, cambiaban de sitio y de posición como en un ballet triangular y equívoco, dirigido por un coreógrafo burlón que se divertiera trastocando constantemente los papeles y las evoluciones.

Los días en Milán transcurrieron lentos y aburridos. El abuelo Notti retenía por la noche a Giorgio explicándole pormenores del negocio y sus planes en la Europa comunitaria abocada hacia el Este. Sólo un par de días lograron escapar de las largas lecciones del abuelo y salir a un restaurante y luego a un espectáculo nocturno, un teatro y un concierto.

En Villa Luce, Mino... Ya se verá lo que fue de Mino. Por de pronto, se quedó solo. Su madre se levantaba casi a la hora de la comida y luego jugaba al bridge hasta la madrugada con amigos que venían todas las noches a la casa. Don Pelayo se subía a la torre a mirar las estrellas con el telescopio gigante, a espiar las ventanas iluminadas de las casitas de la otra orilla con el telescopio pequeño y a enterrar sus envites, todavía briosos y pujantes, en el culo glorioso de Giustina. Marcela, claro está, cuidaba a Giacomino con mimo. Y luego, de vez en cuando, en las atardecidas, el muchacho iba a charlar un rato con Enrico, que siempre contaba historias

fascinantes.

—Cuéntame lo de la gaviota, Enrico. ¿Es cierto que viene a verte todas las noches y te trae un pez en el pico?

—No viene todas las noches. Viene sólo de vez en cuando. Pero el que viene es el Evangelio, y me trae un pez para mi cena y a veces duerme en el cabecero de mi cama. Yo creo que es el alma de una novia que tuve de muy joven. Yo era muchacho, casi un niño, y esa novia se me murió antes de que yo la besara. Ya no he vuelto a tener otra, y ella sabe que sigo siéndole fiel. Cuando viene por las noches, me chilla con ira y mete su pico entre mis labios. Y eso es que me pide los besos que no le di cuando podía dárselos de hombre a mujer. Las mujeres son empecinadas, y si se empeñan en besarte son capaces de resucitar de entre los muertos para comerte los labios.

—Eso es mentira. Eres un embustero. Esa historia es increíble, Enrico. Esa historia te la inventas para contársela a las criadas y tenerlas embobadas.

—Muchas de las cosas que suceden en esta casa son más increíbles que la historia de la gaviota, hijo mío.

—¿Y qué cosas pasan, Enrico?

—Nada. Eso, mentiras.

Marzia le puso a la firma las copias del contrato del apartamento del Square Marie-Louise y dos talones en blanco, sin rellenar, uno de la cuenta de la firma de Electrodomésticos Notti y otro de la cuenta personal de Giorgio, al tiempo que un doble juego de llaves.

—Me han dado las llaves aunque falte la firma y el pago. Es natural. Tienen confianza en nuestra seriedad, aunque ya sabe usted que los belgas son muy desconfiados. Seguramente por eso han producido un detective de mentira, Hércules Poirot, y un escritor de novelas policiacas de verdad, Georges Simenon.

Giorgio firmó las copias del contrato, dudó por un momento con la pluma en alto y luego firmó el talón de la cuenta particular. Tomó los dos juegos de llaves, del portal y del apartamento, y le tendió uno a Marzia.

—Quédese con él. Consérvelo para un caso de apuro. Este juego se lo daré yo a mi amigo... cuando venga —dijo, y puso las dos llaves junto a las otras, en su llavero.

—Está bien, señor Notti. ¿Quiere que me ocupe de llevar lo más necesario de comida y bebida, galletas, chokolatinas, mermeladas, leche, café, té, refrescos, cerveza, todo eso que hace falta para un desayuno o una merienda, o simplemente para pasar un rato? He encargado que instalen un aparato de vídeo, que no acompañaba al televisor. ¿Desea que le compre algunas películas? —No esperó la respuesta—. ¿De qué tipo? ¿De aventuras, del *Far West*, de cine negro, musicales, románticas, eróticas —dudó un momento y bajó los ojos y la voz—, pornográficas?

¿Conoce usted los gustos de su amigo?

Se diría que la mujer se recreaba casi cruelmente en demostrar su superioridad, su dominio absoluto sobre aquel jovencito guapo, alegre, simpático y un tanto equívoco que le habían puesto de jefe.

—¿Los gustos de mi amigo? No los conozco. Bueno, sí. Le gusta todo. Lo mejor es que compre varias películas y de todos los tipos, y que él elija. Los gastos los pasa a mi cuenta personal. Gracias, Marzia. Está usted en todo. Gracias, gracias. —Iba a añadir: «Es usted un sol», pero se contuvo.

La vida de Marzia, esa vida que ella oculta celosamente sin enseñarla a nadie, no es un jardín de rosas. Vive en un pequeño apartamento del Square Ambiorix, en un barrio de diplomáticos y empleados, junto a tres seres tristes y problemáticos. Está casada con un hebreo de cincuenta y tantos años llamado Benjamín Bachner. En algunos ambientes judíos de Bruselas se dice que Bachner había pertenecido en su juventud a los servicios secretos israelíes, el temido Mossad, y que jamás había mostrado reparo alguno en mandar al infierno a los enemigos de Sión. Seguramente llevaba varios cadáveres a la espalda, ya que no sobre la conciencia. Padece una parálisis progresiva por culpa de esa enfermedad terrible que se llama esclerosis en placas y que va dejando el cuerpo como de trapo y convierte al enfermo en un muñeco de peluche y después en un guiñapo, hasta que por fin paraliza también los pulmones y el corazón. Vive desde hace tiempo sentado en un sillón de ruedas que no puede manejar ni mover, de modo que para trasladarse de habitación a habitación necesita que alguien lo empuje, así como que le ayuden para ir del sillón al lecho y del lecho al sillón.

La desgraciada familia de Marzia se completa con la madre de él y la de ella. La madre de Benjamín es una alemana vieja, viuda desde muy joven, llamada Sara, y que sólo habla alemán y un dialecto duro y oscuro, incomprensible para Marzia. Permaneció casada el tiempo suficiente para concebir a Benjamín, que nació después de la muerte del padre. Ha vivido siempre viuda y sola, y eso sin duda ha contribuido a agriarle aún más el carácter. Lo único que tiene en esta vida es ese hijo póstumo, paralítico y seguramente asesino. En los últimos años de su vida, se halla amargada por la enfermedad del hijo y le atormenta la idea de sobrevivirle y quedar así desamparada, pues piensa que la nuera la echará inmediatamente de la casa y la dejará vivir sola, sin cuidado de nadie y dependiendo de una pensión pequeña e insuficiente. Padece un malhumor eterno y un genio avinagrado. Tiene malo el carácter y mala la sangre. Vigila constantemente al matrimonio, escucha sus conversaciones y hasta espía el sórdido juego sexual que Benjamín le pide a Marzia. Seguramente, disfruta con esa degradación con que su hijo humilla a su mujer. Una noche, Marzia, sospechando que la vieja escuchaba detrás de la puerta de la alcoba, llegó a ella silenciosamente, la abrió de golpe y sorprendió a la curiosa.

—¿No le da a usted vergüenza, Sara? Váyase a la cama inmediatamente, y si no tiene sueño, váyase al infierno.

Sara no se fue al infierno, por el momento, pero se marchó deprisa a su alcoba mascullando palabras ininteligibles en alemán cerrado, tal vez en dialecto, Dios sabe. Y su hijo sólo acertó a decir desde su sillón de inválido:

—*Oh, mutti, mutti, mutti.*

La madre de Marzia es una holandesa bastante más joven que Sara —casi de la misma edad que su yerno—, pequeña y activa. Tiene un nombre extraño y buen carácter. Se llama Manja, y a pesar de estar metida en aquel pequeño infierno del Square Ambiorix, conserva el buen humor y una infinita paciencia. Pero nadie le quita de la cabeza que su hija, siendo todavía joven y hermosa, y disponiendo como dispone de una inteligencia nada común y de una laboriosidad excepcional, no tendría por qué sacrificar su vida entera a ese marido celoso, camastrón, gruñón, rijoso y degenerado, y a una suegra amargada, holgazana y desagradecida. Es ella la que lleva la casa, atiende la cocina, hace la compra diaria y empuja la silla de ruedas de Benjamín para trasladarlo de una habitación a otra. Ni siquiera ese trabajo quiere hacer Sara, con el pretexto de que no tiene fuerzas para mover la silla con su hijo encima y se fatiga demasiado. Cuando está Marzia, es ella la que atiende a Benjamín y lo lleva de un lado a otro. Marzia almuerza fuera todos los días laborables, en una *brasserie* modesta, y luego, por la noche, ayuda a su madre a preparar la cena. Los sábados y los domingos permanece en casa, y lee muchos ratos para Benjamín, generalmente novelas de espías o de terrorismo, *Chacal*, las obras de John Le Carré, las policiacas del comisario Maigret o de los italianos, Giorgio Scerbanenco, esa clase de cosas. Sólo a veces sale un rato a un cine o un concierto, siempre sola.

Benjamín Bachner es inteligente, culto, astuto y receloso. Hace años que convive con esa mujer atractiva y mucho más joven que él sin poder poseerla, ni siquiera tocarla, y se ha acostumbrado a pedirle que se desnude delante de él, ante su cuerpo paralizado, y con frecuencia le ruega que se toque hasta darse placer. Si ella se resiste a entrar en ese juego vicioso, él le suplica lastimeramente, como un animal apaleado o maltratado. A Marzia le parece que ese rito sexual que su marido le pide casi todas las noches es una liturgia siniestra y perversa. Se trata de un final detestable para una jornada de trabajo intenso, y además le humilla y entristece desnudarse y masturbarse delante de un enfermo que sólo puede mirar con ojos ansiosos y sufrir con impotencia dolorosa. Pero si ella se niega, a él le acomete un ataque de furia, tanto más patética cuanto que no puede desahogarla sino con gritos de desesperación y con insultos tan ofensivos como injustos, que las dos suegras oyen desde sus cuartos con sentimientos opuestos: con acongojada desolación Manja, y con malvado placer Sara.

Las horas que Marzia pasa trabajando para llevar adelante aquella casa inhóspita, habitada por personajes lóbregos, lacerados de cuerpo y alma, las ocupa Benjamín Bachner en inventar trampas dialécticas, sagaces cepos lógicos para tratar de averiguar si su mujer se divierte fuera de su vista, y cómo y de qué manera, y si le

pone los cuernos con otros hombres. O, apurando la fantasía, con una compañera de oficina o alguna amiga que él no conoce y cuya intimidad ella esconde celosamente. Si Marzia no se acuesta con hombres, se remediará con alguna compañera soltera o separada del marido. Eso es lo que se cuece en el cerebro dañado de Benjamín Bachner.

—Marzia, he meditado mucho en la vida tan triste que llevas; trabajar, sólo trabajar, sin diversión alguna, soportando a un tullido y a dos viejas impertinentes, manteniendo a esta pequeña corte de los milagros. Eres joven y atractiva y estás sana, y sería justo que tuvieras alguna satisfacción sexual, aunque en ella no entrase para nada el amor. El amor lo puedes guardar para mí, que lo necesito más que nadie en el mundo. A mí, esa relación, si no es muy frecuente ni intensa, mejor si es esporádica y superficial, lejos de humillarme o encolerizarme, me tranquilizaría la conciencia. Ni siquiera me importaría que me contaras tus experiencias, sobre todo si lo haces mientras te desnudas para mí. Eso podría excitarme y hacerme gozar aunque sólo sea con el pensamiento.

—Mira, Benjamín, yo no voy a empezar una relación sexual, ni esporádica ni intensa ni de ninguna otra manera, ni tú estás dispuesto generosamente a autorizarla. Tú eres un cabrón de zorro, acostumbrado a poner ceos en los interrogatorios, pero yo no soy una gallina que esté cacareando en espera de un gallo, ni me vas a coger en ninguna trampa, sencillamente porque no ando por caminos escabrosos en busca de cuernos para adornar esa cabeza tuya que no para de cavilar malicias y maldades. Si quisiera ponerte los cuernos, te los pondría con toda facilidad, y no me faltaría con quién. Pero deberías saber muy bien que te he sido siempre absolutamente fiel, y que seguiré siéndolo, aunque tu desconfianza no se lo merezca. Lo seré por propia estimación, para que nadie pueda decir, ni siquiera pensar, que se ha tirado a una pobre mujer necesitada de un revolcón porque está casada con un marido paralítico. Guárdate para ti esa proposición de cuernos que me haces, y si eso te excita, tú te lo piensas, tú te lo inventas y tú te lo gozas, pero no intentes engañarme con esas tretas enrevesadas. Y no te masturbes más los sesos, que te los vas a hacer agua. Todo lo que sucede en esta casa es triste, pero es más sencillo de lo que te figuras. Aquí hay una mujer que trabaja y que cuida con todo el amor de que es capaz a su marido enfermo y a dos ancianas más o menos insoportables, porque toda vejez es insoportable, aunque sagrada. Y ahora, si quieres, te leeré durante un rato un libro de espías, que a ti te entretienen y a mí me aburren.

—¿Y quiénes son esos que estarían tan dispuestos a ponerme los cuernos?

—Eso tendrás que adivinarlo tú solito. Haz como en las películas policiacas. Empieza a eliminar sospechosos.

—Tengo que reconocer, en honor a la verdad, que siempre has sabido librarte admirablemente de mi desdén. Jamás he podido sorprenderte en un fallo de talento que merezca claramente mi desprecio. Ya sé que mi amor no te sirve de nada, pero te quiero. Te quiero de verdad, Marzia, créeme. Siempre he estado enamorado de ti, y

enamorado de ti continuo.

—Mira, Benjamín, no seas cínico. Si no me quisieras serías el ser más miserable de la Tierra. Y ni siquiera estoy muy segura de que no lo seas.

—Eso está bien. Al menos, logro tenerte perpleja. Dudar es también una forma de amar. Tal vez sea la primera manera de amar, anterior aun al momento en que uno se percate de que ama.

—¡Anda ya, con el filósofo! Cómo se ve que tienes tiempo para pensar sandeces.

—No sólo sandeces. Muchas veces pienso perversidades. Te lo confieso, Marzia. Se me ocurren unas ideas perversas.

—Sí, ya lo sé. Pero no puedes realizarlas. No puedes llevarlas a la práctica, sólo pensarlas y decirlas. Te fastidias, muñeco. Paciencia y barajar. Y conste que yo también te quiero, tonto. —Y se lo dijo riendo.

5. El Búho Rosa

A las siete de la tarde del sábado L'Hibou Rose estaba prácticamente desierto. Merodeando por la puerta de entrada, esperaban cansinamente algunos tipos raros, masculinos, femeninos y ambiguos o epicenos, y alineando y preparando las mesas u ordenando el escenario, algunos empleados se afanaban bajo la mirada de un sujeto fornido y malencarado con pinta de ser el dueño o el gerente del local. Un portero atlético y uniformado guardaba ya la entrada. Dentro, detrás de una pequeña mesa de madera sucia y gastada, se sentaba una falsa rubia, entrada en años, mucho más que rubensiana, con las carnes blancas rebosándole por todos los bordes de un vestido de color rojo chillón. Las raíces de los cabellos, teñidos de platino, eran negras. El exceso ubérrimo se desplomaba sobre la mesa y descansaba allí, sobre una carpeta vieja y dos talonarios, uno de recibos y otro de localidades. Llevaba la cara pintarrajeada con descuido, como un retrato de Rouault. Parecía escapada de uno de los famosos escaparates de rameras de Amsterdam o de Hamburgo.

—Pase, señor. Le atenderá madame la Marquise. Quiere hacerse socio, ¿verdad? ¿Es usted el señor que espera Dan, o me equivoco? Son cinco mil francos, cuatro mil por la inscripción en el club y mil por la primera consumición. Enseguida estará aquí Dan. Ya ha avisado por teléfono para que le atendamos. Encantado, señor. Aquí puede sentirse como en su casa. Éste es su club. Gracias, señor.

El fulano que hacía de propietario o de encargado llamaba a *aquello* de detrás de la mesa «madame la Marquise». Pues muy bien. Madame la Marquise le tomó los cinco mil francos, los depositó en el único cajón del mueble, le dio el recibo de la inscripción y el boleto de acceso al local, y le sonrió con una boca de *rouge* vivo y corrido y dientes amarillentos.

—Puede darse un paseo, señor —le autorizó el dueño—. Seguramente Dan tardará todavía unos minutos. —Sonrió con benevolencia—. Estos chicos tan jóvenes y tan poseídos de su belleza no suelen ser muy puntuales. A veces, se hacen esperar.

Decidió dar una vuelta. Llegó hasta la puerta de Chez Flo, en la Rue au Beurre, donde se anunciaba un espectáculo de travestidos, y volvió sobre sus pasos. Dan estaba llegando por el lado opuesto. ¡Dios bendito, qué pinta traía el muchacho! Se quedó parado en seco, sin dar un paso más, arrepentido de su atolondramiento al aceptar la cita. Dan le dirigió un saludo alegre, agitando la mano. Traía un pantalón verde billar, muy ajustado por arriba y muy ancho por abajo, con más vuelo aún que los pantalones de los marineros, unos zapatos rojos de tacón alto, una camisa de seda roja, muy abierta, hasta poco más arriba de la cintura, una cazadora de cuero blanca, al cuello una gruesa cadena de oro, seguramente falso, y las crenchas morenas cayéndole sobre la frente, casi tapándole los ojos. Cuando miraba aquellos cabellos negrísimos, a Giorgio siempre le entraban deseos de pasar los dedos por entre ellos. Estuvo a punto de echar a correr, pero Dan ya se le había acercado, sonriente y cautivador, absolutamente seguro de sí mismo, le había dado sin esperar a más un

beso en la boca, mojado y largo.

—¿Has hecho ya la inscripción?, ¿sí?, muy bien, vamos a cenar y luego volvemos, que ya estará esto animado.

Dan no dejaba muchas opciones. Había abandonado su aire dócil y respetuoso, aquel aire que gastaba en La Cage, y ahora se creía o, mejor, se *sabía* verdadero dueño de la situación. «Se comporta conmigo como un marido imperioso», pensó Giorgio. No se atrevía a imaginar el desenlace de aquella cita. Acariciaba en el bolsillo la llave del apartamento del Square Marie-Louise, pero no había tomado ninguna decisión acerca de sus propósitos para el final de la noche. En su ánimo combatían dos fuerzas contrarias y violentas. De momento, era Dan quien llevaba la iniciativa y quien mandaba.

—A propósito, tú te llamas Giorgio, ¿verdad? Giorgio, ¿qué?

—Giorgio Bianchi —mintió con una mínima prudencia, aunque ya imaginaba que el chico se habría enterado de quién era y en qué oficina trabajaba, y la mentira resultaría perfectamente inútil.

—¿Bianchi? —preguntó Dan con impertinencia—. ¿Es que en Italia todo el mundo se llama Bianchi? También podrías haber dicho que te llamas Rossi. Bueno, para el amor los apellidos no importan. Todo el mundo se llama por el nombre de pila. Yo no he conocido a nadie que me haya dicho: «Cuando me comes el *concombre* me pones loco, Cordonnier.» Porque yo me llamo Cordonnier. Sabes lo que es el *concombre*, claro. A mí me gusta llamarle así. Lo de polla queda muy vulgar. Todos me dicen eso del pepino, pero llamándome Dan, ni siquiera Daniel como el periquito, y se me ha quedado de mote, Dan *le Concombre*. La periquita Danielle puso dos huevos, los empolló durante un día y después los rompió y se los comió. Desde entonces le gasto la misma broma a Sissí: «Aprende de las periquitas, Sissí, que se comen los huevos», y ella me dice: «Venga, pero que los míos no le gustan porque son huevos de maricón.» Martin dice que los periquitos se comen a los hijos para que no crezcan en cautividad. Joder, pues él no se ha comido a Sissí, que la tiene todo el día atada a la caja. Tú podrás llamarme algún día «pepino mío», nada de Cordonnier. Un tío mío me contó que tenía una amante que cuando se corría con él le llamaba por el apellido, y le gritaba: «Sigue, mesié Cordonnier, sigue, cabrón», y a él le entraba la risa, y se le acababa la fuerza. Se le quedaba como un higo y se le salía, y entonces ella le llamaba «Cordonnier, cabrón», pero con más rabia. ¿Hablo mucho, Bianchi, o Rossi, o como te llames? Bueno, vamos a cenar. He reservado una mesa en un lugar estupendo, donde dicen que se come un marisco y un pescado riquísimos, de chuparse los dedos. Lo bueno es que haya algo que chupar. —Lo dijo sin acentuar la probable intención picara, con toda naturalidad—. Nunca he podido comer allí, pero tú me vas a llevar esta noche, ¿a que sí, mi amor? Se llama La Belle Maraîchère y está en la Place Sainte-Catherine. ¿A ti te importa que te vean conmigo, Giorgio? ¿Te vas a avergonzar alguna vez de mí? Porque, si quieres, lo dejamos desde ahora.

—No, no —musitó Giorgio—. Está bien, está bien, vamos donde tú digas.

—Pues entonces, allí. Después pasamos un rato en L’Hibou Rose; los sábados y los domingos estoy contratado para estar allí un par de horas, a veces un poco menos, y algunas noches me desnudo en el escenario como si fuera un cliente normal que sale de entre el público, y el dueño me paga por hacer el estriptís del espontáneo. Esta noche, como estoy contigo, si tú quieres, me desnudo, y si no quieres, no. Luego podemos ir a algún lugar donde me desnude sólo para ti, amor, bueno, *amore*, que tú eres italiano. Pero lo mejor es alquilar un reservado en L’Hibou. Si me llevo a algún cliente fuera, el mamón del dueño se cabrea y me regatea la paga.

Cuando terminaron de cenar, al pagar la cuenta Giorgio apartó dos billetes de mil francos y se los puso a Dan en la mano. Le dijo al chico que no tenía más remedio que marcharse inmediatamente, y que quedaba pendiente para otro sábado una nueva cena en La Belle Maraîchère o en cualquier otro restaurante, la visita a L’Hibou Rose y la prolongación de la noche en algún lugar donde podría desnudarse para él.

—¿Prometido, o es que lo dejamos antes de comenzar? Te juro que si lo dejas, te arrepentirás. Que sepas que yo soy formidable.

Giorgio recordó la frase que le había dirigido a Totoya cuando fueron a buscar a Mino a su cuarto: «Totoya, eres formidable.»

—Prometido, Dan. No es que yo me avergüence de ti. —«En todo caso, me avergonzaría de mí mismo», pensó—. Pero es que yo voy vestido así, y tú, con esa ropa..., hacemos una pareja ridícula, llamativa; la gente se reirá de nosotros. Si tú pudieses vestirte más... más...

—¿Más pijo?

—Bueno, eso.

—De acuerdo. Para ir a cenar y pasar por la calle contigo me pondré un traje pijo, pero me lo tendré que comprar, ¿sabes?, y después, en L’Hibou Rose me cambio. Tú podrías hacer lo mismo. Allí guardan la ropa de muchos señoritos o de muchos carrozas, y allí mismo se cambian, y luego vuelven a vestirse de gilipollas en uno de los vestidores, que tienen un armario y una cama turca, vamos, en realidad son folladeros. Es que también hay algunos que les gusta vestirse de mujer. A mí, no. A mí me gusta ir siempre vestido de macho. Yo, de travestido, nada. Además, tendría que ponerme silicona en las tetas, y yo estoy muy bueno como estoy. Dime que sí, hombre. Dime algo. Me gusta que me mimen.

—Sí, Dan. Eres... eres... un bombón. Eso, eres un bombón.

Giorgio había comprendido el mensaje de la compra del traje. Sacó del bolsillo otros cinco mil francos y se los tendió al muchacho, que los guardó con toda naturalidad.

—Ya veremos, Dan. Eso que dices es buena idea. Nos veremos en La Cage y quedaremos para encontrarnos otro día.

Dan le dio un beso en la boca, mucho más mojado y prolongado que el primero, le pasó la punta de la lengua por los labios, le sonrió graciosamente, le guiñó un ojo y lo despidió agitando la mano, como si aquel Giorgio Bianchi rico y de billete fácil se

marchara en un barco a un país lejano o le abandonara para siempre.

Naturalmente, lo esperaba despierta y levantada. Era la primera vez, desde que se casaron, que no cenaban juntos, y eso le producía una vaga inquietud, irrazonada e indefinible, pero concreta. Concreta e incómoda. Las mujeres olfatean el peligro del desvío del macho con una intuición especial, un sexto sentido muy agudizado. Huelen la infidelidad del hombre como las hembras de las fieras intuyen el peligro para su cueva, para su nido y sus crías. Giorgio llegó temprano y esa circunstancia la tranquilizó algo, pero ella lo miraba, más bien lo examinaba, lo escrutaba por todas partes, buscando señales, rastros, olores, colores, arañazos, vestigios que denunciaran una mentira, una traición. Le interrogó hasta la exasperación acerca del misterioso extranjero con el que había cenado, y a Giorgio le temblaba la voz al pronunciar sin convencimiento un nombre del que nadie le había hablado antes a ella ni Marzia ni el propio Giorgio. ¿Dónde habían cenado? Aquí Giorgio dudó aún más, y casi balbuceó. Le explicó que habían cenado en uno de los restaurantes populares de la Grand Place donde se comen las típicas *moules* bruselenses en largas mesas de madera tosca, compartidas con comensales desconocidos. A Totoya no podía dejar de parecerle extraño que un holandés, para hablar de negocios importantes, llevara a su marido a un restaurante donde no hay intimidación alguna y donde estás sacando *moules* de un gran caldero y comiéndolas junto a un belga panzudo o al lado de una turista sueca, pero Giorgio no podía exponerse a que a ella le diera por investigar en un restaurante conocido y le pillara en el embuste. Llegó un momento en que él, exacerbado por tanta pregunta y, sobre todo, por sus propias respuestas que reconocía poco convincentes, dejó saltar sus nervios.

—Totoya, se acabó el interrogatorio. Estoy diciéndote la verdad; si la crees, la crees, y si no, buenas noches. Ya está bien de examinarme como a un *bambino* al que pretendes pillar en una mentira.

Había estallado la tormenta y daba por terminadas las explicaciones. Se refugiaba en el viejo truco de mostrarse ofendido y volver las tornas. Ahora, el papel de agraviado era para él. «Luego, ciertos son los toros. Este mamón me oculta algo», pensó inmediatamente Totoya, y tomó la decisión interior de no descansar hasta averiguar qué había hecho, con quién había estado y dónde había ido su marido aquella noche. Una fuerza investigadora como la de miss Marple se había puesto en marcha. Pero se rindió enseguida. No sabía por dónde empezar la investigación, ni a quién acudir para iniciar una rueda de interrogatorios.

Antes de que llegara Giorgio, Celina le había preparado una cena ligera: *carpaccio* de pez espada y zumo de zanahoria. Se quitó la ropa de calle y se metió dentro de una camisa de dormir, azul pálido, corta y transparente, bordeada por encajes rizados en las dos piezas, el cuerpo y la braguita. Se miró largamente en el espejo, por un lado y por otro, haciendo posturas y adoptando poses como para

dejarse retratar para una revista ilustrada, y se encontró a sí misma encantadora. Estaba segura de que a cualquier hombre le parecería preciosa y, sobre todo, excitante. Pero Giorgio no parecía darse cuenta, y si se la daba, le importaba un bledo la camisa breve, el azul pálido, la braguita, el encaje rizado, la transparencia y la mismísima Totoya. Sin embargo, no se dio por vencida. Para que una mujer de veinte años, guapa, esbelta, en camisita de dormir y en su hora cachonduela se dé por vencida, es necesaria por lo menos una guerra. Tendría que sobrevenir un bombardeo, y ella seguiría coqueteando en el refugio. Realmente, antes de que llegara Giorgio ya había estado ensayando posturas, haciendo visajes, coqueteando un rato con los espejos, con los muebles, con los retratos. Y hasta con Celina.

Después de cenar, las dos mujeres habían permanecido unos minutos delante del televisor contemplando un programa aburrido, y además Celina no hablaba ni una palabra de francés y lo entendía malamente. En los momentos de aburrimiento, con todas las faenas de la casa terminadas, Giorgio en la oficina y Totoya en la universidad, buscaba a veces en la televisión los programas de las cadenas italianas. Por fin, apagaron la pantalla y pegaron la hebra. Celina era la doncella de Totoya desde siempre. Se había apoderado de ella desde que nació. Cuando vino Totoya a este mundo, Celina sólo tenía ocho años, pero se hizo cargo de la niña como si fuera un juguete, una muñeca viva que tomaba biberón, mamaba el chupete y necesitaba que le cambiaran los pañales cuando se hacía pipí o caca. Y además, había que moverla cuando lloraba. Luego, al hacerse adolescente y más tarde joven casadera, Celina la bañaba, Celina la enjabonaba, Celina la enjugaba, Celina la peinaba y Celina la vestía. Celina conocía el cuerpo y el alma de Totoya hasta el último recoveco, hasta los deseos más íntimos y los pensamientos más inconfesables. La conocía mucho mejor que Elettra, con ser Elettra su madre. Es decir, Elettra no conocía a su hija. En una ocasión, se atrevió Celina a hablar así a «su niña»: «Ese celo que tienes con tu hermano te va a hacer desgraciada. Olvida eso, reina mía. Ése es un cariño malo. Los hermanos son hermanos y sólo hermanos.» Para Celina, Totoya era «su niña». Le hablaba de tú si estaban a solas, pero delante de los demás la trataba de señora para arriba y señora para abajo, y se le llenaba la boca del «señora».

—Celina, ¿tú crees que Giorgio me quiere? A veces pienso que a la única persona que quiere es a sí mismo. Los demás somos pretextos, juguetes, instrumentos. Nos quiere, pero a su manera. Nos quiere por egoísmo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Claro que lo entiendo, niña mía. A ti te entiendo, aunque tienes cosas que no hay dios que las entienda. Pero de los hombres no entiendo ni jota. Mi padre, el *bell'uomo*, engañaba a mi madre con todas las tías que se le abrían de piernas, que fueron muchas. Mi madre se enteraba y se peleaban a golpes. Entonces, mi padre la zurraba de lo lindo y le arrancaba quejidos lastimeros. Luego, aquellos quejidos se convertían en ayes de placer. Yo me enteraba de todo porque dormía en la misma habitación que ellos, en la casa de tus padres, cuando vivían en Madrid. Sin embargo, mi madre fue muy feliz con mi padre. A veces pienso que estaba orgullosa de que mi

padre se acostara con tantas mujeres, y luego, si alguien le venía con algún chisme, «el *bell'uomo* se ha tirado a Fulana o a Mengana», mi madre respondía que a ella nunca le había faltado su atención de marido. «Mientras a mí me tenga satisfecha, que se tire a la que quiera. Él es un hombre de verdad, un hombre de una pieza, un hombre como Dios manda, y si alguna zorra se le tiende o le hurga la bragueta, lo encuentra. Pero luego viene conmigo y cumple. Lo mejor lo guarda para mí.» No sé por qué te cuento todo esto, niña mía.

—Yo sé que Giorgio no es así. Giorgio es un poco raro, pero ¿tú crees que me quiere?

—Tú también eres un poco rara, Totoya. Pero es que los señoritos estáis hechos de otra pasta que los pobres. Vosotros necesitáis más... golosina para todo, más ringorringos y más exquisiteces. Mi padre empezaba a coger piernas de cordero asado con la mano y terminaba con tres o con cuatro. Vosotros, los señores, os coméis dos chuletitas con tenedor y cuchillo y quedáis hartos. Cogéis las cosas con dos dedos y no con la mano entera. Cogéis la vida con dos dedos, y eso es finura, pero también es vicio. Mira, hija, yo no he conocido de verdad a más hombre que a mi padre. Una vez, bailando, se me pegó un tío al cuerpo, me arrimó el paquete a la barriga y me tiró un bocadito en una oreja, que dicen que así se pone una cachonda, tú lo sabrás. Yo le sacudí un hostiazo que lo tiré de espaldas. Todos los chicos del baile se rieron de él, y ya no se me acercó ninguno. Ni falta que me hace.

—Pero Celina, tú, tú, tendrás...

—¿Que si tengo ganas? ¡Pues claro que tengo ganas! Me entran ganas como a cualquiera. Vamos, supongo que como a cualquiera. Pero cuando las ganas me aprietan mucho, me arreglo sola. Yo necesito pocas florituras, hija.

—Bueno, pero hay que querer a alguien, Celina. No se puede vivir sin querer a nadie.

—Yo te quiero a ti, tesoro mío. Con eso tengo bastante.

—No digo eso. Querermé a mí es otra cosa. Digo querer a un hombre, besarlo, acariciarlo, gozar con él y ver cómo él goza contigo.

—¿Y que te sacuda la badana o te ponga los cuernos? Calla, calla. Yo estoy muy bien como estoy. Mira, una tarde vi a mi padre en pelota, que salía de la ducha. Nunca había visto a un hombre así, ni lo he vuelto a ver en mi vida, y a lo mejor me muero sin verlo. Luego, por la noche, soñé con él. Una no manda en los sueños. En los sueños mandará Dios. O el Diablo. O quien sea. Me lo pasé muy bien, muy bien, como nunca, pero ya no se ha repetido, y estuve mucho tiempo que me daba vergüenza mirarlo. No podía mirar a mi padre. Si él entraba en la habitación, yo bajaba los ojos. Me acordaba de todo lo del sueño y de cómo se me venía encima y se me metía hasta las entrañas. Él notó mi vergüenza y debió de adivinar algo, porque me llamó y me dijo:

»—Mira, Celina, todas las cosas que son naturales no son malas.

»—¿Por qué me dices eso, padre? No lo entiendo.

»—Ya lo entenderás alguna vez, hija mía. Y si no lo entiendes nunca, peor para ti.

»Bueno, eso creía él, pero la vida para mí no es peor. Estoy muy contenta así.

—No quieres responder a lo que te pregunto. ¿Tú crees que Giorgio me ama?

—Mira, Totoya, es mejor que no me hagas hablar de tus amores. No entiendo nada a los hombres y quisiera no entenderte a ti.

—Ya me sacaste eso. Celina, tú lo sabes muy bien. Mino es mi hermano y lo quiero más que a nadie y más que a nada en el mundo. Y Giorgio...

—Ahí está el señorito Giorgio, niña. He oído la puerta. Si no quieres nada, me voy a la cama.

—Nada. Hasta mañana.

Luego, ya en la cama, Giorgio le dio la espalda a Totoya y se durmió enseguida, o fingió que se había dormido. «Ciertos son los toros», pensó ella de nuevo.

Y aquélla fue otra noche como la de Formentera, que para Totoya también se resolvió en lágrimas. Efectivamente, la investigación de mis Marple resultó fallida. Llamó a Marzia, pero Marzia mentía con aplomo y la convenció de que sus celos y sus temores eran absolutamente infundados.

Todas las mañanas, antes de las ocho, montaba en el *motorino*, pasaba a recoger a Lia, que casi siempre le esperaba ya en la puerta de su villa, y se iban a Stresa, a la residencia de los rosminianos, que era también escuela y liceo. Los dos muchachos, Giacomino y Lia, cursaban el último año del liceo científico. Luego tendrían que aprobar el examen de *maturita* ante un tribunal estatal, en Pallanza. Tal vez él hubiese preferido cursar el liceo de letras, el liceo clásico, pero para eso tendría que haber permanecido interno en el colegio que los rosminianos también tienen en Domodossola. «¿Interno? Un *cavolo*». Además, su padre, don Pelayo, era profesor de ciencias. «Eso de las letras no sirve para nada. El saber positivo es el saber científico», le decía. Y Giacomino se matriculó en el liceo científico.

Lia es una chica feúcha, alegre, ágil y listísima. Tiene diecinueve años, uno más que Mino. Sufrió un retraso en los estudios por culpa de unas fiebres intestinales que tardaron en desaparecer. Se profesan una amistad pura, platónica, fundada casi exclusivamente en el compañerismo y en la camaradería, y tienen entre ellos una confianza muy limpia. Se besan en la boca como si se besaran ellos mismos en el espejo. Se trata de un cariño fraternal, y cualquiera que los conozca y los vea juntos diría que se quieren y se tratan como hermanos. Pero esta frase necesita aquí de alguna aclaración. Se quieren como hermanos, pero como hermanos de cualquier otra familia que no sea la familia Duchessi. Asisten a las clases durante la mañana y regresan a casa para la comida. Sólo algunas tardes el horario lectivo se prolonga después del *pranzo*, y entonces Mino se queda a almorzar en alguna *trattoria* de la ciudad. Y Lia se queda con él.

En el liceo, Mino no es Mino, sino Giacomo. El padre Fantino tiene desterrados

los diminutivos de las costumbres del colegio. Nada de Minos, de Duccios, de Lucys ni de Bices. Allí, mientras se permanezca dentro de aquellos sabientes y piadosos muros, hay que llamarse nombres cristianos y enteros, Giacomo, Ovidio, Lucía y Beatrice. El padre Fantino es un tipo seco, enjuto, estirado y antipático, con esa antipatía especial que a veces da la sabiduría matemática o científica, deshumanizada. Naturalmente, el padre Fantino no se llama Fantino. Se llama Adorno, padre Erminio Adorno. Lo de padre Fantino se lo puso Mino, o sea, Giacomo, porque siempre comienza sus explicaciones «cabalgando» sobre algo. «*Cavalcando, cavalcando* sobre el concepto de la nada quizá sea posible llegar al concepto de infinito...», y tanto cabalgaba en las exposiciones que se quedó con el mote de Fantino. Sabe perfectamente que le llaman así, pero no puede apearse de la muletilla y sigue *cavalcando* sobre ella. Toma venganza llamando a todos, sobre todo a las chicas, por su nombre entero, cuando es feo, como Lorenza, Sebastiana, Secondina o Tommasa, o por el apellido, si tiene una significación vulgar, como Scarpa, Maccelaio, Coniglio. A un chico enclenque y poca cosa se complace en llamarle enfáticamente Ercole Tagliaferri, que desde luego éstos son su nombre y su apellido. Y a una alumna un tanto ñoña y mojigata la mortifica llamándola por su nombre entero, Bruna Monaria, y al llegar a «Mona» hace una pequeña pausa.

Quizá sea Giacomo el alumno más despierto e inteligente de su curso, y tal vez uno de los más brillantes del liceo. También de los más queridos. Tiene sentido del humor, desparpajo y audacia, pero luego muestra un asomo de pusilanimidad y delicadeza que lo hace débil y adorable, sobre todo para las chicas y para los muchachos más sensibles. Posee ingenio para poner motes y alias, y tiene embromados así a casi todos los profesores y a buena parte de sus compañeros. Al padre Monti lo bautizó como padre Comunque, porque en cada frase introduce invariablemente esa palabra, y en una explicación de Química Orgánica, Giacomo llegó a contar ciento cuatro «*comunque*» en treinta y siete minutos de discurso. El padre Neri es meloso, untuoso, oleoso y edulcorado, y Giacomo le llama padre Zucchero, y eso que el muchacho no había leído, obviamente, a Pérez de Ayala. Una compañera de clase, llamada Irene Lombardi, posee un trasero redondo y voluminoso como medio globo terráqueo y usa unas bragas estrechas, que se le introducen entre las enormes nalgas y dibujan un triángulo casi perfecto, muy visible, notorio a primera vista, porque la chica tiene el mal hábito de usar bragas de color oscuro bajo vestidos o pantalones de color claro y tejido poco tupido. Como es natural en quien tiene ese trasero, es de pierna gruesa y no logra juntar los muslos totalmente cuando se sienta, así que deja ver también la braga por delante cuando viste faldas cortas, que es casi siempre, con lo que se forma otro triángulo más breve pero también redondeado. Giacomo le puso de apodo la Trigonometría Esférica.

Enrico, el jardinero, no tiene demasiadas simpatías a los rosminianos, no se sabe por qué. Una tarde le contó a Giacomino que los padres no se atreven a promover el proceso de beatificación de Antonio Rosmini.

—Si no lo promueven —explicaba Enrico— no es por la doctrina. A los curas, eso de la doctrina ahora les da igual, porque siempre encuentran salida para una predicación y para la contraria. Antes, la doctrina era lo primero, aunque siempre les gusta jugar a los dos paños, y lo mismo hacían santo a san Francisco de Asís que a san Carlos Borromeo. Los latines y las brujerías que ayer llevaban a la hoguera a un hereje o a una bruja, hoy te meten, aunque sea de nalgas, en el cielo de los justos. Antes había que tener a la fuerza todos los hijos que Dios mandara, y si no caían sobre ti la excomunión o el broncazo en el confesionario. Y ahora reparten los condones en las parroquias. Antes ibas a votar y te ponían en la puerta de las iglesias carteles echando a las llamas del infierno a los que votaran al condenado marxismo, y luego los cristianos se dan el pico con los socialistas y con los comunistas, y hala, a gobernar juntos y a robar juntos.

Giacomo escuchaba embobado y divertido.

—Sigue, sigue, Enrico.

—Digo que si los rosminianos no empujan el proceso de beatificación de Rosmini, no es por la doctrina, sino porque tienen miedo de que el «abogado del diablo» saque en el proceso todas las mañas que tenía el Rosmini para desalforjar a las mujeres y obtener de ellas dineros, bienes y favoremientos. Yo creo que se las encapullaba, Dios me perdone, o por lo menos las encandilaba y le venían ellas solas a la boca, como hacen las culebras con los pajarillos. A la Bolongaro le sacó hasta el saín, y la familia tuvo que joderse y no vio una perra del fortunón que tenía la tía.

—Enrico, ¿y cómo sabes tú todo eso?

—Escuchando, hijo. Escuchando con atención se aprende mucho. En los libros está todo, dicen. Pero muchas veces los libros se escriben para disimular las verdades. Muchos de los que escriben libros le tienen miedo a la verdad. En cambio, hablando se dicen muchas verdades, verdades irreflexivas o disparatadas, pero verdades. Una tarde que tu bisabuelo don Salvatore, que santa gloria haya —Enrico se persignó tres veces— me mandó a Villa Treves a que me dieran unos papeles, estuve esperando más de una hora. El señor Treves se encontraba en la terraza con otros muchos hombres importantes, escritores, poetas y profesores, y estaban hablando de eso. A mí me dejaron sentado allí. Uno de ellos se excitaba mucho con todo lo de Rosmini, le llamaba «*sfruttatore di donne*», y los demás no podían callarlo ni calmarlo. Me dieron los papeles para don Salvatore, y el señor Treves me dijo: «Tome, llévele mis saludos a don Salvatore, dígame que le espero cualquier tarde, y olvide usted todos estos despropósitos que ha oído.» Y yo le respondí: «¿Y por qué tengo que olvidarlos, señor Treves? Lo que se olvida a nadie le sirve.» Y todos rieron.

Giacomo todavía no ha decidido qué licenciatura va a cursar en la universidad, que tal vez sea la de Milán. Allí tienen casa abierta los Grande, la misma casa de don Salvatore Duchessi, y una criada que vive en ella todo el año y tiene siempre las habitaciones dispuestas y la vivienda limpia. Lia quiere hacer Ciencias Exactas, y a él también le gustan las Matemáticas, pero don Pelayo dice que el porvenir más claro

está en la carrera de Económicas: «Mira, Giacomo, al final, todo gira alrededor de la economía. En la Europa comunitaria lo que más va a contar es el *money, money, money*. En las manos de los economistas está el futuro.»

Sí, lo más probable es que se decidiera por estudiar Económicas. «Totoya se reirá de mí. Desprecia las ciencias y adora el arte y la literatura. Estoy seguro de que me llamará bestia especializada.»

6. El profeta y un ramo de lilas

La Navidad la pasaron en Milán, en casa del abuelo Notti, y el día 25 almorzaron allí Elettra, don Pelayo y Giacomino. Desde que a la *vecchia signora* le había entrado el capricho de llamar «don Pelayo» a su yerno, todo el mundo le llamaba así. Algunos vecinos de Lesa, Belgirate, Solcio, Meina y los pueblos de esa orilla del lago, le llamaban también «*il Duchessi spagnolo*». Para muchos, la familia de Villa Luce seguía llamándose Duchessi, como el prohombre don Salvatore; ni Martinelli, como el marido de doña Vittoria, ni Grande, como el marido de doña Elettra.

En el gran árbol de Navidad, cuajado de luces, farolillos y guirnaldas, había regalos para todos, incluidos los criados. El abuelo Notti había echado la casa por la ventana. Bueno, la casa, no. Una pequeñísima parte de la casa. A Giorgio le regaló un Ferrari Testarossa y a Totoya una *viviere* de diamantes. Lo primero que hizo el abuelo Notti al ver a Totoya fue preguntarle si no tenía novedad. «Estoy deseando que me traigas un bisnieto, *figliola*». La *nonna* tuvo la delicadeza de invitar también ese día a Marcela, a Celina y a Enrico el jardinero, que tenía que conducir el Fiat pequeño. Comieron los cuatro en la cocina al mismo tiempo que Fabrizia, la persona de confianza de doña Leonarda, y los demás miembros del servicio de Monte Napoleone. Sólo habían dejado en la finca del lago a Fiorenzo, el ayudante de Enrico; a Pasqualina, la simple; a Giustina, la culona, y a Cecilia, la bizca. Estaba previsto que todos fueran a almorzar a Villa Luce después del *Capodanno*. El joven matrimonio celebraría la noche de san Silvestre con una peña de antiguos amigos de la universidad, permanecerían algunos días en el lago y enseguida, de vuelta a Bruselas.

Al final de la comida todos pasaron a la cocina, y el abuelo Notti sirvió champán francés a los criados y brindó por la felicidad de la familia y de los fieles servidores de las dos casas, no sólo en aquellos días santos, sino también en el Año Nuevo. «Que el nuevo año traiga a cada uno de vosotros lo que más anhele, y que el Niño Jesús envíe otro niño a esta familia.» Cuando se fueron los señores, Enrico apuró su copa y tomó la palabra.

—Vamos a seguir brindando por la felicidad. *Auguri per tutti*, pero yo no estoy muy seguro de que se cumplan esos deseos. Lo siento, porque no es bello predecir la mala fortuna, pero yo os digo que el año 1993 será un año que traerá desgracias. Mal año será el que llega. Ya lo veréis.

Aquellas palabras de Enrico cayeron como un alud de nieve sobre los reunidos y apagaron la alegría general. Permanecieron en silencio, sobrecogidos, durante unos segundos, mas enseguida se oyeron risas, sobre todo por la parte del servicio de los Notti. Enrico hizo un gesto que quería decir: «Si no lo creéis, a mí, plin.» Fue Marcela, que seguía seria, la que preguntó:

—¿Qué desgracias va a traer el año 93, Enrico? ¿Y tú cómo lo sabes?

—Yo no lo sé. A mí se me vienen cosas a la cabeza, estampas, ideas, escenas, y

yo las cuento o no las cuento, según me va y según me sale de los huevos, y luego resulta que suceden de verdad. Yo no tengo la culpa de verlas venir. En el año que entra veo una gran desolación, una enfermedad muy mala y una muerte sin demasiada importancia. Ojalá me equivoque, pero lo veo.

Rieron de nuevo los de Monte Napoleone.

—Podéis reiros todo lo que queráis —explicó Marcela—, pero habéis de saber que Enrico sabe muchas veces lo que va a pasar, vamos, que lo sabe antes de que pase. Don Salvatore, el padre de doña Vittoria, que en paz descansen los dos, decía que Enrico es vidente. Profetizó la subida del lago en el año 28, cuando el gran *alluvione*, y además hay una gaviota que viene casi todas las noches a su cuarto, le trae un pez en el pico y se queda a dormir en el cabecero de su cama.

A los de Monte Napoleone se les heló la risa en los labios y abrieron la boca con admiración. Desde ese momento empezaron a mirar a Enrico con una mezcla de miedo y de veneración.

—Este verano —siguió explicando Marcela—, llegaron a Villa Luce unos pajarracos negros. Enrico dijo que traían la *sciagura* y que anunciaban la muerte, y poco después murió mi señora doña Vittoria, que no tenía enfermedad alguna. Si Enrico dice que el nuevo año traerá desgracias, las traerá, y yo voy a pedirle a Dios, desde ahora mismo, que esas desgracias no caigan sobre mí, que me guarde sana a mi hija y me conserve viva, porque todavía soy joven y puedo trabajar en todo lo que venga. Y si mi señorita Totoya tiene un hijo, quiero lavarle el culito, darle el biberón, dormirlo en mis brazos, entre mis tetas, que ya no me sirven para otra cosa, y comérmelo a besos. Y si Dios quisiera que Celina encontrara un hombre que le guste...

—Calla, madre. Un hombre que me guste, ¿para qué? ¿Para que me ponga los cuernos?

—Mira, tontucia, tu padre me puso más cuernos que hay en una dehesa, y además me zurraba la badana cada vez que le daba ese antojo, pero ya quisiera yo tenerlo aquí conmigo esta tarde. Los hombres son los hombres, y tu padre era un hombre, y además era guapo como un lucero, y alto y fuerte como un castaño. Más de una y más de dos de las que estamos aquí se le habrían tendido con el compás abierto, y él habría podido con todas.

—El *bell'uomo* era muy bestia —confirmó Enrico—. A la señorita Lella, que era la mejor amiga de doña Vittoria, pero que salió un poco puta, se la tiró un día tres veces seguidas, una por cada sitio, y después se cargó a las costillas un armario lleno de ropa y lo trasladó a otra habitación. Por cierto, me parece que la señorita Lella se habrá muerto hoy. Si es así, tendrán que enterrarla de caridad, porque ya no le quedaba a la pobre ni una lira.

—Coño, Enrico, vaya un día que has escogido para darnos esas noticias —le reprochó Marcela.

—Yo doy las noticias cuando las veo. Las he visto el día de Navidad, y las doy el

día de Navidad. Si no quieres saberlas, no las escuches. Y te voy a decir más: o mucho me equivoco, o la Giustina está preñada.

—¿De quién? —preguntó Marcela, alarmada.

—Eso se lo preguntas al Espíritu Santo.

En el comedor grande, los señores hablaban de negocios. Ya se sabe, los ricos comen y los pobres inventan historias y filosofan.

En Villa Luce les esperaba la noticia de la muerte de Lella. Vivía sola desde hacía años, y una vecina le llevaba todas las mañanas un bollo para el desayuno. Lella le había dado a la buena mujer una llave de la puerta para no tener que levantarse a abrir, y además se había quedado muy sorda y a veces no oía el timbre ni los golpes. Entró la vecina y se la encontró en los estertores de la agonía. Salió corriendo, encargó a su marido que llamara al médico y ella volvió al lado de la moribunda. El médico confirmó la impresión de la vecina.

—Tienes razón, Rosa —confirmó el médico—. Está agonizando. Sólo le quedan unos pocos minutos de vida. Me quedo aquí porque está a punto de entregar su alma a Dios. Por favor, acércame ese sillón, Lorenzo —rogó al marido de Rosa—, y ve corriendo a llamar al cura. Si se da prisa, puede que llegue a tiempo de darle la extremaunción todavía en vida. Para confesar ya no tiene fuerzas.

Llegó el viejo cura a todo correr, dándose con los talones en la culera de la sotana, con los frasquitos del óleo santo y los paramentos en un maletín, y mientras la oleaba meneaba la cabeza con disgusto. Ya no quedaban en la orilla del lago, ni siquiera en las aldeas más pequeñas, curas con sotana, pero el padre Fontana decía que él no se quitaba la sotana y que lo enterrarían con ella. Leyó la recomendación del alma con la enferma aún viva, y se lamentó, espantado:

—¡Dios mío, una pecadora tan grande y va a morir sin confesión! No voy a poder meterla en el cielo ni a empujones. —Y hacía esfuerzos para que la enferma dijera de alguna manera, con un movimiento de cabeza, o de una mano, o aunque fuese de los párpados, que sí, que se arrepentía de todos sus pecados. Pero la enferma permanecía inmóvil.

—No diga usted memeces, padre —saltó el médico—. En el cielo habrá un ejército de confesores sin nada que hacer, y la estarán confesando en estos momentos, si es que no la han confesado ya. Usted sabe mejor que yo que lo que cuenta no es la absolución de usted, sino el arrepentimiento de ella, y si no hay arrepentimiento no hay absolución que valga. Y además, bien lleva la pobre purgados sus pecados, que por otra parte son casi todos pecados de entrepierna, y esos los tiene perdonados Dios desde que nos puso la comezón bajo la hoja de parra. Como el Señor no perdona sin más penitencias ni absoluciones los pecados de la bragueta, se va a quedar a solas en la gloria con las vírgenes tontas y con el lirio de san Luis Gonzaga, padre.

—Ave María Purísima, ya salió el librepensador, el materialista y el epicúreo. Si

eso fuera como usted dice, doctor de cuerpos y agnóstico de almas, a ver qué hago yo aquí y qué vela llevo en este entierro.

—La de cobrar los responsos, padre. Lo que pasa es que en esta ocasión veremos quién paga los bodigos y quién sufraga los gorigoris, porque tengo la impresión de que la moribunda no tiene una lira. Lo único que tiene es esta cama donde caerse muerta, el armario, la mesa y estas sillas.

Fue a la mesilla de noche y abrió el cajón, por si había allí algunas monedas. Encontró unas calderillas y un sobre cerrado. En el sobre se leía: «Egregia Signora Elettra Grande (Duchessi). Villa Luce.» En ese momento, Lella dejó caer la barbilla sobre el pecho y exhaló su último suspiro.

—Se acabó —confirmó el doctor. Sacó el estetoscopio, auscultó a la muerta, comprobó que el corazón no latía y comenzó a extender el certificado de defunción. El sobre para Elettra lo llevó a Villa Luce Lorenzo el marido de Rosa, y él les dio los pormenores de la muerte de Lella a las tres chicas, Giustina, la culona, Pasqualina, la tonta, y Cecilia, la bizca y patizamba. Las tres escucharon con la boca abierta. Pasqualina, la tonta, coincidió en su preocupación con el padre Fontana.

—¿Y se murió sin confesión?

—Sin confesión murió la cuitada —confirmó Lorenzo—. Dios sea misericordioso con ella, porque lo que es joder, jodió en este mundo todo lo que pudo y más. A su marido le puso unos cuernos como los de un reno, y por eso él no le dejó al morir ni media lira. Lo puso todo en vida a nombre de los sobrinos. Después, ella se encalomaba al que podía, y dicen que a última hora le daban igual los hombres que las mujeres. Se tiraba lo que caía, y debía ya de caberle a la pobrecilla hasta un cirio pascual. Y además, hace mucho tiempo que no se la veía entrar en la iglesia.

Pasqualina abrió la boca un palmo cuando oyó lo de las mujeres.

—¿Cómo? ¿Con mujeres también? ¿Y cómo se puede hacer eso?

Giustina le echó una mano por detrás, bajo el culo. Pasqualina dio un salto y la otra se atragantó de risa.

—Alguna habrá por ahí que podría enseñártelo. ¿O es que estás haciéndote la inocente? ¿No te jode la mojígata esta?

Casi al anochecer, llegó a Villa Luce el Jaguar con la familia, Elettra, don Pelayo y Giacomino. Detrás, llegaron Marcela, Celina y Enrico en el Fiat. Se adelantó Giustina, con la carta en la mano, y dio la noticia. A Marcela tuvieron que sostenerla en el aire porque se venía abajo con un soponcio, y miró casi aterrada a Enrico, el profeta. El viejo jardinero se limitó a encogerse de hombros.

—Enrico lo sabía, señora. Nos lo dijo en Milán, en casa de los señores Notti —logró balbucir Marcela.

—Vaya una novedad, Marcela. Enrico lo sabe todo antes de que pase. Anda, siéntate, bebe un vaso de agua y tranquilízate. Y si no se te pasa, agua de azahar.

La carta estaba fechada el 30 de septiembre, al día siguiente de la boda de Totoya, a la que había asistido Lella como una de las pocas personas que no eran de la familia, junto al médico de siempre, el doctor Biaggi, el viejo administrador don Calógero, el párroco don Luca y el vicario del arzobispo. Si no hubiesen invitado a Lella, los cuatro matrimonios, Giacomino y los cuatro invitados habrían sumado trece. Don Pelayo, español supersticioso, no quiso que se sentasen trece a la mesa como en la Última Cena, y llamaron a Lella como la más antigua amiga de la *vecchia signora*.

Lesá, 30 de septiembre de 1992

Queridísima Elettra:

Te escribo esta carta a ti, porque eres la única persona que me queda en el mundo a la que mantengo cerca de mi corazón. Me voy a morir muy pronto. Me siento mal y además no tengo ganas de vivir. Seguramente he vivido demasiado, y habría sido bueno para mí dejar esta vida hace tiempo. No sé. Ya sabes que muero pobre como las ratas. Tú misma tuviste que regalarme un traje y todo lo demás para que fuera decentemente vestida el día de la boda de Totoya. A veces, me siento como una mendiga.

Tengo que pedirte un favor muy especial, y seguramente impertinente. Ya sé que no tengo ningún derecho a rogarte una cosa así, pero no moriría tranquila si no te lo pidiera. Acaso te parezca mal complacerme y no lo hagas, pero yo ya no me enteraré. Deseo muy vivamente que me entierren en el panteón de tu familia, lo más cerca posible de tu madre y de tu tío Giacomo, que son las personas que yo más he querido en esta vida que tan mal me ha tratado. Los he querido más que a mi propia madre, que me abandonaba en manos de criadas desvergonzadas para irse a ponerle los cuernos a mi padre, Dios la haya perdonado, y que me dejó en herencia una carne débil y un apetito de placer difícilmente saciable que, como tú sabrás igual que lo sabe todo el mundo, me ha acompañado en mi vejez y casi hasta la muerte.

A tu madre me unió un amor lleno de ternura y de curiosidad. Como cualquier otro amor, tuvo sus sombras de odio y de envidia, porque las dos estábamos enamoradas de tu tío Giacomo, cada una a su manera. Tu madre era muy celosa de él y no soportaba que yo lo mimara e intentara amarle hasta las últimas consecuencias. Desgraciadamente, aquel amor por Giacomo, el mismo que por tu madre, no pasó de picardías casi infantiles. Me quedé con las ganas. No todo han sido goces para mí. En lo que más he querido, sólo obtuve fracasos. A los dos los quise más que a mi padre, que sólo atendía a sus negocios y le daban igual los cuernos que le ponía mi madre, su mal ejemplo y mi propia soledad. No tengo que decirte que a Vittoria y a Giacomo

los quise más que a mi marido, porque ya sabes que también el viejo me salió cornudo, me dejaba siempre en ascuas y sedienta y me abandonó sin importarle que me quedase sola y pobre. Se vengó con creces de todo lo que le engañé. A ése lo perdono con más dificultad, y sólo lo hago ahora porque estoy a las puertas de la muerte.

Si no consientes en que entierren a la pobre Lella en el panteón de los Duchessi, te ruego que compres una tumba para mí, como hizo Vittoria con Faustina, que había sido la amiga de don Salvatore desde que murió tu abuela María Luce. Todos llevamos pesos graves al otro mundo. Sé que harás una cosa u otra. Hace tiempo que no voy a la iglesia, pero quisiera que me hagan un funeral solemne y que me canten latines gregorianos. A lo mejor sirven de algo, pero sobre todo será una pequeña venganza contra los que murmuran de mi impiedad y me destinan al infierno. De una forma u otra, y que el Señor no me lo tenga en cuenta, quiero que me entierren vestida con un traje malva que encontrarán dentro de una bolsa de lienzo blanco, perfumada con ramas de espliego. La bolsa está colgada en el fondo del armario grande, delante de mi alcoba. Es un extraño capricho mío. Y si no es mucho pedir y abusar de tu amistad, como siempre he hecho, por otra parte, con todos los Duchessi, me gustaría que el día de mi entierro alguien ponga un ramo de lilas sobre la caja.

Dios te bendiga y bendiga a todos los de tu familia, así si me complaces como si no. Y recibe todo el cariño que queda en el pobre y agotado corazón de tu vieja amiga

LELLA.

Elettra terminó de leer con dificultad. Tenía los ojos arrasados de lágrimas. Mandó que viniera Enrico y le dio a leer la carta con aquellas extrañas peticiones de Lella.

—Encárgate tú de que todo se haga como ella lo pide. Paga al médico lo que se le deba y las deudas que haya dejado, si las ha dejado, que quizá no, porque era soberbia y prefería sufrir cualquier necesidad a tener trampas. Pero es probable que haya pendiente algún mes de alquiler o alguna cuenta en la tienda de comestibles. Habla con el padre Fontana y dile que quiero un entierro con misa de réquiem de tres curas y cantada, *corpore insepulto*, y que después, cuando a él le venga bien, le diga las gregorianas. Dile también que no quiero que aproveche la homilía para exaltar la virtud de la castidad contra el vicio de la lujuria. Que hable mucho de la infinita misericordia de Dios y nada de los pecados de la difunta ni referencias a la «carne flaca», para que todos entiendan que está afeando y condenando la conducta de la muerta. Yo me hago cargo de todos los gastos y seré generosa con la iglesia. Explícale esto lo más claro que sepas, que lo entienda bien. Estoy segura de que no queda por ahí nadie de la escasa familia de la señorita Lella. Lo habría dicho en la

carta. Su hermana murió, también el cuñado, y no dejaron hijos. No sé qué se podrá hacer con los muebles y el poco ajuar que tenga en su casa. Lo mejor sería que intentaran venderlo y le diesen el dinero al padre Fontana para que él lo reparta entre los menesterosos de la parroquia, pero a lo mejor eso no es posible, porque el Estado se hará cargo de todo ante la ausencia de herederos. En ese menester no te ocupes, que ya hablará don Pelayo con el juez. Busca un par de mujeres, o las llevas de aquí, de la casa, y que la laven, la peinen y la vistan para amortajarla como ella dice. Que busquen ese vestido color malva...

—Ése es el vestido que llevaba la tarde que fue el *bell'uomo* a trasladarle los muebles y se lo metió en la cama.

—Eso a mí no me importa, Enrico, y a ti tampoco debería importarte. La señorita Lella se ha muerto y ya es sólo Dios quien puede juzgar su vida. Ella quiere que la entierren con ese vestido y así se hará. La voluntad de los muertos hay que cumplirla, porque es sagrada. Y como en este tiempo no hay lilas, que Fiorenzo traiga del invernadero un ramo de azaleas de color malva...

—¿Y compro la tumba?

—No compras tumba ninguna. Será enterrada en el panteón. Por supuesto, no junto a mi madre, pero dentro del panteón.

Enrico torció el gesto y movió la cabeza con disgusto.

—Es que...

—¿Es que qué, Enrico?

—Que esa pécora no va a dejar en paz a nadie de esta familia, ni siquiera a los muertos que están en sus tumbas, *figliola*. Perdón, señora Elettra.

—Anda, no me vengas ahora con el «señora», que estamos solos y no tienes que disimular. Y no te preocupes de la paz de los muertos. La paz de las tumbas es perpetua. Allí ya no se fornicaba.

—Nunca se sabe, *figliola*. Mira tú que si hasta en el cielo se fornicara... Joder y qué cosas se me ocurren, perdona, hija.

Ya en Bruselas, dejó pasar muchos días sin entrar en La Cage y no apareció por L'Hibou Rose. El encuentro con Dan *le Concombre* le había horrorizado. La cena en La Belle Maraîchère había resultado una tortura. Todavía no conocía mucha gente en Bruselas, pero cada persona que entraba en el restaurante le producía un sobresalto. Si alguien conocido le hubiese visto allí, cenando con aquel tipo, no ya maricón, sino hortera, se habría muerto de vergüenza. Para tomar el café de media mañana prefería bajar a Le Chalet d'Odin o al bar del hotel Bristol. Aquello le costaba un doloroso esfuerzo de voluntad. De todas formas, al pasar por delante de la puerta de La Cage no podía evitar echar una ojeada hacia dentro, y a veces veía a Dan moverse del mostrador a las mesas con el culo apretado por la servilleta y su contoneo provocador. En la oficina, todo marchaba con normalidad. Monteverde lo hacía *todo* y le

informaba de *todo*, y el abuelo Notti telefoneaba cada mañana para enterarse de *todo* con *todo* pormenor y luego comentarlo *todo* con él. Marzia le daba el trabajo hecho, ordenado, masticado, como esas madres que nutren a sus crías con el alimento casi digerido por completo y regurgitado después. Giorgio no había intentado tener con ella ninguna otra conversación de tipo personal, y la trataba con afecto respetuoso. Ella le correspondía con una solicitud creciente. Entraba al despacho de él cada vez con más frecuencia y con cualquier pretexto, y cualquiera que no estuviese ciego habría observado que ahora le costaba más esfuerzo fingir la gélida reserva en que se refugiaba. Y en casa...

Bueno, en casa Totoya y él habían llegado a una relación singular muy semejante a la de un matrimonio de cierta edad, ya de regreso de los arrebatos y las urgencias juveniles. Los dos chicos se amaban con un cariño sosegado y respetuoso en el que los encuentros amorosos se habían convertido en infrecuentes y un tanto especiales. Las efusiones eróticas, cuando las había, no terminaban en eso que los moralistas llaman el «vaso legítimo». Así, sería difícil darle al abuelo Notti la novedad dichosa que él esperaba con tanta ansia. Giorgio había adquirido el gusto, el acné juvenil o el vicio de senectud, de ver películas pornográficas, de porno duro, y trataba de que Totoya las contemplara junto a él en el televisor de la alcoba para excitarse los dos al mismo tiempo e imitar las posiciones de los actores, sobre todo las más extrañas. Totoya quiso complacerle al principio, cuando le entró esa pasión, y le acompañaba en la contemplación de las cintas, que él traía nuevas cada noche, pero después sintió que le aburrían aquellas escenas siempre iguales y en las que terminaban por aparecer los mismos actores y las mismas actrices haciendo constantemente, una vez y otra, las mismas cosas. No aguantaba las historias elementales y simples y los estúpidos pretextos argumentales que inventaban los deleznable guionistas.

—No sé cómo te gustan estos engendros sin arte y sin ingenio. Desde luego, no sólo eres una bestia especializada. Es que tienes embotado el espíritu. Nunca me llevas a ver una exposición de pintura, a un teatro, a una buena película, a un concierto. Jamás te veo con un libro en la mano. Eso es malo, Giorgio. Te estás embruteciendo. Y lo peor es que yo me voy a acostumar a salir sin ti, sola, y eso siempre termina en que aparecen otras compañías que comparten contigo los gustos y los temas de conversación. Puede que eso ya te esté pasando a ti, y puede que algún día empiece a pasarme a mí.

Giorgio no decía nada. Permanecía mudo, desentendido o sin saber qué responder.

A ella dejó de excitarla la visión de aquellos vídeos, y tampoco Giorgio lograba siempre darse placer con ellos, ni con su mujer ni solo, así que después de casi dos horas de televisor, se dormían fatigados y de mal humor. Hasta que una noche Totoya le dijo con determinación que se habían acabado las sesiones de pornografía, que si quería seguir contemplando aquellas porquerías se fuese a dormir a otra alcoba, que había varias vacías en la casa, «por falta de alcobas no vamos a llorar», y que ella

tenía que madrugar para ir a la universidad, asistir a sus clases y estudiar Historia del Arte, que era lo que le gustaba y no aquellas guarrerías que ni siquiera eran excitantes ni producían satisfacción alguna.

Giorgio no se marchó a dormir a otra habitación, desterró del dormitorio conyugal los vídeos pornográficos y fue entonces cuando inició con Totoya las relaciones cariñosas pero infrecuentes propias de un matrimonio que estuviese entrando en la vejez. La verdad es que los vídeos se los llevó al apartamento del Square Marie-Louise, con el pretexto de deshacerse de ellos, y allí pasaba algunas horas contemplando pornografía. De las escenas heterosexuales pasó a las homosexuales, primero entre mujeres, y por fin entre hombres, o en grupos, y comprobó que ésas eran las que más excitación le producían. Al final, terminó por buscar vídeos de zoofilia, inimaginables relaciones con animales, perros, cabras, culebras, gallinas, y pornografía de menores, niñas y niños. Empezó a llegar tarde a casa, justo a la hora de cenar, y a rehuir cualquier contacto con Totoya. La muchacha comprendió que su matrimonio estaba yéndose a pique apenas comenzado, y quería salvarlo a toda costa, porque seguía enamorada de Giorgio, y ahora, con su desvío, quizá, en vez de disminuir, había aumentado su pasión por él. Más de una noche se le acercaba, mimosa y besucona, y le decía al oído:

—Giorgio, Giorgio, no dejes de quererme. Yo te amo, te amo cada vez más. Quiero tener un hijo tuyo. ¿Es que no te hace ilusión tener un hijo de los dos, un hijo nuestro? Anda, amor mío, no me niegues esa felicidad, y le damos también ese gusto a tu abuelo. Follame, Giorgio, follame como Dios manda, follame con todas tus fuerzas, con todas tus ansias, follame hasta el fondo de mi alma, méteme un hijo tuyo en las entrañas.

—Y le golpeaba el pecho ancho y fuerte con los dos puños cerrados como una niña enrabiada.

—No te pongas histérica, Totoya. Somos los dos muy jóvenes. Hay tiempo para que tengas un hijo y todos los que quieras. Ahora déjame dormir.

Otra noche, al comprobar que Giorgio no reaccionaba a ningún estímulo de los que ella empleaba con todos los esfuerzos de su imaginación y hasta con los recursos aprendidos en los filmes pornográficos, le propuso:

—Giorgio, ¿quieres que llamemos a Mino? Podríamos invitarlo a que pase con nosotros la Pascua florida. Sería estupendo volver a juntarnos los tres.

Esa proposición fue la única que hizo brillar los ojos de Giorgio. Dijo que sí tres veces, y besó y abrazó a su mujer.

—Totoya, eres formidable.

—Marcela, dile a Enrico que venga, dejadnos a solas y cuida de que nadie nos moleste.

Elettra se encontraba en la salita pequeña, sentada a la mesa, al pie de la ventana,

donde solían comer los miembros de la familia cuando no pasaban de tres. Allí comían don Salvatore Duchessi con su hija Vittoria y su hijo Giacomo, primero; con Martino Martinelli, después de la muerte de Giacomo y de la boda de Vittoria, y por fin, tras la evaporación del marido de Vittoria, solos. Y allí se había celebrado la difícil y dramática conversación entre padre e hija, cuando don Salvatore, el prohombre, quería arrancar de labios de Vittoria el secreto del incesto de los hermanos y la verdadera paternidad de su nieta Elettra. Era una sala más acogedora que pequeña. Tenía una ventana grande de doble cristal desde la cual se veía perfectamente el lago. Junto a la ventana estaba la mesa donde comía la familia cuando el número de comensales no pasaba de tres y, por tanto, no obligaba a abrir el comedor grande. A los tres lados de la mesa que deja libre la ventana, había tres sillones tapizados de hilo grueso, floreado con colores oscuros. Junto a la pared, un bargeño antiguo guardaba los documentos más preciados de la familia.

—Siéntate aquí, Enrico, junto a mí —dijo, y palmeó el asiento del sillón que tenía más cerca. Ella ocupaba uno de los sillones que flanqueaban la ventana—. ¿Quieres un café, o mejor un té? Ya sé, una *grappa*, o todavía mejor, una copa de aquel aguardiente de endrinas que le hacían a don Salvatore en un pueblecito de la montaña. Todavía quedan por ahí tres o cuatro botellas, porque nadie lo bebe, y con una vejez de tantos años estará excelente. También yo tomaré hoy una copita. La necesito.

—Más de una vez le traía yo a don Salvatore las botellas desde Magognino, *figliola*, y más de una vez nos echábamos juntos una copa de eso al coletto. Una copa, o dos. No voy a despreciarlo ahora. Venga ese trago, que el aguardiente calienta la sangre de los viejos como yo y levanta el ánimo del más postrado.

Elettra llamó a un timbre que había a mano. Entró Marcela y al poco volvió con la botella y una copa para Enrico. «Dos copas, trae otra copa para mí, Marcela», y Marcela, ante el hecho insólito de ver a su ama beber licor mano a mano con Enrico, abrió mucho los ojos, pero se encogió de hombros, trajo la otra copa, salió enseguida y cerró tras ella la puerta de la salita. Cuando ya estaba fuera no pudo reprimir el ademán de persignarse y sacudir después en el aire la mano derecha. O sea, sabía que en esa conversación con el aguardiente de endrinas como testigo se cocía algo gordo. Y ella se lo imaginaba. Naturalmente, la preñez de Giustina.

Elettra no se anduvo por las ramas y fue derecha al grano. Los rodeos y los meandros ya los pondría luego Enrico. Al viejo jardinero había que interpretarlo como a las sagradas escrituras; necesitaba una hermenéutica paciente y una gramática parda especial.

—Enrico, ¿es verdad que Giustina está embarazada?

—Yo no lo sé, niña. A lo mejor sí y a lo mejor no. Todo podría ser.

—Pero, tú, ¿qué crees?

—Yo me figuro que sí, pero eso pueden ser figuraciones mías. Ya sabes que yo me figuro cosas.

—¿Y por qué te lo figuras?

—Porque es lo natural.

—¿Y por qué tiene que ser natural que Giustina se quede preñada si es soltera?

Elettra sabía muy bien que para sacarle del cuerpo a Enrico alguna novedad que sólo él conociera, había que armarse de la paciencia de Job y emplear ese método casi socrático de acumular pregunta sobre pregunta.

—Porque es lo natural, por más soltera que sea. Para el asunto del empuñamiento maldita la falta que hacen el cura y el juez. Además, ya sabes tú que en estos tiempos que corren es más fácil que se empuñen las solteras que las casadas. Ahora, las mujeres, en cuanto se casan, empiezan a tomar píldoras y hacer otras cosas para no tener hijos. Hasta en la Biblia se habla de Onán, que cuando iba a engendrar daba el salto y reculaba. Y yo le oí decir una vez a don Salvatore, tu abuelo, que a veces sabe Onán cosas que ignora donjuán, que ya no sé por qué lo diría aunque me lo figuro. Ahora, hay un montón de hijos que son hijos de soltera, y que antes se decía que eran hijos de puta. En el caso de Giustina, lo que pasa, digo yo, son cosas mías, es que tanto va el cántaro a la fuente...

—¿Qué?

—Que al final se rompió. O que se llenó la tinaja, que también se dice y aquí viene más a pelo.

—¿Y está llena la tinaja?

—Llena del todo, todavía no, pero de dos o tres cántaros más o menos, puede que sí.

—¿De dos o tres cántaros? ¿Qué me quieres decir con eso, Enrico? ¿Que la Giustina está de dos o tres meses?

—Yo no sé nada, *figliola*, pero me parece a mí que ésa no ve a «sangregorio» desde octubre.

—Tienes una manera de decir las cosas que parece que por tu boca hablen los profetas, que siempre gastan metáforas y ringorringos, pero creo que ya te entiendo. Enrico, en lo que te voy a preguntar ahora no me andes con tus habituales rodeos, que me desesperas, y para mí esto es una cuestión de vida o muerte. ¿De quién es el niño?

—Hija, eso de que sea una cuestión de vida o muerte, menos a menos. De vida, sí que será, si es que el niño nace sano, que sí nacerá, porque la Giustina es una ternera que le sale la salud por las orejas y por todos los sitios, quiero decir que también por el higo, y perdona, y si la han cubierto a modo, sacará bien al ternero. Pero de muerte, no. La muerte es otra cosa, niña. La muerte es una cosa muy seria. ¿Que de quién es el niño? ¡Ésa sí que es buena! ¡Que de quién es el niño! Mío, no, desde luego. Digo yo que será de quien le haya buscado a la moza la madriguera con el palitroque, porque el Espíritu Santo ya no hace esos milagros. Hizo uno y se armó la de Dios es Cristo.

—Pero vamos a ver. No te me escapes por la tangente, Enrico. ¿Tú crees que el niño es de don Pelayo?

—Eso es mucho creer, Elettra. Yo lo que sé es que a la Giustina le gusta mucho mirar por el telescopio, y que en cuanto se agacha para mirar las estrellas, pues ya se sabe, cuanto más te agachas, más se te ve el culo, y no todos los cristianos, con ser buenos cristianos, sacan carbones encendidos como santo Tomás para espantar a las mujeres y echar fuera las tentaciones, y a la Giustina le gusta tener el pájaro dentro más que a los pavos la mierda, con perdón otra vez, hija, que es que si no hablo así, no me aclaro yo mismo, no me encuentro a gusto y termino por callarme.

—O sea, Enrico, que tenemos panza y a don Pelayo metido en la danza.

—Ay, niña mía, eso lo dices tú, que yo no lo he dicho. Lo que pasa es que, según dicen, los españoles son todos pichasbravas y donde van, la colocan. Yo le oí decir una vez a don Arturo Farinelli, que era hombre muy sabio en las cosas de España, que cuando los españoles llegaron a América se tiraban a las indias jóvenes, a las viejas, a las gallinas, a las yeguas y a las llamas del Altiplano. Se tiraban a todo lo que se movía en derredor que tuviera un agujero por donde tirárselo. Pero también es verdad que el culo de la Giustina ha tenido más de un visitante, porque ya se sabe que a la miel acuden las moscas.

—No seas tan desvergonzado, Enrico. Bueno, deja ya quietos a los españoles y vamos a lo práctico. ¿Qué hacemos?

—Pues lo que se hace en estos casos, niña. Lo natural. Si Giustina está preñada, hay que casarla.

—¿Casarla? —se sobresaltó Elettra—. ¿Con quién vamos a casarla, Enrico?

—Eso déjalo de mi cuenta, que a lo mejor, a mi edad, me meto a alcahuete y apaño el desaguisado. Ahí tenemos al Fiorenzo, más virgen que san Luis, y que alguna vez tendrá que tenderse encima de una mujer y dejar de darle con la mano a la flauta de un solo agujero, que el muchacho está en todo lo suyo, y cuanto más le hago trabajar a ver sísele calman los ardores, más le pega a la zambomba.

—No, no, Enrico. Fiorenzo es muy joven. Casi podría ser hijo de Giustina. Si todavía no habrá cumplido los veinte años.

—Por eso. A ver si aguanta y puede con ella, que no es fácil. Si fuera viejo, lo dejaba en dos meses para la carroza. Con ésa sólo puede un joven combatiente o un buen pichabrava. Nadie más.

—Pero es que, además de joven, Fiorenzo es medio lelo, Enrico. ¿Dónde va eso con la Giustina, que es de armas tomar y sabe ya de la misa la media?

—Más a mi favor. Los tontos suelen tener un buen mandado, que se conoce que es una compensación de la Providencia, y a quien Dios le da buena cabeza le escatima el troncho, y, al revés, le da un buen mango a quien no tiene seso, y eso es lo que la Giustina necesita, un buen troncho mucho más que cavilaciones y filosofías.

Y encima, si no tiene bastante con él, que le ponga los cuernos, que en ningún sitio caen mejor los cuernos que en cabeza de simple, y ojos que no ven, corazón que no sufre.

—Habrá que... habrá que... darles dinero, ¿no, Enrico?

—Niña, dádivas quebrantan piedras, y el dinero ablanda las rocas, a las putas les amansa las ansias y a los necios los hace cicerones.

—Hala, ponte a la faena. Gracias, Enrico. Cuando llegue el momento, pídemelo que se necesite. Trata tú ese asunto, y tienes carta blanca. Y ahora, bebe otra copa, dame un beso y haz las cosas a tu manera. Muy burro hablas, pero eres la persona más sensata de esta casa. Y la más buena. Y con don Pelayo voy a tener esta noche la de Covadonga, pero al revés.

7. El pacto de la calabaza

Sobre el lago estaba descargando uno de los típicos temporales de la zona, muy frecuentes en verano, pero también visitantes terroríficos del invierno. Parecía que las compuertas del infierno se hubieran abierto de par en par. Hasta ese momento, el temporal venía seco, sin lluvia, y el espectáculo del lago entre montañas, iluminado a ráfagas y atronado a estrépitos rítmicos, estaba pidiendo un evangelista de la catástrofe. Entraba por las ventanas el resplandor vivísimo y fulgente de los rayos que caían en el agua o que se albergaban en las altas coníferas centenarias de los parques y bosques de la ribera. Ensordecían los truenos, y, acobardados debajo de ellos, los habitantes de Villa Luce, y se supone que también los de las otras villas y los vecinos de los pueblecillos de la orilla, metían instintivamente el cuello entre los hombros, imitando a las tortugas, como si quisieran guardar la cabeza del derrumbe de todos los Alpes sobre los propios sesos. Pocas veces se había visto en el lago un temporal con tanta fuerza y tanto aparato.

Pasqualina, la tonta, y Cecilia, la bizca, estaban aterradas en sus cuartos del último piso. Se buscaron primero entre ellas y después se refugiaron las dos, muertas de miedo, temblorosas y despavoridas, en la habitación de Giustina, a quien no asustaba nada en este mundo, ni rayos ni truenos ni estrellas fugaces ni bichos ni pollas, sobre todo ni pollas, y se le metieron en la cama, una por cada lado. La cama era estrecha y Giustina, riendo, se las apretaba contra las ubres opulentas y se las echaba encima como si fueran dos mamoncillos gemelos, porque las dos eran desmedradas y de pocas chichas. Marcela, sola en su habitación, rezaba el trisagio en voz alta, casi a gritos, mientras medía la estancia con pasos acelerados. Enrico, sentado tranquilamente detrás de los cristales de la ventana, disfrutaba del espectáculo que cualquier escritor que se precie habría calificado inmediatamente de dantesco. Naturalmente, don Pelayo no había subido aquella noche a la torre de los telescopios. Parecía que todas las estrellas del cielo se hubieran resuelto en chispazos y regueros de fuego.

Estaban desnudándose para meterse en la cama. Elettra, ya en camisón, se cepillaba el pelo ante un tocador con espejo movable. Era una mujer de cuarenta y pocos años, todavía joven y apetecible, y aunque hermosa, su belleza ofrecía inevitablemente una sensación de frialdad, de quietud y de lejanía. De muchacha era más alegre y movida. Acomodó el espejo del tocador para ver mejor a su marido sin necesidad de volver la cabeza.

—Don Pelayo, vas a tener un hijo.

Don Pelayo estaba en ese momento a medio subirse el pantalón del pijama y con el bolo colgando. Permaneció así, en esa misma postura ridícula, y se quedó mirando a su mujer con la boca entreabierta, como un bobo.

—¿Qué dices?

—Que vas a tener un hijo.

—¿Que tú vas a tener un hijo?

—No. Yo no voy a tener ningún hijo; en primer lugar porque creo que ya no podría tenerlo, y en segundo porque tú no pones nada de tu parte para eso. Desde la noche en que se casaron los niños me tienes virgen y mártir. El hijo lo vas a tener tú.

—¿Yo? ¿Qué tontería estás diciendo, Elettra?

—No es una tontería, don Pelayo. Es una cosa muy seria. ¿Es que no te ha dicho nada la Giustina?

—¿Giustina? ¿Qué me tiene que decir Giustina?

—No intentes disimular ahora conmigo, don Pelayo. Es ridículo que te hagas el inocente. Todo el mundo en esta casa, desde tus hijos a las criadas, sabe que te tiras a la Giustina una noche sí y otra también en la torre donde te pasas la vida mirando el cielo. ¡Para eso se molestó mi madre en habilitar un observatorio y se gastó un buen dinero en comprarte los dichosos telescopios, para que me pusieras los cuernos con una criada! ¡Y además, con la más zafia, la más farotona y la más puta de todas las que tenemos! Y para colmo, la dejas preñada. No hay derecho, don Pelayo, eres un *mascalzone* y un bastardo. ¿Qué piensas hacer con la madre y con el rorro, donjuán de fregonas, casanova de mondongas, conquistador de mozcarras, español de mierda? ¿Por qué me has tenido que hacer a mí esta charranada? Te has casado conmigo, te has metido en mi casa, administras mis bienes, te hemos recibido en la familia como a una persona honesta y decente, haces en Villa Luce lo que te sale de las pelotas, no te has preocupado jamás de tus hijos, en muchas ocasiones he tenido que hacerles yo de madre y de padre...

El fragor de un trueno que había estallado encima mismo de sus cabezas ahogó el estruendo del armario de luna que don Pelayo había volcado contra el suelo inclinándolo con fuerza imprevisible. Elettra quedó sobrecogida mirando espantada la luna hecha añicos, desperdigados por la habitación los cristales rotos y todo el contenido del armario, ropas, joyas, encajes, desparramado por el suelo.

—Coño, Elettra, ya está bien —silbó don Pelayo con ira contenida después del desahogo del armario—. Se acabó el sermón. No sé qué coño pasa con Giustina, porque a mí no me ha dicho nada. ¿Que va a tener un hijo? Bueno, ¿y qué? ¿Qué te importan a ti los hijos que tenga Giustina ni los que tenga yo fuera de tu cama? ¿Es que te desayunas ahora de que Giustina sube a la torre y que yo me la tiro de vez en cuando? Empecé a tirármela cuando me harté de tus jaquecas, de tus cansancios, de tu sueño invencible, de que te importara un comino que yo me quedara noche tras noche con la chorra hasta la barbilla y como si no estuviese casado. Gracias a Giustina, y no gracias a ti, he seguido siendo un hombre. Cuando tuviste a tus dos hijos, a tu deseada y preciosa parejita, dejó de interesarte don Pelayo. Ya no necesitabas al macho ibérico que te fecundara. Tú, a lo tuyo, a tu Villa Luce, a vivir al lado de tu *mamma*, con tus hijitos, tan ricos, en la villa donde eras el ama y señora, no porque fueras mi mujer, sino porque la villa era tuya y en ella tenías tu lago, tu parque, tus criadas, tus recuerdos. Y don Pelayo, hala, a dejarse su carrera, a

abandonar su cátedra, a vivir como un zángano, a mirar las estrellas, a alimentarse de bóbilis y a apañarse con la primera criada que le pusiera el culo en pompa o que se le abriera de piernas. ¿Me preguntas que qué voy a hacer con Giustina y con el rorro? Pues te lo voy a decir. Voy a llevármelos a España y voy a volver a mis clases, a mi cátedra, a mis alumnos, a mi casa modesta, a mandar en mi familia y a mantenerla con mi trabajo, y a acostarme con una mujer zafia, ordinaria, culona y pobre, pero que está esperando que yo le haga una seña para darme todo lo que tiene sin excusas ni egoísmos y para hacerme todo lo que sabe y todo lo que yo le pido, en vez de meterme en la cama con una barra de hielo, con una mujer de mármol a la que no le importan mis necesidades sexuales y que lo único que le molesta es que la gente se entere de que su marido se acuesta con una criada porque eso, no la encela, sino que la humilla. ¿Te enteras, doña Elettra? Y por mí, Villa Luce, los Duchessi, los telescopios, la fortuna, el Lago Maggiore, tú, el parque, los perros y, si me apuras, los hijos, a tomar por el culo.

Elettra estaba muda. Le temblaban los labios y las manos de ira, pero no podía pronunciar palabra. ¡Joder, con el español de mierda! Jamás había visto a don Pelayo con ese ataque de cólera explosiva. Habría preferido que siguiera tirando armarios, pero ahora hablaba con una frialdad que producía escalofríos y daba miedo que tomara decisiones graves e irreversibles. Las mujeres casadas o emparejadas siempre quieren reservarse para ellas el privilegio de tomar las decisiones graves e irreversibles. No comprenden ni permiten que las tomen los maridos.

—Y además —continuó su largo discurso don Pelayo—, no habré sido yo el primer señor en el mundo que se acuesta con una criada por culpa de que la señora de la casa y de su corazón no quiera deshacerse el peinado que le ha hecho un maricón de *mise en plis*, o no le pica esa noche la entrepierna, o ya se ha pegado a solas un restregón en el coño. En tu propia familia, sin salir de esta castísima, honestísima y respetabilísima Villa Luce, tu señor abuelo don Salvatore estuvo medio siglo tirándose a una sirvienta, a la pobre Faustina, y ni se casó con ella estando él viudo y ella soltera, y habiéndole criado a sus hijos, ni le dejó una lira, ni siquiera un par de pendientes en el testamento, y aun así durante toda su vida pasó por un prohombre ilustre y un mecenas venerable. De las demás relaciones sexuales de esta familia, este *mascalzone* y este bastardo, este donjuán de fregonas, y ¿qué más?, ¡ah, sí!, este español de mierda, va a ser tan caballero que no va a pronunciar una sola palabra de tantas como podría pronunciar para tu vergüenza. Pero tú conoces todas esas palabras mejor que yo. Mira, Elettra, tú no tienes fuerza moral para reprocharme nada en ese aspecto. No me obligues a decirte que sois una familia enferma, degenerada y podrida, y que yo he procurado vivir a tu lado porque te quise mucho y te quiero todavía, cerrando los ojos a tanta... a tanta excentricidad, voy a llamarla excentricidad.

Elettra estaba llorando a moco tendido, con hipos y suspiros. Se había tirado al suelo en un acto de humildad y recogía todos los objetos desparramados al caer el

armario, y uno a uno los añicos de la luna rota. «Anda, ayúdame», y entre los dos colocaron de nuevo en pie el armario. Se le colgó del cuello.

—Perdóname, perdóname, perdóname. He sido contigo injusta y soberbia. Ya lo arreglaremos todo. Déjalo de mi cuenta. Seremos generosos con Giustina, porque es obligado, pero ya sabes que en esta familia tú no tienes más hijos que los míos. De éstos puedes estar seguro que eres el padre. De otros, Dios sabe. Yo también te quiero mucho, don Pelayo. Lo que pasa es que cuando eras joven, y todavía ahora no hay noche que renuncies a conquistar Covadonga, y no hay tía que te siga. Fatigas a Friné, a Cleopatra y a Mesalina juntas.

Había amainado el ventarrón, se alejaba el trueno y los relámpagos culebreaban a lo lejos. Los cielos se sosegaban, y las alusiones culturales introducidas en el discurso de Elettra mitigaban el dramatismo del diálogo.

—Se ha ido el temporal —prosiguió ella—. Menos mal. Los temporales soliviantan los ánimos. Las tormentas del cielo levantan tormentas en el alma de los hombres. Eso nos ha sucedido a nosotros. No te vayas a España. Tú no te vas a España porque eso sí que sería una mala pasada y una crueldad hacia mí. Yo voy a ser tu mujer todas las noches que quieras, pero me tienes que prometer que se acabó para siempre, ¿me oyes?, para siempre, eso de que Giustina mire por el telescopio y lo de cualquier otra que quiera ver las estrellas contigo. Y esta noche te hago lo que quieras, hasta esas porquerías que no hacen las esposas decentes.

En Covadonga, ya se sabe, empezó la Reconquista. Don Pelayo, el auténtico, por aquellas breñas tiraba pedruscos tan numerosos como si fueran espermatozoides. Y este don Pelayo soltaba esta noche espermatozoides como si fueran pedruscos. Bueno, por lo menos, como si fueran manzanas de Asturias.

Al volver a Bruselas después de Navidad, Giorgio había traído de Milán un paquete que le dio a Marzia.

—¿Qué es esto, señor Notti?

—Ábralo y lo verá, Marzia.

El paquete contenía un bolso y unos guantes de piel y un pañuelo de seda natural con la firma de Ferragamo, todo de muy buen gusto.

Marzia adoptó ese gesto de seriedad impenetrable tan característico en ella.

—¿Esto es para mí, señor Notti?

—Claro, Marzia. Es mi regalo de Navidad.

—Lo siento mucho, porque todo es precioso, pero no puedo aceptarlo. Los honorarios que aquí recibo me compensan suficientemente el trabajo, y no hay motivo alguno para que usted me regale nada ni para que yo lo acepte.

Lo envolvió de nuevo y lo dejó encima de la mesa de Giorgio.

—Marzia, déjese de honorarios, trabajos y compensaciones, y de esos escrúpulos que me va a permitir califique de estúpidos. No se trata de nada de eso. En casa de

mis abuelos, todos hemos tenido regalos, incluidos, naturalmente, los servidores. Usted es la persona que trabaja más cerca de mí, mi secretaria «particular», usted misma lo recalco en una ocasión en que me hizo un favor personal. La secretaria particular de mi abuelo tuvo su regalo navideño, y la de mi padre también, y no veo ninguna razón para que yo no pueda hacer lo mismo con la mía. Está usted buscando siempre tres pies al gato.

—Esa explicación me ha convencido. Acepto sus regalos muy complacida, señor Notti. Son preciosos, demasiado preciosos para mí, excesivos para una secretaria. Es usted muy generoso conmigo. Gracias, muchas gracias.

A los pocos días, Giorgio encontró sobre su mesa de trabajo un paquetito delgado. Llamó a Marzia.

—¿Qué es esto, Marzia?

—Es una pequeñez mía para usted.

Abrió el paquete. Apareció una cajita de cartón. Dentro de la caja, una funda de fieltro, y dentro de la funda una pitillera de plata con dos iniciales en oro, adheridas en una esquina. Naturalmente, las iniciales eran GN.

—Pero Marzia, es usted incorregiblemente soberbia. Esto no se hace. Esto es devolverme el regalo.

Se le ablandó la voz a aquella mujer áspera y fría.

—No, señor Notti. Esto es algo más. Esto es devolverle el afecto.

Salió deprisa del despacho porque temía la reacción de él después de sus palabras, quizá demasiado cariñosas, y las aguas volvieron a su cauce. Las relaciones entre jefe y secretaria continuaron normales, es decir, sosas y monótonas, aunque algo más cálidas. «Esta breva me cae. Paciencia.» Ésas eran las ilusiones que se hacía Giorgio.

Había venido a Stresa un teatro ruso de marionetas, y Elettra había dicho que podían ir las chicas a verlo, que les pagaba los billetes de entrada y que las llevara Fiorenzo en el Fiat pequeño. Marcela se quedó en Villa Luce, haciendo compañía a la señora, y dijo que ella, desde que había enviudado y se le había ido el *bell'uomo*, no tenía ansias para asistir a ningún festejo, que no se le había perdido nada en Stresa, y que ya se lo contarían las chicas cuando volvieran. Fiorenzo conducía, y Enrico dijo que Giustina, que era la más culona, fuese delante, al lado del conductor, y que él iría detrás con Pasqualina, que estaba a punto de marcharse a Bruselas, a la casa de la señorita Totoya, y con Cecilia, una «joya» a cada lado. A Marcela le era difícil encontrar una chica del pueblo para sustituir a Pasqualina, y tampoco Celina apremiaba demasiado para que le enviaran una compañera. Enrico gastaba bromas a Giustina.

—Anda, Giustina, ve delante. Pero no le cojas a Fiorenzo la palanca del cambio, no nos vaya a estrellar.

—¿Qué palanca del cambio le va a coger Giustina a Fiorenzo, señor Enrico? —

preguntó la pazguata, y todos rieron la simpleza.

—Mira, asómate: esta palanca le voy a coger, tontorrón —y Giustina echó mano a la bragueta de Fiorenzo, que juntó las rodillas y escondió la entrepierna—. Joder con la criatura, que tiene una palanca de cambios para un camión por lo menos, pero con remolque.

—Giustina, deja tranquilo al chico, que nos estrella —insistió Enrico.

Todavía no era primavera oficial, pero el camino de Lesa a Stresa ya estaba florido. A esa hora de la tarde, con el último sol incendiando las cercenadas montañas de Santa Caterina del Sasso y los bosques espesos de la ribera lombarda, el paseo era la entrada en la Gloria. El coche rodaba *lungolago*.

—Ve despacio, Fiorenzo, que esto es una belleza para los ojos y para el alma —le recomendaba Enrico al conductor, y a la derecha resbalaba la mirada sobre el azul lacustre, que a veces tomaba vetas de fuego o sangre con la luz del ocaso, y por la izquierda florecían ya los pomos de las azaleas, que a veces se metían dentro de la carretera, como una guardia floral en honor del caminante. Los automóviles pasaban rápidos, sin percatarse de aquella belleza múltiple y gratuita, y como Fiorenzo llevaba el Fiat a poca marcha, los automovilistas más impacientes le urgían con bocinazos.

—No hagas caso, Fiorenzo —le gritaba Enrico—. Que se jodan y esperen y sácales *le coma* por la ventanilla. Que le piten a su padre.

Las marionetas componían historias antiguas de bellas princesas y valientes guerreros, o de la pobre chica aldeana embebecida en el amor del señor del lugar, seducida y abandonada por él después de despreciar al rústico campesino que la adora. Esa historia se repite mucho, y puede tener varios desenlaces. La chica enferma de tristeza, se mustia y muere, o huye al «fango» de la ciudad, o se casa sin amor con el lugareño. Todas eran historias tristes con final triste, y a la pazguata le venían las lágrimas y echaba hipos.

—Es que los rusos son así —explicaba Enrico.

—No llores, Pasqualina, que todo eso es mentira —la consolaba Cecilia.

—Es verdad, es verdad —repetía la tonta.

Y la tonta tenía razón. La literatura es verdad. La literatura es más verdad que Dios.

Enrico se quedó a cenar en la cocina, con las chicas, mientras comentaban las historias de los títeres. Casi siempre cenaba en sus habitaciones bajas, en el lateral derecho de la casa, por donde se abría el camino de los castaños, bajo las escaleras que conducían a la terraza principal y a la entrada del edificio. Allí estaban los garajes, que había dos, un cuartucho para las herramientas, podaderas, rastrillos, azadas, tiestos de arcilla apilados, metidos unos en otros y que luego serían explosiones floridas, la carretilla chica y el carretón grande, todo cuanto era necesario para cuidar el parque, y junto al garaje, el refugio de los perros. Enrico siempre tenía

una pareja de perros, unas veces de una raza y otras de otra, según le daba el capricho. Y lo que él llamaba «su casa». Su casa eran tres habitaciones y el baño, que no era baño, sino un inodoro, dos lavabos y, en el rincón, la ducha, y otros dos cuartos que permanecían cerrados y no se utilizaban para nada. Enrico dormía en la estancia de en medio, pasaba la vida en la primera y la última le servía de trastero. Cuando tomaron a Fiorenzo de jardinero ayudante, Enrico le acomodó la habitación del fondo. Trajeron una cama, un armario y dos sillas de la casa grande y se llevaron algunos trastos a los desvanes de debajo de la torre del telescopio.

Aquella noche, terminada la cena en la cocina, y mientras se prolongaban los comentarios sobre las marionetas, a Fiorenzo se le abría la boca y se le caían los párpados. Además, se acomodaba constantemente el «mandado», como lo llamaba Enrico, por debajo del pantalón, y eso era señal clara de que estaba necesitando un golpe de zambomba, de modo que se levantó y se fue a dormir. Al poco se despidió también Enrico, y antes de salir le hizo una disimulada seña a Giustina de que le siguiera. Dejó Giustina pasar unos minutos desde que saliera el jardinero y después se fue tras él. Se había percatado de que Enrico quería hablar con ella de algo confidencial, sin que se apercibieran las otras.

Le ofreció a ella la mecedora donde solía él sentarse todas las tardes, dentro o fuera de la casa, al dictado del tiempo, y él se sentó enfrente, en una silla baja. Desde allí podía mirar los muslos rollizos de Giustina, que se balanceaba ligeramente en la mecedora y los dejaba ver con liberalidad, pero Enrico no estaba a eso. Había puesto una vieja mesilla junto a los dos. De una pequeña alacena adosada a la pared extrajo una botella de *grappa* y dos copas. Las llenó y las dejó sobre la mesita, una delante de Giustina y la otra delante de él mismo. Enrico hacía eso con parsimonia y casi con solemnidad, como si estuviese cumpliendo los preceptos de una liturgia sagrada. Todavía dejó pasar unos minutos de silencio antes de romper a hablar.

—Mira, Giustina, te has metido en un mal paso y no sé cómo vas a poder salir de él.

—Yo no me he metido en ningún mal paso y no sé por qué dice usted eso, señor Enrico.

—Giustina, estáte calladita un rato y escúchame. Hay un tiempo para cada cosa, y éste es tu tiempo para escuchar. Otras veces te llega el tiempo de comer, de dormir, de reír, de hablar, de mirar a las estrellas y de follar. Casi todos los días, por no decir todos, te llega el tiempo de follar; incluso cuando tienes impracticable un embocadero, hala, a follar por el otro. Ahora vas a escuchar en silencio y luego te llegará el tiempo de decir. Digo que te has metido en un mal paso y sé muy bien lo que me digo. Te has quedado preñada y mucho me temo que quieras cargarle el niño a don Pelayo.

—Es que don Pelayo...

—Te he dicho que te calles, coño, y que no me interrumpas. O me tienes respeto y me escuchas en silencio, o te mando por ahí a que te las arregles tú sola y que te den

por el culo.

—Venga, ya me callo.

—Vas a intentar echar el niño a las costillas de don Pelayo, y eso no te va a salir bien. Eso va a ser tu ruina y la del niño. Por mucho que lo digas, don Pelayo lo va a negar. Entre la palabra suya y la tuya, ya sabes la que va a creer todo el mundo y la que va a ganar. Lo menos que pensarán es que te has quedado preñada adrede, de él o de otro, para sacarle los dineros a la familia Duchessi. Has dejado que corra el chisme del telescopio y de tus visitas a la torre, y del celo que le tiene don Pelayo a tu *sedere*, por otra parte tan justificado, lo reconozco, ya ves que me pongo en razón, estás buenísima, hija mía. Pero él no es el único que te ha rondado el *sedere*. También ha tenido otros visitantes...

—Eso es mentira.

—Y dale. Calla y escucha. Ya hablarás. Ese hermoso culo, con ese hermoso higo, que yo no te lo he visto, pero lo imagino, ha tenido otros visitantes, que aquí, el que no cuece, amasa, y el que no vende pollos, vende *salame*, tú ya me entiendes, y si no me entiendes es que no quieres entenderme, pastora. Ya sabes que Enrico se entera de todo. Y aunque no hubieras tenido tantos rondadores por el *sedere*, daría igual. La gente del lago lo creería. ¡Anda, que ibas a hacer buen papel fingiéndote la estrecha! Tapábase Maricuela y dejaba el culo fuera. Tu culo no hay quien lo tape, Giustina. En cuanto te atrevas a decir que el niño es de don Pelayo, te echan de la casa y te será difícil encontrar otra parecida a ésta. Porque igual no la vas a encontrar, desde luego. Tendrás que hacer lo que han hecho otras muchas antes que tú: marcharse de aquí a buscarse la vida por esos mundos con el hijo a cuestas.

—Eso era en otros tiempos, señor Enrico. Ahora...

—Ahora, el sol sale por levante y se mete por poniente como toda la vida de Dios. Los poderosos son los poderosos y los señoritos siempre ganan. Mira, lo que tú necesitas es casarte. Antes de que te engorde más la calabaza, te casas con un buen chico y tienes un padre para tu hijo, un hombre que te mantenga, que te defienda y que te caliente las carnes por las noches, porque tú, sin eso, no te conformas, y vas a terminar buscando por las esquinas un maromo o un chulo, o apañándote con la mano del almirez. —Calló un momento. Llenó otra vez de *grappa* las dos copas. Le dio un respiro a Giustina, también para que reflexionara un poco en lo que le proponía, y enseguida volvió a la carga—. En esa habitación de ahí al lado tienes durmiendo a Fiorenzo, que no ha catado mujer todavía, que está que relincha y que en cuanto le des dos traqueteos se te encoña y se casa contigo. Tú misma le mediste la palanca de cambios esta tarde cuando íbamos al teatro de las marionetas, y yo creo que vas a ir bien servida. Es más joven que tú, pero eso no es inconveniente, porque así te dura más. No es muy listo, pero para listezas, tú las tienes, y por eso hará siempre lo que tú digas, y es trabajador y bueno. Los amos le subirán el jornal. Cuando yo muera, que será pronto, se convertirá en el jardinero de Villa Luce, que es un trabajo muy digno para un hombre honrado. Aquí tendréis techo y comida, colcha y mantel, y toda la

ropa que desechen los señores, que la desechan casi nueva. Podrás ahorrar todo lo que gane Fiorenzo, y haceros con un capitalito como he hecho yo. Anda, asómate a esa habitación, que ahí lo tienes en la cama, y mira a ver si te acoplas bien con él, y si te acoplas, un día de éstos vamos a la parroquia a que os echen las bendiciones, y ya tienes quien se haga cargo de la calabaza, que en la mata irá creciendo, y digo yo que se te va a notar de un momento a otro, y entonces todo será más difícil.

Poco tiempo necesitó Giustina para reflexionar. Por otra parte, hay que reconocer que lo que Enrico, viejo y sabio, proponía estaba muy puesto en razón.

—Y todos los gastos del crío...

—Ya salió aquello. También he pensado en eso, hija mía. Mira, tengo ahorrado todo lo que me dieron cuando murió doña Vittoria, que fue mucho. Y ya te he dicho que yo aquí no tengo gastos y he ido guardando todo lo que he ganado en esta casa. Le haré un buen regalo de bodas a Fiorenzo, y con eso tienes para todo lo del niño y para empezar a vivir como una reina. ¿Cuánto necesitas?

Giustina se fue por lo alto.

—Cien.

—Cien, ¿qué?

—No van a ser cien mil liras. Cien millones.

—¿Cien millones? A ti se te ha grillado la mollera. Cien millones. Con cincuenta ya puedes hacerle tres novenas a san Pancraccio, que es el santo que reparte dineros. Anda, abre esa puerta, entra en la alcoba, métete en la cama, quítale la virginidad al inocente y no te importe hacer ruido ni dar gritos, que yo estoy muy viejo y esas cosas ya me la traen floja. Bueno, a mi edad, todo se la trae a uno floja. Hasta los muslazos que tienes, coño, que te los estoy mirando y estás que revientas, pastora.

Giustina lo abrió todo. Primero abrió las piernas para que se empapara bien Enrico de lo buena que estaba, y agradecerle de alguna manera, aunque sólo fuera alegrándole las pajarillas, lo que estaba haciendo por ella, y después abrió la puerta de la habitación, al principio sólo un resquicio. La habitación estaba en sombra y no se veía nada. Abrió un poco más y entrevió el cuerpo de Fiorenzo sobre la cama. Se deslizó dentro, se quitó la bata del uniforme y se metió entre las sábanas. Fiorenzo, al notar que el colchón se hundía, dio un bote y encendió la luz. Vio a Giustina medio desnuda, con el sostén y las bragas, a su lado y a medio tapar, y huyó hacia el larguero del lecho, a punto de caerse, como si hubiese visto a Satanás o estuviese representando el papel del casto José. Giustina echó la ropa hacia los pies y tiró con energía del calzoncillo del chico hacia abajo. Cuando le vio al muchacho el «mandado» exclamó con admiración «¡Santa Madonna!», se desnudó del todo y empezó su trabajo. A pesar del golpe de zambomba, cinco veces se encalabrino el Fiorenzo aquella noche, y otras tantas se lo calzó la Giustina. A la madrugada, todavía temprano, salió del cuarto, despeinada, pálida y ojerosa. Enrico estaba en la cama, despierto.

—*Buon giorno, signor Enrico. Fatto.* Ahí se lo dejo, rendido y dormido, hecho un

leño.

Enrico sonrió.

—De acuerdo, Giustina. Tampoco tú vas muy galana, pastora, que se ve que ha habido guerra. Yo prepararé ahora todo lo que hay que hacer para que las cosas queden como Dios manda. —Luego, murmuró en voz baja—: Lo natural.

Sobre la mesita estaba todavía la botella de *grappa*. No le quedaba ni una gota. O sea, como al «mandado» de Fiorenzo.

8. La cama redonda

Volvieron los días felices para el matrimonio Notti. Giacomino había llegado el Miércoles Santo y se quedaría en la Avenue Louise hasta el martes de Pascua. Durante esas cortas vacaciones, todo fue grato y dichoso en Bruselas. Todo, menos el tiempo y la tormenta de celos del último día, o mejor dicho, de la última noche, la noche de la cama redonda. Bruselas es una ciudad maldecida por la climatología. Algún día de aquéllos llovió a cántaros, granizaba a ratos y a pesar de la primavera caía un aguanieve como agujas de hielo y un viento fuerte, huracanado, barría la ciudad, azotaba las copas de los árboles y casi tumbaba a los transeúntes, obligados a caminar oblicuos y encorvados. Habían llegado algunas gaviotas al inhóspito asfalto urbano, seguramente arrastradas desde el mar por el ventarrón, o habrían venido adrede en busca de comida en los desperdicios de la ciudad, y algunas de ellas se estrellaban contra los cristales de las ventanas altas. Caían heridas o lograban remontarse en el aire y refugiarse Dios sabe dónde.

Cuando el tiempo se hacía menos desabrido, los tres chicos salían a comer a algún restaurante elegante, o iban a la Granel Place a comer *moules*, o buscaban *brasseries* populares donde servían excelentes lenguados y las típicas fuentes de patatas fritas. Los belgas, a falta de otras sabidurías, son los europeos que mejor saben freír las patatas y hacer el chocolate. A Giacomino, que es goloso, le gusta comer en La Maison du Cygne, sobre la Grand Place, para pedir el postre de los tres chocolates, el blanco, el negro y el marrón. Pero cuatro de los seis días que duró aquella felicidad quedaron por completo arruinados por la maldición del tiempo, que se mostraba desapacible cuando no tormentoso. Lo mejor era quedarse en casa. Charlaban, jugaban a las cartas, al backgammon, a los dados, veían vídeos y Totoya llamó a una amiga suya de la universidad, lista y viva, que sabía jugar a todo, desde el bridge al ajedrez y desde el póquer al mahjong. Era una yugoslava de padres exiliados que se llamaba Anne Puravich, morena de ojos claros, cintura estrecha, cadera ancha y piernas muy bonitas, y alegre, muy riente, simpática y audaz. La audacia y la desenvoltura no le impedían mantener un aire de limpieza de intención e ingenuidad que desconcertaba un poco, y dejaba un sector oscuro en su carácter que impedía adivinar hasta dónde se podía llegar con ella en los juegos excitantes.

Una noche se entregaron los cuatro al viejo juego de las prendas. Ya se sabe. Cuando un jugador perdía, debía quitarse una prenda de ropa, hasta que uno de ellos quedara completamente desnudo. Buscaron un pretexto cultural, casi universitario. Cada jugador decía por turno el apellido de un personaje famoso, y el jugador de su izquierda debía precisar el nombre o nombres de pila. Si fallaba, pagaba prenda. Ése era el reglamento. Sortearon los puestos y los jugadores se situaron en esta disposición: Anne, Giorgio, Giacomo y Totoya. La progresión de turnos corría como las agujas del reloj. La condición para aceptar como apto al personaje propuesto era que viniera citado en una enciclopedia abreviada que tenían a mano. Totoya pronto se

quedó cubierta tan sólo con la minúscula braguita y un sujetador aún más pequeño. Su hermano buscaba personajes difíciles, científicos desconocidos para Totoya. «Tienes mala leche conmigo, Mino. Ya me las pagarás», y el chico disminuyó la dificultad de las preguntas. Giorgio se halló igualmente en ropa interior en los primeros momentos. En cambio, Giacomo acertaba muchos nombres de los que proponía Giorgio, la «bestia especializada». Anne mantenía tres prendas en el cuerpo, el sujetador, las braguitas mínimas y el liguero, todo haciendo juego y de un delicado color blanco marfil. Se diría que la ingenua había ido preparada expresamente para eso. Pero quien pagó el pato fue Giorgio. Anne escogía los personajes con verdadera crueldad, y cuando Giorgio fallaba, palmoteaba ella con alegría. ¿Cómo se llamaba de nombre Maiakovski? ¿Y la Krupskaja? ¿Y Stendhal? ¿Y el Mantegna? Hacía preguntas de literatura y arte, a sabiendas de que en esas materias Giorgio estaba pez.

—Lo que quiere Anne es ver desnudo a Giorgio, y lo va a conseguir —comentó Giacomino.

—Sí, sí, a la próxima lo dejo en el traje de Adán y lo veo en pelota. —Anne palmoteo—. Estoy deseándolo. Ya no le queda por quitarse más que el calzoncillo.

—Oye, oye, me quedan por quitarme, no una, sino dos prendas, tía. Además del calzoncillo, la cadena que llevo al cuello.

—Bueno, pues di el nombre de pila del marqués de Sade.

Se quitó la cadena. Cuando volvió el turno a Anne, preguntó por el nombre de Gauguin. «Es muy fácil», le animó Totoya, pero Giorgio se dio por vencido. Entonces prepararon la escena. Colocaron tres butacas en fila y despejaron, delante, un extremo de la sala. Nadie podía cubrirse. Debían permanecer tal y como habían quedado vestidos, es decir, medio desnudos, al terminar el juego. Apagaron las luces y cuando Giorgio dio aviso las encendieron de nuevo. Giorgio inició un estriptís torpe y apresurado. En realidad, sólo tenía que despojarse del calzoncillo y de un albornoz que se había echado por encima. Frente a la cortina oscura de la ventana, su cuerpo desnudo, esbelto y proporcionado, alto aunque no muy ancho el pecho, estrechas las caderas, firmes las piernas y un leve principio de erección, seguramente ocasionado adrede, por presunción, arrancaron un largo «¡Ooooooooooh!» de admiración de la boca de Anne. Para los demás era un mármol clásico ya contemplado. No se sabe de dónde, Anne había sacado una máquina fotográfica y de pronto, en la escena, brilló el fogonazo de un flash.

—Eso no vale —protestó Giorgio—. Me has retratado en pelota. Dame el negativo.

—Es un recuerdo. Si Totoya me autoriza, me lo quedo para mirarlo alguna noche. Pero lo mantendré en secreto. No te venderé para un anuncio de pantalones vaqueros.

—Puedes quedártelo —la autorizó Totoya—, pero tendrías que darnos a cambio una foto tuya, también desnuda.

—De acuerdo.

Dicho y hecho. Con toda desenvoltura, Anne se despojó de todo lo que le

quedaba, y los demás hicieron lo mismo. Totoya sacó la instantánea y Anne se dejó retratar, aunque adoptó una pose descuidada, como si el fotógrafo la hubiera sorprendido y retratado a traición. Los cuatro jóvenes estaban completamente desnudos y ninguno hacía nada por vestirse de nuevo. Totoya retrató a los otros tres, en grupo, y luego Anne quiso retratarse con Totoya y con Giorgio, metida ella en medio del matrimonio.

—¿Por qué no te quedas aquí esta noche? Con este tiempo no te vas a ir a la residencia. Hay muchas camas en la casa, pero sería más divertido que durmiéramos los cuatro juntos.

Era Totoya la que hablaba. A quien más sorprendieron aquellas palabras fue a ella misma. Eran casi idénticas a las que había pronunciado Olga en Formentera, cuando había propuesto la cama redonda a los dos matrimonios. En cambio, Anne recibió la propuesta con naturalidad. Estaban los cuatro excitados, habían bebido en la cena y luego, durante el juego y el estriptís sucesivo de las prendas, se les había despertado la lascivia y acabó con cualquier resto de pudor. Anne miró a Giorgio, que estaba desnudo como ella.

—Me apetece un montón, Totoya, pero nunca me he metido en un rollo así, en una cama redonda. Y encima, con tu marido y con tu hermano. No sé. ¿Estás segura de que quieres que me quede? Además de que sería la primera vez y me da vergüenza, me parece que es hacerte una cabronada.

Repitió Totoya las palabras de Olga.

—Para todo hay una primera vez, Anne. Por lo demás no te preocupes. Para algo somos amigas.

Totoya estaba desconocida esa noche. Sería la llegada de Giacomino o el despecho contra Giorgio lo que la había cambiado. O el alcohol, el juego y la excitación. Iban hacia la cama abrazándose, acariciándose, besándose unos a otros, todos desnudos. No estaban borrachos, pero sí eufóricos y entusiastas. Celina permanecía encerrada en su habitación, seguramente haciéndose cruces o dándose un restregón, y Pasqualina, que por fin había llegado a Bruselas, tenía orden terminante de no salir de su cuarto. Se produjo una múltiple persecución de cuerpos en la penumbra de la alcoba, sobre la gran cama del matrimonio. Giorgio, que ya estaba entregado por completo a Giacomino, rechazó con cierta aspereza el abrazo de Anne, que quedó decepcionada y estupefacta. ¿Y Totoya? ¿A quién buscaba Totoya? Había intentado inútilmente introducirse entre los dos chicos. Ni uno ni otro le hizo el menor caso. Sintió un despecho casi colérico hacia los dos muchachos al comprobar que ellos se disponían a amarse sin que ella participara, sin formar el feliz triángulo de siempre, el triángulo bautizado por Giacomino como el triángulo isósceles. Su hermano la acariciaba con una mano, pero como desentendido, y no se desprendía de Giorgio.

Sin haberlo pretendido, Anne se encontró junto a Totoya. Sintió una extraña excitación, jamás experimentada antes de esa noche. Se sorprendió a sí misma

acariciando y besando a Totoya, tímidamente primero, apasionadamente después. Totoya, casi llorando de rabia y de despecho, se dejó tocar y besar por Anne. Luego, se le incendió la carne y el deseo, le invadió la curiosidad y empezó a ofrecer a la otra muchacha unas caricias de ternura que terminaron en fiebre y furia. Las dos chicas tuvieron aquella noche su inicial, espontánea y ardiente experiencia homosexual. Los dos hombres estaban aplicados a lo mismo entre ellos. Cuando llegó el momento del suspiro final y sucesivo, volvieron todos al amor común, se besaron entre ellos y se durmieron, Giacomino sobre el brazo de Giorgio, en tanto que Totoya refugió la cabeza en el vientre de Anne.

Fuera, el tiempo parecía un castigo bíblico. El cielo se había ennegrecido como en la muerte de Cristo. Toda la corte celestial lloraba al mismo tiempo sobre Bruselas. Santa Bárbara tronaba con morterazos pavorosos. Una gaviota chocó contra el cristal grande de la ventana de la alcoba con el estruendo de un meteorito, de una pedrada celeste. Se apretaron una contra otra más estrechamente. Anne puso los labios al oído de Totoya y le susurró:

—Totoya, eres formidable.

Todos se levantaron tarde. Celina ya había repasado las alcobas y comprobado con estupor que estaban vacías, y esperaba en la cocina con el desayuno preparado —zumos, café, té, chocolate, cereales, tostadas, mantequilla, mermeladas, huevos pasados por agua— a que salieran los señoritos del dormitorio grande. Celina sí que era formidable. A la pazguata la había condenado al cuarto de plancha y no la dejaba salir de él. Pero los señores no empezaron a aparecer hasta el mediodía, y Celina improvisaba ya los platos para un almuerzo. No irían a tomar el desayuno a la una y media de la tarde. «Quédate a comer, y luego te lleva Giorgio.» Anne asintió con la cabeza. Algo había mejorado el tiempo, pero el cielo parecía un apretado rebaño de cabras negras que avanzaba empujado por el soplo del viento, un soplo sonoro y silbante. Comieron, y Giorgio llevó a Anne en el coche. Cuando ya habían salido, Totoya tiró de Giacomo hacia una pequeña salita que había al fondo del dormitorio del matrimonio. Se sentaron juntos en un sofá, frente a una mesa baja donde Celina les sirvió el segundo café. Totoya descansó la cabeza en el pecho de su hermano, tomó una de sus manos entre las suyas y empezó a hablar lentamente, pronunciando despacio, con énfasis casi teatral, sin llorar todavía, pero con una tristeza desolada y amarga.

—Mino, Giorgio ha dejado de quererme. A lo mejor, no me ha querido nunca. Bueno, aquellos días de novios, sí que me quiso. Y luego, yo creía que nos amaba a los dos, que los dos éramos para él la misma persona. Pero no, Mino. Cuando tú no estás, Giorgio no me ama, no le atraigo. No digo que le repugne, eso creo que no, pero me huye, me rehúye, me evita. Me acerco a él, lo acaricio, lo beso por todo el cuerpo, hago todo lo que se le puede hacer a un tío para despertarle el deseo, y él me

aparta. Si alguna vez me devuelve las caricias e intenta hacer el amor conmigo, comprendo que es a la fuerza, sin ganas, y casi nunca puede. Fracasa, se fatiga, me da un beso y lo deja. Le sucede lo mismo que te pasó a ti con la puta de Paola cuando diste gatillazo. Y yo me paso las noches llorando. Lo miro, le vigilo el sueño, lo espío por si se le escapa alguna palabra soñando, y lloro. He aprendido a llorar. Jamás había llorado con esta amargura.

—Totoya, ni tú ni yo podemos tener dudas de que Giorgio nos quiere. A lo mejor se ha acostumbrado a que seamos tres y no dos, y eso le inhibe a solas contigo. O será que atraviesa una etapa de debilidad o de mala salud. Comprueba eso. A mí me dijo el médico que la causa del gatillazo puede ser el estado de ánimo o un decaimiento de la salud.

—Pero no se inhibe contigo. Anoche mismo se dedicó sólo a ti. Ni estado de ánimo ni decaimiento de la salud ni puñetas. Y a mí, durante muchos días, y sobre todo durante muchas noches, me tiene como a un mueble.

—No te atormentes, Totoya. Eso será pasajero. Volverá a ser como antes de casaros, que siempre lo tenías excitado y te besuqueaba y te tocaba constantemente, y le decías: «No seas pulpo, que Mino nos mira.» ¿Te acuerdas? Todo volverá a ser como en el viaje de novios. A lo mejor, la responsabilidad del negocio lo tiene preocupado y...

—No es eso, Mino, no es eso. La responsabilidad del negocio le importa un pito. En el viaje de novios tampoco me hacía demasiado caso. Lo pasamos bien en Formentera, pero ya quiso que nos metiéramos en la cama con otro matrimonio, unos italianos que conocimos allí. Para animarse, necesita siempre a alguien aparte de mí, y además tomó coca y confesó que no era la primera vez, que él estaba acostumbrado a esnifar. Será mentira, y lo diría por esnobismo, pero ya no sé qué pensar y estoy triste y desconcertada. Tengo un cabreo encima que no me deja estudiar ni dormir, y no sé qué hacer. La última vez que fui completamente feliz con él fue una noche en París. Hay algo en el aire de París que te mete la cachondería en los entresijos del cuerpo, y además me pidió la especialidad de las francesas. Después de aquella noche es como si me metiera en la cama con un esquimal. Bueno, con un esquimal, no, porque los esquimales también harán el amor; es como si me metiera entre las sábanas con un iceberg. Yo no le valgo para nada. No habla conmigo ni me lleva a ningún sitio, sólo a cenar a los restaurantes que le gustan a él. Lo peor es que no me busca, no me aguanta, no le gusto en la cama. Lo único que le ha hecho ilusión desde que llegamos a Bruselas es que hayas venido tú. Y anoche, cuando me acerqué a vosotros, hasta me apartó con un empujón poco amable.

—Totoya, no irás a tener ahora celos de mí.

—No. Pero él me apartó. Y vio, porque tuvo que verlo, que yo me enrollaba con Anne, y él sabe que a mí eso de acostarme con una tía no me ha gustado nunca. Y le dio igual. Sólo te quiere a ti. Y yo lo voy a perder, Mino, lo voy a perder, y a lo mejor te pierdo también a ti, amor mío, defensor mío, caballero mío, y a ver qué hago yo sin

vosotros. Porque también a ti te dio igual anoche que yo me consolara con Anne. Sois los dos unos maricones y unos hijos de puta conmigo, y sólo os gusta eso. Y yo, ¿qué? Yo, a mirar y a hacerme pajas. O a buscar a Anne.

—Estás celosa, Totoya, y te equivocas. Tampoco tienes razón en lo de Anne. Quien trajo a Anne fuiste tú, y tú la invitaste a jugar a las prendas, y la retrataste en cueros, y le dijiste que se quedara con nosotros, y la metiste en tu cama, en nuestra cama, en la cama que siempre ha sido de los tres y nada más que de los tres. Yo pensé que querías tener un ligue con Anne, y probar a hacértelo con una tía, y Giorgio debió de pensar lo mismo.

—Pero, ¿tú me quieres, Mino? Dime que por lo menos tú me quieres.

—Tú eres lo que yo más amo en el mundo, Totoya. Te lo he dicho muchas veces y te lo digo ahora también. No me reproches nada, porque la culpable de todo lo que te ocurre eres tú y sólo tú. Yo no quería que te casaras, ni con Giorgio ni con nadie. Y tú te empeñaste. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste? Me dijiste que querías casarte y tener hijos, y que amabas a Giorgio con todas tus fuerzas, y que nosotros habíamos sido felices jugando juntos, haciendo guarradas juntos. «Guarradas», dijiste, llamaste «guarradas» a nuestro amor, y me apartaste de ti porque todo eso que habíamos hecho eran juegos de niños, cosas de muchachos, y que ya éramos un hombre y una mujer y debíamos casarnos cada uno por su lado. No te acordaste de cómo nos quisimos aquella primera vez, debajo de los sauces. ¿Te acuerdas ahora, Totoya? Tú jugabas con mi pistolilla, que era todavía pequeña, y te divertías viendo cómo crecía, y de pronto te pusiste a besarla y a decirme que me querías más que a nadie en el mundo, más que a papá y a mamá, y que no ibas a separarte nunca de mí, y me hiciste jurar que estaría siempre a tu lado. Yo estaba recordando todo aquello, y tú, en ese momento, después de decirme todas aquellas cabronadas de casarse y tener hijos, y de las guarradas, no quisiste darme un beso porque sería traicionar a Giorgio.

—Eres odioso, Mino. No me recuerdes eso ahora. Yo me enamoré de Giorgio, pero tú también te enamoraste de él. Y es natural, porque es adorable, y yo no quiero perderlo, y ahora él sólo te quiere a ti, y yo le aburro.

Arreciaba de nuevo la lluvia. El rebaño de cabras negras del cielo se deshacía otra vez en un diluvio. Lloraba Totoya casi con tanta fuerza como llovía sobre Bruselas. Llovía sobre la ciudad, llovía sobre el hombro de Giacomino, llovía en el corazón de Totoya.

—Totoya, eres injusta y entiendes las cosas a tu capricho. Deja de llorar y razona. Llorando no se remedia nada. Lo primero que tienes que hacer es reconocer tus culpas. Si no lo haces, te quedarás sola como tú dices, refugiada en la creencia de que todos hemos sido ingratos contigo, que hemos dejado de amarte y que te hemos abandonado. Tú llevaste a Giorgio a Villa Luce. Tú quisiste casarte con él. Tú querías que yo os acompañara siempre, a bañarnos, en los paseos en la barca, a nadar o a bailar. Tú te dabas el lote con él delante de mí, sabiendo que a mí eso podía torturarme. Una de dos, o me torturaba o me excitaba. Yo fui a decirle a la abuela que

no quería que te casaras, que no sabría vivir sin tenerte a mi lado. La abuela me comprendió y lloraba.

Y tú le diste a la abuela un disgusto de... de muerte.

—Lo único que me faltaba hoy, en vísperas de irte y de dejarme otra vez sola, sin ti, que estarás lejos, y sin Giorgio, que se va con el pensamiento a Dios sabe dónde, es que me acuses de la muerte de la abuela. La abuela se había vuelto loca. Estaba ya un poco loca desde que se ahogó el tío Giacomo. Y eso no tiene nada que ver contigo y conmigo.

—Bueno, pues escucha. Tú y Giorgio me llevasteis a la cama en tu noche de bodas, y tú perdiste la virginidad conmigo y yo con él. ¿Qué quieres? ¿Que ahora se olvide de mí? ¿Que se dedique a ti sola? Hemos acostumbrado a Giorgio a que disfrute con los dos, entre los dos, y eso desde la primera noche de vuestro matrimonio, y no puedes quejarte de que alguna vez se aburra en tu compañía, y que eso, para él, sea una soledad. En vuestro matrimonio, yo soy una normalidad, una cosa necesaria, el lado de un triángulo que sin mí queda roto y se destruye. No puedes quejarte de que Giorgio me quiera. De cualquier forma, Totoya, tú puedes dudar de todo en este mundo, de todo, de todo menos de que tu hermano te amará siempre, pase lo que pase, por encima de los hombres, de las mujeres y hasta del Destino.

—Pues entonces haz una cosa por mí en nombre de ese amor, Giacomo. —Era seguramente la primera vez que lo nombraba así, con el nombre a secas, sin esos diminutivos fieramente desterrados por el padre Fantino, con el nombre entero del tío ahogado en el lago la noche de la boda de la abuela.

—¿Qué quieres pedirme, Totoya?

—Que te vengas a vivir con nosotros a Bruselas. Aquí tienes tu habitación, preparada para ti, pensando sólo en ti. La amueblé con más ilusión que ninguna otra, con aquel cuadro de Magritte que representa un muchacho con medio cuerpo de mariposa. Le costó una fortuna a la *nonna* de Giorgio. ¿Sabes que voy a hacer un trabajo de fin de curso en la universidad sobre ese cuadro? No tiene título, pero yo le llamo *La mitad de una mariposa*. Anda, vente con nosotros, Mino. Podrías hacer la licenciatura que elijas en la Universidad Libre o en Lovaina. Tienes que ayudarme a recuperar a Giorgio. Tenemos que salvar para los dos el amor de Giorgio.

—Y él, ¿qué dirá?

—Estará feliz. Tendrías que haber visto cómo le brillaban los ojos cuando le propuse invitarte esta Pascua.

—¿Y papá y mamá?

—Habrá que convencerlos. A ti te toca encontrar la manera de que te autoricen. De todas formas, tú no podrías estar con ellos en Villa Luce. Tendrías que vivir en Milán. Además, ellos tienen su vida. Y nosotros tenemos que vivir la nuestra.

—La nuestra es una vida rara y complicada, muy rara y muy complicada, Totoya.

—Ya lo sé, Mino. Nuestra vida es muy rara y muy complicada, pero si tú no me dejas, será divina. Y tú tienes que jurarme que nunca me abandonarás, que me

querrás siempre, que me amarás por encima de todo, con Giorgio o sin Giorgio.

Se abrió la puerta y entró Giorgio.

Giustina y Fiorenzo se casaron enseguida. Esperaron el tiempo justo para que corrieran las amonestaciones.

—Dése usted prisa, don Luca —apremió Enrico al párroco— que dentro de poco se le va a notar la calabaza a la Giustina.

—Todo tiene su tiempo, Enrico, y lo importante es que el fruto del pecado quede bendecido.

—No, si yo lo digo por evitar habladurías, padre.

—Hijo, eso que tú no quieres que corra en las murmuraciones lo saben ya hasta los angelitos de la *Addolorata*. Lo que no saben muy bien es quién es el padre de la «calabaza», como tú dices.

—Ni falta que hace, padre. Eso ya lo veremos el Día del Juicio. Si fueran hijos suyos todos los que a usted le llaman padre, menudo semental estaría usted hecho.

—¡Qué bestia eres, Enrico!

—Lo normal, padre.

Se casaron. Todos los habitantes de Villa Luce fueron a la boda, incluidos doña Elettra y Giacomino. Todos, menos don Pelayo, que ese día tuvo que ir necesariamente a Bolonia a despachar unos asuntos urgentes. Los cincuenta millones de liras se los dieron a Fiorenzo, pero pasaron inmediatamente a poder de Giustina. Los novios se fueron diez días a Roma, y vieron al Papa en la ventana del Vaticano y recibieron su bendición los tres, naturalmente, también la calabaza. Se quedaron a vivir en la casita de Enrico, y para eso les arreglaron las dos habitaciones vacías, además de la que ya ocupaba Fiorenzo, y el rincón del hornillo donde Enrico a veces se cocía unos espaguetis, asaba un pez del lago o abrasaba las verduras, quedó convertido en una pequeña cocina. De todas formas, tanto Enrico como Giustina y Fiorenzo comían regularmente en la casa grande. A medida que le crecía en la panza la calabaza, a Giustina le engordaba también el culo, que pasó de glorioso a descomunal. Fiorenzo rebosaba felicidad. A las nueve de la noche había cenado, y ya estaba tirando de Giustina hacia la cama, y ella se iba detrás de él, muerta de risa.

—Hala, hala, a disfrutar ahora que sois jóvenes, que ya vendrá la vejez, y lo que decía mi amo don Salvatore, que en paz descanse, os llegará la edad de los metales: los dientes de oro, los cabellos de plata y la polla de plomo.

—Si lo que pasa es que este hombre no para, señor Enrico. Me duermo un rato y enseguida me despierta y dale que te pego. Tiene un *uccello* que necesita una *gabbia* de hierro.

Fue el sábado a la taberna del pueblo.

—El hijo de la Giustina es de don Pelayo, ¿verdad, Enrico?

—Pregúntaselo a ella, malpensado.

—Eso lo sabe todo el mundo. Al Fiorenzo lo han pillado de panolis y carga con el mochuelo. En menuda *sciagura* lo han metido entre la puta de la Giustina y el Duchessi *spagnolo*.

—*Sciagura*! Más feliz es que todos vosotros, y ya querríais tú y tú y tú pasar las noches que él se pasa con la Giustina. Al Fiorenzo le ha venido Dios a ver. No es una *sciagura* lo que le ha caído, sino un *bene di Dio*. Se necesita ser muy cabrón para tomar el bien por mal como hacéis vosotros.

Enrico no sabía que en ese momento estaba repitiendo, casi al pie de la letra, palabras del Libro de Isaías.

9. El Lenguado Contento

Salió de la oficina a las cinco y fue andando sin prisa por la acera de la Avenue Louise. Llegó hasta el hotel Conrad y entró a tomar una copa sentado cómodamente en el café Wiltcher's. Giorgio no estaba acostumbrado a meditar sus actos ni a hacerse de ellos un problema moral. Jamás se miraba por dentro, y hacía en cada momento aquello que le venía en gana. Había sido un chico estudioso porque le gustaba estudiar. Leía libros y revistas en los que se divulgaban los últimos avances de la ciencia y la tecnología porque le fascinaba ese mundo. No era un donjuán ni un homosexual de hábito porque jamás le había urgido el apetito del sexo. Se había encaprichado de Totoya y se había casado con ella enseguida, sin escuchar las razonables objeciones de su familia, sobre todo a raíz del suicidio de doña Vittoria. Le había sucedido lo mismo con Giacomino y no había dudado en insinuarse un día en la playa del lago, bajo los sauces, y en llevarlo luego a la cama de su noche de nupcias. Nada le había importado escuchar todas las historias que se contaban de aquella familia ni el amor de Totoya por su hermano. Cambió aquella noche la virginidad de su mujer por la de su cuñado. Era todo lo contrario a un personaje malvado o perverso. Simplemente, era un niño mimado, acostumbrado a hacer en cada momento lo que le pedía el cuerpo.

Sin embargo, excepcionalmente, en aquel rato de soledad y sosiego, mientras sorbía a cortos tragos un whisky en el café del Conrad, recapituló someramente sobre su situación, sus propósitos, sus relaciones familiares, sus proyectos y sus apetencias. Se interesaba un poco en el negocio de las exportaciones. Casi las únicas compensaciones que ofrecía la rutina de aquel trabajo lineal, poco necesitado de imaginación creadora o de resolución de intrincados problemas, eran el dinero y el placer deportivo de ganar la partida a otros competidores. La verdad es que la personalidad eficiente y misteriosa de Marzia, la seguridad que emanaba de todas sus acciones y un cierto sentido de desafío con que se plantearon desde el principio sus relaciones, le ayudaban mucho a soportar las horas de despacho. Por otra parte, aquel despacho y aquel negocio le permitían vivir sin problema alguno de dinero. Gastaba cuanto quería. Tenía una casa lujosa, un Mercedes descapotable en Bruselas y un Ferrari Testarossa en Milán, y además era hijo único y toda la fortuna del abuelo Notti sería alguna vez de él y sólo de él.

Se daba cuenta de que había perdido la atracción sexual que al principio sentía hacia su mujer, pero eso no tenía nada que ver con su cariño, incluso con su amor, entendido como amistad y confianza. Quería seguir trabajando en aquella oficina, viviendo en aquella casa, compartiendo la vida con Totoya y amando a Mino. Pero no quería renunciar a tener otra vida suya y secreta, hecha de películas porno, de pasión por Dan, de la adicción a la droga. Con el paso de cierto tiempo todo eso se convertiría, en definitiva, en la búsqueda alocada de emociones nuevas en las que sin duda prevalecía la inclinación a la homosexualidad, su irrefrenable atracción hacia

los jóvenes y también, poco a poco, hacia los niños.

Dan. Más de una vez le había martilleado los sesos el recuerdo insolente y adorable de Dan. Dejó unos francos en la mesa, salió del Conrad y llegó, también a pie, hasta La Cage. Le tentaba entrar y ver al muchacho. Y, naturalmente, lo hizo. Había unas cuantas mesas ocupadas y él se sentó a una de las del fondo. Cerca de la puerta, Margot, la viejecita del café con leche y el jerez dulce, leía su novela. Al poco vino Dan, contoneándose como de costumbre, con la servilleta muy ceñida y en el rostro un gesto de malhumor, casi de ira contenida.

—Buenas tardes, señor. ¿Qué va a tomar el señor? —El tono de su voz era demasiado fuerte para parecer natural, y a continuación añadió en voz baja, acercando el rostro a Giorgio—: Eres un cabrón y un hijo de la gran puta. Me tienes trece sábados yendo a las siete a L’Hibou Rose y tú no has aparecido desde que me plantaste aquella tarde y me dejaste con la miel en los labios. No lo he probado desde entonces, porque me he enamorado de ti, mariconazo, y ya no quiero estar con nadie.

Giorgio miró alrededor, temiendo que alguien oyese las palabras del muchacho. Dan fue a la barra y volvió con el whisky Glenfiddich, el preferido de Giorgio.

—¿A qué hora sales esta tarde, Dan? Te esperaré en la acera de enfrente y nos iremos a mi estudio.

—¿A tu estudio? No me vas a llevar tan fácilmente a tu estudio, señorito de mierda. A Dan no se le hace la putada que tú le has hecho, y en cuanto al niño le apetece, me lleva al estudio. Si quieres, el sábado, a las siete en L’Hibou Rose. Y si no, te tiras a tu mujer.

—Deja a mi mujer. A mi mujer ni la nombres, o te rompo la boca.

Dan dio marcha atrás. Comprendió que Giorgio hablaba en serio.

—No te inquietes. Yo no voy a hacerle nada a tu mujer. No me gustan las tías. Quien me gusta eres tú, amor.

Y puso la boca en disposición de pronunciar un «oooooooooh» prolongado y profundo.

Por la mañana, apenas llegar a la oficina, llamó a Marzia.

—He de pedirle un favor personal, Marzia. Cuando haya hablado con mi abuelo, quisiera que me haga usted unas compras, un poco de ropa que necesito para mi amigo, el del apartamento del Square Marie-Louise, que deberá llegar un día de éstos.

—Haré lo que me encargue con mucho gusto, señor Notti. Y espero acertar con lo que usted desea.

—Estoy seguro de que acertará.

En algunas ocasiones, muy pocas, Marzia, una vez que había terminado cualquier breve diálogo entre ellos, se le quedaba mirando, casi embobada, desde el otro lado de la mesa, ella de pie y él sentado. Cuando se percataba del principio de arrobamiento que le acometía, daba bruscamente media vuelta y salía deprisa del

despacho. Algún observador agudo habría jurado que aquella mujer fría y hierática estaba enamorándose de Giorgio como una colegiala.

La llamada telefónica del abuelo Notti se produjo con la puntual inexorabilidad del curso de los astros. Habló primero con Giorgio y después con Monteverde. Todo estaba en orden. Volvió a entrar Marzia.

—Estoy a su disposición, señor Notti.

—Ah, sí. En cualquier comercio cercano, haga el favor de comprar un pantalón suelto, no muy oscuro, dos o tres camisas informales, no sé, camisas vaqueras, a cuadros grandes, o con dibujos, como a usted le parezca, y un jersey de lana.

Marzia tomaba nota de todo en su bloc de cuartillas unidas por una espiral de alambre.

—¿Algo más?

—No. Creo que no se me olvida nada. Bueno, si acaso una bufanda o un *foulard*.

—¿Qué talla usa su amigo, señor Notti?

—¿Talla? Ah, claro. Aproximadamente la misma que yo, Marzia. Compre las cosas como si fueran para mí. No es necesario que las traiga aquí. Si no es molestia para usted, llévelo todo al apartamento del Square Marie-Louise. Quizá convenga comprar también un pequeño maletín donde quepa el pantalón, una camisa y el jersey. Naturalmente, no es necesario que vaya en su coche. Será más cómodo que tome un taxi y añada el importe en la nota de gastos. Se trata de gastos míos, para ser cargados en mi cuenta personal. Usted todavía tiene las llaves de aquel apartamento, ¿verdad?

—Sí, señor, las guardo hasta que usted me diga qué debo hacer con ellas.

—Muy bien, consérvelas por ahora. La verdad es que, mientras viene o no viene mi amigo, muchas tardes voy al apartamento y me paso un rato solo y tranquilo, leyendo o viendo la televisión. A veces, un hombre necesita algún rato de soledad — se justificó en un tono casi confidencial.

—Es lógico —asintió lacónicamente ella.

—Lo malo es que todas las provisiones que usted tuvo el acierto de dejar allí, se acabaron ya, y alguna tarde me gustaría beber un whisky o tomar un café sin necesidad de salir a la calle.

—Si a usted le parece bien, me encargaré también de eso, señor Notti. Iré algunas mañanas y revisaré y repondré las provisiones. ¿Prefiere alguna cosa especial?

—No, no, lo normal, que haya alguna pasta, alguna chocolatina, algún bombón y que el whisky sea Glenfiddich, por favor. Muchas gracias. Perdona usted mi abuso de confianza, Marzia.

Todo había quedado anotado en el cuadernito.

—Por Dios, señor Notti, no diga eso. Usted puede... —Seguramente iba a decir «Usted puede abusar de mi confianza todo cuanto quiera» o algo parecido, pero se contuvo a tiempo y en vez de eso dijo simplemente—: Se hará todo conforme a sus instrucciones.

El sábado por la tarde volvió a mentir. Le dijo a Totoya que tenía otro compromiso de trabajo y la dejó sola en casa.

—Bueno, hijo, adiós y que te diviertas. Yo, a lo mejor, llamo a Anne. —Espió su reacción. Si pretendía inquietarlo y darle celos, la reacción fue decepcionante: «Estupendo, estupendo, dale besos de mi parte.» Y se largó. Totoya le oyó silbar por el corredor, antes de cerrar la puerta, una vieja y alegre canción napolitana.

Giorgio llegó a L'Hibou Rose a las siete y veinte. Había tomado un taxi, «no voy a llegar en el Mercedes», pasó por el Square Marie-Louise, cogió el pequeño maletín de cuero que Marzia había dejado en sitio visible, lo abrió, comprobó el contenido, sacó una de las camisas y metió otras dos en un armario. «Marzia lo ha hecho todo a la perfección, Marzia es una tía rara, pero tiene un morbo que me encabrita», y le ordenó al taxista:

—A la Bolsa.

—¿A qué calle, señor? —quiso precisar el hombre.

—Delante de la Bolsa. Me deja delante de la Bolsa y es suficiente.

—Bien, señor. —Por el retintín, podría jurarse que el taxista había comprendido perfectamente que adonde quería ir su joven cliente era al lugar donde se concentraban los espectáculos golfos de la ciudad.

Allí estaba Dan, en la puerta. Había venido vestido de pijo, como él decía. Dentro, se entreveía a madame la Marquise, pintada por Rouault y sentada detrás de la pequeña y cochambrosa mesa de los boletos. El atlético portero ya estaba en su sitio.

Se empinó ante él para besarle como el primer día. Pero enseguida le echó la bronca:

—Llevo tres meses viniendo todos los sábados así, vestido de pijo, y mi novio sin aparecer, pendoneando por ahí. ¿A quién te estás tirando, cabrón? ¿Es novia o novio?

—He estado fuera de Bruselas, en Italia. Ya te has desahogado suficientemente, y ahora deja los reproches y los celos. Además, tú no tienes ningún derecho sobre mí. No me hables así, que doy media vuelta y no me ves más en tu puñetera vida.

—¿Ah, no? ¿Con que no tengo ningún derecho sobre ti? ¿Y quién se me quedaba mirando en el café como si me desnudara con los ojos? ¿Quién me suplicaba con la mirada de cordero que me acostara contigo? ¿Y quién me preguntó cómo me divertía? ¿Y quién me pidió una cita? ¿Y quién me daba a entender que le tengo loco? Hasta Sissí se dio cuenta, y me dijo: «A ese señorito lo traes loco, Cordonnier.» Y eso de que has estado en Italia todo el tiempo se lo cuentas a otro. Muchas tardes te he visto pasar por delante de La Cage y no te ha salido de los huevos entrar a verme. Bueno, ya está. Olvido la putada y me invitas a cenar en La Belle Maraîchère.

—No, otra vez en el mismo sitio, no. —Giorgio intentaba evitar que se convirtieran en una pareja habitual y conocida—. Vamos a buscar uno distinto. Por aquí hay muchos y buenos. Comer siempre en el mismo restaurante es un

aburrimiento.

—Sí, es un aburrimiento, y además terminan por conocernos, ¿no es eso? Ya lo comprendo. —Dan se había percatado perfectamente de los temores de Giorgio—. Bueno, vamos donde quieras. Pero llévame a un lugar elegante, que para eso me he vestido de pijo.

Entraron en un restaurancito pequeño y coqueto, lleno de mesas para dos, con manteles de colores. Se llama La Solé Joyeuse. Giorgio buscó una mesa vacía en un rincón, y pidió lenguado, un *soufflé* al Grand Marnier, anunciado en la carta como especialidad de la casa, y un buen vino blanco. Dan *le Concombre* pidió el lenguado, un filete con patatas fritas, una *mousse* de chocolate y, lamentablemente, una cerveza. Casi no hablaron mientras comían.

—No sé si el lenguado estará alegre, pero desde luego está exquisito.

Dan no cazó la ironía, y si la cazó le importó un rábano, porque no hizo comentario alguno. Giorgio conservaba junto a sí el maletín con la indumentaria que le había comprado Marzia.

—¿Qué llevas ahí, la ropa para cambiarte? —preguntó Dan.

—Sí —musitó Giorgio.

—Así me gusta. En cuanto lleguemos a L'Hibou, alquilas un vestidor y nos cambiamos. Y además, también nos sirve de folladero. Tienen una cama turca ancha. Lo mejor es que alquiles el vestidor por un mes. Sale más barato y tienes la seguridad de que no lo usa nadie más que tú.

Dan se empeñó en dar un paseo por los alrededores de la Bolsa, y se asomaban a los locales de baile o de espectáculos de estriptís y miraban las fotografías de los artistas colocadas a la entrada. Dijo que todavía era muy pronto para llegar a L'Hibou Rose. Se sentaron un rato en un café amplio y de gente «normal». Cuando llegaron al local, eran más de las diez. Madame la Marquise les alquiló un vestidor por cinco mil francos, con derecho a usarlo en exclusiva durante un mes. Les dio una cartulina, que servía de credencial, y la llave. Naturalmente, Giorgio pagó los cinco mil francos, pero fue Dan quien recogió todo, la cartulina y la llave.

—No vas a llevar esto a tu casa para que te lo pille tu mujer. Todas las mujeres registran los bolsillos de los maridos, y la tuya no será una excepción. Huelen la competencia, y si es de un hombre, más.

—No, Dan. Con la llave me quedo yo, y ya te he dicho que no nombres a mi mujer.

—Joder, bueno, perdona, es que se me olvida. Tampoco he dicho nada que la ofenda.

—No, pero no la nombres.

—Bueno, ya está. Anda, ve tú al vestidor, que yo tengo que hablar con el dueño, y que me pague. Luego, iré yo. Nos tienen reservada una mesa en la sala, pídelas, está a mi nombre, y allí nos vemos.

A partir de esa hora L'Hibou Rose, se fue llenando rápidamente de tipos raros.

Giorgio Notti, con su pantalón casi claro y su camisa de dibujos discretos, era Petronio en medio de una tropa de máscaras. Incluso Dan, con sus pantalones verde billar y su camisa roja, podía pasar inadvertido. El local se llenaba de sujetos de todas las edades, seres aproximadamente humanos con el pelo teñido de verde rabioso, de azul eléctrico o de color zanahoria, mariconzuelos incipientes con el pelo rizado y un toque de *rouge* en los labios y de maquillaje en las mejillas, chaperos talludos con aspecto encanallado y abyecto, o viejas mariconas pintarrajeadas y con peluca, carne deteriorada por los años y las enfermedades, bolleras hombrunas con pantalón y chaleco de *croupier* o traje de cuero, putillas a lo que salga y la noche quiera traer, macho o hembra, travestidos con tetas de silicona y paquete de altorrelieve en la entrepierna, gente nueva, última recluta, chicos y chicas, impacientes si tardan en ligar, mirando con descaro a todo el que entra, toda una corte de carne triste, de carne en venta. Ése era el espectáculo que se ofrecía a la vista de Giorgio, y el muchacho no pudo evitar una sensación de repugnancia y quizá un temor vago e indefinido.

Seguramente Dan se percató de ello por la mirada inquieta y retraída de su *amor*. Dan tenía suficiente experiencia para adivinar con sólo una ojeada el estado de ánimo del cliente. Olfateaba el peligro como un sabueso. Llamó al camarero y pidió un whisky Glenfiddich para Giorgio y un gin-tonic de Beefeater para él.

—Enseguida empiezan los estriptís. Ya verás qué divertidos. Esta noche saldré yo. Tienes que aplaudirme mucho, y después nos vamos al vestidor.

—¿No quieres venir a mi estudio? Allí estaríamos más cómodos.

—No. Tiene que ser en el vestidor. Además, aquí tenemos de todo. —Dan le guiñó un ojo. Le acercó el rostro al suyo y le puso una mano en la pierna.

Giorgio se puso nervioso.

—Estáte quieto, por favor, Dan. Aquí, delante de todo el mundo, no.

—Bueno, a mi pequeño gigante todavía le da vergüenza que lo toque su Dan delante de la gente. Aquí podemos tocarnos, tonto. Nadie se va a escandalizar.

En ese momento la sala quedó más a oscuras y empezaron los estriptís en la pantalla gigante.

Algunos de esos números desarrollaban un leve argumento. Salían dos canéforas, desnudaban entre las dos a un sátiro, lo ataban a una ligera armazón de madera de dos patas cortas y un larguero, y una vez atado, lo manoseaban y lamían, y le daban latigazos por todos los lugares de su cuerpo. El sátiro lanzaba fingidos gritos de dolor y de deseo, torpemente teatrales. Entonces ellas se desnudaban la una a la otra, y arreciaban los gritos de él. Las canéforas iniciaban unos toscos pasos de danza, imitando rítmicamente las caricias y los movimientos de un encuentro sexual. Al final, caían al suelo, la una encima de la otra, el sátiro daba un berrido pavoroso y se apagaba la luz. *The end* y a otra cosa.

—Es cojonudo, ¿verdad? ¿Te ha gustado, amor?

Giorgio se encogió de hombros.

Ofrecieron por la pantalla algunos números más, muy semejantes a ése. Luego,

también en vivo. Los actores del espectáculo en vivo eran a veces los mismos que los de la pantalla. Todo se aprovechaba allí. Madame la Marquise, por ejemplo, servía también de almacén viviente y guardaba papeletas de droga entre los grandes pliegues del vientre. Por fin, el dueño, o lo que fuese, aquel fulano que Giorgio había conocido en su primera visita, salió al escenario y pidió voluntarios para hacer estriptís.

—En la sala hay varios empresarios que buscan nuevas estrellas para sus grandes espectáculos de *burlesque*. Pierdan la vergüenza, señoritas y señores, y suban al escenario. Esta noche nacerá sin duda un nuevo astro del *strip-tease* en L’Hibou Rose.

Dan acercó la boca a la oreja de Giorgio.

—Ahora voy yo, amor. Vas a enterarte del artista que tienes por novio. Soy sensacional. Y además, me vas a ver desnudo por primera vez, y eso me produce una sensación picante y estupenda. ¿Y a ti? Voy a estar inmenso, como si me desnudara sólo para mi señorito.

Salió Dan al escenario. Era sabio y perverso el chico. Más sabio y más perverso que cada uno de los profesionales que habían actuado anteriormente. Pidió música. Comenzó a desnudarse con una mezcla de descarro e inocencia, fingiendo pudor vencido por un impulso irrefrenable de lujuria. Cuando llegó el momento de quitarse el *slip*, ensayó un juego de regateo, de decidirse a mostrar y de arrepentirse después, y así varias veces, hasta que el público se puso a rugir pidiéndole el desnudo total. Giorgio, con aquel juego, se notaba el corazón en la boca, y deseaba que el muchacho se mostrara totalmente desnudo, pero por otra parte se recreaba en esa impaciencia y anhelaba que se demorara el trance último. Recordó su torpe y apresurado estriptís de la noche de la cama redonda. Se apagó la luz del escenario y unos focos cegaron a los espectadores. Cuando se encendió de nuevo la escena, Dan estaba desnudo, de espaldas, con las manos enlazadas detrás. Se volvió lentamente y quedó unos segundos así, delante de los espectadores, con la cabeza doblada sobre un hombro, como un san Sebastián, y *le concombres* al aire, mientras sonaba un trueno de aplausos. Giorgio había perdido la vergüenza y se rompía las manos haciendo palmas.

Volvió Dan a la mesa después de haberse vestido, acompañado de las miradas curiosas de los espectadores.

—Ahora, podemos ir al folladero, amor mío. —Le cogió de la mano y tiró de él hacia la zona de los reservados. Entraron en el número 9, que era el suyo. Pulsó un timbre de pared situado junto a la puerta, y llegó un sujeto de largas patillas y rostro patibulario—. Danos dos rayas, René. De las buenas.

Volvió René con dos papelines de coca. Dan se mojó levemente con saliva la yema del dedo meñique y tomó en ella una muestra del polvo blanco. Se la llevó a la punta de la lengua e hizo un gesto de aprobación.

—Págale cuatro y la propina —ordenó, y Giorgio obedeció. Cuatro billetes de mil y uno más de quinientos. René había traído también dos pequeños canutillos de papel.

Cuando hubieron esnifado la cocaína, Dan se acercó mimoso a Giorgio, que temblaba un poco, casi visiblemente, quizá de emoción, quizá de miedo. En un estante del pequeño armario de la ropa había un frasco de aceite fino e incoloro, y Dan lo cogió y lo dejó encima de la mesita.

Giorgio lo miraba hacer, incapaz de tomar iniciativa alguna. Durante un momento le pasó por la cabeza la idea de vestirse con su ropa de ejecutivo rico, huir de aquel vestidor, de aquel cuartucho sórdido y miserable, de aquel antro de gentes enfermas, tristes y degeneradas, y marcharse a casa. Pero no sacó del espíritu las fuerzas suficientes para hacerlo. Y no lo hizo. No imaginaba el muchacho hasta qué punto aquella noche iba a cambiar por completo su vida. No se dio cuenta de que estaba viviendo un momento estelar, absolutamente decisivo para él y para otras personas de su alrededor. Aquella indecisión le iba a costar mucho más que los cinco mil francos que al final le pidió prestados Dan *le Concombre*. Cuando llegó a casa, Totoya estaba durmiendo sola en la alcoba de Giacomino, bajo el cuadro de Magritte que ella había bautizado con el nombre de *La mitad de una mariposa*.

10. La mitad de una mariposa

A partir de este momento, después de la primera noche en L'Hibou Rose, las relaciones íntimas de Giorgio y Totoya quedaron rotas como si hubiesen recibido un hachazo súbito y brutal. Giorgio salía todas las tardes, no cenaba en casa y volvía de madrugada. No le daba a Totoya ninguna explicación ni ella se la pedía. ¿Para qué? Ya sabía la muchacha que iba a mentirle. Giorgio se acostumbró a llegar tarde a la oficina, y algunas mañanas todavía no había llegado al despacho cuando llamaba el abuelo Notti. Marzia le disculpaba con cualquier pretexto. Entonces era Giorgio quien telefoneaba más tarde al abuelo y confirmaba la mentirosa razón de su ausencia, previamente explicada por Marzia. Había nacido así entre los dos, jefe y secretaria, una especie de picara complicidad, como entre dos muchachos que se taparan las faltas. Aquella confianza que Marzia se esmeraba en evitar durante los primeros días, se hacía cada vez más evidente y casi íntima. Las tardes de Giorgio se distribuían entre el apartamento del Square Marie-Louise con los filmes obscenos de pornografía cada vez más dura, y L'Hibou Rose. Cenaba en cualquier restaurante de la zona, solo o con Dan, y muy frecuentemente en La Solé Joyeuse. Se había convertido en un habitual del lenguado, el *soufflé* y una botella de Sancerre.

En L'Hibou Rose empezó a hacer nuevas amistades. Al llegar la noche, una fuerza irresistible le empujaba hacia aquel cabaret siniestro. Cuando no estaba con Dan, se le acercaban muchachos casi adolescentes o chaperos profesionales más experimentados, y trataban de trabar conversación con él. Aquel señorito rico era un mirlo blanco, una mina de oro, y merecía la pena jugarse una pelea con Dan, lo cual sin duda sería peligroso, aunque fuese a navajazos. Terminó por llevarse a algunos de aquellos muchachos, sobre todo a los más jóvenes, al vestidor número 9. Y naturalmente, se aficionó todavía más a la cocaína, mezclada alguna vez con heroína. El fiel Franco Monteverde andaba curioso y alerta porque el muchacho pedía en la oficina cantidades de dinero cada vez más altas. Tenía orden del patriarca Notti de proporcionarle al chico todo lo que necesitara, pero las solicitudes eran constantes, casi diarias. Creía que aún no había llegado el momento de avisar al señor Gregorio, pero repasaba y sumaba las cifras constantemente y sacudía la cabeza, preocupado, tal vez con una sombra de desaprobación.

—¿Tiene usted algún gasto extraordinario, señor Notti? ¿Necesita que nos encarguemos directamente de algún pago? —se atrevió a preguntar una mañana, a raíz de otra solicitud extraordinaria.

—No, no, señor Monteverde. Son gastos personales. Anótelos en mi cuenta y basta. No es necesario que conozca usted más circunstancias de mi vida económica.

—Perdóneme. Quizá he cometido un exceso de celo. Yo estoy aquí sólo para servirle.

Pero pensaba para sus adentros que «alguna vez habrá que alertar al gran *capo*. Este chorreo diario de dinero no es normal. Este chico anda metido en malos pasos».

Por su parte, Totoya se había instalado en el dormitorio de Giacomino. Celina la despertaba temprano, la bañaba y la vestía igual que cuando era soltera, y le preparaba un desayuno succulento. A la universidad iba dando un paseo. Casi todos los días almorzaban juntos Giorgio y ella, pero casi no hablaban. Cumplían fríamente con las normas de la buena educación. Ya no salían a cenar fuera, y si alguna vez Giorgio le proponía ir a alguno de los restaurantes elegantes de la ciudad, era tan a desgana y tan de compromiso que ella rehusaba secamente:

—No, gracias. Por mí, no te molestes.

Con nadie había hablado de aquella situación, ni con la *nonna* de Giorgio ni con su propia madre. El único que conocía que el matrimonio no iba bien era Giacomino. Los dos hermanos se hablaban frecuentemente por teléfono.

—¿Cómo vais Giorgio y tú, Totoya?

—Mal, muy mal, Mino. Cada vez peor. Casi no nos hablamos y sale de casa solo todas las noches.

—Bueno, el curso próximo, en cuanto yo llegue, será otra cosa.

—Ojalá, Mino, ojalá, pero tampoco de eso estoy muy segura.

No sólo Giacomo conocía la situación, sino también Anne. Las dos chicas se reunían muchas tardes en casa de Totoya y se hacían confidencias. No había vuelto a haber ninguna efusión sexual entre ellas, y en cambio habían estrechado una amistad pura y entrañable. No parecía sino que rehuyeran hablar de aquella noche del juego de las prendas y la cama redonda, incluso que la hubieran olvidado, o al menos eso intentaban aparentar, aunque alguna vez se les escapaba una alusión en la que inevitablemente latía un poco de nostalgia o de ternura. Ya no desnudaban sus cuerpos una delante de la otra. Ahora, desnudaban el alma, si bien algunas veces Totoya descubría en las miradas de Anne un brillo de admiración, de deseo, de devoción, de súplica, tal vez de amor, probablemente de amor. Pero fingía no percatarse. Entonces, Anne se recataba de nuevo.

Las dos chicas debían redactar un trabajo de fin de curso sobre algún argumento de arte contemporáneo. Anne había elegido un motivo de Morandi, y Totoya se disponía a analizar precisamente el cuadro de Magritte que tenía en casa. Se trataba de una pintura cuya fórmula era habitual en el gran pintor belga. Cuando Magritte mezclaba en un cuadro elementos diversos y contrapuestos, lo hacía a veces por superposición, y otras por prolongación. Magritte pintaba una pipa sobre un rostro masculino, la guitarra encima del semblante de Van Hecke, la locomotora saliendo de la chimenea, la bailarina danzando sobre la bragueta del violinista en *Le premier jour*, o esa *Primavera* de Botticelli sobre la espalda de un caballero enlutado y con bombín, y muchas otras figuras superpuestas, y luego se recreaba en ofrecer elementos que continuaban en otro elemento diverso. En ocasiones cambiaba el color, el tamaño o la perspectiva del mismo objeto, como en *La magie no iré*, donde la mitad azul de una

joven continúa en la mitad inferior color carne, y otra escena semejante en *Les Marches de l'été*. El trueque de objetos está más claro en *Le Mariage de minuit*, que muestra un cogote masculino en un plano superior sobre una peluca femenina sin rostro. Cuando la *nonna* de Giorgio había comprado el cuadro, éste iba señalado así: «Sin título.» Extraña circunstancia, porque Magritte se divertía poniendo a sus cuadros títulos caprichosos y excéntricos. En Magritte, el título es un elemento más de su expresión artística.

La mitad de una mariposa es un óleo de tamaño mediano. Un adolescente afeminado y lampiño, con el rostro redondo y rosado, cabellos rubios y el torso desnudo, se convierte a partir de la cintura en la mitad inferior de una mariposa de colores vivos, con las dos alas inferiores desplegadas, las dos patas traseras casi extendidas y la larva del cuerpo vagamente parecida al sexo de un niño, delgado y largo, que le llegara desde la cintura hasta las invisibles rodillas. Quizá Magritte lo hubiese llamado con otro nombre, pero el galerista lo había vendido innominado, y Totoya había querido titularlo así. De todas formas, el pintor ya no vivía para preguntárselo. Y su mujer también había muerto.

La muchacha había emprendido su trabajo con entusiasmo, y se encendía de júbilo cuando hacía algún descubrimiento que conviniera a su tesis. Y Anne participaba de la misma fiebre investigadora. Merendaban juntas, mimadas por Celina, y Anne se quedaba a cenar con frecuencia en la Avenue Louise. Después de cenar, charlaban un rato, y generalmente Anne se iba temprano a la residencia, que podía pagar con la ayuda de una beca. Sus padres vivían en un pueblecito cercano a Brujas desde que habían llegado de Yugoslavia. Algún domingo, no todos, viajaban a Bruselas a ver a la hija, o Anne iba al pueblo a estar con ellos unas horas.

Las confidencias entre las chicas trataban de amor. ¿De qué otra cosa podrían tratar las confidencias entre dos muchachas de veinte años? Anne tenía un novio yugoslavo, un chico huérfano que los padres de la muchacha habían protegido cuando quedó solo y en una tierra donde era extranjero.

—Es un cielo de niño, Totoya, bondadoso, trabajador, complaciente, y me adora. Yo creo que me adora demasiado. Me deja hacer, sin protestar, todo lo que quiero. «Karlo, me voy; Karlo, no me esperes; Karlo, mañana no puedo verte; Karlo, llévame a la universidad», y Karlo hace obedientemente todo lo que le digo. Jamás me impone su voluntad en nada. La verdad es que yo no dejaría que lo hiciera, pero al menos podría intentarlo. Y nunca lo intenta. No puedo darme el gusto de doblegar su voluntad, con lo que nos gusta eso a las chicas, porque conmigo no la tiene. No se atreve a darme un beso si yo no se lo doy. Nos hemos acostado seis o siete veces porque yo me lo he llevado a la cama, y él me sigue como un perrito faldero y luego espera a que yo tome la iniciativa. Tengo que llevarle la mano y llevarle todo, ¿comprendes? Yo creo que lo quiero mucho, pero a lo mejor no es amor lo que siento hacia él. A lo mejor lo que siento es lástima. Yo no me acuesto con el primero que llega, Totoya, te lo juro, pero es que estoy convencida de que con cualquiera me lo

pasaría mejor que con Karlo. Bueno, estoy segura de eso, porque el otro día, contigo... —Se interrumpió y bajó los ojos—. Sé muy bien que jamás encontraré otro que me quiera más que Karlo, que me aguante más que Karlo, que me consienta más que Karlo.

—No sé qué es peor, Anne, si que te quieran así o te quieran para compartirte con otros, o para tomarte cuando le parece bien al tío cabrón y para dejarte cuando no tiene gana de ti, que es como me quiere a mí Giorgio. Bueno, yo creo que lo peor de todo es que no te quieran. Ojalá tuviera yo a Giorgio como tú tienes a Karlo. Pero Giorgio es muy raro. Es muy raro y muy inconstante. A pesar de todo, Anne, yo lo quiero con toda mi alma, y por él sería capaz de cualquier cosa, hasta de acostarme con otros o con otras con tal de que él se lo pasara bien junto a mí, siempre que yo lo viera y lo compartiera. Lo que no le perdono es que me engañe y se divierta solo. Bueno, no sé cómo te digo todo esto, porque a lo mejor son extravagancias y caprichos un poco degenerados.

—Yo también sería capaz de eso, Totoya. Incluso me parece que me gusta. Pero tengo la certeza de que Karlo no sabría qué hacer en una circunstancia así. A lo mejor, se quedaba pasmado, mirando solamente. Es un pavo soseras, coño, y a mí me entran ganas a veces de meterle un cohete por el culo.

En esas conversaciones con Totoya, Anne no se atrevía a sacar el tema escabroso. Jamás hablaba de Giacomino, y si lo nombraba era como la cosa más natural del mundo, para preguntar que si esa habitación era la suya, o qué carrera estudiaba, o para interesarse por si vivía en el lago o en Milán. Se despedían las dos chicas hasta el día siguiente, y el día siguiente volvían a trabajar en Morandi y en Magritte, y volvían a hablar de las mismas cosas y de las mismas personas, Karlo y Giorgio, Giorgio y Karlo.

Aquella mañana empezaron a ocurrir cosas insólitas. A las diez y veinte, el abuelo Notti hizo lo que jamás había hecho: llamó por teléfono a la Avenue Louise y preguntó por Giorgio.

—¿Cómo no estás en la oficina, Giorgio? ¿Te sientes mal, hijo? Algunos días no te encuentro cuando llamo, y tu secretaria me da unas excusas estúpidas que yo hago como si las creyera. Y lo peor es que luego también tú las repites. Y a mí no me gusta hacerme el tonto ni que nadie crea que lo soy.

Lo que más sacaba de quicio al abuelo Notti es que alguien le tomara por ingenuo o por simple.

—No pasa nada, abuelo. Me quedo hasta tarde por la noche. No tengo sueño y leo o me envicio con la televisión. Por la mañana me cuesta trabajo levantarme.

—Eso se llama insomnio y ha de tener una causa. Quizá debas visitar a un médico. Todo tiene una causa, Giorgio, y hay que averiguar de qué se trata. O lo averiguas tú o lo averiguo yo. De todas formas, está cerca el verano y puedes tomar

enseguida tus vacaciones y venir a Italia. Quiero explicarte algunos entresijos y secretos del negocio, no sólo de la venta, sino también de la fabricación y de la necesidad de estar constantemente renovando los modelos. Quiero llevarte a Cinisello Balsamo, y que sigas, fase a fase, todo el proceso de fabricación de los últimos modelos. La competencia es muy fuerte, y camarón que se duerme la corriente se lo lleva. Prepararé el verano para que estemos juntos tres semanas por lo menos, y podréis pasar diez o doce días también en Villa Luce con los padres de Totoya. Bueno, dime algo.

—Que lo que tú digas, abuelo.

—Bueno, así me gusta. También iremos al mar, a la casa de Portofino, y allí encontrarás a todos tus amigos del verano. Tu abuela y tu madre están deseando tenerte con ellas. ¿Tiene novedad Totoya?

—Todavía no, abuelo.

—Pues no sé a qué esperáis. Estoy deseándolo, hijo. Bueno, *ciao* y que seas bueno.

—*Ciao, nonno*. Muchos besos para la *nonna*.

Apenas colgar el auricular, sonó el timbre de la puerta. Abrió Pasqualina, la pazguata, y se encontró frente a frente con Dan Cordonnier.

—¿Está el señor Notti?

—Sí, señor —respondió la pazguata—. ¿A quién anuncio?

—A Dan. Dan Cordonnier.

Giorgio había oído la llamada y la conversación y salió al vestíbulo.

—Déjanos, Pasqualina. —Se volvió hacia el camarerito y cambió el tono—. ¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo te atreves a venir a mi casa? Lárgate enseguida.

—Poco a poco, señorito. Tengo que hablar contigo, y una de dos, o hablamos en otro lugar a solas, o te digo aquí mismo todo lo que tengo que decirte. —Bajó la voz—. Traidor, canalla, pendón, que me pones los cuernos con el primero que pillas. Ya sé que te llevas a tu estudio al gilipollín del Marilyn *el Rubio*, ese que se peina como la Marilyn, y te advierto que sólo tiene catorce años. Se hace el ingenuo y el inocente, pero conoce todos los pepinos de Bruselas y algunos más de Amsterdam y Amberes. No lo dejan entrar en L'Hibou Rose porque es menor, y por eso merodea por la puerta y tiene que cazar al cliente en la calle. Como te pillen con él o con otro menor, te la cargas. El Marilyn puede meterte en el trullo varios años. Tú verás lo que haces. Además, a Dan no lo deja nadie. Dan es el rey, y no va a consentir que le quite el novio un mengajillo de *finocchio* que no levanta dos palmos del suelo. Como dejes a Dan, Giorgio, te vas a acordar toda tu jodida vida.

Giorgio temía que aquella conversación llegase a oídos de Totoya y que la chica acudiera al vestíbulo y se encontrase con el extraño personaje. Cogió fuertemente del brazo a Dan y salieron los dos a la calle. Entraron en un *cocktail-bar* llamado Le Chalet d'Odin, muy cerca de la casa de Giorgio. Dan echó unas lágrimas, arrancó la promesa de que se verían pronto en L'Hibou Rose y se consoló con cinco mil francos

que le dio Giorgio discretamente, casi por debajo de la mesa.

Lo que no sabía Giorgio era que, antes de ir a su casa, Dan había estado en la oficina de Electrodomésticos Notti. Había preguntado por el señor Notti y lo habían hecho pasar al despachito de Marzia. Iba vestido con su acostumbrado mal gusto y no podía, ni seguramente quería, disimular la pinta inequívoca de *pédale* que llevaba grabada en el rostro, en las crenchas que le caían sobre los ojos y en los andares. Marzia lo reconoció enseguida. Era el camarero maricón de La Cage. Se quedó mirándolo con severa desaprobación y lo interrogó con toda la aspereza de que fue capaz.

—¿Qué pretende?

—Hablar con el señor Notti.

—Sí, eso ya lo ha dicho al entrar, pero dígame que es lo que desea hablar con el señor Notti. Explíqueme el motivo de su visita.

—Se trata de una cuestión personal.

—Yo soy la secretaria personal del señor Notti y puede explicarme cualquier asunto, por personal o confidencial que sea.

—Éste, no.

—Pues si no me dice de qué se trata, no podrá hablar con el señor Notti.

—Eso ya lo veremos, muñeca. Si está dentro, esperaré a que salga, y si está fuera, esperaré a que venga. ¿Estás en lo que te meto, tía?

A Marzia le salía la furia por los ojos en forma de venablos y basiliscos. Se puso en pie.

—Si no abandona usted ahora mismo este despacho y esta casa, llamo a los ujieres y lo tiran por las escaleras abajo o por el hueco del ascensor.

Dan no sabía que allí no había ujieres y se fue. Aquella tía tenía pinta de hacer al pie de la letra lo que decía. Como vio abierta la puerta del otro despacho, dedujo que Giorgio no estaba allí y se encaminó al domicilio de su «amor». A lo mejor se lo encontraba por la acera si es que estaba viniendo, cosa probable a aquella hora de la mañana. Luego, la escena en la casa no había terminado mal. Cinco mil francos. Y la noche que acudiera a L'Hibou caerían otros tantos.

Para colmo de sorpresas y maravillas, Giorgio recibió en su domicilio particular un telegrama urgente, extraño e indescifrable para él. El texto era breve y la firma desconocida. «Deje usted ya de seducir a mi mujer stop No se aproveche cobardemente de mi situación stop Aténgase a las consecuencias stop Benjamín Bachner.» Totoya no se enteró del mensaje. Cuando llegó el empleado de Telégrafos, ella ya estaba en la universidad. De haber estado en la casa, habría abierto sin vacilar un telegrama urgente, aunque viniese a nombre de su marido. Al llegar Giorgio a la oficina, lo primero que hizo fue tender el telegrama a Marzia.

—¿Tiene usted idea de quién puede ser este loco? A lo mejor se trata de un perturbado peligroso. Le juro que yo no me he acostado con la mujer de nadie, ni de este señor Bachner ni de ningún otro. Quizá tengamos que avisar a la policía.

Marzia leyó el telegrama y palideció. Le temblaban de rabia las manos y los labios. Quedó pensativa durante unos momentos.

—De estas cosas, lo mejor es no hacer caso, señor Notti. Pero lo entregaré a la policía para que investigue. Hay gente que se divierte gastando estas bromas. —Se echó a llorar sin poder contenerse. Finalmente recuperó la compostura y el orgullo y añadió—: Perdón por la vacilación, señor. No hay que meter en danza a la policía. Benjamín Bachner es mi marido. Estoy casada con un hombre enfermo. El pobrecillo sufre depresiones y pasa temporadas en las que no le funciona bien la cabeza. A veces, lo trastornan los celos. O es él, o es alguien que ha usurpado su nombre. Sea como sea, estoy avergonzada, y si usted lo cree conveniente, hoy mismo dejo mi puesto de trabajo en la oficina.

—No diga tonterías. ¿Qué iba a hacer yo aquí sin usted? Y no llore, que verla llorar me pone muy nervioso, sobre todo porque no sé cómo consolarla. No me imaginaba que usted fuese capaz de llorar. Perdóneme por lo que voy a decirle, pero verla llorar es como ver llorar a una estatua, Marzia. De pronto me he dado cuenta de que no es usted de mármol, sino una mujer de carne y hueso. Y además, una mujer adorable. Ya era usted una estatua adorable.

—No se ría de mí, señor Notti. Gracias por su comprensión y su generosidad, señor Notti. Ya ha pasado, señor Notti. Olvídelo, por favor, señor Notti. Trataré de que no vuelva a ocurrir un incidente tan desagradable, señor Notti.

Sonrió Giorgio ante tanto «señor Notti». Y estaba claro que Marzia se esforzaba por vencer la tentación de llamarle «Giorgio, Giorgio» y echarse en sus brazos.

—¿Puede el «señor Notti» invitarla a almorzar, Marzia?

Ella dudó, pero sólo un momento.

—Hoy, no. Es necesario que pase por casa cuanto antes. Debo ocuparme de este incidente.

—Ya comprendo. Pero no se preocupe demasiado. No tiene importancia. Si lo cree conveniente, díglele a su marido que por mi parte está disculpado.

Todas las mañanas a las ocho y todas las noches a las nueve, llegaba François, un enfermero robusto y diligente que tomaba a Benjamín Bachner en brazos y lo llevaba de la cama al sillón de ruedas y del sillón de ruedas a la cama. Antes de cada una de esas operaciones diarias, lo mantenía un rato sobre la taza del inodoro, como a un niño pequeño que debe hacer su pipí y su popó; después lo depositaba sobre un hule y enjabonaba, lavaba, secaba, perfumaba y peinaba a aquel enorme muñecón de trapo. Le colocaba unos pañales absorbentes en la entrepierna y lo dejaba vestido con una camisa de franela y un pantalón de pana para las horas del día o con un pijama para la noche. Benjamín dormía solo, en una habitación contigua a la de Marzia, desde la cual muchas noches la llamaba a gritos para pedirle agua, o que le leyera para dormirse o que se desnudara delante de él mientras la contemplaba con una mirada

golosa e impotente.

Marzia llegó inesperadamente al mediodía y entró como un huracán en la sala de estar, donde se encontraban los dos, su suegra y su esposo. Manja se afanaba en la cocina preparando el almuerzo.

—La próxima vez que me hagas una cosa así, te abandono. Te juro por la memoria de mi padre que te abandono, Benjamín, y no vuelves a verme en tu jodida vida. Eres tan cabrón conmigo que merecerías ser cabrón de verdad. Me has dejado en ridículo delante de mi jefe, en el lugar donde gano el sueldo que mantiene esta casa. Y lo peor es que tú también has quedado en ridículo. El señor Notti, mejor que nadie, sabe lo injusto que has sido, y he tenido que justificarte diciéndole que estás loco. Yo no le había dicho siquiera que tuviera un marido paralítico. —Se volvió hacia Sara, que contemplaba la escena con secreto regocijo—. Y usted, Sara, es peor que él. Es usted una bruja malvada, que goza con el mal. Ha tenido que ser usted quien ha expedido ese telegrama, a sabiendas de que el cabrón de su hijo me ofendía injustamente, y que podía jugarle el empleo que da de comer a usted y a todos los que aquí viven gracias a mi trabajo. La mala sangre que tiene Benjamín es suya. Si no fuese usted tan fea, podría ser una lamia.

Sara empezó a lanzar frases injuriosas en su dialecto alemán. No todas eran comprensibles para Marzia, pero estaba claro que se trataba de acusaciones e insultos, y venía a decirle que se metiera el sueldo en el culo, que su hijo y ella misma no necesitaban limosnas de nadie y menos de una puta como Marzia.

—Si cree que con la pensión de su hijo y la miseria que le dan a usted pueden vivir los dos como viven en esta casa, yo les dejo ahora mismo y me voy con mi madre. Con lo que le dan a su hijo no tienen ni para pagarle a François. Encima, esa infamia de telegrama la han pagado con el dinero que yo gano. Pero ya está dicho. Benjamín, la próxima vez que me hagas una putada semejante, no me ves el pelo. Y usted es una jodida arpía que no merece el cariño ni la compasión de nadie, Sara. Está usted podrida, tiene usted podrido el corazón y el espíritu.

Marzia utilizaba un lenguaje desusado en ella. Jamás su marido ni su suegra la habían oído hablar así. La furia se le salía por los ojos aún más que por la boca. Y las palabrotas las pronunciaba como si antes las masticara y después las escupiera.

—Si yo no estuviera impedido —replicó Benjamín—, te tragabas a trompazos esas palabras que le estás diciendo a *mutti*. No te permito que le hables así a mi madre. Y mira lo que te digo. Tú no me abandonarás. Te conozco muy bien. Tú te aguantarás con todo lo que me salga de las pelotas hacerte. No te irás de mi lado porque esperas lo que esperas.

Marzia se puso seria. No se la notaba colérica sino decidida, firme e inexorablemente decidida.

—Benjamín, yo de ti sólo espero humillaciones y desprecios, y eso lo aguantaré mientras vivas. Pero que encima arruines mi trabajo y me dejes en evidencia delante de mis jefes, no. Pídeme perdón. Pídeme perdón y pídemme que me quede, Benjamín.

Pídeme en este momento que me quede junto a ti, o te juro por lo más sagrado que me voy ahora mismo de esta casa y no vuelvo a pisarla.

—No se lo pidas, Benjamín. No se lo pidas, hijo. Es una furcia y una lianta —dijo Sara, y esta vez Marzia la entendió claramente.

—Calla, *miitti*. Te lo pido, Marzia. Perdóname y quédate conmigo. Por favor, quédate.

Sara masculló una palabra en alemán que significaba algo así como «calzonazos».

—Está bien —aceptó Marzia.

Cuando aquella noche llegó François, le preguntó Benjamín:

—François, ¿quiere usted desnudar también a mi mujer? A ella le gusta que la desnuden, y está muy buena. Tiene todavía un cuerpo tan hermoso que cualquier jodido jefe o cualquier jodido compañero de cualquier jodida oficina se acostaría con ella con gusto. ¿Quiere usted comprobarlo y verla desnuda? Anda, Marzia, deja que te desnude François. O desnúdate tú para los dos.

—No seas gilipollas, Benjamín. Perdónele usted, François.

—No se preocupe, señora. Ya lo conozco. Como si no lo hubiera oído.

Al salir, una vez terminada su faena, y ya en la puerta, François bajó la voz para decirle a Marzia:

—No lo tenga en cuenta. Eso lo da la enfermedad. Es una enfermedad destructiva del cuerpo y del alma. Resulta muy difícil resignarse. Perdónele usted, porque quien más sufre es él.

Le falló a Benjamín la venganza. En ocasiones los tiros peor intencionados pueden salir por la culata.

11. Don Pelayo y la reconquista

Casada Giustina y despejado el nubarrón que amenazaba el cielo de Villa Luce, el matrimonio Grande-Martinelli se dispuso a hacer un viaje de reconciliación. La idea partió de don Pelayo. Estaban en el balcón de la alcoba grande, la que había sido del prohombre, primero, y de doña Vittoria después, disfrutando de una tarde de primavera piadosa, casi cálida. Don Pelayo había dormido una breve siesta y se había sentado a leer los periódicos. Desde el balcón se veía extenderse el lago, de frente hasta la ribera lombarda, por la izquierda hasta la curva de Belgirate, y por la derecha hacia Arona, donde empezaba su lacustre agonía. Había comenzado tímidamente el deshielo y el Ticino bajaba ya un poco rizado, con alguna cadeneta de espuma blanca sobre el lomo ancho y gris, que en esos días tomaba el color clásico de la panza de burro. Luego, bajo el sol de la primavera avanzada empezaba a azulear. Elettra entró en la habitación.

—Hombre, ya se ha despertado el Bello Durmiente. Buena siesta te has echado, don Pelayo.

—Elettra, ¿quieres que hagamos un viaje?

—¿Un viaje? ¡Pelayo, se te ha ocurrido hacer un viaje conmigo! ¿Qué mosca te ha picado? Bueno, seguramente la de la reparación por todas las jugarretas que me has hecho. Bienvenida sea esa mosca. Y un viaje, ¿adónde?

—A Bruselas, a ver a los niños. Y a España.

—¡Me vas a llevar a España, Pelayo, como cuando nos casamos!

—Sí, Elettra, eso es, como cuando nos casamos. Piensa que no hemos vuelto desde entonces. Mira, lo tengo todo pensado. Nos vamos en el Jaguar nuevo, tranquilamente, sin prisas. Paramos en Suiza, después en Alemania, nos detenemos cinco o seis días, tantos como quieras, en Bruselas. De allí, a París, y de París, a España. Entramos por Irún y por la costa cantábrica te llevo a Asturias, que te quedaste sin conocerla. Yo quiero visitar la tumba de mi padre y tú tienes que conocer Covadonga, y le pedimos a la Santina que nos mantenga siempre unidos y amándonos, como hasta ahora.

—¡Pero Pelayo, estás desconocido! ¡Tú, hablando de amor y de la Santina! ¿Es que crees en alguna de esas dos cosas?

—Elettra, tú, precisamente tú, tienes que saber que creo en el amor, porque con todas las golferías que me atribuyes, que son muchas menos de las que tú crees...

—Anda, Pelayo, calla. No hables de eso.

—Bueno, pues recuerda todas las veces que he conquistado Covadonga... ¿Te acuerdas, Elettra? Me decías: «¿Qué, don Pelayo, mi rey don Pelayo, vas a conquistar esta noche Covadonga?» Y yo te respondía: «Claro que sí, reina mía. Voy a conquistar Covadonga. Y si se presenta, dos veces. O tres.»

—Cosas de jóvenes.

—¿De jóvenes? ¿Acaso somos viejos? Yo estoy como un roble, Elettra.

—Sí, eso ya lo sé. No es necesario que me lo recuerdes. ¿Y también crees en la Virgen, volteriano? Pero si tú eres un descreído y un impío que hace años que no te confiesas.

—Confesarme, me confieso para Dios y para mis adentros. No me fío de los curas. Pero en esta casa sé seguir la misa mejor que nadie, que yo, de pequeño, fui monaguillo. Y a la Santina que no me la toquen. La Santina es más verdad que Dios.

—No seas blasfemo, Pelayo.

—Eso no es blasfemar. Si la Virgen no fuera más verdad que Dios, Dios no sería su Hijo. Y si no fuera por la Santina y por Covadonga, en España, todos moros. Estaríamos todavía mirando a La Meca, haciéndole reverencias a Alá y con la chilaba puesta. Ni Santiago ni la Virgen del Pilar ni leches. España es España por la Santina.

—O sea, que vamos a Covadonga.

—¡A Covadonga! Y después, nos desviamos hacia Galicia, entramos en Compostela como los peregrinos y gritamos el «¡Ultreya, ultreya!»

—¿Qué es eso del «ultreya», Pelayo?

—No lo sé, pero lo gritamos. Le doy un abrazo al Apóstol que lo descoyunto, nos comemos unos cuantos quilos de percebes, algunos más de centollas, de almejas, de santiaguños, de cigalas, de nécoras, de berberechos y de todo eso que no lo comemos desde hace veinte años, y nos hinchamos de lacón y de chorizos y de lo que se presente, y bajamos luego por León y Castilla hasta Madrid, y terminamos con todos los corderos y los cochinitillos que encontremos en los figones del camino. Te llevo a Sevilla y a Málaga, paramos en Marbella dos o tres días (¿te acuerdas de las gambas y de los chanquetes?) y luego volvemos por la Costa Azul, Cannes, Niza, Montecarlo, y a casa.

—Y eso, ¿para cuándo?

—Para ya mismo. Aprovechamos la primavera. Luego, en el verano, hay más tránsito por las carreteras, y además vendrá Totoya a Villa Luce, y para entonces ya debemos estar de vuelta.

La propuesta desató el entusiasmo amoroso de Elettra porque se fue sobre don Pelayo, se le agarró al cuello, se le pegó al cuerpo y se lo llevó a la cama dando trompicones.

—¿Pero a las cinco de la tarde, Elettra?

—Sí, señor. A las cinco de la tarde. Es una hora genial. Es una hora pipa. Y, además, es la hora de los toros, ¿no? Pues, hala, don Pelayo, a la corrida.

—Elettra, te estás poniendo procaz.

—Pues ya verás en el viaje, don Pelayo. Me voy a desmadrar, y no sólo en el vocabulario, así que prepara la morronga. ¿Es así como lo decís los asturianos? «El rey Don Pelayo en Covadonga a los moros echó con la morronga.» Eso me lo enseñaste cuando éramos novios.

—Sí, pero tú...

—Yo, ¿qué? Anda, venga y dame la morronga, astrónomo de la puñeta.

El viaje vendría a romper la monotonía de la vida de aquel matrimonio encerrado en Villa Luce. Elettra se levantaba tarde, casi a la hora del almuerzo, y daba algunas órdenes para la buena marcha de la casa. La verdad es que las órdenes de Elettra no eran necesarias. Marcela se preocupaba de todo y en todo se ocupaba. Con el buen tiempo, paseaba por el parque. Leía y contemplaba algún programa de televisión, o charlaba con Marcela, que se sentaba muchas veces a su lado en la misma silla baja que Faustina usaba, algunos años antes, para acompañar a su señora doña Vittoria. Cenaba temprano, y por la noche se entregaba a las largas partidas de bridge. Casi todas las noches venía un grupo de amigas y se engolfaban en el bridge hasta la madrugada. A veces venía también el marido de una de las jugadoras, un inglés llamado Desmond, y entonces don Pelayo jugaba con él partidas de ajedrez, en las que casi siempre vencía el español. «Jaque mate, Desmond», gritaba don Pelayo con voz fuerte para que lo oyeran las señoras. Uno de los entretenimientos más frecuentes de don Pelayo consistía en estudiar libros y revistas de ajedrez, y alternaba ese *hobby* con el de las noticias de la exploración del firmamento, naves espaciales, satélites artificiales y todo eso. Seguía con pasión todos los relatos de ovnis, de posible vida en otros planetas y de imaginados seres extraterrestres. Pasaba las noches claras en la torre de Villa Luce observando las estrellas con el telescopio, y allí había enterrado muchas veces la morronga en el culo glorioso de Giustina cuando la chica le subía el café de la medianoche.

Don Pelayo administraba los bienes de la vieja familia Duchessi, que eran considerables. Se comportaba como un inversor cauto y prefería asegurar el riesgo aun a costa de limitar la ganancia. Su padre, el indiano, había ganado una fortuna en América, pero la había perdido en España tras meterse en arriesgados negocios, y a don Pelayo le había quedado el temor de las pérdidas económicas fundado en el desgraciado ejemplo del padre, que había muerto casi en la pobreza. Claro está que los bienes de la familia no gozaban de la prosperidad excepcional de otros tiempos, cuando vivía el bisabuelo banquero de Elettra, muy ligado a las finanzas del Vaticano, o don Salvatore, el prohombre, mecenas de artistas y literatos, yerno del banquero y padre de doña Vittoria. Pero la familia no tenía problemas económicos. Conservaban casa abierta en Milán, en el Corso Venezia, con una sirvienta que permanecía allí todo el año y la tenía siempre dispuesta. De hecho, Totoya había vivido en esa casa cuando acudía a las clases de la universidad, y allí había conocido a Giorgio. Y, además, tenía dado en alquiler el edificio de varias plantas que Martino Martinelli, el padre oficial de Elettra, le había legado en Perusa. Villa Luce, por su parte, conservaba el servicio y la hospitalidad de casa grande que siempre había tenido. Pero la fortuna de los Duchessi consistía, sobre todo, en valores mobiliarios, acciones de bancos y de grandes industrias, muchos de ellos depositados en Suiza. La administración de esos bienes no ofrecía especiales dificultades. Era un enorme gato embutido de dinero al que sólo había que pasarle cuidadosa, mimosamente, la mano

por el lomo.

Se detuvieron en Ginebra, en el hotel La Reserve, y don Pelayo aprovechó la estancia para hacer algunas visitas a los bancos. Pararon en Estrasburgo, la ciudad de la catedral roja y los excelentes restaurantes donde se come el exquisito codillo con *choucroute* y el famoso *foie* de oca. Y de Estrasburgo dieron el salto hacia Bruselas. Durante los cuatro días que duró la estancia de sus suegros en la Avenue Louise, Giorgio no faltó a las cenas ni salió por la noche, pero se mostraba nervioso e impaciente. Cualquiera observador avisado se habría dado cuenta de que andaba inquieto porque le faltaba algo, y claro está que le faltaba la costumbre del sexo y el vicio de la droga, pero eso pasó inadvertido para Elettra y don Pelayo. Tal vez el muchacho tuviera escondidas en su dormitorio algunas papelinas para quitarse el mono. Lo que no pasó inadvertido fue «la separación de cama» de la pareja. Totoya no quiso trasladarse de nuevo a dormir a la alcoba matrimonial. Ante la extrañeza de sus padres, puso el pretexto de que tenía mucho que estudiar porque los exámenes finales estaban cerca, se había acostumbrado a leer en la cama y no quería molestar a Giorgio. Por las tardes, continuaba con su trabajo sobre Magritte y con las visitas de Anne, mientras Elettra y don Pelayo recorrían la ciudad, y por la noche salían los cuatro a cenar a L'Écailler du Palais Royal, a Villa Lorraine o a al inmejorable Comme chez-soi.

Elettra abordó una noche por banda a Celina e intentó confesarla.

—¿Qué pasa en este matrimonio, Celina?

—No pasa nada, señora. Que yo sepa.

—No me engañes, Celina. Tú lo sabes todo.

—Yo no sé nada, doña Elettra. Pero es que no hay nada que saber, vamos, creo yo.

—¿Por qué la señorita Totoya no duerme con su marido?

—Ay, señora, eso pregúnteselo a ella. Yo no me meto en esas cosas. Yo, a mi trabajo y nada más. Cuando deshacen una cama, la vuelvo a hacer, y ya está. No me interesa quién ha dormido en ella. Me parece que la señorita se pasa las noches estudiando con la luz encendida y no querrá molestar al señorito Giorgio.

—Eres terca, Celina. Total, que no te da la gana de contarme nada. Pues has de saber que yo tengo derecho a enterarme de lo que le pasa a tu señorita porque soy su madre, y, además, tú eres mi sirvienta antes que de ella.

—Mire, doña Elettra, soy la sirvienta o como quiera usted llamarme, de la señorita Totoya desde que yo tenía ocho años y ella estaba recién nacida. Para mí, la señorita Totoya es lo primero, y usted perdone. En cuanto a saber lo que le pasa, claro que tiene usted derecho a saberlo, doña Elettra. Si pasa algo, quien tiene que contárselo a usted no soy yo, sino la señorita Totoya. Yo no tengo nada que contar.

Seguía en sus trece, y de ahí no la sacaba Elettra, ni la habría sacado nadie. Celina, en cuanto a discreción, era de la misma escuela que Enrico. Pero la que abocó el saco fue la pazguata.

—Mire, doña Elettra, desde mi cuarto oigo llegar al señorito Giorgio. Se va todas las tardes, cena siempre fuera y vuelve, de madrugada, y la señorita Totoya duerme en la habitación del señorito Giacomino desde hace muchos días. Comen juntos, pero casi no se hablan.

Con aquellas noticias que le dio la pazguata, abordó a Totoya.

—Hija, cuéntame qué sucede en tu matrimonio. Las cosas van mal, ya lo sé, pero ¿por qué? ¿Qué le pasa a Giorgio? ¿Por qué no duermes con él? A lo mejor puedo ayudarte. Sois muy jóvenes para empezar con esos disgustos y esas separaciones.

—Mamá, si tuviera algo que contarte o algún consejo que pedirte ya lo habría hecho. No pasa nada, y lo que pase, a mí y sólo a mí me toca sufrirlo.

—Pero yo quiero ayudarte, Totoya.

—Tú no puedes ayudarme, mamá. Nadie puede ayudarme. Estas cosas o se arreglan entre marido y mujer, o no se arreglan nunca. Además —se puso borde y dejó caer la frase con evidente retintín—, bastante tienes tú con recomponer tu matrimonio con mi padre.

Elettra dio media vuelta y salió de la habitación dando un portazo. Temblaron las cortinas y tintinearón los cristales. Aquélla no era su casa, pero dio el portazo. Quizá las suegras sean los seres humanos que mejor saben dar los portazos y con mayor rotundidad en casa de los yernos. En cuanto se fueron doña Elettra y don Pelayo, Celina cogió a la pazguata, le sacudió una bofetada, le sacó un billete de tren y la mandó a su pueblo. «¡Para lo que hace la tonta! Y encima come más chocolate que un arcipreste.»

En París, todo fue placentero y hasta original. También ellos fueron una noche al Crazy Horse y antes habían cenado en el famoso Maxim's, que ya no era lo que en otros tiempos, pero que todavía aguantaba bien la fama. En París, ya se sabe, el aire que se respira mete en el cuerpo lujuria y cachondería. Don Pelayo se quedaba mirando descaradamente a las francesas en el restaurante, en los museos, en lo alto de la torre Eiffel y por la calle. Las francesas caminan como si te estuvieran citando para ir a la cama, igual que un torero cita al toro para que embista.

—Ésta es una ciudad carnal y lúbrica. Las francesas están hechas para el catre, para que uno se las tire, Elettra, y el único inconveniente que tienen es que se cuidan mucho de que no les engorde el culo. Tienen el culo como los muchachos, y a mí eso me desilusiona.

Doña Elettra hacía como que se cabreaba.

—Pelayo, siempre serás el mismo. Yo no sé si es que todos los españoles sois así, o es que estoy casada con un obseso sexual.

Para llegar a Oviedo, cruzaron la Montaña y se detuvieron una noche en el hotel Real de Santander. Don Pelayo se empeñó en entrar en San Vicente de la Barquera y comer sardinas recién sacadas del Cantábrico, asadas sobre lumbre de algas. La

tumba del indiano estaba en el cementerio de Llanes, y allí dejaron flores y oraciones. Venían ya con el estómago muy castigado, pero la verdadera orgía gastronómica la celebró don Pelayo en Asturias. Le asaltó el instinto atávico de las *fabes*, y las tomó de todas las formas posibles, al estilo tradicional de la fabada, con chorizo y morcilla, o con almejas, y también con verduras, con oreja o con pie de cerdo. Se empeñó en tirar sidra con la botella en alto, y derramó tres cuartos de litro para recoger cuatro gotas. Doña Elettra se reía y le aconsejaba:

—Pelayo, deja al experto. Estás meando fuera del tiesto.

Cuando hubieron ascendido a Covadonga y rezado en la gruta, a los pies de la Santina, don Pelayo se quedó contemplando el paisaje con admiración y casi sobrecogimiento.

—Mira, Elettra. ¿Has visto en toda tu vida una naturaleza más fiera, más hermosa, más imponente?

—Es impresionante, Pelayo. Te agradezco mucho que me hayas traído. Pero tú olvidas que yo he nacido al pie de los Alpes. No querrás convencerme de que, al lado de esto, los Alpes son un repecho.

—Mujer, los Alpes son los Alpes, pero es que esta bravura...

12. El Cantar de Cantares

Al llegar aquella tarde de domingo al Square Marie-Louise, encontró un trozo de papel adhesivo en la puerta con unas breves palabras escritas. Decían escuetamente: «Estoy dentro. Marzia.» La extrañeza que experimentó le obligó a fruncir el ceño. ¿Qué pasaría? ¿Le habría sucedido algo al abuelo? Se le pasó por la cabeza la idea de que Totoya podía haberse suicidado. Se imaginaba a Totoya con las venas abiertas dentro del baño, o derrumbada sobre el lecho, intoxicada de somníferos o de analgésicos. «¡Dios mío! ¿Se habrá tirado por el balcón? Sería culpa mía. Lo habrá hecho por mí.» Arrancó el papel, encajó la llave con mano temblorosa y penetró en el apartamento.

Marzia estaba tranquilamente sentada en el sofá, y no se le veía en el rostro expresión de tener que comunicar ninguna desgracia. Más bien todo lo contrario. Estaba más compuesta y arreglada que de costumbre. La verdad es que la encontró guapa y apetecible, con esa belleza fría, severa y dura, también un poco morbosa, que en ella era, no ya habitual, sino consustancial, pero en cualquier caso bellísima y excitante. Al verle entrar, se levantó y fue a su encuentro. Le tendió la mano, pero se le acercó más de lo necesario para intercambiar un saludo convencional. Algo extraño flotaba en el ambiente de la habitación, algo que hacía densa la atmósfera y obligaba a respirar con anhelo. Estaban a solas en un apartamento, en un picadero. Sería eso. O sería que él creía tener delante a otra Marzia, una mujer algo distinta, bastante distinta, muy distinta de la que conocía. El caso es que el rostro de Marzia era otro, otro el aire que se interponía entre ellos, otra su manera de estar, el modo en que la encontró sentada en el sofá, despreocupada de su compostura, la alegría al levantarse, la premura en aproximarse a él, la forma en que se había quedado cerca de su cuerpo y, sobre todo, el arrobamiento con que lo miraba. Todo en ella tenía una insinuación de ofrecimiento.

—He dejado la nota en la puerta por si venía usted acompañado y le disgustaba la sorpresa de encontrarme aquí. Habría sido una indiscreción por mi parte. En cambio, así siempre podría explicar a su acompañante que estaba dentro su secretaria, que habría venido a dejar bebidas o café. Ser la secretaria tiene sus ventajas. —Sonrió—. O dejarle fuera, en la calle, discretamente, mientras yo me marchaba, en el caso de que quisiera evitar que me percatara de quién era su compañía. Tal vez, las compañías que aquí traiga —y le dio a la voz un tono confidencial— sean secretas, amistades particulares.

Indudablemente, aquélla no era la Marzia que él conocía, tan cuidadosa a la hora de evitar confianzas excesivas y alusiones a la vida privada de cada uno de ellos.

—Claro, claro, pero no era necesario, Marzia. Su presencia ha sido para mí una sorpresa muy agradable. Lo último que se me habría ocurrido pensar es que la encontraría aquí esta tarde, sentada tranquilamente en ese sofá, esperándome. ¿A qué ha venido? ¿Sucedo algo? ¿Tiene algún recado urgente que darme?

—No sucede nada ni tengo un recado urgente que darle. Las cosas son más sencillas. O más complicadas. Supongo que en estos casos lo mejor es decir eso de que «pasaba por aquí, no tengo prisa y se me ha ocurrido subir, y he pensado que a lo mejor venía usted, y nos veíamos un rato fuera de aquellos despachos y de aquel protocolo de la oficina y hasta me invitaba a tomar una copa». Bueno, no sé qué debo decirle. La verdad es que esto no tiene ninguna explicación. Sencillamente, tenía deseos de verle. Son cosas que se hacen sin pensar, porque sí, quizá estupideces. Lo más probable es que haya invadido indiscretamente esa soledad que un hombre necesita de vez en cuando. Ya ve, usted necesita buscar un rato de soledad y yo necesitaba encontrar un rato de compañía.

—Usted no ha invadido mi soledad. No diga eso, Marzia. Acabo de asegurarle que su presencia aquí es una sorpresa gratísima para mí.

—Sí, pero eso puede ser una cortesía suya. Siempre es usted cortés y... generoso conmigo. ¡Y yo tengo tanto que hacerme perdonar de usted! Desde nuestro primer encuentro en el despacho he sido fría, petulante, malpensada y distante. Y usted, en cambio, siempre me decía cosas gratas. «Es usted un sol, Marzia», me dijo. Y yo, necia de mí, le respondí que no quería ser un sol, que sólo quería ser una secretaria eficiente. No sé si lo creerá, pero cuando me acuerdo de aquello a solas, se me llenan los ojos de lágrimas. Me siento arrepentida y avergonzada. Y luego... aquel beso que me tiró desde la puerta, con un soplo. Fue una muestra de cariño tan, no sé cómo decirlo, tan desinteresada, tan sin esperar nada a cambio. Nunca me habían besado así, arrojándome un beso por el aire.

Estaban de pie, uno frente a otro. Él le puso las dos manos sobre los hombros, y ella se estremeció, pero no rehuyó el contacto.

—Marzia, Marzia. Es usted un sol, es usted bellísima, es usted adorable.

—Ojalá fuese yo todo eso. Ojalá fuese todo eso para usted. —Cambió de tono. Se salió de la suave cárcel de las manos sobre los hombros—. Pero yo necesito urgentemente tomar una copa y usted no me la ofrece.

—Perdone, Marzia. La sirvo yo ahora mismo.

—No, usted siéntese cómodo. Yo la serviré. —Lo empujó suavemente hacia el sofá mientras le ayudaba a despojarse de la chaqueta. Hacía calor. Seguramente la calefacción estaba demasiado fuerte. O sería la sangre de ellos, la sangre de los dos, que empezaba a hervir bajo la piel. Le sirvió un whisky con agua y hielo y ella se sirvió otro, generoso y solo. Él la miraba hacer, un tanto perplejo. Aquella mujer lo desconcertaba hasta en los momentos en que las cosas parecían estar más claras.

Se hallaban los dos sentados en el sofá. Ella tomó una mano de Giorgio entre las suyas, la llevó hasta su boca y la besó con labios húmedos y entreabiertos.

—Le debo tanta gratitud.

—No me debe nada. Lo que sí me debe es corresponder al afecto, al cariño que le he tomado.

—Ese afecto y ese cariño que me tienes —de pronto, empezó a tutearlo—, te lo

tengo pagado con creces. Porque yo lo que siento por ti debe de ser amor, Giorgio. Tiene que ser amor. Ésa es una palabra cuya pronunciación he olvidado y un sentimiento que me abandonó hace doce años. Durante todo ese tiempo no me he entregado a ningún hombre, y hoy, por primera vez, desde mi primera juventud, he sentido ese estremecimiento, ese terremoto en la carne y en el alma que debe de ser para mí un regreso al amor. Tú me lo has hecho sentir. Me has ido enamorando poco a poco, con tus miradas, con tus sonrisas, con tus palabras, con tu respeto, con tu beso por el aire. No sé si eres feliz, Giorgio. No sé si eres feliz en tu matrimonio o buscas otros amores pasajeros. No intento invadir tu vida. Lo único que quiero es darte amor, el amor remansado que he guardado durante doce años de sed, y pedirte un poco de felicidad, como si me echaras un soplo de dicha con un beso desde la palma de la mano, desde lejos.

Giorgio le echó un brazo por los hombros, y la atrajo hacia sí, con la indudable intención de besarla.

—¿Te molesta que te bese, Marzia? —preguntó, todavía estúpidamente inseguro ante aquella estatua que se le ofrecía de repente, convertida en una promesa de fuego.

—No me molesta, Giorgio, amor mío. Si quieres que te diga la verdad, hace mucho tiempo, mucho tiempo antes de esta tarde, que lo estoy deseando. Y ya no puedo esperar más.

Iniciaron un largo repertorio de besos y caricias en el sofá. Cada vez hacía más calor y se desnudaban los dos, poco a poco, el uno al otro. Cumplían el rito obligado de la primera cita de los amantes, y se desnudaban mutuamente, mientras dejaban al descubierto nuevas cumbres, nuevos valles, nuevos meandros que explorar. Ella se arrodilló en el suelo como una geisha y le quitó los zapatos, le despojó de los calcetines y le besó los pies. Al cabo de unos minutos estaban los dos en la cama, desnudos por completo. Efectivamente, Marzia no tenía las piernas bonitas. Las pantorrillas eran demasiado gruesas, y las rodillas abultadas. Los muslos eran carnosos y torneados, muslos de valquiria o de amazona. «Todas las mujeres que tienen las piernas bonitas las enseñan.»

En ese momento, Marzia temblaba de emoción como una hoja. Si Giorgio no hubiese sabido que ella estaba casada, y si no hubiese sido por la insólita confesión que le había hecho hacía unos minutos, habría creído que se trataba de la primera noche de una virgen inocente y tonta, de una virgen de treinta y tantos años a la que nadie hubiese tocado, ni siquiera entrevisto, su desnudez. Antes, cuando Giorgio estaba desvistiéndola, ella no podía evitar movimientos de pudor, y escondía los pechos bajo el brazo cruzado, o se llevaba una mano al sexo. Se avergonzaba de mirar y tocar a Giorgio y de que Giorgio la mirase y la tocase. Pero esos melindres duraron poco. Por fin, enlazados en un abrazo, cayeron ambos en el lecho.

Allí se produjo la catástrofe. No fue la catástrofe del amor, sino la catástrofe del

fracaso. A Marzia se le encendió pronto la sangre, y atraía a Giorgio hacia ella. Giorgio no terminaba de ponerse en la situación apropiada para acompañarla en el ardor y satisfacerla en el deseo. Se mostraba anhelante y apasionado con todo su cuerpo, con sus besos, con sus caricias, con sus roces, con sus fricciones, con todo menos con lo más necesario en ese momento. Marzia puso su mejor voluntad. Ni el más exigente de los sexólogos o de los moralistas habría tenido nada que reprocharle. No ahorró ningún recurso ni escatimó ninguna habilidad. Pero el fracaso fue absoluto.

Se desesperaba Giorgio, avergonzado de su impotencia. Y Marzia rompió a llorar con desconsuelo, y se dirigía reproches y acusaciones. Se consideraba culpable de la flaccidez de él.

—No te gusto, no te atraigo nada. Me he convertido en una mujer vieja. He echado a perder mi vida, los años mejores de mi vida, junto a un hombre enfermo y perturbado, y ahora soy incapaz de encender el deseo en un muchacho como tú, guapo y fuerte, que estará harto de acostarse con mujeres lindas y jóvenes, con tu propia mujer, tan atractiva. Ya no sirvo para el amor. Tengo el corazón encendido, pero mi carne ya no abrasa. ¡Pobre, vieja, imbécil Marzia, que creía iba a gustarte y hacerte gozar en mis brazos! Y ahora es cuando siento vergüenza de mi propio cuerpo. Siento una vergüenza mucho más triste y dramática que la de Eva cuando fue arrojada del paraíso. Por lo menos, ella pudo hacerle morder la manzana a Adán.

Hasta en aquellos momentos, Marzia decía las cosas de una manera extraña, como si estuviese imitando toscamente el parlamento de una tragedia antigua o un texto bíblico. Lloraba con mayor desconsuelo y se cubría el rostro con las manos. Giorgio se las separó dulcemente y le buscó las lágrimas saladas con los labios, para beberías. Ella lo miraba con arrobo y gratitud infinita por entre la niebla de los ojos arrasados.

Giorgio empezó entonces un largo recorrido de besos húmedos. Delicada y amorosamente, despaciosamente también, deteniéndose en cada colina, en cada repliegue, en cada lunar, en cada covezuela, exploraba con los labios y con la lengua los párpados de Marzia, los lóbulos de las orejas, las manos, los brazos, el cuello alto, los pechos todavía firmes, el ombligo y por fin el vientre y la rosa escondida de Marzia. Mientras recibía este homenaje sublime, ella recitaba con fervorosa, con entrecortada emoción líricas frases que Giorgio entendía sólo a medias.

—Amado, bésame. Bésame de besos de tu boca porque buenas son tus caricias más que el vino. Morena soy, que miróme el sol, pero como es el lirio entre las espinas, así quisiera ser tu amiga, la más hermosa entre las hijas de Jerusalén. Dime, amado mío, que son lindas mis mejillas entre las perlas y mi cuello cautivo en los collares.

Giorgio alzaba la cara y descansaba unos segundos del afán de los besos. La miraba con ternura y repetía algunas de las palabras de ella.

—Son lindas tus mejillas, Marzia, entre las perlas de tus lágrimas y es blanco y

precioso tu cuello entre el collar de mis besos.

—Así es mi amado para mí, como cedro del Líbano. Acércame a tu boca como a rosa del campo y azucena de los valles. ¡Oh, si pudieras, dueño mío, hacer pacer tus cabras en mis pastos! Igual que es el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los hombres. Sentéme a la sombra del que yo deseaba, y sus labios mordieron mi pomo y sorbieron mi pulpa.

Giorgio la acercaba a su boca como a rosa del campo y como azucena de los valles, pero sus cabras no daban señal de querer pacer entre los prados de Marzia. La catástrofe seguía siendo la catástrofe.

—Descansa entre mis pechos y dime que mis ojos son como palomas que aletean entre las guedejas, y que nuestro lecho está florido. Pon tu mano derecha bajo mi cabeza mientras la izquierda me abraza los pechos, que son como dos cervatillos mellizos de corza paciendo entre los lirios. Dime, amado, que mis dientes son un rebaño de ovejas trasquiladas que salen de bañarse, y mis mejillas son trozos de granada, y mi cuello torre de David, y mis plantas serán para tus labios juncia de olor y nardo, y mi ombligo es taza de luna y mi vientre huerto cerrado que te entregaré para que beses su rosa en capullo, abierta sólo para ti. Mi amado metió sus labios por el resquicio de mis puertas y mis entrañas se estremecieron de placer. Me has dado la más sublime prueba de amor que puede dar un amante. Nadie me había llegado ahí hasta hoy.

Recitaba Marzia aquellas frases líricas en voz muy baja, como si musitase un poema de amor o una oración de pasión desesperada. Era la primera vez que Giorgio se hallaba ante una reacción femenina, o masculina, tan extraordinaria, tan impensable. Bien es verdad que él no podía hablar de excentricidades. La primera excentricidad había sido la suya. Había sufrido un fracaso irremediable y total, y precisamente con la última persona con la que hubiese querido sufrir una humillación así. De todos modos, la catástrofe estaba remediada, si no para él, sí para ella. Marzia se había estremecido de pasión bajo sus besos, arqueaba el cuerpo y elevaba hacia Giorgio su vientre, su monte de Venus en busca de mayor placer, y entre las frases de su recitado, que ella las decía casi cantándolas, en una melopea dulcísima, exhalaba suspiros de felicidad y gritos de gozo. Si Giorgio hubiese prestado más atención a las letras excelsas y a la verdad revelada de los Libros Sagrados, habría comprendido que Marzia había recitado, mientras gozaba, una mezcla caprichosa y adulterada de versículos de *El Cantar de Cantares* del rey Salomón. Pero ya se sabe que Giorgio era una «bestia especializada».

Con el suspiro final y el desmayo consiguiente, Marzia se tomó un breve descanso, apoyada la cabeza sobre el pecho de Giorgio y cubriéndolo de besos de gratitud. Le mordisqueaba traviesamente las tetillas y lo miraba con arrobo.

—Giorgio, me has hecho más feliz de lo que nadie me ha hecho nunca. Lo único que me reprocho es no haber sabido hacerte feliz. No has entrado en mi vientre, pero has entrado para siempre en mi corazón. Aunque ya nunca volviera a verte y a

tenerte, mi amor no te abandonará jamás.

Todo aquello era muy natural. Giorgio ya no era un hombre para el placer si le faltaban la droga y el amor oscuro de otro hombre. Marzia casi había olvidado el goce carnal en las humillantes desnudeces y masturbaciones desganas a que la obligaba su marido. De repente, miró el reloj, saltó del lecho, se vistió en un santiamén, le arrojó con la punta de los dedos un último beso a Giorgio y se dirigió hacia la puerta.

—¿Dónde vas tan deprisa, Marzia? ¿Te sucede algo?

—Ya sabes que me avergüenza y ahora hablar de mí, Giorgio. Pero hoy, contigo, he hecho una excepción. Ahora, haré otra. Debo irme enseguida. Esta mañana ha muerto mi marido.

Recordaban muchos lugares de Madrid donde habían vivido sus primeros meses de matrimonio. Don Pelayo era profesor de instituto de enseñanza media, por lo que disfrutaba de un sueldo sólo decoroso, y buscaban las célebres tascas madrileñas en las que se come muy bien por precios asequibles. Iban a La Fuencisla, de Miguel Frutos, a comer la ventresca de bonito y cordero asado, y a Casa Lucio, en el Madrid viejo, donde dan las patatas estrelladas; a Ciriaco, en la calle Mayor, cuya cocinera hace la más sabrosa gallina en pepitoria de toda la creación, o a Casa Paco, en Puerta Cerrada, donde se come el solomillo mejor del universo mundo. Cuando se aproximaba la hora de regresar al hotel, don Pelayo se ponía nostálgico.

—Elettra, ¿te acuerdas cuando jugábamos al tenis y yo te enseñaba a dar golpes de revés? Te abrazaba por la espalda, y en cuanto notaba el calor de tu trasero, que se te ponía como un horno...

—¡Pelayo!

—Mujer, si es verdad. Además, es natural. Si yo me arrimaba, no te ibas a quedar como un témpano.

Iban bajando por la Carrera de San Jerónimo hacia el hotel Palace, y Pelayo se le pegó por detrás mientras caminaban y permaneció así durante algunos pasos.

—Todavía te funciona el horno, Elettra.

—Pelayo, te lo tengo dicho. Eres un obseso sexual, pero al menos espérate a que lleguemos a la habitación. Nos está mirando la gente.

No se atrevía a contarle al padre los problemas de la hija, pero tampoco quería aceptar la responsabilidad de guardarlos para sí sola y ocultarlos a don Pelayo.

—Pelayo...

—¿Qué?

—No, nada.

—Pero ¿qué es lo que querías decirme?

—Nada. Una tontería. Olvídalo.

—¿Deseas comprarte algo que has visto en algún escaparate?

—Sí, eso es.

—Pues cómpralo.

—Bueno, es que no es eso.

—¿Entonces?

—Totoya y Giorgio tienen problemas. Te habrás dado cuenta de que no duermen juntos. Totoya se ha trasladado al dormitorio de su hermano y Giorgio se va todas las noches, cena fuera de casa y luego regresa de madrugada.

—Eso son niñerías. Todos los matrimonios, al principio, tienen problemas de adaptación..., de ajuste. El acoplamiento, coño. Son enfados pasajeros. O se le habrá cruzado a Giorgio alguna empleada de la oficina o alguna amiga de la propia Totoya, y si el muchacho ha caído en la tentación y se ha encoñado unos días, la chica estará celosa. No le des a ese asunto mayor importancia.

—O sea, don Pelayo, que las infidelidades de los maridos no tienen la menor importancia. Si Giorgio se tira a una secretaria, incluso a una amiga de su mujer, cuando todavía son unos recién casados, eso es *peccata minuta*, nada, una cosa normal. Lo que tiene importancia son los cuernos de los maridos. Eres odioso, eres odioso como todos los machos, y los ibéricos, más odiosos todavía.

—Bueno, a lo que estamos, Elettra.

—Esta noche no vamos a estar a nada, don Pelayo —dijo ella, y se metió en la cama y le dio la espalda.

—Ya estamos con lo mismo de siempre. En vista de que Giorgio se va a echar un flete fuera del matrimonio, pues don Pelayo se queda a la luna de Valencia —murmuró don Pelayo; y se le puso una leche como para lapidar infieles desde las breñas de Covadonga.

13. La pinza de la cigala

Le había prometido a Dan acudir pronto a L'Hibou Rose, y no quería exponerse a otra visita del camarero a su casa o a que organizara un escándalo en la oficina. Se decidió a ir ese sábado. Cerca de la puerta brujuleaba Marilynno, ante la mirada permisiva del portero atlético, que de seguro estaría suficientemente sobornado («engrasado», decía él) por el chaperillo. No intentó acercarse a Giorgio al comprobar que Dan esperaba en la puerta. Efectivamente, Dan tenía razón. Más de una vez había llevado al niño al apartamento del Square Marie-Louise. Marilynno nada tenía que aprender de los mayores, y no parecía sino que hubiese nacido para aquello que hacía. Tenía más oficio y astucia que ningún otro chaperero de la ciudad. Siempre llevaba en un bolsillo secreto, escondido en el forro del pantalón, algún polvo de coca y alguna pastilla de ácido, que vendía a los clientes, pero él jamás tomaba. Si algún cliente insistía en que le acompañara en aquellos viajes, lo cobraba, pero se las arreglaba para fingir que lo tomaba y después para fingir también los efectos. Aunque era un niño sabio, sistemático y voluntarioso, aparentaba inocencia e ingenuidad, iluminadas a veces por un brillo de picardía perversa, y a Giorgio le parecía adorable, mucho más de lo que había encontrado a Dan el primer día.

—A Marilynno lo llevas a tu estudio muchas veces. Llévame a mí esta noche.

—No lo he hecho contigo porque siempre te has negado. ¿Recuerdas? Me decías: «No. Tiene que ser en L'Hibou.»

—Yo tengo que estar en L'Hibou por obligación. Tengo un contrato y me pagan por estar allí y desnudarme. En cambio, a Marilynno no lo dejan entrar. Si yo me fuera a otro lugar a acostarme y no hiciera gasto y no alquilara un folladero, me echarían.

—Eso ya lo he comprendido desde el primer día, y además tú me lo has confesado tranquilamente antes de ahora. Pero igual que nos vamos alguna noche a cenar, también podríamos irnos algún rato a mi estudio. Tengo un montón de vídeos pornográficos con historias cojonudas, muchachos guapísimos, menores, niñas y niños, sadomasoquismo, sexo en grupo, animales, lo que quieras. Son cosas que ponen cachondo a un muerto.

—Entonces tengo que decir en L'Hibou que me voy a cenar contigo y que luego volvemos. Compramos alguna cosa de comer y nos la llevamos al estudio. ¿Tienes vino allí? Si no tienes, en el mismo restaurante donde compremos la comida nos darán una botella. Esta noche me apetece comer un *homard* o una cigala grande, algo así, y un buen vino. Nada de cerveza. ¿Me invitas?

Claro que lo invitaba. Entraron en La Belle Maraîchère, y preguntaron al *maître* si podía venderles un par de bogavantes, de langostas o de cigalas grandes, y una botella de vino blanco.

—Aquí no vendemos platos para llevar. Siéntense en una mesa y les servimos lo que deseen.

—Perdone, ya sabemos que hacemos un ruego insólito. Yo soy cliente de la casa

y he venido a cenar algunas veces, pero esta noche no puedo quedarme. No me importa pagar por los crustáceos y por el vino la factura normal de dos cenas, aunque no tomemos el segundo plato ni el postre. Por favor, pregúntele al dueño.

El dueño les miró con curiosidad. Después, autorizó al *maître*. «Dales lo que piden y cóbrales cuatro mil francos.»

Dan estaba especialmente cariñoso y melifluo, más cariñoso y melifluo de lo habitual. Le prometía a Giorgio todos los placeres de Sodoma. Lo primero que hicieron, lógicamente, fue comerse las dos cigalas y beberse el vino. Pusieron un vídeo de homosexuales jóvenes, casi niños, que tardó poco tiempo en hacer efecto en los dos, y Dan se aplicó con entusiasmo a su trabajo. De pronto, Giorgio interrumpió sus quejidos de placer y lanzó un agudísimo grito de dolor. El cabrón de Dan *le Concombres* había agarrado fuertemente, con toda la mano, una pinza de cigala, y con ella había asestado una puñalada en el ano de Giorgio.

Mientras se vestía, Dan masculló unas palabras sobre Marilyn y la conveniencia de no dar su nombre a la policía. Dan lo negaría todo y amenazaba también con denunciar el trato de Giorgio con menores. Poseía varias fotografías —aseguraba Dan— en las que se veía a Giorgio entrando en el Square Marie-Louise con Marilyn amorosamente cogido por los hombros o acariciándole la mejilla. Giorgio mezclaba los gritos de dolor con los insultos más groseros que se le ocurrían. No podía moverse, y cualquier pequeño movimiento del cuerpo o de las piernas le producía un dolor insoportable. Se desmayó y debió de perder el conocimiento durante varios minutos, no sabía calcular cuántos.

Dan se fue y cerró la puerta tras de sí. Antes de marchar, registró los bolsillos del traje de Giorgio y cogió todo el dinero que encontró. Llegó a L'Hibou Rose y se desnudó ante el público con la misma sabiduría y naturalidad que siempre.

Cuando volvió en sí, Giorgio comprendió que le sería difícil llegar al teléfono. ¿Y a quién llamaría? ¿A Monteverde? Ni pensarlo. ¿A Totoya? Enseguida se enterarían los abuelos y sus padres, y Celina, y terminarían por saberlo Elettra y don Pelayo, Marcela, Enrico y todo el mundo en la orilla del lago. Tendrían que llevarle a un hospital, y pensaba en eso con un sentimiento de vergüenza que le hacía desear la muerte. Sería el hazmerreír de médicos y enfermeras. Sería también una vergüenza y un ridículo para su familia. Estaba llorando con sollozos y a lágrima viva, con desconsuelo y congoja infinitos. Tenía el cerebro embotado, relleno de un algodón negro y espeso. De pronto, una luz iluminó aquella oscuridad. Como escrito en el aire por un rayo se le presentó el nombre de Marzia. ¿Marzia? ¡Marzia! La frialdad, la presencia de ánimo, la eficiencia y la absoluta discreción de su secretaria eran una tabla de salvación a la cual se agarraba desesperadamente en aquella espantosa tribulación que sufría, dolor físico y humillación moral.

Milímetro a milímetro, se arrastró por la cama hasta alcanzar el teléfono de la

mesita de noche. Por fortuna para él, Marzia estaba en casa. Los sollozos y el hipo no le dejaban hablar claramente, pero por fin pudo explicar a Marzia la vergonzosa y extraña situación en la que se encontraba. No quiso mentirle. Ella era lo bastante inteligente para adivinar inmediatamente la verdad, y mentirle habría sido una prueba de desconfianza. Además, Marzia ya tenía elementos de juicio para sospechar sus inclinaciones sexuales. De todas maneras, ante alguien tenía que sufrir la vergüenza de relatar la verdad, y extrañamente Marzia era la persona que le ofrecía más confianza para hacer una confesión tan dolorosa y humillante. Ella se hizo cargo enseguida de la situación y le ahorró que explicase la causa y los pormenores de lo que había sucedido. También comprendió perfectamente la enorme dificultad de resolución que presentaba el problema.

—Déjame pensar unos minutos. No podemos llevarte a una clínica. Se enteraría todo el mundo en tu casa y en la oficina. —Marzia había puesto la imaginación y el pensamiento a trabajar a toda presión, y hablaba con una rapidez endiablada—. Además, darían parte a la policía y se abriría una investigación. Tampoco podemos trasladarte en una ambulancia, porque sucedería lo mismo. En un coche particular sería imposible que lograras entrar en las condiciones en que te encuentras. No lograríamos bajarte hasta la calle sin la ayuda de una camilla. Y además, ¿adónde te llevaríamos? Lo mejor que podemos hacer es no moverte de ahí. Voy a ver si encuentro a un médico cirujano amigo mío, no demasiado amigo, bueno, amigo de amigos, hebreo. Le explico la situación, que tome los instrumentos que necesite para una intervención y lo llevo allí, al Square Marie-Louise y a ver lo que puede hacer.

Llegaron los dos a los veinticinco minutos. Marzia había debido de pasar por la oficina de Electrodomésticos Notti para coger las llaves del apartamento, porque se imaginaba que la puerta estaría cerrada y Giorgio no podría llegar a ella con aquella dolorosa lancetada en el culo. Le quedaban fuerzas para pensar: «Marzia está en todo», y eso le sirvió de consuelo. Cuando el doctor Ismael Cohen examinó la defensa de cigala incrustada en la anatomía de Giorgio, aventuró un pronóstico esperanzador.

—Esto está un poco mejor de lo que yo imaginaba. La penetración no es demasiado profunda, y voy a tratar de evitar que tengamos que hacer un ano artificial. Es probable que eso sea lo que al final haya que hacer, y mantenerlo durante varios días, el tiempo necesario para que cicatricen las heridas.

Era joven, debía de tener algo más de treinta años, alto, casi rubio, delgado, y poseía un rostro de facciones vulgares, pero que irradiaba inteligencia y despertaba confianza. Se movía con absoluta seguridad, incluso con diligencia, pero no daba sensación de apresuramiento. Al contrario, parecía que cualquier movimiento suyo estaba previsto, estudiado y hasta decidido con escrupulosa reflexión. Esa misma sensación daban sus palabras.

La expresión «ano artificial» puso los pelos de punta a Giorgio.

—Por favor, doctor, haga todo lo posible para evitar eso.

—Ya veremos. No es fácil. Ahora necesitaré tres o cuatro horas de trabajo. Tal vez más. Le pondré una anestesia local, porque será una operación dolorosa. Hay que sacar los trozos de crustáceo casi milímetro a milímetro.

Mientras el doctor Ismael Cohen trabajaba, Marzia ponía la sesera a pensar a toda marcha.

—Naturalmente, tendrás que desaparecer durante varios días. Diré en la oficina que has debido salir con urgencia para un viaje por algunas ciudades de Holanda y Alemania, y esa misma explicación la daré en tu casa. Nadie conoce este apartamento, ¿verdad? Me ocuparé de que vengan telegramas desde Amberes, desde Hamburgo y desde otras ciudades firmados con tu nombre. Llamarás alguna vez por teléfono, pero sólo habrás podido hablar conmigo y me habrás dado recados para todos. Al señor Notti le explicaré que te ha salido una gran oportunidad, un negocio personal que puede ser muy importante para ti, y que es imprescindible la discreción porque se trata de un secreto industrial y te han exigido reserva absoluta. Ya se lo explicarás cuando te hayas enterado con todo detalle. Claro está que aquí necesitarás una persona que te cuide y no se mueva de tu lado. Yo no puedo ser esa persona, y bien que lo siento, porque la ausencia de los dos al tiempo levantaría sospechas en la oficina. Vendrá a cuidarte mi madre. Se llama Manja, es trabajadora, bondadosa, compasiva y discreta, y yo soy todo lo que tiene en la vida. Por mí, hará cualquier cosa. De momento, cuidarte. Ella limpiará el apartamento, alejará a las empleadas del servicio de limpieza durante los días que permanezcas aquí, cocinará los alimentos que puedas tomar y cumplirá a rajatabla las indicaciones del doctor Cohen. Los alimentos los compraré y traeré yo, para que ella no necesite dejarte solo ni un minuto.

El doctor tardó más de cinco horas en dar por concluida su faena. Debía romper con un instrumento en forma de alicate, trocito a trocito, la extremidad del crustáceo y después sacar los pedazos con unas pinzas. Lo más laborioso era extraer los puntiagudos dientes de sierra clavados en la pared del intestino. Durante todo ese tiempo, Marzia secaba el sudor del rostro del doctor y aplicaba a la frente de Giorgio toallas mojadas en agua de colonia. Cohen prolongó su estancia en el Square Marie-Louise hasta que desaparecieron los efectos de la anestesia y pudo comprobar cómo resistía el enfermo el fuerte dolor que sin duda le abrasaba el recto. Le aplicó un sedante y le inyectó un antibiótico. Después, se despidió hasta la mañana siguiente. Marzia se quedó allí. Llamó a su madre y le explicó que debía estar en el Square Marie-Louise a las ocho de la mañana, hora en que ella se marcharía a la oficina.

—¿Y qué hago con Sara? Ya sabes que ella no se vale por sí sola, que hay que hacérselo todo.

—No te preocupes ahora de Sara, mamá. Que se muera como su hijo.

Marzia se sentó junto al herido, que dormía bajo los efectos del somnífero. Tomó una Biblia que encontró en el cajón central de la mesa del apartamento. La abrió casualmente por el Libro de la Sabiduría. Leyó: «No exacerbar el corazón exasperado

y no negar un don a quien lo pide.» Se inclinó sobre Giorgio y lo besó en los ojos. De vez en cuando, se salía del dormitorio para llorar a hurtadillas.

A la mañana siguiente, antes de que llegase el doctor, preguntó Marzia:

—¿Quién ha sido? El camarero de La Cage, ¿verdad?

Giorgio negó débilmente con la cabeza.

—Pues si no ha sido él, dime quién.

Negó otra vez con la cabeza.

—No lo sé.

—Ha sido el camarero —dijo ella en tono rotundo, y esta vez no preguntaba sino que afirmaba.

—¿Qué más da? —se resignó él, y se encogió de hombros. Aquel simple movimiento le ocasionó un fuerte dolor—. ¡Ay! Deja eso, Marzia. Yo ya le he perdonado.

—Tú, sí, pero yo no. Estas cosas no se perdonan. Estas cosas se pagan. Estas cosas piden venganza.

Las optimistas esperanzas del doctor Ismael Cohen se derrumbaron enseguida como el clásico castillo de naipes. A la mañana siguiente examinó las heridas del recto. La pinza de la cigala había producido un verdadero destrozo. Las paredes del intestino no podrían cicatrizar en menos de doce o quince días, y había peligro de que se produjera una septicemia por el paso de excremento a la sangre. El doctor Cohen prescribió inmediatamente un aumento considerable de la dosis de antibiótico recetada la noche anterior. El recurso al ano artificial era inevitable. Se trataba de una operación que no podía realizarse, de ninguna manera, en el apartamento del Square Marie-Louise. Marzia telefoneó a la oficina y anunció que se retrasaría un par de horas. Hizo lo mismo con su madre. Monteverde aceptó el aviso con naturalidad. «Tómese el tiempo que necesite. Yo informaré al señor Notti cuando venga.» Marzia era una empleada modelo y jamás había cometido una falta de puntualidad.

—Tenemos que llevarle a una clínica —dictaminó el doctor de manera terminante.

—Aquí, no —decidió Marzia con idéntica rotundidad—. En Bruselas, no. En Bélgica, tampoco. Podemos llevarlo a Alemania, a Holanda o a Suiza. Tú decides —dijo dirigiéndose, no a Giorgio, sino al médico—. Tú lo vas a llevar y tú lo vas a operar.

—Yo no puedo irme solo con él. Tendrá que acompañarle alguien de su familia, que acepte la responsabilidad de cualquier decisión que haya que tomar. ¿Tú vendrás también, Marzia?

—Nadie de su familia debe enterarse de este incidente, y por tanto nadie puede acompañarle. Tampoco yo puedo ir con él. He de quedarme en la oficina precisamente para justificar su ausencia ante la familia. La falta de los dos al tiempo

levantaría sospechas, y podrían buscarnos incluso dando parte a la policía. Y además ha de inscribirse en la clínica con nombre supuesto. No podemos dejar rastro de este incidente, ¿comprendes? Yo me ocuparé enseguida, esta misma mañana, de obtener una documentación falsa. Le podemos llamar Cohen y que pase por tu hermano. Así no será necesaria la presencia de otro familiar. Es tu hermano y basta.

—Pero Marzia, ¿tú eres consciente de lo que me estás pidiendo?

Marzia no respondió. Se apartó unos pasos con Ismael Cohen y le habló unos minutos en voz baja. Discutían sin que las palabras llegaran a los oídos de Giorgio, que les miraba anhelante. Por fin, Ismael Cohen abrió los brazos e inclinó la cabeza en un gesto de resignada aceptación. Marzia le tomó las dos manos y se las besó con la gratitud de una esclava. «Es misteriosa esta Marzia —pensó Giorgio— misteriosa y temible. Es capaz de obtener en pocos minutos una documentación falsa y de convencer a un médico de que acepte una grave responsabilidad sin otro instrumento que unas palabras pronunciadas en voz baja.» Y pensó también en la tarde de su entrega. «Esta mañana ha muerto mi marido —dijo—. Marzia es, desde luego, una persona extraordinaria, inescrutable y una caja de sorpresas prodigiosa.» Mejor. En la situación en que se encontraba, él estaba necesitado de una persona extraordinaria y prodigiosa.

Marzia salió de prisa hacia el secreto lugar donde le darían una documentación falsa a nombre de Ezequiel Cohen. El auténtico Cohen telefoneó desde el apartamento a una pequeña clínica privada de Aquisgrán. Hablaba con alguien a quien llamaba «doctor Katz». A las pocas horas, llegó una ambulancia de Aquisgrán, y muy poco después entró Marzia, acalorada pero feliz, con la documentación de Ezequiel Cohen en la mano, y la sustituyó por la auténtica, que fue sepultada en su bolso de mano. La despedida fue rápida. Se inclinó sobre Giorgio, ya tendido boca abajo en la camilla, y le dio un beso en el cuello, debajo de la oreja. A Cohen le besó de nuevo las manos y dejó en ellas un abultado sobre con toda la apariencia de contener un regular fajo de billetes de banco.

—Marzia, yo debería dejar firmados varios talones para que puedas sacar de mi cuenta todo el dinero que haga falta.

—Ya arreglaremos eso cuando vuelvas. Lo importante ahora es que todo vaya bien. ¡Y que se resuelva pronto! —añadió cuando ya salían.

El regreso de Giorgio se demoraba. Pero el doctor Cohen hablaba todos los días con Marzia y aseguraba que todo iba bien y rápido, o al menos todo lo rápido que podía ir un tratamiento como aquél. Totoya recibía todos los días noticias de su marido a través de Marzia, pero fingía un cierto desinterés. Aceptaba sin objeción las explicaciones de Marzia. «Cuando hable de nuevo con él, le da recuerdos míos, por favor, y dígame que se divierta cuanto pueda», era siempre el final de sus cortas conversaciones con la secretaria. Desde luego, las noticias que daba Marzia

resultaban increíbles. Siempre trataban de entrevistas misteriosas con personajes misteriosos en hoteles sin identificar y en ciudades que eran abandonadas poco después de llegar a ellas. Ni un domicilio ni un teléfono donde encontrar a Giorgio. Marzia inventaba aquellas noticias con ingenio y las explicaba con convicción, pero nadie se resignaba a enterarse de los pasos del viajero por un intermediario. En un cierto momento, Marzia recomendó al enfermo que llamara él directamente. La situación era insostenible. Nadie se había tragado lo del negocio confidencial, ni siquiera Franco Monteverde, siempre dispuesto a tragarse cualquier explicación que llegara de un miembro de la familia Notti. El abuelo imaginaba una aventura amorosa que había llegado más lejos de lo perdonable por una mujer recién casada, y andaba preocupado por el matrimonio de Giorgio. «Siempre pensé que este matrimonio no saldría bien», pensaba el abuelo Notti, y sacudía la cabeza con desaprobación. Telefonó el propio Giorgio. Habló con Monteverde y le pidió que tranquilizara al abuelo.

—Regresaré enseguida y le explicaré todo. Dígame que no busque justificaciones raras. No hay ninguna aventura de faldas, ni de dinero, ni nada que se le parezca. Merece la pena enterarse a fondo de los proyectos de un negocio que podrá salir o no, pero que si sale, es una bomba. Dígame a mi abuelo que nada comprometeré sin su autorización y que todo cuanto yo haga pasará por su visto bueno.

—Así lo haré, señor Notti. Creo que esto que me dice le tranquilizará mucho. Está nervioso y no se explica bien su ausencia.

Telefonó a Totoya, pero Totoya no atendió la llamada.

—Celina, dile que no me da la gana de acudir al teléfono y que por mí puede seguir divirtiéndose todo el tiempo que quiera. —Cuando Celina ya se iba, añadió gritando y casi llorando—: Y que le den por el culo.

Celina no dijo nada de eso. Regresó y dijo:

—Señor Giorgio, la señorita Totoya no se puede poner al teléfono en este momento. Yo creo, perdóneme señor, que la tiene usted un poco enfadada. Ya sé que esto es meterme en lo que no me importa, pero si usted puede, lo mejor sería que regresara cuanto antes.

—Gracias por tus consejos y por tu delicadeza, Celina. Pero hasta el teléfono ha llegado ese grito de que me den por el culo. Dile que le agradezco el cumplido y que ya no la llamaré otra vez.

Quien llamó fue el abuelo Notti.

—¿Has hablado con Giorgio, Totoya? ¿Se puede saber qué está pasando en vuestro matrimonio?

—En nuestro matrimonio está pasando que tu nieto es un *mascalzone* y un sinvergüenza. Ha llamado y no me ha dado la gana de ponerme, porque no me voy a tragar las estúpidas mentiras que inventa en colaboración con esa secretaria suya tan lista, y que sabe más cosas de Giorgio que yo misma. Por mí, que se jodan los dos.

—No me hables así, *figliola*. Comprendo que estés enfadada con Giorgio.

También lo estoy yo. Pero debemos esperar sus explicaciones. No se puede condenar a nadie sin oírle. Además, a mí me tienes de tu parte, y a la *nonna* también. Sin embargo, estamos seguros de que alguna explicación razonable tendrá su actitud. ¿Habéis tenido alguna pelea, alguna discusión? ¿Le has hecho o dicho algo que le haya dolido hasta el punto de tomarse unos días de alejamiento y de reflexión, *figliola*? ¿Te ha visto coquetear con algún amigo, un compañero de la universidad, con alguien, no sé?

—Ya sabía yo que al final la culpable sería yo. El señorito se larga sin decir adónde ni a qué ni por qué motivo ni con quién, que ahí está el intrínquis, abuelo, con quién, con quién, y ahora la culpa es mía por haberle dicho o haberle dejado de decir o por haber coqueteado con un compañero de universidad o con el fontanero. La que se ha ido de casa no soy yo, ni la que está poniendo cuernos tampoco. *Porca miseria*, abuelo, es él quien se ha ido de casa y es él quien me engaña.

El abuelo no quiso responder directamente a este desahogo de Totoya, que casi suponía una desconsideración hacia él o una falta de respeto. Lo pasó por alto.

—Yo no he querido tomar ninguna medida extraordinaria, pero si se demora su regreso, empezaré a mover todas mis piezas, que son muchas, para averiguar lo que pasa. Lamento que en este momento no pueda moverme de Milán. Hasta entrado julio tengo que estar aquí, atado al sillón de mi despacho. Es un momento muy importante para la firma, y lo que yo no haga, no lo hará nadie, ni tu suegro ni tu marido, cada cual por un motivo distinto. De otra forma, estaría allí contigo. ¿Le has dicho algo a tus padres?

—No, abuelo.

—Mejor. No los preocupes ni les amargues el viaje. Ya sabes que todos te queremos en esta casa. Algún día tendrás que ser la madre de un Notti.

Otro viaje que se había prolongado. Elettra y don Pelayo apuraron en España sus gozos gastronómicos y sus renovados idilios conyugales. El viaje por Andalucía, proyectado en un principio para visitar Sevilla y Granada, se había extendido hacia Córdoba, Málaga y la Costa del Sol, con la parada y fonda prevista en Marbella, y hacia Cádiz y Huelva. Habían hablado todos los días con Villa Luce y con Bruselas. Totoya les informó de que todo iba bien, incluidos sus estudios. Había terminado y entregado su trabajo sobre Magritte y *La mitad de una mariposa*, y Giorgio estaba en un viaje de negocios por Holanda y Alemania. Por su parte, Giacomino se hallaba en el trance de presentarse a los exámenes de *maturita* en el liceo estatal de Pallanza. Había aprobado con holgura y hasta con brillantez, obteniendo cincuenta y dos puntos de los sesenta posibles. Ni sus padres ni su hermana estaban en Villa Luce, y él lo celebró con Enrico. El viejo jardinero sacó del armarito una botella de *grappa* y cuatro vasos. Invitaron también a Giustina y a Fiorenzo. Giustina tenía ya en la barriga una calabaza de tamaño descomunal, y Fiorenzo la miraba constantemente,

como admirado de que aquello fuese obra suya. En realidad, tenía un motivo de admiración mucho más justo de lo que él creía.

—Ya te veo en la universidad, *figliolo*. Parece mentira. Era yo un muchacho más joven que tú cuando entré a servir a tu bisabuelo don Salvatore, y ahora ya veo al bisnieto en la universidad, hecho un científico. Yo no tengo ciencia, *figliolo*, que es lo que tú estás adquiriendo ahora. Yo sólo tengo experiencia, que unas veces no basta y otras veces sirve para más. La vejez que reúne las dos cosas, la ciencia y la experiencia, es una vejez sagrada y gloriosa. A los viejos sabios tendríamos que venerarlos mucho más que a los santos. Mira, hijo, guardarse de la gula, de la ira y hasta de la lujuria es mucho más fácil que llegar a viejo guardando y acariciando enseñanzas, aprendiendo en los libros, por un lado, y en esta dura maestra que es la vida, por otro. Joder, con esta maestra que es la vida. Y eso que yo, pocos leñazos he tenido que sufrir, bueno, los de ver morir a todos los que se han ido de esta casa, a la señora María Luce, que era bella y buena como un ángel, y a don Salvatore, y a doña Vittoria, y al señorito Giacomo, que era pan bendito y un día me regaló el reloj de oro de su primera comunión. Míralo. —Fue al armario y sacó una cajita que guardaba en el bolsillo de un traje azul, el mismo que había vestido el día de la boda de Totoya, y allí estaba el Longines de oro, parado en una hora de hacía más de medio siglo—. A la señorita Leticia, que se metió monja porque le daban miedo los hombres y pasaba terrores en las ensoñaciones, no la vi morir porque murió en el convento y las monjas no dejaban verla ni quisieron darle el cuerpo a su hermano don Salvatore para que la enterraran en el panteón de la familia. Dicen que quieren hacerla santa por lo de los estigmas. Y a la Faustina, y al *bell'uomo*, joder, el *bell'uomo*, que se tiraba lo que pasaba a su lado con tal de que moviera el culo.

Hizo una pausa y se echó al estómago de un solo trago una copa de *grappa*.

—Mira, hijo, pasarse la vida estudiando, observando, aprendiendo y meditando es mucho más meritorio y santo que ayunar por Cuaresma o dejar de tirarte a la mujer de tu prójimo. Si la mujer de tu prójimo se te pone a tiro, que se joda el prójimo y que se aguante con los cuernos. Eso de desear la mujer de tu prójimo es la única situación que justifica la envidia, hijo mío. Lo que pasa es que los Mandamientos no están bien hechos. Se conoce que el Señor, cuando llegó al noveno, estaba cansado, y dijo, hala, para lo que queda, pongo lo primero que se me ocurra, y los hombres que se jodan. La envidia, coño, la envidia es el peor pecado del hombre, porque mata la alegría. El bien de los demás llena de tristeza al envidioso, y eso le convierte en un resentido, un cabrón y un malaleche. Fíjate en estos dos. Pues también se le puede tener envidia al Fiorenzo, y es la de tirarse a la Giustina, y así, preñada como está, más todavía. Las mujeres preñadas te meten en el cuerpo un cachondeo especial y te despiertan el gusanillo. Pero esto que yo te digo no está en los libros, y además me parece que eso no lo entendéis los señoritos. O quizá sí. Nunca se sabe.

—Es verdad —aseveró Fiorenzo—. La Giustina, preñada, está más buena.

Giustina reía y se acariciaba el bombo.

—Tú te callas, Fiorenzo. Anda, toma otra *grappa*, y tú a callar, ¿no ves que estás delante del señorito, que ya estudia en la universidad? Pues, tú, a callar y a follar.

Llamó a Totoya para darle la noticia.

—Estupendo, estupendo —dijo ella—. Entonces, vente, Giacomino. Vente enseguida. Vente hoy mismo. Te necesito muchísimo, Mino. Giorgio se ha ido. Ni siquiera sé dónde anda, porque me dicen que hoy está en un sitio y mañana en otro. Y yo estoy desesperada. A veces me dan ganas de hacer una locura, de abrirme las venas como la abuela Vittoria.

—Totoya, no digas disparates. Tú no vas a hacer nada de eso. Todos te queremos y todo se arreglará.

—Mino, te pido, por todo lo que me quieres, que te vengas. ¿Cómo tengo que decirte que te necesito?

—Está bien, Totoya. No te preocupes. Hago la maleta, salgo ahora para el aeropuerto, cojo el primer avión para Bruselas y hoy mismo estoy contigo, pero tendré que regresar antes de que vuelvan los papás. Te quiero mucho, Totoya, vida mía, pero que no se te vuelva a ocurrir hacer un disparate. Prométemelo.

—Prometido. Gracias, defensor mío, caballero mío, amor mío, hermano, hermano, hermano mío y de nadie más que mío.

14. La noche de San Félix

Giacomino llegó aquella misma noche. Totoya ordenó a Celina que le tuviese preparada al señorito Mino su habitación de siempre, la del cuadro de Magritte con la mitad de una mariposa. Ella se trasladó nuevamente al dormitorio del matrimonio. Cuando llegara Giorgio, si es que llegaba, Totoya se marcharía a dormir a una de las habitaciones para invitados, seguramente la que habían ocupado sus padres. Había decidido firmemente no volver a dormir con Giorgio a no ser que cambiaran mucho las cosas. Giacomino había llamado por teléfono y había avisado que llegaría tarde y que no lo esperaran para la cena. Lo más probable era que sirviesen un tentempié en el avión. Totoya había cenado y estaba ya en ropa de cama. Leía, o más bien trataba de leer medio recostada sobre una almohada en el sofá de la salita pequeña del fondo de la alcoba. Era la misma salita donde se había desarrollado la conversación de los reproches de Totoya a Mino por los desaires de la noche de la cama redonda. No podía leer con tranquilidad ni un solo párrafo. Dejaba el libro, se retorció las manos, una contra otra, se apretaba el pecho casi con furia hasta producirse dolor, se estrujaba el vientre, se alzaba del sofá y daba unos pasos acelerados por la salita. Estaba nerviosa, llena de ira y también de ansia. No podía estar más claro que padecía rabia en el corazón y ansia en la carne.

Le había pedido a Celina que esperara despierta y levantada la llegada de Giacomino. Era un ruego innecesario. Celina ya estaba alerta para coger las maletas, deshacerlas y dejar todo a punto en la habitación del señorito Mino. Trabajo inútil, porque ese dormitorio estaba destinado a permanecer vacío toda la noche. A veces, Celina, mientras se afanaba en esas labores, movía la cabeza y también los labios, aunque sin producir sonido alguno, silenciosamente. «Ese celo que tienes con tu hermano te va a hacer desgraciada. Olvida eso, reina mía.» Pronunciaba sin voz estas palabras. Eran sus propias palabras, las mismas que había dicho al arrancar físicamente a Totoya de la cama de su hermano unos días antes de la boda, aquellas palabras que no habían servido para nada. O en todo caso habían servido para avivar el fuego.

El fuego lo sentía ahora Totoya en el vientre. Tenía allí un horno que le abrasaba las entrañas, una fiera que le mordía la carne joven, un arroyo de sangre hirviente que la devoraba. Y por fin, llegó Mino. Era guapo como un dios, su hermano. Era como un dios del sur, moreno y alegre. Se lo imaginó esa noche como un efebo perseguido por ninfas. Salió a la puerta a recibirle, tal como estaba en la salita, con la camisa de dormir liviana y transparente y sin nada debajo. Ni siquiera había conservado las braguitas minúsculas. Le daban un calor insoportable. Estaba confiada. Faltaban dos semanas al menos para los días de la «evax fina y segura». En la casa sólo estaban Celina y ella, y si Giacomino la abrazaba así, casi desnuda, mejor. «Estaré hermosa e incitante para él», pensó. Oía a mujer. Iba dejando un reguero de olor corporal por el corredor, como una llamada de hembra en celo. Se le colgó del cuello y lo llenó de

besos.

—Buenas noches, amor universitario. Enhorabuena, Mino. Cincuenta y dos puntos. Eres fenomenal. Eres cojonudo. Estarás orgulloso. Tenemos que celebrarlo. Tenemos que celebrarlo a solas, sin papá y sin mamá, sin Giorgio, sin Paola, sin Anne, sin nadie. Estamos solos, Mino. Al fin solos. Al fin solos. —Y reía, reía, con un ataque de histeria jocunda, dando saltos y alzándose a manotazos la camisa liviana, dejando ver al aire durante unos segundos el cuerpo joven hasta la cintura de niña.

También reía Mino. Celina había desaparecido llevándose el equipaje.

—Estás loca, Totoya, estás completamente loca. Estás deliciosamente loca. Y estás preciosa. Estás más preciosa que nunca. Estás preciosa como una ninfa de los bosques, de las fuentes, de las selvas, del mismísimo cielo.

—¡Una ninfa! ¿Lo ves? El efebo. Eres el efebo, Mino. Te adoran las ninfas. Todas las ninfas te persiguen por la noche del parque, bajo los árboles, entre las fuentes, junto a los arroyos, pero tú eres sólo para mí.

—¿El efebo? ¿Que yo soy el efebo? Pero ¿por qué quieres esta noche que yo sea un efebo? Estás loca, Totoya.

Había tirado de él hacia la salita. Lo empujó hasta echarlo en el sofá y empezó a desnudarlo. Fingía que lo estrangulaba con la corbata y luego olía con deleite sus prendas interiores, las ponía junto a su mejilla, las besaba y las iba arrojando al suelo hasta sembrar la sala con su ropa.

—Estás loca, estás loca, estás rematadamente loca —repetía él.

—Estoy loca, Mino. Estoy loca por ti, estoy loca por tu cariño, por tu amor, estoy loca por tus besos, estoy deseando que me beses, que me abracés, que me aprietes, que me deshagas. Estoy ardiendo, Mino. Estoy ardiendo en el corazón y en el vientre. Estoy loca como nunca por tenerte conmigo, por tenerte encima de mí, por tenerte dentro de mí.

Dio un salto y se le colgó del cuello, las piernas rodeadas a su cintura, la boca pegada a la suya, la cabellera rubia cayéndole, despeinada y deshecha, sobre los hombros blancos. Así se derrumbaron los dos sobre la cama. La batalla duró tres horas. Terminaba un ataque, descansaban, charlaban, se mimaban, fumaban un cigarrillo a medias y enseguida Totoya empezaba de nuevo. Hacia la madrugada, el horno que abrasaba la carne de Totoya, aquel fuego casi infernal que quemaba sus entrañas, se había convertido en un tibio y agradable rescoldo, y la niña dormía, como un ángel puro, sobre el pecho de su hermano, que todavía le acariciaba amorosamente la melena, la espalda, el trasero estrecho y empinado, suave, blanco y desnudo, asexuado. Resonó un trueno en el cielo de Bruselas. Sería Júpiter. Seguramente Júpiter tronaba, pero quizá también sonreía. En el calendario cristiano, reformado por el santo papa Gregorio XIII, era el día del Señor 12 de julio de 1993, festividad de San Félix, que quería decir «fértil, fecundo», y más tarde también «feliz». El reloj de la salita, con dos amorcillos de porcelana alados y desnudos custodiando la esfera,

marcaba las cuatro y catorce minutos.

—¿Qué pasa con Giorgio? Explícamelo todo, Totoya.

—No lo sé, Mino. Yo no lo sé, yo no sé nada. Lo sabe esa secretaria suya, Marzia. Ésa es la que lo sabe todo. Giorgio desapareció de aquí hace diez o doce días y todo lo que sabemos de él es a través de Marzia. Dice que anda por ahí, de negocios, de un hotel a otro, de una ciudad a otra, hoy en Holanda y mañana en Alemania. Es imposible localizarle. No sé más.

—¿Tú no has hablado con él?

—Llamó por teléfono después de una semana de no tener noticias directas suyas; siempre las tenía por medio de la secretaria, y eso es humillante para mí, Mino, así que no quise acudir al teléfono. Le dije a Celina que lo mandara a tomar por el culo.

—Mal hecho, Totoya. Bueno, estás muy celosa y muy cabreada, y además llueve sobre mojado desde hace tiempo. Voy a hablar yo con esa Marzia. ¿Cómo se llama? Marzia, ¿qué?

—Marzia. Con decir Marzia es suficiente. Sólo hay que preguntar por Marzia. En la oficina manda más que nadie, y nadie que no sea ella te dice nada acerca de Giorgio. «Un momento, que le paso la llamada a la señora Marzia; Enseguida la llama a usted la señora Marzia, ahora está con otra llamada importante; No sé, señora. Eso lo sabrá la señora Marzia»; Marzia para arriba, Marzia para abajo. Estoy de Marzia hasta los cojones..., si los tuviera. Ésa es la pena, que no los tengo.

—¿La señora Marzia?

—Sí, sí, soy yo. Usted es el señor Giacomo Grande.

—¿Cómo lo sabe?

—El señor Notti tiene un retrato de los tres, él, su esposa y usted, encima de la mesa de su despacho. Y usted resulta inconfundible.

—Ah.

—Ha venido porque quiere conocer las últimas noticias del señor Notti, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Perdone un momento. —Descolgó el teléfono—. Señor Monteverde, está aquí el señor Grande, cuñado del señor Notti. ¿Puedo pasarlo al despacho de don Giorgio?

—Ése es su territorio, Marzia. Haga lo que le parezca. A mí me parece bien —se oyó al otro lado del hilo.

—Pase, por favor —dijo Marzia—. Siéntese. Enseguida vuelvo. Serán sólo unos minutos.

Salió y cerró la puerta. Cerró también la puerta de su despacho, que normalmente mantenía abierta. Le gustaba enterarse de quién entraba y quién salía, de quién pasaba de un despacho a otro. Por el teléfono directo llamó a Giorgio a la clínica.

—Ha venido su cuñado, señor Notti. Lo tengo en su despacho y pide noticias. ¿Qué hago?

—Cuéntale todo, Marzia. No te importe informarle de todas las circunstancias y pormenores, pero debes advertirle de que no diga una sola palabra a nadie, ni siquiera a su hermana, menos que a nadie a su hermana, ni a sus padres ni a los míos. A nadie. Él lo comprenderá perfectamente.

—¿Y si me pregunta quién lo hizo?

—Deja esa manía. Olvida eso y no seas terca. Dile que un desconocido.

—¿Y si me pregunta cómo entró allí ese desconocido?

—No te lo preguntará.

—Muy bien, señor Notti. Así lo haré.

Había vuelto al usted y al «señor Notti» de una manera natural; aunque cuando hablaba por teléfono con él tomaba precauciones para que nadie pudiera oír la conversación. Entraron en el despacho de Giorgio. Giacomino, que estaba sentado en una de las dos butacas colocadas delante de la mesa de Giorgio, se puso de pie. No había querido usurpar su sillón. Marzia esperó a que él la invitase a sentarse en la otra butaca, y quedaron ambos frente a frente y cercanos. No se hallaba cómodo el muchacho frente a aquella mujer fría y diligente, que lo escrutaba con mirada implacable. Tenía la sensación de que tras unos minutos de mirarle así, ya conocía ella todos sus entresijos, hasta los más íntimos secretos, y esto le perturbaba. El despacho no olía a habitación cerrada. Aunque no estaba el jefe, sobre la mesa había un florero pequeño con un par de rosas frescas y fragantes, que sin duda habían sido colocadas allí aquella misma mañana, como si Giorgio pudiera llegar de un momento a otro y sentarse a su mesa. Marzia olía a colonia fresca. En el despacho predominaba la madera clara. Por entre las cortinas traslúcidas de una ventana penetraba una luz tenue y grata, muy a propósito para las confidencias.

Desde el teléfono de ese mismo despacho, habló con la operadora.

—Estoy en el despacho del señor Notti con una visita. Que nadie me moleste ni me interrumpa. No me pase usted ninguna llamada, a no ser que esté al teléfono el propio señor Notti. Me refiero a don Giorgio, claro. Por favor, cumpla usted esta instrucción de una manera terminante, sin excepción alguna, ¿me comprende? Según quién sea, o no puedo hablar en ese momento, o estoy fuera de la oficina.

Marzia hizo un relato pormenorizado del incidente de la cigala. Giacomino la escuchó en silencio, sin interrumpirla en ningún momento. No había más detalles que pedir. Al terminar Marzia de hablar, Giacomino tenía los ojos llenos de lágrimas, hasta el punto de que ella tiró del pañuelo de batista blanca que él llevaba en el bolsillo superior de la americana y le secó el llanto. Giacomino la dejó hacer casi sin sorprenderse, porque a ella también le resbalaban dos lágrimas por las mejillas y se había establecido entre ellos una complicidad en el dolor y en la ternura.

—¿Quién ha sido?

—Un desconocido —respondió Marzia, y por primera vez en el relato bajó los

ojos y esquivó la mirada de Mino.

—Es posible que Giorgio no lo diga jamás, pero quizá usted sospecha de alguien.

Ella dudó un momento. Se le pintó en el semblante un gesto de dureza inquietante y desaparecieron todos los rastros de la ternura anterior.

—Puede ser una sospecha infundada, señor Grande. No me gusta hacer juicios temerarios, y en estas cosas hay que asegurarse muy bien antes de hacer una acusación. Ésas son acciones que piden venganza, y la venganza ha de ser justa.

Giacomino se estremecía al oírla. La de aquella mujer era una cólera fría, cólera de dioses o de Antiguo Testamento.

—Alguna vez podré asegurarme de ello —prosiguió ella—, pero hasta ahora son sólo sospechas. Cerca de aquí, hay un café, estrecho y largo, llamado La Cage. Se lo reconoce enseguida porque tiene en la puerta una jaula colgada con dos periquitos. Allí trabaja un camarero joven y muy guapo, evidentemente homosexual —y otra vez bajó los ojos—, que se llama Daniel. Le llaman Dan. El señor Notti es muy aficionado a ir a ese lugar a tomar el café de media mañana, y en La Cage no hay otro camarero.

—Voy allí ahora a echarle la vista encima a ese Dan, y veré la manera de provocarlo, para comprobar cómo responde. Si tuviera la certidumbre de que ha sido él, estaría dispuesto a ahogarlo con mis propias manos.

Marzia se le quedó mirando con admiración, casi con entusiasmo, y enseguida compuso otra mirada tierna y maternal.

—No será necesario, Giacomo. —Le había llamado «Giacomo», y además empezó a tutearlo mientras sonreía enigmáticamente—. Tú eres un ángel y debes quedar preservado del estrago bíblico de la cólera y del placer divino de la venganza. Tú has nacido sólo para la bondad, la inteligencia y el amor. Bueno, al fin y al cabo, todas esas cosas son la misma. Sólo los nombres son diferentes.

Se levantó y se acercó al muchacho. Por la edad podía ser su madre. Le tomó la cara entre las dos manos y le besó la frente. Mino no aguantó más. Se echó a llorar abiertamente y se abrazó al cuello de Marzia. Le había espantado el relato de la cigala y había estado a punto de desmayarse. Ahora, encontraba consuelo en el abrazo de aquella mujer desconocida. A veces, las cosas de los hombres y las mujeres, de los seres humanos, son así de imprevisibles.

Compró un periódico italiano en el quiosco de la esquina. Caminaba despacio por la acera de la Avenue Louise en espera de reconocer el café llamado La Cage, con la jaula de los periquitos en la puerta. Cuando vio la jaula se acercó a la entrada con aire perezoso, como un turista aburrido que busca un lugar donde matar el tiempo durante un rato. Entró, buscó una mesa vacía y sin vecinos cercanos, se sentó, empezó en apariencia a leer el periódico y esperó tranquilamente la llegada de Dan. No leía, claro. Tenía el periódico bien visible, para que cualquiera que lo mirara, en este caso

Dan, pudiera conocer enseguida que se trataba de un italiano, o sea, un paisano de Giorgio. Pensaba lo que iba a decirle a Dan cuando viniera a preguntarle «qué va a tomar el señor», y lo repetía mentalmente una y otra vez, ensayando un tono de aplomo que resultara sorprendente. Pronto llegó Dan con su contoneo habitual. Esta vez, el contoneo resultaba inútil. El nuevo cliente tenía la cara casi sepultada entre las páginas del *Corriere della Sera*, y ni siquiera levantó la vista cuando él le hizo la pregunta de ritual.

—¿Qué va a tomar el señor?

—Tráeme un café con leche, hijo de puta. —Giacomo dijo esto de manera que parecía decírselo al periódico, sin levantar la cabeza ni mirar siquiera al camarero, que le escuchó estupefacto.

—¿Cómo ha dicho?

Alzó más la voz en la primera frase y lanzó la segunda apretando los dientes, como el silbido de una culebra.

—He dicho que quiero tomar un café con leche, hijo de la grandísima puta, *figlio di una mignotta*.

Dan permaneció unos segundos junto a la mesa. Indudablemente estaba meditando. No sabía cómo debía reaccionar ante aquella provocación. Pasara por su mente lo que pasara, lo cierto es que no dijo nada. Dio media vuelta y fue al mostrador. Al cabo de un poco, regresó con el café con leche y lo dejó sobre la mesa sin pronunciar palabra. Tal vez sintiera la tentación de verter el café con leche caliente sobre la bragueta de aquel extraño y desconocido cliente que le insultaba. Si fue así, se contuvo y venció la tentación.

—Ahora, te jodes, vas otra vez al mostrador y me traes un cruasán, cabronazo de mierda. —Giacomo alzó la voz para que se pudiera oír en las mesas más cercanas—. Por favor, pronto, que tengo prisa.

Dan regresó con el cruasán. Se quedó mirando al cliente con una mezcla de extrañeza y desafío. Era también una de esas miradas como el disparo de una máquina fotográfica, para tomar una imagen y guardarla en la película de la memoria. Giacomino miró las cifras escritas en los dos *tickets*, echó unas monedas sobre la mesa y salió despacio sin haber probado el cruasán ni haber bebido un sorbo de café con leche. Casi no tenía dudas. Aquel camarerito era el cabrón de la cigala. Tenía razones para temer algo, y por eso había soportado cobardemente los insultos. Otro cualquiera habría reaccionado de diferente manera ante la provocación. «Debo contárselo a Marzia. Esta escena confirmará sin duda sus sospechas.» ¡Madre de Dios, Marzia! ¿Qué le diría a Totoya de su entrevista con Marzia? Porque Totoya lo sometería a un interrogatorio acerca de su conversación con la secretaria apenas se encontraran en casa. Le diría simplemente: «Mira, Totoya, me ha dado la impresión de ser una buena profesional. Y muy leal. Pero es una señora impenetrable. Tiene una impenetrabilidad farisaica.»

Efectivamente, fue lo primero que le preguntó a la hora de la comida.

—¿Has visto a Marzia?

—He visto a Marzia.

—¿Y qué te ha dicho?

—Bueno, lo mismo que a ti. Que Giorgio realiza un viaje confidencial de negocios y que cree que regresará enseguida. No hay manera de sacarle más información.

—¿Qué efecto te ha hecho?

—Me ha parecido una buena secretaria, inteligente y leal. Pero es una tía con un carácter impenetrable. Tiene una impenetrabilidad farisaica.

—Claro. Es judía. Judía y alemana. No sé cómo quieres que sea.

Los encuentros ardientes entre los dos hermanos prosiguieron durante tres noches seguidas. Iban a cenar fuera de casa en alguno de los restaurantes ya conocidos por Totoya. Elegían un menú ligero y delicado y un buen vino francés, generalmente un Margaux de buena cosecha (en Comme chez-soi tienen una bodega excelente y surtida) y cuando llegaban a casa, a Totoya le entraba la locura sexual, la fiebre incendiaria, y empezaba una representación semejante a la danza de los siete velos, un ballet erótico con mimos, saltos, movimientos provocativos y *spogliarello*, que terminaba siempre como la primera noche de su llegada. A Giacomino le extrañaba un tanto que su hermana, tan voluble en los caprichos eróticos, no se apartaba ahora de la posición tradicional ni hacía ninguna incursión definitiva por el *Kamasutra*. En todo caso, las fantasías sólo eran preliminares. En cuanto producían efecto los prolegómenos, Totoya pedía: «Ven aquí, Mino. Así, sobre mí.» O bien era ella la que comenzaba una cabalgadura larga, al paso, que luego continuaba en un trote y terminaba en un galope desbocado. Giacomino estaba acostumbrado a esos caprichos. Totoya era imprevisible. «Gracias a Dios, Totoya es imprevisible. Con ella, no tiene probabilidad alguna el aburrimiento.»

15. Donde llueve el azufre

El doctor Ismael Cohen llamó a Marzia por teléfono desde Aquisgrán. Lo hizo por la noche y a su casa, para evitar que tuviera que hablar desde la oficina.

—Llegamos los dos mañana. Hemos alquilado un coche y Giorgio quiere pasar, antes de nada, por su apartamento del Square Marie-Louise. Pero yo he de verte enseguida. Tengo algo muy importante que decirte.

—¿Ha ido bien la operación?

—La operación ha salido perfectamente. El recto ha cicatrizado por completo y del ano artificial apenas quedará una señal difícilmente perceptible. El problema es otro y grave.

—Grave. ¿Cómo de grave?

—Muy grave.

—¿De qué se trata?

—Mañana te lo explicaré.

—Por favor, Cohen, dímelo de una vez y no me tengas en esta zozobra.

—Ya te he dicho que es grave. Habría preferido decírtelo cara a cara y no por teléfono. Giorgio tiene el sida. Le han hecho dos análisis en la clínica y da seropositivo.

—¡Dios de Israel! Eso es una desgracia muy grande.

—Al otro lado del hilo el doctor escuchó algunos sollozos de Marzia.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó ella.

—Esto ya no es posible ocultarlo. Por de pronto, hay que hacer análisis a su mujer y a todo el que haya tenido contacto sexual con él. En este momento, Giorgio es una fábrica de hacer sidosos. Si tú... si tú..., bueno, perdona, pero debo decírtelo, si tú has tenido alguna relación de ese tipo con él, sea del carácter que sea, ya me entiendes, debes someterte a un análisis inmediatamente.

Marzia sintió que un estremecimiento de terror recorría su cuerpo, pero conservó la expresión del rostro con la impenetrabilidad habitual en ella. Sólo un ligero temblor en las manos denotaba su estado de ánimo. El leve temblor desapareció enseguida.

—¿Cómo habrá contraído la enfermedad?

—Marzia, me parece que esa pregunta la podrías responder tú mejor que yo. Yo no conozco al personaje sino por ti. Tú sabrás la vida que lleva. Esa enfermedad se adquiere sólo por el semen y la sangre, por contacto vaginal o anal y por la saliva si hay alguna pequeña herida. El peligro es mayor para los consumidores de droga, y Giorgio también anda metido en ese mundo. Esnifa cocaína, toma ácido y ha confesado que alguna vez ha caído también en la tentación de inyectarse heroína. Hemos debido administrarle alguna dosis de metadona para evitarle el síndrome de abstinencia.

—¿Se lo has dicho?

—Todavía no. Esperaba hablar contigo. Pero hay que decírselo, y es ineludible informar a su familia. Si no lo hace él, tendré que hacerlo yo. Bastante he hecho con lograr que el doctor Katz no dé el parte preceptivo a las autoridades sanitarias de Alemania. Para ello he debido darle mi palabra de honor de hacerlo yo a las de Bélgica. Además, no puedo aceptar la responsabilidad de que su mujer esté contagiada y no se entere. Me da la impresión de que nos hemos metido en un buen lío, porque ahora quizá sea necesario contar toda la historia de cabo a rabo.

—No. Eso no. Hay que pensar una manera de evitar eso. No hay necesidad de contar la peripecia humillante de la pata de cigala. Se puede decir que hubo que operarlo de urgencia de apendicitis o curarle una herida producida en una colisión de automóviles, y se le hizo el análisis rutinario del sida.

—No sé, Marzia. No sé. Eso se dice muy pronto, pero no es fácil hacer que suene verosímil. Por todo esto necesitaba hablar contigo cuanto antes.

—¡Dios de Israel, Dios de Israel! ¿A qué hora llegaréis mañana?

—Hacia las nueve. Saldremos de aquí pronto, y sólo tenemos alrededor de una hora de viaje.

—Déjale a él en el apartamento y di que vienes a buscarme. Le parecerá bien, porque no querrá que lo vean en la oficina antes de hablar conmigo para preparar bien las explicaciones.

—Me parece que todas esas explicaciones que preparáis van a sobrar, Marzia.

—Sí, pero él no lo sabe. Además, haremos lo posible para que no sobren. Muchas gracias por todo, Ismael. Te debo uno de esos favores a los que hay que dar el nombre de impagables.

—Un beso, Marzia, y hasta mañana.

Mientras colgaba el teléfono, ella murmuró:

—¡Dios de Israel, mañana! Día terrible el de mañana. Ha llovido del cielo el azufre de Dios, el azufre que llovió sobre Sodoma.

Los señores regresaban felices y parecían más jóvenes. En Villa Luce sólo encontraron a Marcela, porque Giacomino estaba en Bruselas con Totoya. Todo estaba en orden allí. Marcela había cuidado de ello. La fiel sirvienta les había recibido con muchos aspavientos de júbilo y cariño.

—¿Hay alguna novedad por aquí, Marcela?

—Alguna hay. El señorito Mino se fue a Bruselas porque lo llamó la señorita Totoya y le pidió que fuera unos días con ella. Mi hija Celina echó a Pasqualina y la ha mandado a su pueblo, y yo no me he atrevido a decirle que vuelva aquí, a esta casa, sin que lo ordene la señora.

—Marcela, tu hija es terca como una mula.

—Si lo sabré yo, doña Elettra. Le sale a su padre el *bell'uomo*, que se le metía una idea en la cabeza y no había dios que se la quitara. Hasta que no la llevaba a cabo

no descansaba. Mire usted, señora, se empeñaba en llevarse a alguna cordera al redil y como era tan buen mozo y tenía aquella salud de aquí te espero, Tomasa...

—Marcela, te he dicho muchas veces que no me interesa que me expliques lo que tenía o dejaba de tener el *bell'uomo*.

—No, si yo lo decía por el carácter de la Celina, señora.

—Ya lo sé. Mejor que no vuelva aquí Pasqualina. Dentro de poco vendrá a Villa Luce el matrimonio y Celina con ellos, y no quiero peleas entre el servicio. Además, es muy pazguata. La ha echado Celina de casa de mi hija, y ella sabrá por qué. Yo me lo imagino. Bien echada está.

—Y además, ha parido la Giustina.

Casi no se atrevía a decírselo, pero Elettra recibió la noticia como la cosa más natural del mundo. Bueno, como lo que era.

—¿Todo bien?

—Sí, señora; un niño muy hermoso.

—Pues bendito sea Dios —dijo Elettra, y dio por terminada la conversación.

La Giustina había parido un ternero de cuatro quilos y seiscientos gramos, «casi me abre en canal el ángel mío, coño con el cabrón de niño, hay que joderse con esto de parir las mujeres». Enrico subió a la casa grande a saludar al ama. Enrico estaba cada día más seco y pequeño. Siempre había estado seco, así que eso en él no era novedad. Enrico era una mojama con calzones. Ahora había menguado también, y se había quedado más bajo. Pero lo peor era el color. Por debajo del bronce viejo del pellejo curtido, se le adivinaban unos huesos pálidos y amarillentos, y tenía los ojos hundidos, las cuencas como las de las calaveras y las manos de muerto.

—¿Cómo han ido las cosas por aquí, Enrico? ¿Tú estás bien?

—Yo estoy ya esperando que me llegue la hora, *ragazza* mía. Yo cuento ya poco. Lo demás está bien. Ya sabes que la Giustina soltó la calabaza. La llevamos al hospital de Verbania en el Fiat pequeño, y ya empezó a berrear en el coche, que iba tendida en el asiento de detrás, y Fiorenzo y yo delante. «¡Ay, que lo suelto! ¡Ay, que lo suelto aquí mismo! Señor Enrico, que este cabrón de niño me desgarrar el alma. Me cago en todas las leches que le dieron al Fiorenzo, así se le caiga la chorra como si le hubiese entrado la lepra, y a mí ya no me coge en otra, ve más deprisa, cabrón, que se me cae la criatura», decía la Giustina, ya ves tú, como si el Fiorenzo, pobre *cornutaccio* mío, tuviese algo que ver en el empuñamiento ese. Por cierto, que te puedes quedar muy tranquila, *ragazza*, que en el ternero de la Giustina no ha tenido arte ni parte don Pelayo. El crío saca un hoyo en la barba, las napias de gancho y las orejas de a palmo, que pinta a panadero desde cuatro leguas, y ése es hijo del *fornaio* de Solcio, ese Marco que hace la *pizza* como Dios Padre. Ése huele a Marco, como yo me llamo Enrico. Se lo dije a la Giustina; le dije, digo: «Para mí que el mamón este me huele a panadero, Giustina.» «Calle usted por Dios», me respondió ella, «que

ha sacado el cabroncete un parecido a su padre que yo no sé cómo el Fiorenzo no se ha dado cuenta; que una cosa es lo del señor Pelayo, porque una no va a decirle al señor que nones, y otra cosa es lo del panadero. Pues, mire usted, señor Enrico, lo que son las cosas de la cama, media vida mirando por el telescopio, y nada, y con sólo dos veces que estuve con el Marco, y además con prisas, y ahí donde usted lo ve, más grande que un armario, que parece que la vaya a dejar a una bien servida para una semana, pues, una leche, que tiene la picha como la de un gato, me la ponía dentro como si se le cayera a un pozo, y para cuatro lágrimas que me echó, ya lo ve usted, al primer tapón, zurrapa».

La única persona que se permitía hablar así a Elettra era Enrico. Bueno, Enrico le había hablado así a todas las personas de la familia, desde don Salvatore para abajo. El viejo jardinero, con la familia hablaba y hablaba, pero en cuanto salía de Villa Luce, una tumba, y no había quien le sacara un chisme del cuerpo.

—Y el Fiorenzo, tan conforme, ¿no, Enrico?

—El Fiorenzo se queda mirando al cherro con orgullo, como si lo hubiera hecho él, y le dice «nardo mío». Hay que joderse, nardo, nardo, si lo que parece es una col, y además le ata flores a los barrotes de la cuna, y le está oliendo siempre el culo por ver si lleva cascarría y limpiárselo, y lo duerme en brazos y le va a poner de nombre Fiorenzo.

—Bendito sea Dios, Enrico. La Divina Providencia es sabia.

—A veces, *figliola*. A veces, sí que es sabia. Pero otras, es una cabrona.

Ya se sabe que en Italia no se puede imponer a los hijos el mismo nombre del padre. Pero Fiorenzo no se llamaba Fiorenzo, sino Girolamo, que lo de Fiorenzo había sido cosa de Enrico, y el niño se llamaría Fiorenzo. A la Giustina le había entrado un amor filial, y más que filial, maternal, por el señor Enrico. El viejo jardinero está cada día más desmedrado, y algunas veces le entran los fríos y le dan tiritonas. A Giustina, de verlo así, se le vienen las lágrimas a los ojos, y un día lo desnudó, le puso un pijama de franela y se lo metió en la cama para darle calor con su cuerpo. Se lo apretó entre las tetas y lo tuvo así un rato, que a Enrico parecía volverle el buen color y hasta la vida.

—El calor es muy bueno para los viejos, Dios te lo pague, hija. El calor es la vida. La muerte es el frío. Una vez le oí decir al señor Treves que un sabio de Grecia había tenido a raya a la muerte durante tres días con sólo aspirar el vaho del pan caliente, recién salido del horno, para no joderle las fiestas a su hermana, que el sabio vivía con ella.

—No hable usted ahora de panes ni de hornos, señor Enrico.

—Tienes razón, Giustina. No me acordaba ya del panadero. Anda, apriétame más y arrímame también la ingle, que parece que tengas ahí una estufa y que no te vas a llevar ningún pasmo conmigo. A mi edad, es como un gusano y ya no sirve más que

para mear, y eso, con trabajo.

—Y aunque me lo llevara, el pasmo, digo, con quién mejor que con usted. Y ande, señor Enrico, si no le da asco, que no tiene por qué darle, dele unas mamadas a esta teta, que el mamoncillo se ha cansado hoy más pronto que otros días, o será que me ha venido un ramblazo de leche, y me la ha dejado casi llena, y la leche de madre tan nutricia tiene que ser para el niño como para el viejo. Y además, hace usted una obra de caridad, que parece que se me va a reventar la teta, que se pone como la ubre de una vaca.

Fiorenzo animaba al jardinero.

—Mame, mame sin miedo, señor Enrico, que hay donde chupar y esa leche le da la vida, más que la de cabra o la de vaca, y hasta más que la de burra o la de búfala. ¿Verdad que está caliente la Giustina? La Giustina es la gloria, señor Enrico. Yo estoy jodido hasta que no pase la cuarentena, y a lo mejor no aguanto todo ese tiempo y me la encalomo antes.

—No seas bestia, Fiorenzo. Si no respetas la cuarentena, a la Giustina le pueden dar esas fiebres que llaman puerperales y que se la lleve Cristo. Además, que la mano sirve de algo, digo yo.

—No, eso sí. Además, que ella, la mano, la mueve muy bien, dicho sea con respeto y sin faltarle. Pero no es lo mismo. Hay noches que me quedo peor que estaba.

Enrico dio un suspiro largo, casi un ronquido, y se quedó eclipsado entre las tetas de la Giustina.

Giorgio permaneció esperando en el apartamento y el doctor Cohen pasó a recoger a Marzia.

—¿Estás seguro, Cohen? ¿No puede ser una equivocación en los análisis?

—Desgraciadamente, estoy seguro. Todo lo seguro que se puede estar con los analistas, que son más químicos que médicos, y además a veces trastruecan los análisis, y le cuelgan una hepatitis a uno que está como una manzana, y a otro que está muriéndose le dicen que va vendiendo salud. Pero eso pasa pocas veces. A Notti se le hicieron dos análisis, de sangre y de saliva, y los dos dieron positivo. Y luego los repitieron, y lo mismo.

—Ya. ¿Qué es lo más inmediato por hacer?

—Lo primero, decírselo a él. Luego, repetir el análisis en otro hospital para confirmar el diagnóstico de los alemanes. Hacer también análisis a las personas que puedan haber quedado contagiadas, en primer lugar, su mujer, claro. Y luego, ya veremos. Yo soy un cirujano, Marzia, y de este mal asunto del sida tengo sólo nociones elementales. Hay que poner a Notti en manos de especialistas.

—Por ejemplo...

—Por ejemplo, el Instituto Pasteur de París. O llevarlo a Suiza o a Estados

Unidos. Me parece que el mejor hospital contra el sida está en Atlanta.

Cuando llegaron al apartamento del Square Marie-Louise, encontraron a Giorgio en albornoz, recién afeitado y duchado. Abrazó a Marzia y la besó en la boca sin que ella rehusara o escondiera un poco los labios. Tuvo que vencer Marzia una inevitable aprensión. El peligro del sida atemorizaba a cualquier espíritu valiente. Tanto ella como el doctor traían rostro de malas noticias.

—Giorgio, tenemos que decirte algo... —empezó Marzia, pero se le ahogó la voz.

—Deja, Marzia. Este penoso deber es mío. Es mi oficio —dijo el médico.

—¿Qué sucede, el abuelo, Totoya, la *nonna*...?

—Nadie de su familia, Notti. Se trata de usted. —Cohen igual le daba el tú que el usted, y al parecer en ese momento estaba muy puesto en doctor—. Padece usted una enfermedad grave, muy grave, y hoy por hoy, incurable. La hemos descubierto haciendo unos análisis rutinarios en la clínica del doctor Katz. El carácter de su mal obligaba a tomar esa precaución, y lamentablemente los análisis han dado positivo.

—Es el sida, ¿verdad?

Lo preguntó con una entereza tan admirable como sorprendente. El doctor Cohen asintió con la cabeza. Marzia se echó a llorar y escondió la cara. Se fue hacia la ventana y quedó contemplando la calle, sin atreverse a mirarle a él. A Giorgio sólo se le notaba la conmoción que sufría en un ligero temblor de los labios y en un tic que se le había asido al párpado izquierdo y que le movía también la cola de la ceja.

—Bien, yo me lo he buscado. He sido un imbécil. Lo tengo todo y todo lo he tirado por la borda. Lo más triste es que ni siquiera he gozado de un gran amor, doctor Cohen. Al contrario, he traicionado dos grandes amores. Y alguna cosa más —añadió al tiempo que volvía la cabeza hacia donde estaba Marzia, de pie junto a la ventana—. Y ahora, ¿qué debo hacer?

—Ya le he explicado a Marzia que yo soy un cirujano y no puedo tratarle su enfermedad. Sólo puedo darle algunos consejos elementales y hacerle algunas primeras advertencias. En primer lugar, le recomiendo que vaya a París, al Instituto Pasteur, y que allí repitan los análisis y confirmen el diagnóstico. En segundo lugar, debe preocuparse inmediatamente de que también analicen la sangre o la saliva de las personas que hayan tenido relaciones sexuales con usted en los últimos meses, su mujer, por supuesto, y si hay alguna persona más, también, aunque hayan sido relaciones muy esporádicas, incluso aquellas de una vez solamente. Debe usted elegir el médico o la institución que vaya a tratarle, y seguir al pie de la letra las instrucciones que le den. Por de pronto, debe interrumpir toda relación sexual hasta ponerse en tratamiento y recibir las indicaciones de los especialistas. En todo caso, siempre hay que tomar la precaución del preservativo y evitar todo contacto directo vaginal, anal u oral. El sida se contagia siempre así o por el semen y la sangre, y también por la saliva, si hay alguna pequeña herida en la boca o en lo que entra en contacto con ella. Por lo demás, puede usted abrazar y besar a sus familiares y amigos

sin peligro de contagio, y comer con ellos, en los mismos platos y con los mismos cubiertos, y lavar sus ropas con las de ellos, aunque es conveniente usar unas gotas de desinfectante o de lejía.

Y por supuesto, debe usted olvidarse del alcohol y de la droga. Continuar con cualquiera de esos dos hábitos supondría un suicidio casi inmediato.

—Muchas gracias, doctor. —Giorgio había escuchado con toda atención las palabras de Cohen, aunque tenía un vago gesto de ausencia o de ensimismamiento. Seguramente, se le agolpaban los pensamientos en la mente, y pasaba de uno a otro con un ritmo frenético—. ¿Puedo preguntarle algo más?

—Naturalmente, puede preguntarme cuanto quiera. Lo que no sé es si acertaré a responderle.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que aparezcan los síntomas y señales de la enfermedad? Tengo entendido que el cuerpo se va destruyendo y que salen en la piel algo parecido a unas pequeñas llagas...

—Bueno, eso depende mucho de la fecha en que usted haya contraído la enfermedad. Y también de la naturaleza de cada enfermo. Normalmente, los síntomas aparecen en un período de tres a seis meses a partir del contagio.

—¿Y tiempo de vida?

—Eso es aún más elástico. Depende de la evolución de la enfermedad, que a veces se complica con algún tipo de tumor maligno. Pero es frecuente que un tratamiento bien soportado por el enfermo prolongue la vida varios años, sobre todo si abandona los hábitos del sexo plural, de las drogas y del alcohol. Ya se lo he dicho. Yo le aconsejo que procure alejar de su pensamiento el temor a la muerte. Eso y las ganas de vivir son también dos buenas medicinas. Bien, si no quiere nada más de mí, yo he terminado mi trabajo con usted, pero le ruego que me considere un amigo, y cualquier servicio que necesite y crea que yo puedo prestárselo no dude en avisarme. Marzia sabe dónde encontrarme. No tengo que decirle que le deseo lo mejor, que siento mucho haber tenido que cumplir este doloroso deber y que puede estar orgulloso de su entereza y de su... hombría. En mi vida he visto pocas personas, tal vez ninguna, que hayan recibido con igual firmeza una noticia tan brutal como la que me he visto obligado a darle.

Sonrió ahora Giorgio con un rictus de amargura.

—Tiene que pasarme la nota de sus honorarios, doctor. Ha hecho usted una importante excepción conmigo. Me ha dedicado muchos días de su tiempo completo y...

—No se preocupe de eso. Marzia me dio dinero más que suficiente, y después de los gastos, incluida la factura de la clínica y mis honorarios, sobra todavía una cantidad apreciable. He calculado mi retribución con provecho muy generoso para mí, señor Notti. No olvide que usted es una persona rica —sonrió con un punto de ironía— y que yo soy hebreo. Arreglaré cuentas con ella. Le entregaré todas las facturas y el sobrante. Hasta siempre, señor Notti. Marzia, ¿quieres que te lleve o

prefieres...?

—Gracias por todo, Cohen. Hasta por el préstamo del apellido. Me quedaré un poco.

—Marzia, llama tú a Giacomino, por favor. A esta hora estará en casa, casi con toda seguridad. Supongo que todavía no habrá vuelto a Villa Luce. Dile que venga, pero hazlo con discreción. Que Totoya no se entere. Telefona también a París, al Instituto Pasteur, y que te den hora para hacerte los análisis que ha prescrito el doctor Cohen. Pide hora igualmente para Giacomino, y también para mí, aunque lo mío no corre tanta prisa. Por lo que ha dicho tu amigo, se trata de una confirmación ociosa. También hay que pedir hora para los análisis de Totoya, pero que la den para otro día que no coincida con vosotros. Yo iré con ella. Marzia, oh, Marzia, Marzia, puedes creer que no me perdonaría haberte hecho mal, y qué mal, Dios mío, Dios mío. —Giorgio se derrumbó por primera vez desde que había recibido la noticia—. Puedo haber dado la muerte a Totoya, y a Mino, que son mi único amor, mi único amor doble, perdona esta confesión íntima, Marzia, porque yo ya sé que tú desprecias a los que hacen confidencia de su vida, a los que se vacían de palabras, dijiste, y puedo haberte hecho mal a ti, a ti, que me has entregado un deseo cautivo y refrenado durante años, que has vuelto a ser joven para mí, que has vuelto a ser mujer para mí. Dios no querrá darme tanto castigo, tanta amargura. Pídeselo tú a Dios, Marzia.

—Hace horas que se lo pido al Dios de Israel, Giorgio. Si no puede librarte del duro castigo de la enfermedad, que al menos te salve del remordimiento. No lo pido por mí, sino por ti. El remordimiento hace sufrir más que el dolor. Pero yo estoy segura de que nada de eso habrá pasado. Sería demasiado injusto.

Hizo las llamadas mientras Giorgio permanecía abatido en el sofá, con la cabeza entre las manos. Giacomino llegaría enseguida, tan pronto como encontrara una excusa que no alarmase a Totoya. En el Instituto Pasteur dieron citas para dos días después.

—Ha sido ese camarero. Ha tenido que ser ese cabrón de camarero. ¿Qué leviatán lo habrá puesto en tu camino, Giorgio?

—Deja eso, Marzia. La venganza no remedia nada.

—La venganza es placer de dioses, Giorgio. La venganza es el único placer que queda después de lo irremediable. Cuando ya no tiene remedio el dolor, sólo queda el placer divino de la venganza.

En ese momento, Mino llamó a la puerta.

Paradójicamente, la persona más joven y débil del grupo fue la que mantuvo la cabeza más fría y el pensamiento más despierto. Escuchó con toda atención, hizo varias preguntas, se tomó unos minutos de reflexión y fue sentando conclusiones.

—Hay que hablar con Totoya y llevarla a París y que le hagan los análisis...

—Con Totoya... —empezó a decir Giorgio.

—Sí, ya sé, con Totoya hace tiempo que no os hacéis caso el uno al otro. Pero nunca se sabe, Giorgio. Puedes haberla contagiado antes. Además, yo... bueno, que hay que llevarla. No puede venir pasado mañana, porque viene Marzia. Y además, voy yo. Debe ir sola contigo. Es mejor. No tengas ninguna duda acerca de la reacción de Totoya. Le vas a causar un dolor inmenso, pero la enfermedad le hará ser mucho más cariñosa y generosa contigo. Te lo perdonará todo y querrá hacerte la vida más agradable y alegre. Yo la conozco mejor que tú. A partir de este momento, te querrá más que nunca.

Y eso aunque la hubieras contagiado. Totoya es un ángel del cielo, pero unas veces es espíritu puro y otras veces es carne pura. Tiene el alma de una santa y el cuerpo de una venus imprevisible. No se moverá de tu lado y sufrirá junto a ti y te alegrará todos los años de tu vida. A mis padres no se les dirá nada. A los tuyos y a tus abuelos, tampoco. Pasaremos el verano en Italia, tal y como está programado: vosotros, primero, con tu familia, vais por fin a Portofino, ¿no?, y después conmigo también en Villa Luce. Luego nos venimos los tres a Bruselas. Yo puedo hacer aquí la licenciatura en Económicas y ayudarte en la oficina al mismo tiempo. Cuando empiecen a aparecer los síntomas de tu enfermedad, debes dejar de ir al despacho y ya veremos cómo nos arreglamos con la familia. Yo creo que a Totoya no debemos decirle nada hasta que Marzia tenga la cita para ella en el Pasteur. Si se pone muy burra por lo de tu viaje, se le explica todo menos lo de la cigala, que es un episodio terrible y humillante y podemos ahorrárselo.

Y ahora, a ver lo que te inventas para que se trague la bola el abuelo Notti. No es fácil pegársela al viejo zorro. Y a esperar que salga un Flemming y descubra otra penicilina para el sida, macho. Ya verás cómo la descubren y llega a tiempo de que te salves, gilipollas.

Y en ese momento, se acabó su serenidad. Se abrazó a Giorgio y lloró sobre su hombro mientras le acariciaba la cara con las dos manos.

Gilipollas, gilipollas, ¿qué necesitabas más si me tienes a mí?

Llegaron juntos a casa. Totoya recibió a Giorgio, más que con irritación, con indiferencia y un desahogo de ironía.

—¡Anda, si ha regresado ya mi lucero! ¿Se ha divertido mucho el rey de la casa?

—No me he divertido nada, Totoya —respondió él con tristeza—. No era un viaje de diversión.

Todos callaron, incluido Mino.

Giorgio halló la habitación de matrimonio preparada solamente para él. Giacomino tenía la suya, y Totoya se había trasladado a uno de los dormitorios para invitados, concretamente al que habían ocupado sus padres durante su corta estancia en Bruselas.

—¿Puedo preguntarte cómo han ido tus exámenes en la universidad?

—Muy bien, gracias —respondió Totoya.

—¿Y el trabajo que estabas haciendo sobre Magritte?

—Muy bien, gracias.

—¿Y tu enfado conmigo?

—Inmejorable, gracias.

En efecto, el trabajo sobre el cuadro de Magritte que Totoya había bautizado con el nombre *La mitad de una mariposa* había merecido la máxima calificación que había concedido el profesor Tessier. Debajo de la calificación, el viejo maestro había escrito esta frase: «El trabajo es excelente, pero se recomienda una investigación escrupulosa acerca de la autenticidad del cuadro. A pesar del certificado del profesor Martell, entregado por el galerista con el cuadro, es probable que se trate de una excelente falsificación.»

Telefonó al abuelo Notti, y Giorgio habló con él delante de Totoya. Deseaba que escuchara sus explicaciones para el abuelo. Era una manera de dárselas también a ella.

—Mira, abuelo, en apariencia, se trataba de una operación muy ambiciosa y de gran envergadura, muy audaz, pero perfectamente posible. Me visitaron dos ingenieros alemanes y uno holandés. Han elaborado un proyecto de electrificación doméstica total, con un robot programado que se ocupa de todo en tu ausencia: enciende y apaga el horno y los fogones, la lavadora y la secadora, el lavavajillas, pasa la aspiradora, riega las plantas, sube y baja las persianas, responde al timbre de la puerta, programa la televisión y el vídeo, enciende y apaga la calefacción o el aire acondicionado. Naturalmente, hay que fabricar especialmente todos esos aparatos para que obedezcan al robot. Es necesaria una inversión muy importante, pero ellos han elaborado un estudio muy pormenorizado donde se prevé una amortización de inversiones en el plazo máximo de cinco años. Tienen perfectamente desarrollados los planos de cada uno de los elementos necesarios.

—¿A cuánto asciende la inversión? —preguntó el abuelo.

—Antes de que salga de fábrica el primer elemento, hace falta una inversión de doscientos millones de dólares, pero ellos saben que hay varios bancos interesados. Ofrecían el proyecto íntegro por tres millones de dólares y aparte el quince por ciento de los beneficios. Pero yo creo que es una estafa, abuelo.

—¿Por qué lo crees?

—Porque les hice una contrapropuesta. Ningún pago inicial y el cincuenta por ciento de los beneficios. Respondieron inmediatamente que no. Les pregunté si los planos podían ser examinados por un técnico de nuestra firma, delante de ellos, sin posibilidad de fotografiar ni de copiar, y me respondieron que sólo un plano de muestra. «¿Un plano que nosotros elijamos?», pregunté. «No, el que nosotros dejemos», me respondieron, y en ese momento tuve casi la certidumbre de que se trata de una *truffa*. De cualquier forma, si es así, sería un timo perfectamente preparado. Disponen de varias maletas de planos. Me exigieron ir a Holanda y a

Alemania, a diversos hoteles, porque los planos los tienen repartidos en las cajas fuertes de varios bancos. Y me dijeron que no podía decir a nadie, ni en la oficina ni a mi familia, dónde me encontraba en cada momento. Me contaron que tienen el convencimiento de que una organización japonesa de espionaje industrial anda detrás de ellos para robarles el proyecto. Todo eso me parecía extraño, pero no quise rechazar una oferta así sin conocer de ella todo cuanto me dejaran conocer.

—Bien hecho, *ragazzo*. Hay que estar muy atento a los adelantos de la tecnología, porque ése es un mundo que avanza a una velocidad de vértigo, y en cuanto uno se descuida, se queda atrás. Ya sabes, camarón que se duerme, la corriente se lo lleva. Pero también hay que andarse con vista y con mucha astucia y mucho recelo. Ese mundo está poblado de tramposos y estafadores.

—Yo no habría firmado nada, ni siquiera me habría comprometido de palabra sin consultarte, abuelo.

—Muy bien, hijo. Una vez que tu padre firmó un contrato sin consultarme, me costó la broma doce millardos de liras. Tu padre es así, *figliolo*. Le venden el Duomo, y lo compra al contado.

—Ya lo sé, abuelo.

—Bueno, sea como sea, olvidemos eso. Y lleva también cuidado con las mujeres, Giorgio. Tú nunca has sido mujeriego ni putero, y ahora que estás casado, harías mal en caer en esas tentaciones. Es natural que las mujeres te persigan y hasta se te metan en la cama, porque eres guapo, joven, fuerte y rico, pero ningún hombre de verdad ni ningún hombre importante puede convertirse en un *donnaiolo*. Los donjuanes son tipos frívolos y ociosos; en definitiva, despreciables. —Estaba claro que el *nonno* no se había tragado lo del robot doméstico. Era lógico, pero no quiso humillar a Giorgio —. Venid cuanto antes, hijo mío. La casa de Portofino la tenemos dispuesta, tu abuela está deseando verte, y naturalmente tus padres también, y a partir del día 20 allí nos instalaremos los cuatro en espera de vuestra llegada. Naturalmente, podéis invitar también a Giacomo, si queréis y a él le gusta la idea. El plan mío es que permanezcáis allí hasta el *ferragosto*, y el resto del mes y la primera semana de septiembre os vais al lago con tus suegros. Y en cuanto septiembre haya entrado, hala, a Bruselas, a trabajar. ¿Tiene novedad Totoya?

—Todavía no, abuelo.

—Claro, con esos viajes... Bueno, paciencia.

Cuando colgó el auricular, Giorgio vio que Totoya se divertía componiendo muecas irónicas y moviendo los brazos como si le hubiesen salido alas angelicales en los omóplatos.

Estaban solos, ella y Giorgio. Le había pedido que viniera a la salita del fondo del dormitorio. Giacomino les había dejado adrede, para que hablaran a solas. «Si crees que sirvo para algo, me llamas», le había dicho a Giorgio. No hizo falta. Giorgio hizo,

hablando despacio y con la humildad del acto de contrición, una confesión general. Confesó las visitas a L'Hibou Rose, el apartamento del Square Marie-Louise, el vicio creciente de los vídeos pornográficos, la adicción a las drogas, la relación frecuente con los chaperillos y la enfermiza pasión por Dan. Ocultó solamente la edad de Marilyn y de otros menores que había llevado al apartamento, y la tarde con Marzia. Pero por fin, y desoyendo los consejos de Giacomino, contó a Totoya el vergonzoso y terrible episodio de la puñalada en el ano con la pinza de cigala. En ese momento, a Totoya le entraron náuseas, y tuvo que llevarla Giorgio al baño para que vomitara. Le sostenía la cabeza con una mano en la frente y con la otra le recogía la melena rubia. Al confesarle el análisis del sida, Totoya se quedó inmóvil, mirando al infinito. Reaccionó dócilmente, con un llanto sin gritos ni aspavientos. Vertían sus ojos dos ríos fluyentes y silenciosos. Tenía cogidas con las suyas las dos manos de Giorgio, y se las besaba, llenándolas de lágrimas.

—Yo soy tu mujer, Giorgio, y lo seré hasta la muerte. Sano o enfermo, puedes hacer de mí y conmigo lo que quieras, incluso engañarme. Pero eres tonto, eres tonto, tonto, tonto. Me tienes a mí, que te quiero más que a mi vida, y a Mino, que daría la suya por ti, y te vas por ahí, por las basuras, como un perro hambriento, a buscar putillas puercas y mariconcillos podridos. Eres tonto, amor mío. Pero ahora ya no nos separaremos nunca. Y además, yo quiero morir contigo. —Sonrió entre las lágrimas—. Nos morimos los dos, el uno encima del otro, como Romeo y Julieta. O se lo decimos a Giacomino, y nos morimos los tres. ¿Quieres?

Giorgio hacía esfuerzos por no llorar. Esfuerzos inútiles, claro.

En el Instituto Pasteur de París confirmaron rotundamente el diagnóstico de Giorgio. Los demás análisis habían dado resultados negativos. Giorgio soltó un respiro de alivio, sobre todo por apagar sus temores acerca de Giacomino y Marzia. Estaba más seguro de no haber contagiado a Totoya. El miedo de haber transmitido la enfermedad a alguno de ellos le había atormentado durante todos esos días, hasta conocer el resultado de los análisis. Giorgio se puso en manos de los médicos especialistas del Instituto, y ellos le trazaron un plan de tratamiento y de visitas periódicas. La conversación con los especialistas animó mucho a Giorgio. Le aseguraron que en muchos casos la vida de los enfermos de sida se puede prolongar durante muchos años, y que a él no le encontraban ninguna complicación especial, como los tumores que a veces se presentan durante el proceso patológico y que pueden ser un complemento letal de la enfermedad.

Y no le prohibieron, sino que incluso le recomendaron, las relaciones sexuales, pero con la pareja habitual y guardando escrupulosamente las precauciones debidas.

16. La gaviota muerta

El verano podía plantearse así según el bosquejo que había trazado Giacomino en el apartamento del Square Marie-Louise. Mantendrían en secreto la enfermedad de Giorgio. Giacomino no iría a Portofino. Se quedaría en Villa Luce. Entre otras cosas, tenía que convencer a sus padres de ir a estudiar a Bruselas, y en ese caso sería mejor acompañarles el mayor tiempo posible durante el verano. Además, ya tenía dieciocho años, había pasado el examen de *maturita* y quería conseguir que don Pelayo le comprara un deportivo. No podía soñar que el primer coche de su vida fuese un Testarossa como el de Giorgio, pero estaba seguro de conseguir uno más modesto. Por otra parte, si su cuñado se llevaba el Ferrari a Bruselas, algún día le dejaría cogerlo.

La última semana de julio fue una pequeña tortura para Giorgio. Portofino es un lugar de privilegio. El paisaje es bellísimo. La villa del abuelo estaba situada en la colina, frente al mar, en uno de los parajes más bellos de Europa, pero el anciano tenía la actividad febril de un joven de veinte años, y lo llevaba casi todas las mañanas a visitar la fábrica de Cinisello Balsamo y lo instruía con largas explicaciones acerca de la fabricación de los aparatos, sus ventajas sobre otros productos de la competencia, y le presentaba a todo el personal que allí trabajaba. «Hay que aprovechar el mes de julio, porque en agosto cerramos todas las dependencias.» El abuelo conocía de memoria los nombres de todos los empleados, incluso los más modestos, y a algunos de ellos les preguntaba por su familia, su mujer y sus hijos, cuyos nombres también recordaba. El negocio de los electrodomésticos jamás le había entusiasmado excesivamente a Giorgio, porque su pasión era la ciencia, la tecnología y el espacio, pero ahora esas visitas le fatigaban aún más. Los secretos de la fabricación y de la industria de electrodomésticos no despertaban en él ninguna curiosidad. Había perdido la chispa de entusiasmo que se le había encendido en Bruselas. Ni siquiera le estimulaba el hecho de pensar que aquello estaba destinado a ser suyo algún día, como el abuelo le recordaba constantemente, porque ahora sabía que él seguramente tendría que morir antes de que esa circunstancia se produjera.

Sus relaciones con Totoya estaban llenas de cortesías, atenciones y cariños, y eran casi melosas y zalameras por parte de ella, demasiado corteses y melosas para que estuviesen fundadas en la pasión erótica, y eso se hacía evidente para cualquier observador medianamente agudo. Totoya se desvivía por demostrar al marido atención y cuidado, pero él jamás insinuaba un acercamiento amoroso, ni delante de sus padres y abuelos ni a solas. A su frialdad última se unía ahora el miedo a contagiar a Totoya y el pavor a la propia enfermedad, que castiga en algunos casos con una especie de terror al acto sexual. Y eso es lo que le sucedía a Giorgio. Así las cosas, el trato entre marido y mujer resultaba un tanto ficticio y artificial, sin llegar a la hipocresía, y no pasaba inadvertido a los Notti mayores. Sobre todo a la *nonna*, que

los espiaba discretamente e intentaba sorprender, sin conseguirlo, algún cariño o alguna zalema más apasionada que cortés. Cuando Giorgio se marchaba a la fábrica con el abuelo, la *nonna* interrogaba suavemente a Totoya acerca de sus relaciones con aquél, e incluso hacía alguna discreta incursión por las relaciones íntimas.

—Hija, pero ¿te quiere, te ama de verdad? ¿Se entusiasma contigo por las noches? Quiero decir si se apasiona por ti. ¿Y tú con él? Porque nosotras también tenemos que poner de nuestra parte. Hay esposas que tienen miedo a ser, bueno, a ser fogosas, y dicen que eso no es de mujeres decentes, y a mí me parece una tontería. Entre marido y mujer, todo es decente, y hay hombres que son, no sé, un poco sosos. Perdona que yo te haga estas preguntas, pero soy muy vieja, y más sabe el diablo por viejo que por diablo, y a los hombres hay que tenerlos siempre encandilados, constantemente, sin descuidarse un minuto, porque en cuanto te descuidas, viene una suripanta y te los birla.

—*Nonna*, Giorgio es muy bueno conmigo y yo soy muy feliz. ¿Qué más puedo decirte? Para que te quedes tranquila, *nonna*: Giorgio y yo nos entendemos perfectamente en la cama.

—Nada más hija, con eso que me dices es bastante para que yo me quede contenta. —Estaba claro que no se quedaba contenta—. Pero es que vosotros estáis como el que dice recién casados, y en ese tiempo las relaciones entre los esposos suelen ser más... más turbulentas, lo mismo para bien que para mal. Mira, el abuelo y yo, de recién casados armábamos una trifulca cada dos por tres, y enseguida nos íbamos a la cama y hacíamos las paces. La verdad es que yo estoy muy satisfecha de veros así, tan cariñosos el uno con el otro, pero me extraña que no os peleéis nunca. Fíjate qué tontería, que a lo mejor es una tontería. A mí me gustaría oírlos litigar de vez en cuando. En la peluquería hablan mucho las mujeres, y algunas contaban las peleas con los maridos y decían que todas terminaban en una batalla campal, pero en la cama. Las peleas en los amores iniciales es una prueba de fuego que no falla. Yo se lo oía decir a mi abuela: «En cuanto el matrimonio se pelea, panza tenemos.» Y como vosotros no os peleáis...

De todas maneras, y a pesar de las palizas industriales que el abuelo Notti le administraba a Giorgio, el verano en Portofino era una gloria de luz, de mar azul mediterráneo, de sol y de playa. Y la casa del abuelo tenía todo lo que se puede tener para ser feliz.

Pasado el *ferragosto*, se fueron a Villa Luce. Allí estaba Mino y además no había fábrica, dos ventajas. Tampoco había mar, pero paseaban por el lago en motora o en velero. Hacían excursiones a Orta y a la isla de San Giulio, al Monte Rosa, a Macugnaga o al Mottarone. Paseaban en bicicleta y se bañaban en la playita de los sauces. Cuando agosto empezaba a dar las boqueadas, cambiaba el color del lago y también el color de los bosques y de las flores. El lago nunca era igual ni monótono.

El lago era imprevisible como Totoya. Jugaban por la tarde al críquet, y a veces se unían Elettra y hasta don Pelayo. Por la noche se organizaban un par de partidas de cartas con los amigos de Elettra, maniáticos del bridge. Si la noche era apacible, resultaban gratas las tertulias en la terraza grande, frente al lago, con la luna enfrente y Júpiter encima.

Elettra no se mostraba tan preguntona como la *nonna*, pero también interrogaba a Totoya si todavía no tenía novedad. La verdad es que Totoya alguna novedad sí que la tenía, pero aún no le había dado importancia al retraso de la regla. Además, Totoya pensaba extrañamente y sin explicación razonable que el hecho de quedarse embarazada era un secreto que debería guardar igual que se esconde un delito. Como si fuese posible esconder eso que Enrico llamaba la «calabaza». Pero al final de agosto, la segunda falta, una cierta dureza en el pecho y alguna sensación de náuseas la convencieron de la certeza de su embarazo. Por otra parte, no era un acontecimiento que la pillara por sorpresa. Recordaba perfectamente las cuatro noches de amor con Giacomino, precisamente en sus días fértiles. Se tomó un tiempo para pensar en esa nueva situación suya, tan deseada y esperada por todos, especialmente por el abuelo de Giorgio. ¿A quién debería decirlo primero? ¿A Giorgio, que era el padre legítimo, o a Giacomino, que era el padre natural? En verdad, Giorgio no merecía de ella una lealtad acendrada. Totoya lo había perdonado y estaba decidida a acompañarlo amorosamente durante toda su vida, pero eso no borraba la grave estupidez de sus infidelidades; sobre todo por ser infidelidades solitarias, que no había compartido con ella sino con seres abyectos, sucios, corruptos, venales, carne enferma y putrefacta.

Giorgio tendría la seguridad de que el hijo que iba a dar a luz Totoya no era de él. Sobre ese punto no podía dudar ni por un instante. Ella se lo había pedido en muchas ocasiones, a veces dramáticamente, y él siempre le había respondido dando largas y dedicándole desdenes. Hacía tiempo que las escasas relaciones sexuales que mantenía con su mujer no permitían la ilusión de un embarazo. Y Totoya no estaba totalmente cierta de su reacción. Mejor decírselo primero a Mino, y que su hermano la ayudara a decidir cómo, cuándo y de qué manera le daban la noticia a Giorgio.

Ese día, Giorgio había ido a Baveno o a Intra, a presumir de Ferrari Testarossa. Totoya y Mino habían pedaleado en la bicicleta hasta la playa de los sauces. Estaban tumbados sobre la vieja lona que quizá fuese todavía aquella de las amapolas de la abuela. No se anduvo con rodeos. ¿Para qué?

—Mino, vamos a tener un niño.

—Ya lo sé. Es estupendo.

Totoya dio un respingo.

—¿Cómo que ya lo sabes? Yo no se lo he dicho a nadie, ni siquiera a Celina ni a mamá. Es la primera vez que sale de mis labios.

—Bueno, saberlo, saberlo, no lo sé. Es que me lo ha dicho Enrico.

—¿Y cómo lo sabe Enrico?

—Dice que lo sabe porque es lo natural, pero estaba muy seguro. «Totoya dará la noticia en cuanto entre septiembre. En esta casa todo sucede en septiembre», me dijo. Ya sabes que Enrico se entera de todos los acontecimientos antes de que ocurran, antes que nadie, antes que los propios protagonistas. Yo no lo creía, pero por fin he tenido que convencerme.

—¿Y también sabe que es tuyo?

—Eso no me lo ha dicho, pero ¿de quién otro puede ser? Hace tiempo que Giorgio y tú dormís en alcobas distintas, y tú misma me has contado que aun antes de eso era como si no durmieseis en la misma cama. Me parece que con quien únicamente nos has puesto los cuernos es con Anne, y Anne no iba a dejarte embarazada.

A Totoya le fastidiaba y hasta le dolía la naturalidad, casi la indiferencia de Giacomino hacia el niño. «Es estupendo», había dicho, y eso era todo.

—Eres un cabrón, Mino. Te digo que vamos a tener un hijo y te quedas tan tranquilo.

Entonces Mino la cubrió de besos, y le besó también el vientre.

—No me quedo tan tranquilo. Es que no sé qué decir. Me preocupa lo que piense Giorgio, el modo en que reaccione. No puedes engañarle diciéndole que es suyo. Él sabe mejor que nadie que es imposible. En otras circunstancias se le podría decir de una manera natural. No puede sorprenderse ni enfadarse. Pero después del golpe brutal de la enfermedad y de la humillación vergonzosa del episodio de la cigala, temo que le dé por tener un ataque de cólera, de celos, de odio o, lo que es peor, de tristeza.

—Pero ¿tú estás contento, Mino?

—Yo estoy muy contento, Totoya. Estoy muy contento y estoy, no sé cómo te lo podría decir..., estoy orgulloso, orgulloso de ti y de mí. —Se alzó de un salto y fue corriendo a coger un ramillete de *speronelle*, esas flores en forma de espuela, que pintan lunares de azul intenso, casi morado, en la plata septembrina del lago.

Totoya lo miraba hacer con arrobó y después cogió el ramo y lo dejó junto a ella, en el suelo.

—Pues si estás contento, ámame —dijo—. Ámame ahora mismo. —Se quitó en un santiamén el pareo en que se envolvía y el traje de baño, que quedó colgado de la rama de un sauce, y se tendió, desnuda como una diosa de mármol tibio, delante de su hermano, mientras derramaba por el cuerpo el ramo de espuelillas, que ponían gritos azules en el rostro, en la cabellera de trigo maduro, los pechos breves y agresivos, en el vientre, alrededor del ombligo, en el vello rubio y rizado, en los muslos ya casi abiertos.

La luna estaba entera, roja y redonda. La noche era apacible y fueron a dar un paseo por el Camino de los Castaños. Los mayores quedaron dentro de la casa jugando a las

cartas, y Desmond y don Pelayo se enfrentaban sañudamente en una partida de ajedrez. Enrico, desde la puerta de su covacha, les vio salir, y les gritó:

—Llevad algo de abrigo, que las últimas noches de agosto son traicioneras en el lago. De pronto, baja el frío de los jodidos Alpes. —Su voz sonaba tenue, apenas audible desde la entrada del camino. Estaba viejo, Enrico.

—Gracias, Enrico. Ya lo llevamos —repuso Giacomino y añadió en voz baja—: Enrico no va a tardar mucho tiempo en darnos un disgusto.

—A lo mejor, no —dijo Giorgio—. Estos viejos se amojaman y duran un siglo. Enrico está amojamado.

—El día que se muera Enrico —intervino Totoya, y se le quebró la voz—, habrá muerto un poco Villa Luce. No me imagino Villa Luce sin Enrico.

Se habían alejado unos pasos.

—Giorgio, voy a tener un hijo —anunció Totoya—. Yo estoy contenta. Mino está contento. Tu abuelo se va a poner loco de contento. Mis padres estarán contentos. Todo el mundo estará contento. Pero no sé si tú te vas a poner contento.

—Eso es maravilloso, Totoya. Un hijo, un hijo, un Notti. ¿Que si estoy contento? Estoy como loco, Totoya.

—Pero sabes que no es tuyo, Giorgio. Es de Mino.

—Es mío, es mío. Y es de Mino. Y sobre todo, es tuyo. —La abrazó y la retuvo así, entre sus brazos, besándola en el cuello y en el cabello, y entonces atrajo también a Giacomino, y permanecieron los tres, detenidos y abrazados en el Camino de los Castaños—. Es mejor, es mucho mejor que el hijo no sea mío porque podría nacer enfermo. Podría haber matado a mi hijo. Es mucho mejor así. Un Notti, que es mío, y es de Mino, y es de Totoya. ¡Gracias, Dios mío! —Miró hacia la luna—. ¡Gracias, Luna! Un hijo de los tres.

Septiembre venía entrado en agua. Sobre los valles que ven discurrir el Toce y el Ticino se vaciaban los cielos, y a los ríos que lloran sus aguas en el lago se les hinchaba el genio y se les rehenchía la madre. La santa mujer Samaritana volcaba sobre los valles alpinos todos los cántaros que había sacado del pozo en los dos mil años de Cristo. Enrico miraba muchas mañanas hacia el cielo del norte, negro y amenazante, y sacudía la cabeza con preocupación o disgusto. «Año de desgracias. Ya se acercan», repetía.

Aquella tarde, Enrico llamó a Fiorenzo. Era el 6 de septiembre de 1993, vísperas de la festividad de San Anastasio, que en griego —*anastasis*— significa «resurrección». Puso la botella de *grappa* con dos vasos sobre la mesita pequeña. Llenó los vasos, chocó el suyo con el de Fiorenzo y se lo echó dentro de un solo trago.

—Fiorenzo, escucha con atención todo lo que tengo que decirte. Escríbelo bien claro en la memoria para que nada se te olvide, y no te asustes de lo que te diga.

Fiorenzo abrió la boca, que era su manera de escuchar atentamente, le pegó también un tiento al vasito de *grappa*, echó el cuerpo un poco hacia adelante y se dispuso a atender todo cuanto le dijera el viejo y sabio jardinero, porque Enrico, para Fiorenzo, no era sólo viejo, sino también sabio.

—Lo más probable es que esta noche me muera —dijo Enrico, y Fiorenzo abrió los ojos mucho más de lo que los tenía, si eso hubiese sido posible—. Bueno, lo más seguro es que esta noche me muera. Cuando el sol escale las montañas y empuje las sombras y el frío hacia esta parte del lago y hacia esta casa, yo estaré dando mis últimos suspiros. No te asustes ni te aflijas, porque eso es lo natural, y lo natural es lo natural. Me voy a morir en sosiego, sin muchos estertores ni más leches. Dejaré de respirar y ya está. Cuando tú te levantes con el primer sol, yo ya estaré muerto. Te prohíbo que te pases la noche junto a mi cama, ni que te levantes para espiar mi respiración. Cuando me muera, me he muerto, no pasa nada, y prefiero morirme solo y sin que nadie me mire en espera de recoger mi último resuello. «Recoger», dicen. No sé yo dónde lo iban a llevar, coño. Solo y mondo he vivido toda mi vida, y en esta covacha he pasado solo y mondo y sin más compañía que la de los perros muchos años, desde que era un niño hasta que tú llegaste y luego llegó la Giustina y trajo al mamoncillo, que por cierto se cría el cabroncete con salud, gracias a Dios, y que con salud se os críe de ahora en adelante.

—Señor Enrico, si usted quiere, la Giustina amasa un pan ahora mismo y con el vaho del pan caliente aguanta usted la muerte tres días como hizo el sabio ese de Grecia.

—Esas cosas sólo les pasan a los sabios y a las personas importantes. Los ignorantes como yo y como tú, cascamos cuando nos llega la hora. Viene la Muerte, la jodida tía de luto, y te lleva cuando ella quiere, y no se le hace esperar ni con el pan ni con las jaculatorias y los rosarios. Bueno, no te distraigas, y a lo que estamos. Hemos quedado en que tú te levantas con el sol, que si no te despiertas, ya te despertarán los perros aullando, porque aullarán a la Muerte, y te asomas a mi cama, y no te llevas ningún pasmo ni ninguna sorpresa, porque yo ya te he dado el aviso de lo que va a ocurrir, y dices: «Coño, pues era verdad, el Enrico está muerto, que se está quedando frío el jodido.»

—Señor Enrico...

—Calla, coño. Calla y escucha, y échate otro vaso de *grappa*, que esto ayuda a escuchar el parlamento y a callarse. Y cuando me veas muerto, otro trago de *grappa*, que mata el gusanillo de la madrugada y con la vecindad de la Muerte siempre se abren las ganas de comer y de beber. Y de follar.

—¿De follar también, señor Enrico?

—Sí, hijo, de follar más que de ningún otro quehacer. Pero tú no te vayas a follar a la Giustina antes de hacer lo que tendrás que hacer. Hemos quedado en que me estoy quedando tieso y frío, y tú tienes que darte prisa, porque antes de que me enfríe del todo y ya no haya dios que me maneje, me tienes que vestir con el traje azul que

me puse el día de la boda de la señorita Totoya, ¿te acuerdas? No será menester que me laves, porque yo mismo me lavaré antes de acostarme, y sudar, no sudaré mucho, porque ya no me queda de qué. El traje está en ese armario, metido en una bolsa con lavanda y alcanfor, y allí están también los calcetines y los zapatos negros. Me pones el traje antes de que venga la gente de la casa, y el médico y el párroco, el cirial, los rponsorios y toda la hostia. Cuando vengan, que todos me vean arreglado.

Se tomó un resuello y otro sorbo de *grappa*. Doña Elettra le había repuesto el dinero que le dio a Fiorenzo para cumplir lo que él llamaba «el pacto de la calabaza».

—En el cajón del armario, escondido en el bolsillo trasero de unos calzones viejos de pana, hay un sobre con todo el dinero que tengo en el mundo. A mí no me hará falta, porque doña Elettra se encargará de pagar todo lo de mi entierro. Y hasta me dirán gregorianas como a la señorita Lella, ya lo verás. «Joder, con el Enrico, que hasta va a tener sus latines», dirán en el pueblo. En el pueblo, casi todos son unos cabrones, pero ya no lo digo más hoy, *porca miseria*, porque me voy a morir y hay que perdonar al prójimo. Perdonar al prójimo, ¿no te jode? El prójimo está pensando siempre en cómo hacerte la puñeta, y tú tienes que perdonarlo. Bueno, pues ya está. Perdonado queda. El dinero quédatelo y se lo pones en una libreta de ahorros al mamón del niño, pero no lo gastes si no es por una necesidad muy grande. Si te lo gastas, me apareceré a vosotros por la noche y os tiraré de los pies a la Giustina y a ti, en el momento en que estéis en lo mejor del traqueteo.

A Fiorenzo le entró un estremecimiento como de frío y se le puso la carne de gallina.

—En el bolsillo derecho de la chaqueta —prosiguió Enrico—, encontrarás una cajita alargada, y dentro de la caja un reloj de oro. Es el reloj del señorito Giacomo, que se lo regaló don Salvatore el día de su primera comunión, y el puñetero zagal se empeñó en dármelo, y don Salvatore me dijo que me lo quedara y que le diera ese gusto al niño y que él le compraría otro, y así lo hizo. Quiero que me lo pongas, cuando ya vayan a cerrar la caja, en esta muñeca, acuérdate que es la izquierda, que es donde se lleva. Dicen que en la muerte ya no corre el tiempo y por eso sobran los relojes y los almanaques, pero nunca se sabe. Además, a este reloj del señorito Giacomo le tengo ley, no porque me diga las horas, que eso de las horas a mí me toca los huevos, sino por lo que representa, ¿comprendes?, así que nunca le he dado cuerda, y está tan parado como dicen que está el tiempo de los muertos.

Se puso serio para decir lo que iba a decir ahora, apuró el vasito del aguardiente y lo volvió a llenar.

—Una cosa te digo —añadió—. No se te ocurra quedarte con el reloj porque me lo quites de la muñeca o porque no llegues a ponérmelo. La voluntad de los muertos es una cosa muy sagrada. Ya sé que a ti no se te va a ocurrir, pero se le ocurrirá a la Giustina. «Para lo que le va a servir en la huesa, mejor es que se lo cojas y te quedes con él, que es justo que los bienes de los muertos pasen a ser de los vivos. Y les dices a todos que te lo regaló antes de espicharla. Para eso están las herencias. Mientras

estuvo vivo el Enrico, yo le di hasta el calor de mi cuerpo, pero ahora que está tieso, ya no necesita el reloj, que además es de oro.» Ya verás cómo es eso lo que te dice la Giustina. Bueno, pues tú, ni caso.

Y si se pone muy terca, le das una hostia. Lo normal es que con una hostia, las mujeres se callen y ya no insistan. Una cosa te aviso: si la Giustina te convence y me quitas el reloj, por la noche vendrá mi gaviota y os sacará los ojos, a ti, a la Giustina y al cherro.

—¿Al cherro también, señor Enrico?

—Sí, hijo, al cherro también. La gaviota es como el alma de una diosa, y los dioses son muy vengativos. Son vengativos como los mafiosos, y se vengan de los niños, porque dicen que los niños crecen y entonces los que se vengan son ellos.

—Descuide usted. Puede morirse tranquilo, señor Enrico, que el reloj se lo llevará usted a la tumba como yo me llamo Fiorenzo, digo Girolamo.

—Cuando ya hayas terminado con todo lo que te encomiendo, avisas en la casa grande, y doña Elettra dirá lo que hay que hacer, avisar al médico, al cura, a los de la caja y los cirios y la carroza y todo eso.

Cuando se levantó Fiorenzo por la mañana, con los primeros besos del sol vacilante, recién nacido, Enrico estaba muerto. Lo natural. Todo sucedió como él lo había explicado. Aullaban los dos perros a la entrada de la casa pequeña, y hacían viajes constantes desde la cama a la puerta. Ponían las patas delanteras sobre el lecho y se asomaban para cerciorarse de que Enrico ya no estaba vivo, y que ellos se habían quedado sin lo que más ama un perro; se habían quedado sin amo. El nuevo jardinero de Villa Luce cumplió los encargos del muerto al pie de la letra. En la casa lloraron todos, los que más Giacomino y Elettra. A Totoya se la llevaron Giorgio y Mino a la salita pequeña de la casa grande, y uno de ellos se quedaba siempre con ella, acompañándola y vigilándola, porque lloraba y quería ver a Enrico muerto y darle un beso de despedida, y ellos pretendían evitarle esa emoción. Por lo suyo, claro, que todavía era un secreto entre los tres. Marcela murmuraba algo al oído de su hija.

—Enrico lo sabía, Celina. Lo sabía, lo sabía. Enrico sabía lo de su muerte. Lo dijo el día que comimos en Monte Napoleone. Dijo que en este año habría una muerte sin importancia. Quería decir la suya. Ahora, para completar las profecías del año, faltan la enfermedad gravísima y la gran desgracia, Dios no quiera que nos toquen a nosotras.

—Mamá, cállate, no hables de eso ahora, que la gente se acojona. Como te oiga la Cecilia, se nos muere, o por lo menos se le tuerce el otro ojo.

Desarmaron la cama y pusieron la caja en el suelo, sobre una alfombra que bajaron de la casa grande, en medio de la habitación, con cuatro velones en las cuatro esquinas. Doña Elettra mandó comprar una tumba junto al panteón de la familia, como había hecho doña Vittoria con Faustina, y Giacomino quiso encargar una lápida

en la que sólo grabaran este epitafio: «Enrico. Jardinero de Villa Luce. 1904-1993. Cultivaba y hablaba a las flores, amaba y entendía a los animales, y veía más allá del tiempo. Jamás hizo mal a nadie.»

Salió Fiorenzo a la puerta de la casa, a estirar las piernas y a esperar a los funerarios. En el límite del parque, había una gaviota muerta. La encontró junto al macizo de las hortensias, bajo el magnolio grande. Parecía que el viento la hubiese estrellado contra el tronco y hubiera caído muerta, con el cuello roto, al pie del árbol.

—Échase la en la caja, Fiorenzo —dijo Giustina en voz baja.

Dudaba Fiorenzo. Miró a Giustina y abrió los brazos en una pregunta muda. Como si dijera: «Mujer, ¿cómo voy a echarle al Enrico en la caja una gaviota muerta?»

—Échase la, Fiorenzo, échase la, y escóndela debajo de su cuerpo, que no la vea nadie, sobre todo que no la vea el cura, que a lo mejor dice que es herejía. Échase la, coño. ¿No comprendes que es su novia que ha venido a morir con él?

Habían enterrado a Enrico aquella mañana. Llovía dulcemente desde el amanecer y se hubiera dicho que los cielos lloraban con larga mansedumbre la muerte de un hombre bueno. Como tantas veces sucede en el lago, de pronto cesó de llover, se llevó el viento alto las nubes hacia abajo, hacia el valle del Po y salió un sol esplendoroso y templado, que convirtió la tarde en una bienaventuranza. El bosque olía a tierra mojada, a vida húmeda y fértil, y pronto empezaban a llegar los buscadores de hongos. Los hongos que brotan en estos bosques son sabrosos y delicadísimos. La familia había salido a la terraza y todos se sentaban en corro. Elettra ocupaba el sillón de mimbre almohadillado y forrado de cretona que usaba siempre doña Vittoria, y a don Pelayo le habían sacado una mecedora de rejilla. Estaban también los tres chicos, Totoya, Mino y Giorgio. Elettra había querido que Marcela se sentase con ellos, en la misma silla baja, de anea, donde se sentaba Faustina junto a doña Vittoria en las siestas del tardoverano, mientras la *vecchia signora* tomaba el té y Faustina repasaba la ropa recién lavada y secada al sol. Lo que sin duda quería Elettra era oír a Marcela, que siempre le daba el *telegiornale*, como decía don Pelayo.

—Señora, que Enrico era un vidente es más verdad que el Evangelio. Lo decía don Salvatore con toda la razón. En la cocina de la casa de los señores Notti, en Monte Napoleone, el día de Navidad, Enrico dijo que en este año sobrevendría un gran desastre en el lago, y que se produciría una enfermedad muy mala y una muerte sin importancia. Después dijo que, a aquellas horas, la señorita Lella ya se habría muerto y que la Giustina estaba preñada. Los criados de Monte Napoleone se reían de las profecías del Enrico, y yo les dije que no rieran, que todo lo que anunciaba Enrico se cumplía. Cuando llegamos a Villa Luce nos encontramos con el recado de que la señorita Lella había entregado el alma a Dios, la Giustina ya ha parido, y el pobre Enrico se ha muerto, que ésa era la «muerte sin importancia» que él anunció. Ay,

señora, que yo estoy temblando de miedo, porque falta que se cumpla el presagio de la enfermedad mala y el de la desgracia en el lago.

No sabía Marcela que el anuncio de la grave enfermedad ya estaba cumplido, y de qué manera tan terrible, y el gran desastre estaba a punto de producirse.

—Anda, Marcela, no pienses en esas cosas. Eso no sólo son supersticiones y brujerías, sino que creer en ellas puede ser pecado.

—Mire usted, señora, en esta casa, empezando por don Salvatore, que en gloria esté, y terminando por la última sirvienta, todo el mundo ha creído siempre que Enrico era vidente. Y además, yo no sé si será superstición o pecado, pero que lo que Enrico anunciaba se cumplía, vaya si se cumplía, y creer en eso no puede ser pecado porque lo que se cumple es que está de Dios, y todo lo que está de Dios es santo por mucho que nos joda.

—¡Marcela!

—Perdón, señora, si es que se me escapa, y además, no sé otra manera de decirlo. Todo lo que decía el Enrico iba a misa. Y lo de la gaviota también es verdad. Me ha dicho el Fiorenzo que esta mañana, antes de cerrar la caja, ha salido un rato al parque a estirar las piernas porque estuvo toda la noche velando al Enrico, y se ha encontrado una gaviota con el cuello roto al pie del magnolio grande, frente a la puerta de la casa, y ¿sabe usted lo que ha hecho con ella?, pues se la ha echado al Enrico dentro de la caja, porque le ha dicho la Giustina que ésa era la gaviota que venía todas las noches y le traía un pez del lago en el pico para que se lo cenara, y él decía que era el alma de su novia. Y además, se ha llevado al otro mundo el reloj de oro que le regaló el señorito Giacomo, que en paz descansa, que le dijo al Fiorenzo que se lo pusiera en la muñeca cuando ya estuviese muerto, y que como no se lo pusiera o se le ocurriera quitárselo y quedarse con él, vendría la gaviota y les sacaría los ojos a los tres, a él, a la Giustina y al crío.

—¿Al crío también, Marcela, que es un inocente?

—Pues sí, señora, al crío. Y también le dijo al Fiorenzo que se iba a morir esa madrugada, no el Fiorenzo, el Enrico digo, y esa madrugada que se murió, que me parece a mí que no cabe más adivinación ni más videncia.

—Bueno, pues no se hable ya de eso, Marcela. Que cada uno piense lo que quiera y vamos a dejar en paz a los muertos.

—Eso sí. Los muertos tienen derecho a descansar, que para eso se mueren. Lo que pasa es que algunos muertos no nos dejan en paz a los vivos. Hace tres noches estaba yo soñando con mi Sebas, que muchas noches sueño con él, pobre ánima mía, y como le dije que me dejara tranquila y que no me trajinara, que me estaba trajinando el sinvergüenza por donde no se debe...

—¡Marcela!

—Bueno, pues que el *bell'uomo* me pegó un jetazo que me dejó la palma de la mano señalada en la cara, que daba unos jetazos el tío que te desjarretaba. No es broma, señora, que me levanté corriendo y me vi en el espejo la señal de los dedos en

la mejilla. En ésta fue —y se señalaba la mejilla izquierda—, que se conoce que me sacudió con la mano derecha, que era la que tenía más larga.

Don Pelayo dormitaba o pensaba en alguna jugada de ajedrez, porque tenía un tablero de ajedrez dentro de la cabeza y podía jugar solo, partidas contra sí mismo. Los chicos escuchaban a Marcela con fascinada admiración, porque sabían que la profecía de la grave enfermedad también se había cumplido. Elettra sonreía, indulgente y hasta divertida, porque reconocía para sus adentros que lo que decía Marcela era verdad, y que en su familia todos habían dicho siempre que Enrico era vidente. Tal vez Enrico fuese vidente o tal vez no, pero desde luego era uno de esos seres que de vez en cuando, muy de tarde en tarde, el cielo deja caer sobre la tierra como si fueran un huevo de ángel o una chirla de meteorito luminoso, compuesto de un elemento evanescente y esotérico, casi desconocido en este planeta.

17. Un diamante River

Antes de dar la noticia a todo el mundo, Totoya quiso cerciorarse de su embarazo, porque las mujeres le temen mucho al ridículo de que ese anuncio se celebre por todos y luego se quede en nada.

—Celina, que Fiorenzo te lleve en el Fiat a la farmacia de Borgomanero, que allí no te conocen, y compras un Predictor para hacer la prueba del embarazo, porque me parece que me he quedado encinta, voy por la segunda falta, se me pone el pecho duro como si fuera de piedra y además, en cuanto huelo a ajo, a mandarina o a violetas, me dan ganas de vomitar. Si vas a la farmacia de Belgirate, de Lesa, de Solcio, incluso a la de Stresa, donde te conocen perfectamente, mañana mismo ya se ha corrido por el lago la noticia de que la Totoya Duchessi está embarazada.

—Ay, la Virgen de la Leche lo quiera, que mi niña bonita me va a traer un rorro para que yo lo duerma en mis brazos y para que le limpie el culito, que lo voy a llevar tan limpio que va a parecer un ángel de espíritu puro y le voy a dejar las nalgas como si fueran dos mejillas, se las voy a dejar de magnolia y rosa. Ay, que como sea un niño me lo voy a comer todas las mañanas en cuanto se despierte, empezando por la colita, que la va a tener de dulce como un pirulí de caramelo y se la voy a chupar hasta que eche el chorro y se quede tan a gusto.

—Celina, no adelantes acontecimientos y vamos a comprobar que sea seguro, no sea que luego nos llevemos un chasco. Además, y si es una niña, ¿qué?

—Pues si es una niña me da lo mismo, porque empiezo a comérmela por el chichi, que lo va a tener como dos capullitos de jazmín, y cuando se haga pipí va a ser como agua de azahar.

—Anda, no digas más guarradas y vete a la farmacia.

—¿Guarradas? No me hagas hablar, niña, que yo no me he caído de un nido, y para guarradas las que hacéis los señoritos, que a ver si va a ser pecado darle un beso a mi niño en la pichulina, que la tendrá como un angelito de la Dolorosa, y no las cochinerías que hacen los mayores, y el que esté libre de pecado que tire la primera piedra, ya me entiendes.

—Bueno, anda, no seas soleta y no hables más, que estoy deseando hacerme la prueba.

—Voy volando, niña.

Aguardó a que estuvieran todos juntos, recién terminada la comida, para dar la noticia.

—¿Para cuando esperas, hija? —quiso saber Elettra.

—Para últimos de marzo, mamá. El niño vendrá con la primavera. Según mis cuentas, en cuanto entre la primavera, cualquier día se presenta. No he querido decir nada hasta estar bien segura, y por eso he esperado a tener la segunda falta.

Marcela merodeaba alrededor de la mesa, y se hizo de nuevas, pero ella ya lo sabía todo por su hija. Celina había ido corriendo a contárselo antes aún de que la prueba diera un resultado positivo.

—Mira, esa profecía no la hizo el pobre Enrico, Dios tenga en su gloria a la buena ánima.

—Sí que la hizo —aclaró Giacomino—, que a mí me lo anunció antes de que Totoya se lo dijera a nadie, ni siquiera a Giorgio. Y añadió que Totoya no lo diría hasta que entrara septiembre.

La noticia que daba Giacomino dejó atónitos a todos, y Marcela se fue corriendo a la cocina, haciéndose cruces. Naturalmente, iba a contarle a las demás sirvientas, que también se hacían cruces, se llevaban las manos a la cabeza y se daban golpes en la nuca para demostrar su admiración.

—Y él ¿por qué lo sabía? —preguntó, ya inquieto, don Pelayo.

—Me dijo que lo sabía como sabía todas las cosas que anunciaba, porque era lo natural, y que Totoya lo diría en septiembre porque en septiembre es cuando suceden todos los acontecimientos importantes de esta familia, y empezó a hacerme la lista y tenía toda la razón.

Quien más jubilosamente celebró el embarazo de Totoya fue el abuelo Notti. Se subió al Bentley con la *nonna*, le dijo a su hijo que se quedara en el despacho pero que no tomara ninguna decisión sin que él lo supiera y autorizara, dio la orden al conductor y se presentó en Villa Luce con una sortija de solitario para Totoya.

—¿Y si se estropea el niño, abuelo?

—Ya verás cómo este Notti no se estropea, *figliola*. Este Notti tiene que venir al mundo antes de que yo lo deje. Mañana vendrá tu padre a veros —le dijo a Giorgio—. Hoy he querido venir yo solo para que nadie me quite parte de la alegría, ni siquiera tu madre. Ser bisabuelo es mucho más importante que ser abuelo. Bueno, matemáticamente, el doble.

La abuela y él trataban ese día a Totoya igual que a un ser sagrado. La ayudaban a sentarse y a levantarse de la silla como si ya estuviese a punto de parir. «¿Os habéis peleado mucho, hija?», preguntó la *nonna* al oído de Totoya, y Totoya hizo un gesto con la cabeza que quería decir varias veces que sí, y con eso la *nonna* se quedó satisfecha. Su teoría había quedado confirmada. Elettra confió a don Pelayo el encargo de buscar en la bodega de la villa algún champán francés, y rogó a los abuelos Notti que se quedaran a almorzar. Y se quedaron. Y Elettra, como es natural, «eso ya lo sabía yo», pensó la abuela, hizo avisar en un periquete a tres chicas del pueblo, «volanderas» las llamaba Marcela, y mandó sacar y limpiar los grandes candelabros de plata. Elettra se cuidó de no repetir el servicio de la mesa, vajilla, cristalería, cubiertos y mantel. La vajilla de Rosenthal fue sustituida por otra de Limoges, con una greca azul de Prusia y un filete de oro. La cristalería de Baccarat y la cubertería de plata, modelo San Marco, de barroco veneciano, y un mantel de damasco de color rosa pálido, más un centro de mesa de porcelana de Capo di Monte,

completaban la mesa, «digna de príncipes o de cardenales, incluso de reyes y de papas», según el diagnóstico de doña Leonarda. A los postres, el mismo abuelo puso la sortija del brillante River de cinco quilates en el dedo de Totoya. Los Notti no estaban habituados a quedarse detrás en nada.

—Es precioso, abuelo —dijo ella, y se pasó el resto de la tarde mirándose el dedo, celebrando los reflejos azules de la piedra purísima, moviéndola hacia un lado y otro para que reflejara las luces y dando besos de agradecimiento, sonoros y teatrales a los dos viejos, el abuelo y la *nonna*, que se sentían felices.

—Sí que es precioso, *ragazza*, pero mucho más precioso será mi bisnieto. Estoy seguro. Ya verás.

Giorgio había hablado con el abuelo en Portofino y había obtenido su autorización para que Giacomino se incorporara al despacho de Electrodomésticos Notti.

—Empezará ahora la licenciatura en Económicas, abuelo, y es muy inteligente y una persona de mucha iniciativa. Puede ayudarme en el despacho en sus ratos libres. Nos llevamos muy bien y yo creo que con el tiempo será una magnífica adquisición para la firma.

—Basta que tú lo pienses, hijo. Tú decides. El abuelo tiene en ti toda su confianza. Pero es que también a mí me parece una idea excelente.

El despacho de Giorgio lo convirtieron en dos, añadiendo una parte del de Marzia. Fue suficiente el espacio para que quedara cómodo. La salita donde trabajaba Marzia tendría dos puertas, una que daría acceso al despacho de Giorgio y otra al de Giacomino. Quedaron de acuerdo en que Marzia haría de secretaria de ambos, aunque eso sería por poco tiempo. Giorgio aún no lo sabía, pero Marzia abandonaba el despacho.

Una tarde entró a verle con una carta en la mano.

—¿Puedo hablar con usted sin prisas, señor Notti?

—Claro, Marzia.

Cerró la puerta del despacho y ordenó que no pasaran llamadas. Una vez a solas y encerrados, volvió al tú.

—Esta carta para ti es una carta oficial y rutinaria de despedida. En ella te digo que dejo mi empleo voluntariamente, que renuncio a cualquier indemnización y que doy las gracias por el exquisito trato recibido durante el tiempo que he trabajado en Electrodomésticos Notti. Naturalmente, no abandonaré el empleo hasta que haya sido sustituida a vuestra satisfacción. A ti te debo una explicación más cumplida. Mi marido, aquel Benjamín Bachner del telegrama impertinente, fue en tiempos un agente secreto del Mossad, muy destacado. Te ruego que esto lo tengas en el mayor secreto. Los jordanos y en general las gentes de Mahoma son feroces y revanchistas, y podrían vengarse de él en mí. Naturalmente, no conozco, no debo conocer, los servicios que prestó, pero sé que fueron muy arriesgados y de gran importancia. Una institución privada, pero que en realidad pertenece al Gobierno israelí, le tenía hecho

un seguro de vida en Suiza por una cantidad muy alta. Dos millones y medio de francos suizos. Yo no conocía la existencia de ese seguro, aunque algo me imaginaba, porque Benjamín me lo había dado a entender en alguna ocasión, y acaban de comunicarme que la póliza está extendida a mi nombre. Vive la madre de Benjamín, que es una señora malvada e intratable, de la que sin embargo me habré de ocupar, porque queda casi en la pobreza absoluta, con una pensión mísera, y mi marido me rogó antes de morir que no la abandonara. Benjamín era un ser extraño y en muchos aspectos despreciable, pero me quería. Bueno, me amaba. A su modo, pero me amaba. En realidad, todos amamos a nuestro modo. Nadie ama al modo de otro. Yo te amo a mi modo, y seguramente tú me amas un poco, aunque también a tu manera. Ahora que todo o casi todo se ha hecho imposible entre nosotros dos, quiero confesarte que la persona que yo más quiero en este mundo eres tú, a pesar del poco tiempo que nos conocemos y de la relación un poco... singular que hemos mantenido.

—Marzia...

—Déjame terminar, Giorgio. Si me interrumpes, me echaré a llorar y no podré explicarte nada. Con el dinero del seguro tengo suficiente para hacer una inversión que me permita mantener a mi suegra durante todos los años que Dios la conserve con vida. La ingresaré en una lujosa residencia de ancianos, porque ni yo la soporto ni puedo obligar a mi madre a que lo haga, y además yo podré vivir holgadamente con mi madre. Pero a pesar de tener mi vida económicamente resuelta, no pienso dejar de trabajar. Al contrario, quiero establecerme por mi cuenta. Voy a abrir un despacho de gestión de asuntos económicos, financieros, jurídicos y administrativos relacionados con la Comunidad Europea. Cuento con algunos colaboradores de excelente formación, jóvenes y entusiastas. Estoy segura de que ofreceremos muy buenos servicios, y me hago la ilusión de que el mejor y primer cliente mío será la firma GN. En cuanto la representación de Notti se desarrolle en Europa, mi colaboración os ahorrará personal, os aliviará de trabajo y añadirá comodidad a vuestras gestiones.

—Enhorabuena, Marzia, pero ¿me quieres decir qué voy a hacer aquí sin ti?

—Podré ayudarte en todo lo que necesites, Giorgio, y mejor que si fuese tu secretaria. Seré tu asesora, tu consultora, tu gestora. Y además seré tu amiga de una manera más natural. Ya sabes lo que pienso. No es bueno mezclar la amistad personal con el trabajo en la misma oficina. Así podremos ser amigos y vernos cuando tú quieras, con más naturalidad, comer juntos en un restaurante... ¿Te has dado cuenta de que nunca me has invitado a comer?

—Te invité un día, el día del telegrama, y no quisiste venir. Dices que me ayudarás mejor desde fuera, pero yo sin ti me quedaré cojo y manco, Marzia, sin pies y sin manos.

—También he pensado en eso. Cuando estés dispuesto, te presentaré a la hija de una gran amiga mía, una chica muy joven, pero muy inteligente, despabilada y con un

currículum impresionante. Es una italiana de Ferrara, tiene veintidós años, es bonita sin ser una belleza espectacular, seria, educada y respetuosa, y ha hecho un curso en Económicas y otro en Derecho comunitario, traduce perfectamente el inglés y el francés, su lengua materna es el italiano, conoce lo suficiente de alemán para desenvolverse en un trabajo puramente comercial, no literario, y además se entiende también en flamenco. Se llama Nicoletta Pavani y tiene un novio formal con el que va a casarse tan pronto como tenga un empleo y unos ingresos holgados. Pide una retribución alta y un contrato muy favorable para ella, pero yo te aseguro que merece la pena. Podría desempeñar a la perfección el puesto de secretaria tuya y de Giacomo.

Y además, detrás, siempre estaré yo.

—Marzia, eres un sol.

—Y tú eres un dios, Giorgio. Eres un dios del que están celosos los dioses y al que yo adoro.

Y le dio un largo y avaricioso beso en la boca.

A medida que avanzaba septiembre, los cielos se deshacían en agua sobre los cauces que desembocan en el Lago Maggiore, sobre todo el Toce y el Ticino. Entraban crecidos en aquél, y el caudal bajaba rápido, cada vez más revuelto y bravo, hacia la salida del lago, buscando el Po. Subía el nivel de las aguas lacustres y saltaban las márgenes hasta invadir la carretera que había mandado construir Napoleón a lo largo del lago. En la noche del 25 al 26 de septiembre, el lago se encaramó sobre la orilla piemontesa y cubrió hasta quince centímetros de altura las tierras bajas de los parques litorales y la carretera. A principios de octubre se tomaron un descanso los cántaros del cielo, pero más tarde llegó otro diluvio continuado. Durante la noche del 8 al 9 de octubre, se inundaron las villas de la ribera, desde Arona a arriba, y Pallanza sufrió dramáticamente la invasión del *alluvione*. Hasta medio metro alcanzaron las aguas que anegaron los pueblecitos ribereños y las villas. El agua trepaba por las escaleras de Villa Luce y casi penetraba en la terraza, amenazando con invadir la casa y arruinar muebles, parqués y alfombras.

La orilla del lago era un hervidero de personas que iban y venían, aterrorizadas por el aluvión, subían muebles, ropas o enseres a los pisos altos y se asomaban a los balcones de las casas para ver venir el agua cada vez más alta, cada vez más crecida. Los suizos, temerosos de que se inundara la ciudad de Locarno, habían abierto las compuertas de las corrientes que alimentan el lago y se veía trotar hacia Baveno, Stresa, Belgirate y Lesa una enorme manada de toros de agua. En Villa Luce, la inundación respetó por fin la casa grande, pero entró en la covacha de Enrico, y Giustina, Fiorenzo y el cherro tuvieron que refugiarse en la casa grande y dormir en el tercer piso, destinado a cuartos para el servicio. Enrico, que había muerto sólo unos días antes de la inundación, no pudo contemplar de qué manera dramática y pavorosa se cumplía su profecía del desastre en el lago. Enrico descansaba en el cementerio

alto, escarbado en mitad del monte, con su reloj parado desde hacía años en su muñeca izquierda, que ya estaría convirtiéndose en un puro hueso. En realidad, el viejo jardinero había querido llevarse al otro mundo un reloj detenido y sin cuerda, un reloj destinado a medir el tiempo de la eternidad, es decir, un tiempo inexistente.

Los habitantes de Villa Luce, los escasos que quedaban, hablaban por teléfono todos los días con Bruselas y con Milán. Los chicos y la familia Notti telefoneaban continuamente pidiendo noticias. Elettra y don Pelayo tranquilizaban a sus hijos y a sus parientes políticos; Marcela, en cambio, exageraba los peligros, las amenazas y la invasión de las aguas al hablar con Celina, hasta el punto de ponerle a la muchacha la congoja en la garganta. Indudablemente, Marcela había encontrado una manera excelente de ser protagonista de una historia dramática, y no iba a desaprovechar la ocasión. Por fin, las aguas volvieron a su cauce, que es en lo que termina cualquier inundación, hasta aquélla del Diluvio Universal. Fiorenzo no había tenido que construir el Arca como Noé, pero trabajó durante dos meses para volver a poner en orden la explanada que se extendía delante de la casa de Villa Luce. A Fiorenzo, algunas tardes, fatigado del trabajo, le parecía oír la voz socarrona de Enrico, que le decía: «A joderse, muchacho, que para eso luego te entierras dentro de la Giustina, y esa pastora tuya está más caliente que una caldera de Pedro Botero.»

18. El amor de la Dama de Negro

Tras una pequeña temporada de euforia y esperanza, Giorgio había caído en el desánimo y el pesimismo en cuanto a su salud, y en un deseo frenético de disfrutar de la vida, aun a sabiendas de que ésa era una manera de suicidarse. Durante su estancia en Italia, tanto en Portofino como en Villa Luce había cumplido las indicaciones de los médicos en cuanto al tratamiento terapéutico que debía seguir. La medicación debía ser vigilada y se había comprometido a acudir al Instituto Pasteur tan pronto como regresara de Italia, o antes si su estancia se prolongaba más de tres o cuatro semanas, como así había sucedido. Iba retrasando el viaje de París sin causa que lo justificase. Totoya y Mino le insistían constantemente para que se cuidara, utilizando todos los métodos, los ruegos, las lágrimas, la amenaza de abandonarle y dejarle solo o de llamar a Milán y contarle todo a los Notti. Pero nada servía de nada. Por la noche Giorgio les juraba que al día siguiente iría a París, y por la mañana aplazaba de nuevo el viaje. Y lo que era aún peor, había vuelto a la vida desordenada, a la droga y seguramente al sexo comprado.

Quería dormir solo, y solo dormía, en el dormitorio matrimonial, con el pretexto de no querer contagiar a Totoya, y mucho menos en el período de gestación. «Si os contagio al niño y a ti me pego un tiro.» Quizá el deseo de que nadie vigilara las horas de su sueño ni el momento de salir y entrar de la casa, fuera una razón añadida al temor de contagiar. Salía de casa de tapadillo, subrepticamente, y cuando lo veían salir, jamás decía adónde iba. Totoya recurrió al expediente de esconderle la ropa de calle, pero eso era una treta infantil, porque él encontraba enseguida el nuevo armario, o armaba una marimorena a gritos y portazos, o se iba de casa en traje informal, un pantalón y un jersey, y ella, y también Mino, sabían que una gripe o una pulmonía podían ser mortales en la situación de Giorgio. Una tarde le preguntó Mino:

—¿Me dejas que esta noche vaya contigo y nos divertimos juntos?

Giorgio aceptó la idea con entusiasmo. Lo llevó a L'Hibou Rose. Antes de entrar, tuvo que disuadir a Marilyn, que ya se acercaba, y espantarlo con un gesto de mano. Al llegar ante la mesa de madame la Marquise, Mino se negó rotundamente a inscribirse en aquel club.

—Vamos a otro sitio, Giorgio. Aquí, a mí no me fichan.

—Puedes dar un nombre falso.

—No me da la gana. Eso de andar por el mundo con un nombre falso no va conmigo.

El conflicto lo resolvió el dueño al decretar que el «señor» sería considerado un invitado ilustre del «señor Bianchi» y que podía pasar sin el requisito de la inscripción. Se acomodaron en una mesa e inmediatamente el camarero dejó sobre ella una botella de Glenfiddich con dos vasos, una jarra con agua y un recipiente con cubitos de hielo, y preguntó a Giacomino si «el señor va a tomar whisky u otra cosa».

—Bueno, whisky.

Al otro lado de la sala los distinguió Dan, que se quedó mirando con atención a los dos muchachos, sobre todo al acompañante de Giorgio. Sin duda estaba reconociendo en Giacomino al italiano que leía *Corriere delta Sera* aquella mañana en La Cage y que le había llamado hijo de puta, y en italiano, *figlio di una mignotta*. Tan pronto como Dan comprobó que también Giacomino le había visto, desapareció. Desapareció como por ensalmo. Giorgio lo había encontrado antes y más de una vez, siempre desde lejos, y Dan le aguantaba la mirada, ponía en el rostro una sonrisa irónica e incluso una noche le hizo un gesto obsceno para preguntarle por medio de la mímica si le había dolido el puyazo de la cigala. Dominaba la situación y lo chuleaba. Dan estaba seguro de que Giorgio no usaría contra él la violencia ni organizaría ningún escándalo allí, donde él jugaba en su propio terreno, ni tampoco le denunciaría a la policía, pero no se fiaba de aquel otro italiano, menos fornido y más joven, pero más agresivo, que le había insultado en sus mismas narices. Además, ¿quién era aquel sujeto? ¿Sería un policía, un detective privado, un mafioso?

—Giorgio, aquel chico de allí enfrente que nos mira, ¿es el que te hizo aquello? ¿No habrá sido él quien seguramente te ha contagiado?

Miró Giorgio, pero Dan se había esfumado ya. Así, como por ensalmo.

—Deja eso, Mino. A ti no te importa. ¿Para qué quieres saberlo?

—Para vengarte, coño. Para partirle el cuello.

—Olvídalo, Mino. Ya estás como Marzia. ¿Qué se adelanta con eso? La venganza no me curará.

—La enfermedad no te la curará, pero el rencor, sí. ¿Que estoy como Marzia? Pues muy bien. Estoy como Marzia, y me alegro. Marzia es buena y te quiere.

—Pero es vengativa.

—Y yo también. El padre de mi bisabuela María Luce era siciliano. De Monreale, a un paso de Palermo.

Pasó por la mesa el tipo patibulario al que Dan llamaba René, y le hizo a Giorgio esta pregunta claramente convenida:

—¿Ahora o luego?

Giorgio se puso algo nervioso, y respondió, un poco atropelladamente:

—Luego, luego.

—¿Qué te ha ofrecido? —quiso saber Mino.

—Nada. Vende tabaco. Es el cerillero del local.

—Giorgio, ¿me tomas por tonto o crees que me caigo de un guindo? Lo que te pregunto es qué clase de droga te ofrece ¿coca, elesedé, caballo, *speed*, *popper*? Eso que haces es matarte, Giorgio. Te estás matando. No te va a matar la enfermedad, Giorgio. Te vas a suicidar, y no una vez, sino dos, una lentamente y otra a toda velocidad. Totoya y yo ya no sabemos cómo convencerte de que te cuides, de que te salves, porque los dos te queremos, y tú nos correspondes matándote.

Mino hablaba en voz muy baja, pero Giorgio miraba recelosamente las mesas vecinas temiendo que oyeran alguna palabra. Giorgio se volvió hacia él y le agarró

con dos dedos la solapa de la chaqueta. Hablaba un poco más alto que Mino. Había perdido el miedo a que le escucharan.

—Mira, Giacomino, haz el favor de no protegerme más. Soy mayor de edad y hago con mi vida lo que quiero. Hace mucho tiempo que no necesito niñera. Yo creía que venías conmigo para comprenderme, para compartir conmigo los únicos ratos del día o de la noche en que me olvido de todo lo que me ocurre, en que me olvido de que estoy condenado a extinguirme, a apagarme como un cabo de vela, a ir quedándome como un esqueleto puesto en pie, sembrando el horror y el miedo a mi alrededor, horripilando incluso a las personas que más me quieren. —Bajó la voz, que se le había quebrado y estaba a punto del sollozo—. Totoya y tú, y mi madre y hasta la *nonna* terminaríais por permanecer a mi lado por piedad.

Desde las mesas vecinas no se oía la conversación, que además se desarrollaba en italiano, pero se notaba por los ademanes que los dos chicos discutían, y algunos escuchaban tratando de coger alguna frase. En ese momento, el dueño del local anunció «el *strip-tease* del aficionado», y Dan salió al escenario. Giacomino no aguantó más. Temía no poder reprimirse y tener una reacción violenta, encaramarse de un salto al escenario y emprenderla a golpes y patadas con aquel descarado mequetrefe. En lugar de hacer eso, se levantó de su asiento y salió de allí sin despedirse de Giorgio. Totoya le esperaba levantada. Cuando vio que Mino volvía solo, se echó a llorar.

—¿Qué ha pasado, Mino?

Se lo contó. Aún estaba alterado por la escena y por la presencia de aquel sujeto, Dan, que sin duda era quien había traído la desgracia a aquel feliz triángulo isósceles y al que Mino odiaba con todas las fuerzas de su alma.

—Has hecho mal, Mino. Le has dejado solo y ahora se acostará con el primer podrido chaperero que se le acerque.

—¿Qué otra cosa habría podido hacer, Totoya? Me ha dicho que no necesita *bambinaio*, y que hace con su vida lo que le da la gana. Está desesperado y no atiende a razones. Si le insisto, hubiese sido capaz de armar un escándalo en aquel lugar odioso o de pegarme una bofetada.

—¿Qué lugar odioso?

—Un sitio infecto de delante de la Bolsa, llamado L'Hibou Rose.

—L'Hibou Rose. Sí, ya me acuerdo. Giorgio me habló de ese lugar. Una noche me presento yo allí.

—Pero Totoya, ¿es que nos hemos vuelto todos locos? ¿No te das cuenta de que estás preñada? ¿Adónde vas tú con esa barriga que ya se te nota? —Mino le acarició la panza con las dos manos, se agachó sobre el regazo de la hermana y decoró de besos su vientre lleno.

Desde aquella noche de julio, festividad de San Félix, y los tres días posteriores, aquel loco festival de amor que organizó Totoya para su Giacomino, las relaciones entre los hermanos habían derivado hacia un amor más fraterno que sexual. La

enfermedad de Giorgio y el embarazo de Totoya habían inclinado a los dos muchachos hacia un cariño poblado de caricias y ternezas, pero que pocas veces terminaba en un encuentro amoroso. Giorgio dormía solo en la alcoba del matrimonio, Giacomino lo hacía, solo también, en el dormitorio del cuadro de Magritte, y Totoya se iba a dormir al cuarto de invitados que ocuparon sus padres. Quedaba siempre libre el dormitorio destinado a los padres o a los abuelos de Giorgio si alguna vez decidían viajar a Bruselas.

Aquella noche, cuando Mino le besó la frente antes de dirigirse a su solitario lecho de soltero, ella le tomó de la mano y se la acercó al pecho. Se le notaba algo el embarazo de más de cuatro meses, y la ecografía ofrecía casi la seguridad de que lo que iba a nacer sería varón.

—No me dejes sola esta noche, Mino. Necesito cariño, necesito amor, necesito saber que aunque ese estúpido que tengo por marido se nos muera, yo tendré siempre un pecho como el tuyo en el que refugiar mi tristeza y que mi hijo tendrá un padre que lo lleve de la mano y le enseñe a ser un hombre.

—Bueno, Totoya, me desnudo, me pongo el pijama y voy a tu cuarto, pero no te pongas trascendente.

—No. Voy yo al tuyo. Quiero ser yo la que te seduzca y la que te viole.

—O sea, como siempre, ¿no?

—Claro, como siempre —dijo ella, y rió por encima de su gesto de amargura—. ¿Lo ves? Tú me das alegría y me das vida. Somos hermanos y amantes, ¿qué más puedo pedir? Seguramente por eso, lo demás se me va, se me muere, se nos muere.

—Anda, después de trascendente no te me pongas ahora trágica. En este momento, no pienses en eso. Piensa en que vamos a ser muy felices esta noche, todo lo felices que podamos y sepamos. ¿Cómo vamos a ser felices esta noche, Totoya?

—Ahora lo verás, curioso.

Giorgio volvió a sus malas costumbres de ir tarde y poco al despacho. Muchas mañanas el abuelo Notti no lo encontraba para responder a sus telefonazos mañaneros, y si llamaba a la casa de la Avenue Louise, Celina le decía que el señorito Giorgio estaba durmiendo y que no había dios que lo despertara. En cambio, Giacomino iba a la universidad por la mañana, a la oficina por la tarde y estudiaba por la noche. El abuelo se habituó a telefonar por la tarde, a la hora del *pomeriggio*, y hablaba con Giacomino. El muchacho empezaba a conocer mejor que Giorgio la marcha del negocio y algunas incidencias de la gestión para tratar de inundar de electrodomésticos Notti toda la Comunidad Europea. Bueno, en realidad, Giorgio no se enteraba de nada. Llevaba una vida malsana y disparatada. Se acostaba de madrugada, borracho de alcohol y de droga, fatigado de sexo, y se levantaba a la hora de comer. Se había convertido en un adicto al *speed*, mezcla diabólica, mitad por mitad, de cocaína y heroína. Descuidaba la medicación contra el sida y sólo había ido

una vez al Instituto Pasteur, de mala gana, y encima, mintiendo a los médicos. El abuelo hablaba de las ausencias de su nieto con Monteverde, pero no se atrevía a tomar ninguna resolución drástica, ni se decidía a presentarse en Bruselas sin previo aviso y hacerse cargo de la situación mirándolo todo con sus propios ojos. Pero llegaría un momento en que tendría que tomar una determinación. Así no podían dejarse las cosas.

Marzia todavía no se había despedido materialmente de la firma. Casi no veía a Giorgio, y el despacho de los asuntos lo realizaba con Giacomino. Pero ninguno de los dos se atrevía a llamar a Nicoletta Pavani para que se hiciera cargo de la secretaría y sustituyera a Marzia sin que lo ordenara Giorgio, y Giorgio daba largas a esa decisión. Pensaban que tampoco Monteverde daría facilidades para una cosa así sin que lo ordenase expresamente el señor Notti. Giorgio no negaba abiertamente la autorización, pero siempre pedía unos días más para pensarlo. De alguna manera, se sentía seguro y protegido con Marzia en el despacho de su secretaría particular. La amistad entre Marzia y Mino se hacía cada vez más estrecha. Era una amistad pura y profesional, basada en el entendimiento mutuo y en la identidad de opiniones acerca de casi todos los asuntos que trataban, no sólo los de la oficina, sino otros cualesquiera de tipo cultural, o social, o político. Mino aprendía de Marzia muchas sabidurías prácticas y también teóricas, y sobre todo mesura en las reflexiones, picardía o astucia para conocer a las personas, paciencia para examinar los problemas y decisión para resolverlos. En verdad, Marzia era una excelente maestra para la forja del espíritu.

Y Giacomino era para Marzia un pozo inagotable de ese cariño desinteresado que ella jamás había disfrutado, y en cierto modo la ternura del hijo que no había tenido. Mino para ella era como un remanso después de una vida de agitación y sobresaltos junto a un agente secreto, al lado de una mujer malvada y de una madre adorable, sí, pero quizá más activa, sacrificada y bondadosa que inteligente. Y sobre todo, después de doce años de trabajar fuera de casa, en empleos de cierta responsabilidad y en oficinas donde había conocido a hombres atractivos e inteligentes, poderosos también, que enseguida se proponían llevarla a la cama, y más si conocían o barruntaban su situación familiar.

A los dos los unía el amor a Giorgio. Marzia se había enamorado de aquel italiano rubio, ingenuo, caprichoso, mimado, sensual y equívoco, ambiguo y débil de espíritu, y consideraba un escrúpulo suyo, primero, y un fracaso, después, el no haberlo salvado de las tendencias y hábitos homosexuales. Estaba convencida de que la inclinación de Giorgio era más un hábito vicioso que una tendencia natural invencible. Recordaba con pasión la tarde en el Square Marie-Louise, y creía que jamás en su vida había sentido un placer tan intenso como el de aquel paraíso al que la habían transportado los besos prolongados y «universales» de Giorgio, a pesar de que él había permanecido frío e inmovible como una estatua de piedra. Y sobre todo, no perdonaba a ese degenerado camarero de La Cage que le había ocasionado

tanto daño a Giorgio, con la herida brutal en el recto y también, casi con toda seguridad, según ella, contagiándole el sida.

A veces, los dos también hablaban de Totoya, pero ni Mino confesaba la relación de los tres, ni Marzia hacía alusión remota a que pudiera sospechar una cosa así.

Y si embargo, la sospechaba. Marzia, como todas las personas inteligentes, sospechaba de todos y lo sospechaba todo. Sólo los tontos están libres de sospecha, por activa o por pasiva, o sea, están libres de que sospechen de ellos o sospechar ellos de los otros. En realidad, toda la cultura está hecha de sospechas. La filosofía, la ciencia o el arte empiezan cuando al hombre le asalta la primera sospecha acerca de cualquier cosa de la Creación.

Habían comenzado las clases en la universidad. Giacomino acudía puntualmente todos los días, pero Totoya dejaba pasar algunas mañanas sin ir. El embarazo la emperzaba, y caía en la tentación de quedarse en la Avenue Louise cómodamente vestida con amplias ropas caseras, y con Celina, que satisfacía todos sus caprichos, le hacía infusiones, le preparaba a media mañana tostadas de pan cubiertas de gorgonzola, o le hacía buñuelitos de masa espolvoreados de azúcar y canela.

—Celina, a ver si en la tienda de cosas españolas encuentras esas yemas con nombre de una santa, que algunas veces le envían a tu madre sus hermanas desde España.

Como muchas embarazadas, sobre todo las primerizas, Totoya no se libraba de los antojos, y Celina encargaba en la tienda esas delicias españolas de Ávila, las yemas de Santa Teresa. Una tarde fue Anne, y alternó la merienda con las confidencias.

—Totoya, tengo cosas que contarte. La otra noche me enrollé con Jim, ese inglés pelirrojo que está en nuestra misma clase. Terminamos acostándonos, y me lo pasé de película. Lo que sucede es que Jim no quiere ligarse, y se va cada vez con la que le apetece. No se puede contar con él para nada serio ni duradero. Te toma, te deja bizca de gusto y enseguida se va con otra. No sé si hice bien. A mí me gustó, y en ese sentido no me arrepiento, pero fue portarme mal con Karlo, que sigue siendo bueno conmigo y me lo perdona todo.

—Dirás que te perdona todo lo que sabe, todo aquello de lo que se entera.

—No, no, todo. Yo le cuento todo.

—¿También lo de Jim?

—Pues, claro.

—¿Y qué?

—¿Sabes lo que hizo? Se le saltaron las lágrimas, se puso a gimotear y me dijo que cómo podía hacerle una cosa así, siendo como es la persona que más me quiere en el mundo. Totoya, es que muchas veces pienso que tiene vocación de *cocu*, y hasta creo que le gusta que le engañe con otros, para de ese modo sufrir.

—Mujer, eso que dices es muy fuerte. Pobre Karlo. Si piensas eso de él, es mejor que lo dejes.

—¿Dejarlo? No sé... Yo le dije que me perdonara, que no había sabido resistir la tentación, porque Jim es muy atractivo, es un donjuán, que eso siempre nos gusta a las chicas, y que además me pilló en la hora tonta, en esa hora que tienen todas las mujeres en la que no saben decir que no a nadie. Yo la tuve contigo, ¿recuerdas?

—Más bien, la tuve yo contigo, ¿recuerdas? —respondió Totoya con picara ironía.

—Bueno, la tuvimos las dos. Fue bonito, Totoya, fue muy bonito, aunque lo hayamos dejado, porque me sirvió para tomarte mucho cariño, todo el cariño que te tengo, que es un cariño limpio. Te lo juro.

—Ya lo sé, Anne. Yo también te tengo un cariño limpio, aunque a veces me gusta pensar en ti y en aquella noche.

—A mí también me gusta, qué alegría me das, Totoya. Ahora me produce ternura y me despierta la envidia el verte encinta. ¡Un hijo! ¡Qué maravilla! Yo no puedo pensar en eso. Antes tengo que terminar y ganar dinero. Karlo gana muy poco. Tampoco sirve para eso. Ya sé que soy cruel con él, pero es el típico marido para ponerle los cuernos. Sin embargo, me da pena dejarlo. Hay muchos matrimonios así, muchos más de lo que parece, y son felices. ¿Tú me aconsejas de verdad que lo deje, Totoya?

—Anne, en esas cosas no caben los consejos. Esas decisiones hay que tomarlas a solas. Si es que te apetece ser la esposa de un marido con cuernos, cástate con él. Tendrás todas las ventajas de estar casada y ninguno de los inconvenientes.

—Tienes razón. Voy a seguir. Al fin y al cabo, es muy cómodo, y haga lo que haga siempre estará a mi lado. No es que yo vaya a ir por ahí acostándome con todo el mundo, pero es que Karlo es muy soso, hija. Ya me entiendes, ¿no?

—Claro que te entiendo, querida.

Pero Anne dejó de ir por las tardes. Un día entró Giorgio en la salita donde hablaban ellas. Estaba embotado de alcohol o de droga, y empezó a insultar a las dos muchachas. Las llamó lesbianas y las invitó a que se fueran a la cama a hacer tortilla para que él las mirara. Anne se fue corriendo y Totoya se echó a llorar. Lo condujo suavemente al lecho de matrimonio, donde le aplicaba paños fríos en la frente, le acariciaba la cara y lo insultaba con ternura.

—Sinvergüenza mío, malvado mío, imbécil mío.

Se había acercado a su mesa un muchacho desconocido. Nunca lo había visto en L'Hibou Rose. Era guapo, alto, fuerte y con pinta de señorito.

—¿Puedo sentarme contigo? —Hablaban en italiano, con acento romanesco.

—Claro, siéntate. —Le hizo algo más de sitio en el diván.

—No te vayas más allá. Así estoy muy bien. ¿Y tú?

—Yo también.

—¿Me invitas a un chupito? Me llamo Niño.

—Claro, a lo que quieras, Niño.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—Que cómo te llamas, tonto.

—Ah, Giorgio.

—*Placere*, Giorgio. Tú eres italiano, ¿verdad?

—Sí.

—Claro, así, tan guapo, me he dicho, éste tiene que ser italiano como yo. ¿A que yo también soy guapo?

Continuaron un rato con esa conversación insustancial, hasta que Niño se insinuó abiertamente.

—Yo no soy un profesional de esos que vienen aquí a pescar clientes. Yo no cobro nada. Al contrario, algunas veces, cuando me gusta mucho uno de estos muchachos que vienen aquí, o no hay otra cosa que llevarse a la boca, le pago. Es que tú me has gustado y me he atrevido a venir a tu mesa. Me ha dado mucha vergüenza, ¿sabes?, pero me he decidido. Me he dicho, es tan guapo que yo me tiro al estanque. Nada, que me tiro aunque me rompa los huevos. En cuanto te he visto, me he puesto burro. Bueno, ¿vamos ya, o prefieres esperar un rato y tomar otra copa?

—No, vamos ya. Tú también me gustas mucho, Niño.

—Yo soy genial, Giorgio. Ahora lo verás.

Se metieron en el vestidor número 9, que era el de Giorgio. Tenía en el armarito la ropa de calle, que la había cambiado por la que usaba mientras permanecía en L'Hibou Rose, el abrigo azul de casimir, la bufanda de lo mismo, el traje de lana inglesa, la camisa de seda natural con gemelos de oro y un brillante abotonando los puños, regalo de la *nonna*, la corbata de Nazzareno Gabrielli. Giorgio, después de dejarse besar en los labios por aquel Niño desconocido, se aplicó a desnudarse. Estaba sentado, medio desnudo, con la cabeza baja, desanudándose el cordón de los zapatos, y en ese momento el cabrón de Niño, con la velocidad del rayo, cogió toda la ropa y salió corriendo del reservado. Giorgio quedó sin otra ropa para ponerse que el pantalón color vino, la camisa de seda con grandes dibujos de flores y una camiseta de algodón. Terminó de vestirse deprisa y salió detrás del individuo aquel, todavía confiado en que aquello sería una broma.

—¡Niño, Niño, vuelve, no seas tonto, hombre!

Naturalmente, Niño había desaparecido. Giorgio salió a la puerta de la calle. Encontró por el camino al dueño del local, gerente o lo que fuese, y le contó lo que le sucedía:

—No sabemos quién es —dijo el hombre—. Es la primera vez que viene al local. Pero vamos a ver con qué nombre se ha inscrito. A ver, madame la Marquise, déme la lista de inscripciones de hoy. Sí, aquí está. Ese tipo se llama Notti. Niño Notti.

«¡Cojonudo! El bromazo es cojonudo», pensó Giorgio. Salió a la calle con desaliento. Jarreaba con furia, cosa nada insólita en Bruselas, el lugar de peor clima del sistema planetario solar.

—Búsqueme un taxi —le ordenó al portero atlético.

—Es necesario ir a la parada. Ya sabe usted que no se detienen en la calle. Y tardaré en encontrar uno libre. Lo siento, pero no puedo faltar de aquí tanto tiempo.

Esperó varios minutos en el portal, resguardado de la lluvia bajo la marquesina, aunque no del frío, que le hacía tiritar. Pero la lluvia no remitía. Desalentado, se fue hacia la esquina, donde había una parada de taxis, y después de varios minutos de espera, logró uno que le llevara a casa. Llegó empapado. Pensó en darse un baño caliente, pero desistió. Tenía prisa por meterse en la cama. Se desnudó rápidamente, se puso el pijama y se zambulló entre las sábanas. Tiritaba de frío y tenía gañas de llorar de rabia. No podía dormir. Se levantó, se echó al estómago un largo trago de Glenfiddich solo, se metió de nuevo en la cama y se sumió en un sueño ligero, agitado y poco reparador. En ese momento, Giorgio Notti ya se había ganado el amor posesivo y codicioso de la inexorable Dama de Negro.

A la tarde del día siguiente, Giorgio ardía de fiebre. El termómetro señalaba casi cuarenta grados. Giacomino telefoneó a Marzia. Marzia telefoneó a Ismael Cohen. Ismael Cohen telefoneó a un amigo suyo, y el doctor Pingle llegó a la Avenue Louise poco después. Cohen le había puesto en antecedentes de la enfermedad de Giorgio, pero Pingle esperó a que le informara Giacomino y se hizo de nuevas.

—En estas condiciones hay que ingresarlo cuanto antes en un hospital. Lo peor que le ha podido pasar, padeciendo el síndrome que padece, es sufrir una patología pulmonar aguda. Les recomiendo que lo ingresen sin demora, esta misma tarde. Me permito recomendarles la clínica Saint-Paul, en el barrio de Jette. Puedo proporcionarles una habitación de forma inmediata, y no conviene esperar ni siquiera minutos. Al mismo tiempo que telefonean ustedes para que preparen la habitación pueden pedir una ambulancia.

Giacomino telefoneó a Marzia, que realizó rápidamente todas las gestiones necesarias. Giorgio Notti, con síndrome de inmunodeficiencia adquirida y con una neumonía de extrema gravedad, ingresó en la clínica Saint-Paul de Bruselas a las nueve de la noche del día 1 de noviembre de 1993, festividad de Todos los Santos, y de todos los santos y de la corte celestial en masa habría necesitado el enfermo para salvarse de un trance que presagiaba una muerte sin remedio.

El pronóstico no podía ser más desalentador. Tras conocer el historial médico del paciente, el informe detallado del doctor Pingle y efectuar un examen clínico detenido, el doctor que recibió en la clínica a Giorgio Notti pidió hablar con un

miembro de la familia que no fuera la esposa embarazada. Acudió Giacomino. Al verle tan joven, preguntó:

—¿Es usted la única persona de la familia del enfermo además de su mujer?

—Que se encuentre en Bruselas en este momento, sí, doctor.

—¿Cuál es el grado de su parentesco? —quiso saber el médico.

—Soy su cuñado, el único hermano de su esposa.

—Bien... Es decir, mal. Intentaré explicarle la situación lo más claramente posible. He de ser crudo porque la verdad es cruda. La realidad deja pocos resquicios abiertos a la esperanza. Vamos, a mi entender, no deja ninguno. La vida de su cuñado es una vida precaria condenada a extinguirse, en el mejor de los casos, no más allá de unas breves semanas. Pero no se puede descartar, incluso es probable, que el desenlace final se produzca de un momento a otro.

El doctor Möller explicó a Giacomino que una afección pulmonar de las características que presentaba el recién ingresado, teniendo en cuenta que se trataba de un enfermo que padecía de síndrome de inmunodeficiencia no tratado puntualmente, con abuso de alcohol y una adicción a la droga tan fuerte como para tener que recetar dosis diarias de metadona, conducía sin remedio a un proceso patológico irreversible.

—Aun así, vamos a agotar todos los medios para prolongar esta vida precaria —añadió el doctor—. Por otra parte, ésa es nuestra obligación. Pídanle a Dios un milagro. Nosotros, los médicos, no podemos hacerlos. Usted verá cómo informa de ello a la señora Notti, teniendo en consideración su estado. ¿Está ella al corriente de las circunstancias más penosas?

—Sí, doctor. De todos modos, será un golpe muy fuerte para mi hermana. Es muy joven y el niño que espera es su primer hijo.

—Supongo que tienen ustedes más familia.

—Sí, claro. Deberemos avisarles. El enfermo tiene padres y abuelos, que residen en Milán. Y nuestros padres también viven en Italia, en el Lago Maggiore.

—Tan pronto como alguno venga a Bruselas, ruego le indique que me busque para hablar con él.

—Así lo haré, doctor.

—Mañana le veré de nuevo. Además de la medicación, esta noche le administraremos al enfermo un sedante para que descanse. Lamento mucho tener que exponerle un pronóstico tan pesimista, pero el caso es tan «bonito» para un médico, perdone la expresión, quiero decir sin posibilidad de error, que no permite ninguna clase de optimismo.

19. Novísimos o postrimerías

Era medianoche pasada cuando el teléfono sonó en Monte Napoleone. Lo atendió la vieja servidora llamada Fabrizia. Llevaba más de treinta años al servicio de los Notti, desde antes del nacimiento del único nieto. Giacomino preguntó por el abuelo, don Gregorio. Todos se habían acostumbrado a no contar para nada con Gaspare ni con Matilde, los padres de Giorgio.

—Hace tiempo que los señores se retiraron a descansar, y yo no los despierto a esta hora por nada del mundo. El señor es muy madrugador. Puede usted llamar a partir de las siete y media. Mañana será otro día y le dice usted al señor lo que tenga que decirle.

—Se trata del señorito Giorgio y es grave. Por favor, avise a don Gregorio.

—Mire usted, señorito Giacomo, lo que voy a hacer es avisar a don Gaspare, y que él tome la decisión que le parezca. ¿Qué le ha pasado al señorito Giorgio? No le habrá sucedido nada malo, ¿verdad? ¡Santa Madonna! ¿No habrá tenido un accidente con ese coche que corre tanto?

—No, Fabrizia, no ha tenido un accidente, pero eso es precisamente lo que tengo que explicar a don Gregorio antes que a usted. Bueno, avísele a don Gaspare. Qué le vamos a hacer.

Al teléfono acudieron los dos, Tilde y Gaspare, desde el ala donde tenían sus habitaciones. Se quitaban el auricular de las manos el uno al otro, el marido a la mujer y la mujer al marido. Así, no había manera de ligar una conversación coherente. Gaspare, casi sin escuchar, repetía las mismas preguntas en voz tan fuerte como si se tratara de que le oyeran en Bruselas sin necesidad de hilo telefónico, y Matilde hacía aspavientos con las manos y repetía a gritos:

—¡Hijo mío, hijo mío, ya sabía yo que se me ponía malo en cuanto saliera de mis faldas!

Los gritos despertaron al abuelo Notti. Además, cuando contempló el panorama y comprendió que se trataba de una circunstancia de gravedad, Fabrizia fue a dar golpecitos discretos en la puerta del dormitorio de don Gregorio. Delante de la *norma*, llegó el abuelo, se apoderó inmediatamente del auricular del teléfono y dio la orden de «¡Silencio!» con energía tal que se acallaron inmediatamente los gritos, las voces y los aspavientos.

—¿Qué sucede, Giacomo? —preguntó con una serenidad muy de agradecer después de los gritos y las frases incoherentes de los padres de Giorgio.

—A Giorgio lo hemos ingresado esta noche en la clínica Saint-Paul con una neumonía grave que le produce fiebre muy alta. Pero lo malo es que la afección pulmonar se ha complicado con otra infección muy grave que, como no sé explicar bien en qué consiste, prefiero que lo expliquen los médicos, pero ellos me han adelantado que se trata de una situación de gravedad extrema. Si quiere hablar directamente con el médico, aunque a esta hora será difícil, se llama Möller. Yo les

aconsejo, les ruego, que se vengan cuanto antes. A Totoya le he ocultado parte de la gravedad, y yo no sé qué decisiones debo tomar. Quizá haya necesidad de trasladarlo de clínica, o tal vez hasta de ciudad. No sé, no sé. Lamento muchísimo darles estas noticias, pero no tengo otro remedio. Si me hacen saber en el vuelo que llegan, les esperaré en el aeropuerto con dos automóviles. En casa, estará todo preparado para que puedan dormir, así que no tienen que ocuparse en reservar habitación en ningún hotel.

—¿Grave, grave, Giacomo?

—Grave, grave, abuelo. —Por primera vez estaba llamándole «abuelo», y así seguiría llamándole toda la vida.

—Saldremos todos en el primer avión. Gracias, Giacomo —dijo don Gregorio. Se volvió hacia su hijo y añadió—: Gaspare, despierta a mi secretaria y avísame cuando esté al teléfono. Voy a vestirme. Y vosotros, vestíos también. Lo de Giorgio es grave. Tomaremos el primer avión para Bruselas.

Por la cabeza del abuelo pasaban toda clase de sospechas. Ya ha quedado dicho que las personas inteligentes sospechan de todo y de todos. Y el abuelo Notti no tenía un pelo de tonto.

Con sus padres, Giacomino no fue mucho más explícito. Que también ellos conocieran la terrible verdad de labios de los médicos. Pero tampoco les ocultó la parte más evidente de la realidad.

—La situación —les dijo— es de extrema gravedad.

—¿Puede morir? —preguntó don Pelayo.

—Sí, papá —respondió lacónicamente Mino.

—Pobre Totoya —murmuró don Pelayo. Y Elettra repetía:

—Pobre Totoya, pobre Totoya. Tan joven, una niña, todavía una niña. Y esperando su primer hijo. —Y se tapaba el rostro con las manos. Ambos se dispusieron a trasladarse a Bruselas lo antes posible.

Se reprochaba ahora Giacomino aquel plan que había proyectado para el verano. Sería difícil de explicar a los Notti las razones de haber guardado el secreto de la enfermedad, y no sólo culparían a su hijo de aquel silencio, sino también a Totoya y a él mismo. El abuelo pensaría sin duda que, de haber conocido la realidad, él habría tomado otras providencias más enérgicas, haber llevado a Giorgio al famoso Bethesda Institute de Atlanta, o haber usado su indudable autoridad con el nieto para obligarle a cuidarse mejor, a seguir puntualmente las indicaciones del Instituto Pasteur y sobre todo habría conseguido apartarlo de la droga, del alcohol y de la frenética vida sexual que había llevado. Podría acusarles a Totoya y a él, con toda la razón, de haber sido cómplices de Giorgio en esa conducta suicida. Este pensamiento le atormentaba. Lo confió a Totoya, pero su hermana no le concedió la menor importancia, aunque no podía sospechar que el propio Giorgio iba a encargarse de

impedir esos temidos reproches del abuelo Notti.

—¿Qué más da eso ahora, Mino? ¿Qué más da todo? —Tomó entre sus manos la cabeza de Mino—. Si vamos a buscar razones para hacernos reproches, empecemos por nuestra infancia. ¿Te acuerdas del día en que nos dimos el primer beso en la boca? Fue el día de mi santo, vísperas de Nochebuena. Yo tenía quince años y tú tenías trece, y no sabías nada de besos de amor. Desde entonces, todo podrían ser reproches. Giorgio se nos muere, y yo no quiero arrepentirme de nada. Hemos tirado de él los dos; yo he tirado de él, y tú también, Mino, y él no quería salir del pozo en que había caído. Ahora me doy cuenta de que él no nos quiso nunca. Como todos los demás que viven a su alrededor, somos objetos, instrumentos, bártulos, marionetas para sus juegos.

—No digas eso, Totoya. Estás impresionada y por instinto intentas achacar todo lo que sucede a la fatalidad. Seguramente es así, pero no es justo ni bello dudar en estos momentos del amor de Giorgio. No repitas eso, amor mío.

—Bueno, si no quieres que lo diga, no lo digo. Yo siento por Giorgio lo mismo que tú. No lo repetiré. Pero da igual. Es así.

A la mañana siguiente, los tres matrimonios llegaron a Bruselas con diferencia de un par de horas. Mino les esperaba en el aeropuerto. Celina tenía la casa dispuesta para albergar a todos. Totoya había ordenado que el dormitorio del matrimonio fuese para los abuelos. Gaspare y Matilde dormirían en el que les estaba destinado desde que pusieron la casa, y sus padres, en el que ya habían ocupado una vez. Giacomino continuaría en el dormitorio de *La mitad de una mariposa*, el suyo desde siempre. Ella, Totoya, se trasladaría al cuarto de Celina, y Celina ocuparía el dormitorio de servicio, junto a la cocina, el que había sido de Pasqualina y que permanecía vacío desde que la simple se volvió a su pueblo con la bofetada de Celina ardiéndole en el carrillo.

Antes aún de pasar por la Avenue Louise y deshacer las maletas apresuradamente hechas, fueron a la clínica Saint-Paul, en el barrio de Jette. Giorgio estaba postrado, pero consciente, y sonrió a todos, y sobre todo se le iluminaron los ojos al ver a la *nonna*. Las normas de la clínica sólo permitían que se quedase un familiar dentro de la habitación del enfermo. El abuelo Notti se encerró con el doctor Möller en un pequeño despacho y permaneció allí unos veinte minutos. Se enteró con pormenor de todo, diagnóstico, complicaciones, pronóstico y posibilidad de terapia. El doctor Möller fue tan claro en sus explicaciones como las circunstancias demandaban. El abuelo se aflojó el nudo de la corbata y liberó del botón el ojal del cuello de la camisa. Le ahogaba el dolor y la impotencia ante lo irremediable. Hizo algunas preguntas al doctor. Después, pidió que avisaran a su hijo y que viniera al despacho de Möller. Entre los dos hicieron un resumen de la situación a Gaspare, que sólo acertaba a apretar los párpados y a abrir los brazos con desolación.

—Gaspare, no es necesario que digas toda la verdad a Tilde, porque tiene muy poco espíritu y la pobre se nos va a derrumbar. Con decirle que está muy grave por la neumonía, basta. ¿Has comprendido bien?

—Sí, papá.

El abuelo le hizo un último ruego a Möller:

—Con el enfermo se quedará hoy su madre. Por favor, advierta a las enfermeras y al resto del personal sanitario que delante de ella no pronuncien la palabra sida.

El doctor lo tranquilizó.

—Ésa es una norma general que se sigue con todos los enfermos y con todas las enfermedades graves o infecciosas. Descuide.

Cuando salieron del despachito del doctor, el abuelo Notti dio las órdenes.

—Con Giorgio se quedará Tilde.

—Gregorio, yo...

—Tú te callas, *nonna*. Con Giorgio se quedará Tilde. Es su madre, ¿comprendes, Leonarda? Es su madre, su madre. Los demás vamos a casa, que tengo que hablar con todos vosotros.

Al regresar a la Avenue Louise, donde esperaba Totoya, se reunieron con ella en la sala grande. Antes de hablar a todos, el abuelo cogió a Totoya por los hombros y la llevó, sola, a un dormitorio. Cerró la puerta tras ellos.

—Totoya, ¿tú sabes... tú qué sabes de la enfermedad de Giorgio?

—Yo lo sé todo, abuelo. Sé que tiene el sida. Lo ha cogido por ahí, acostándose con gente guarra y podrida. No me explico cómo puede gustarle esa gentuza.

—Yo tampoco me lo explico, *figliola*, pero hay que dar la cara a la realidad por muy fea que la realidad venga. ¿Hay peligro de que tú y el niño estéis infectados de ese maldito virus?

—No, abuelo. Me han hecho análisis en el Instituto Pasteur. Giorgio se empeñó en llevarme a París para eso.

—Bendito sea Dios. Habría sido terrible. Así, todavía tengo una razón para seguir viviendo. Aunque pierda a mi nieto, mi único nieto... —El abuelo, tan sereno y fuerte hasta entonces, se deshizo en sollozos. No tardó mucho en recuperarse. Estaba abrazado a Totoya y ella le secó las lágrimas—. Ahora ordenaré lo que cada uno tiene que hacer en estas circunstancias. Contigo tendré mucho que hablar, pero a solas y tranquilamente. Tenemos tiempo.

—Bueno, abuelo. Cuando tú quieras.

Entraron en la sala donde esperaban todos. El abuelo tomó la palabra.

—Mi conversación con el doctor ha sido muy desalentadora. Tenemos que prepararnos para lo peor. —Miró con severidad a la *nonna* y a Elettra, que habían empezado a gimotear—. Por favor, prestadme atención y procurad reprimir el llanto durante unos minutos. No me hagáis esto más difícil de lo que es. La abuela y yo nos volvemos enseguida a Milán...

—Pero Gregorio, yo quiero...

—Tú quieres lo que yo diga, Leonarda, y ya van dos veces hoy que me has obligado a pedirte que te calles. La abuela y yo nos volvemos a Milán enseguida. Se quedan aquí Matilde y Gaspare, que se alternarán en hacerle compañía a Giorgio. Creo que a Totoya hay que ahorrarle esa fatiga y esa tristeza, pero tampoco yo me atrevo a prohibírselo. Naturalmente, no soy quién para decirles a Elettra y Pelayo lo que deben hacer. Sería una impertinencia por mi parte. Pero me parece, y así me atrevo a esperarlo, que se quedarán acompañando a su hija. Al enfermo no le faltarán cuidados ni a los demás les faltará compañía. En estos casos, la soledad es muy amarga. La compañía siempre da consuelo.

Tomó un respiro. Se había producido un silencio religioso.

—A Giacomino le ruego que se haga cargo desde mañana de la jefatura de la representación de Electrodomésticos Notti en Bruselas —prosiguió—. Es decir, para que quede bien claro, que sustituya a mi nieto Giorgio al frente de nuestro negocio aquí. Ya está suficientemente fogueado y Monteverde será una ayuda definitiva para él. Es un hombre muy seguro, muy leal y muy astuto, pero le falta iniciativa, y eso es lo que tiene que poner Giacomo.

—Pero abuelo, yo...

—Tú también te callas y haces lo que yo diga. Bueno, perdona, Giacomo. Es que te trato ya como a una persona de mi familia. Puedes, mejor dicho, debes seguir con tus clases en la universidad y por las tardes acudir al despacho como haces ahora. No tomes ninguna decisión importante sin consultarme. ¿De acuerdo? Pero en estos momentos no disponemos de tiempo para sufrir ataques de modestia.

—De acuerdo, abuelo.

—Así me gusta, *figliolo*. —Se tomó un tiempo para una nueva pausa. Dio un largo suspiro y añadió—: Hablaré por teléfono con vosotros varias veces todos los días, y me tendréis al tanto de cualquier novedad por poco significativa que sea. La abuela y yo vendremos todas las semanas, al menos de viernes a lunes, y más veces si fuese necesario. En esta ocasión, preferiría dormir en la casa y no parar en el hotel Amigo. Eso, claro, si a Totoya no le ocasionamos molestias.

—Por Dios, abuelo. Tendréis siempre preparado para vosotros el dormitorio grande.

—Muy bien. Pues ahora voy a pasar por la oficina y que Monteverde se encargue de sacar los billetes del avión para la vuelta, y a ver qué hay por allí. Luego iré un rato para estar con Giorgio y que descansase Tilde.

En ese momento, descansaba Tilde. Se había quedado dormida, con la frente apoyada en la cama, y con una mano de Giorgio entre las suyas y pegada a los labios. Estaba rendida de dolor, de llanto, de fatiga, de miedo y de sueño.

El abuelo entró al dormitorio. Quería bañarse y cambiarse. Leonarda fue detrás de él para ayudarlo. Gregorio Notti andaba entonces por los setenta y ocho años. Estaba un

poco grueso, pero ágil de cuerpo y mucho más de mente. Ni alto ni bajo, conservaba una regular maleza de cabellos blancos y crespos. Guiñaba con frecuencia los ojos, que eran pequeños y profundos, en un gesto de astucia. Era astuto el viejo. Era astuto como un zorro. A su paso dejaba un perfume especial y agradable. No olía a senectud. Olía siempre a agua de colonia 4711. En todos los departamentos de los Electrodomésticos Notti había un baño reservado para don Gregorio, y en el baño una botella de 4711. Afrontaba los reveses, las desgracias y los problemas graves con serenidad y fortaleza. Estaba acostumbrado. Delante de los demás, Leonarda llamaba al abuelo con su nombre entero, Gregorio, y en la intimidad, sólo en la intimidad, le llamaba Goro. En los momentos más solemnes o delicados le llamaba por el apellido, Notti.

—Escúchame, Notti —dijo, y en cuanto se oyó llamar por el apellido, ya sabía el abuelo que Leonarda iba a iniciar una conversación trascendente—. Perdona que te haga una pregunta que seguramente es una estupidez y un mal pensamiento mío del que a lo mejor tendré que arrepentirme enseguida. Es una barbaridad lo que pienso, pero no quiero tragarme la sospecha sola, y a alguien tengo que confiarme. Ese alguien tienes que ser tú. No lo podría hacer con ninguna otra persona en el mundo.

—No des más rodeos y habla, mujer.

—¿Tú crees de verdad que ese niño que va a parir Totoya es hijo de Giorgio? ¿Crees que es nieto tuyo, que es un Notti?

—Pues claro que no, Leonarda. ¿Acaso crees que yo estoy en la higuera o que empiezo a quedarme tonto? No había nada más que verlos en Portofino para darse cuenta. Y luego el día del anuncio en Villa Luce. Parecía que quien daba las enhorabuenas, en vez de recibirlas, era Giorgio. No sabría explicarlo, pero tuve esa intuición desde el principio. Pero está muy bien, Leonarda. El hijo de Totoya no es de Giorgio, y gracias al Cielo que no lo sea.

—¿Por qué dices, eso, Goro? Eso es un contradiós. ¿Que das gracias al Cielo porque el hijo de tu nieto no sea de tu nieto? En mi vida he oído una cosa igual. Está claro que estás empezando a perder el juicio.

—Al contrario. He de tener más juicio que nunca. Ésta es la situación más difícil que hemos tenido en nuestra vida, en todos los años de nuestro matrimonio. Vamos por partes. Tú eres lista para sospechar la maldad, y no lo eres para buscar y encontrar el lado bueno de las cosas. Si ese niño fuera de Giorgio, lo normal es que la madre y el hijo estuvieran contagiados de una terrible enfermedad infecciosa, que es de lo que muere tu nieto, y se acabaría con ese niño, si es que llegaba a nacer, la raza de los Notti.

—Pero, entonces...

—Pero, entonces, nada. Ese niño es legalmente un Notti, Giorgio lo acepta como suyo, a pesar de que debe saber mejor que nadie de quién es, será inscrito en el Registro con el nombre de Notti, lo educaremos como a un Notti y heredará la fortuna Notti. No tenemos otro ni ya podremos tenerlo —añadió con un dramático

acento de desesperación—. Lo que hay que lograr ahora es que Totoya no vuelva a casarse. Si su madre le da otro padre al niño, lo habremos perdido.

—Ya veo que has pensado en todo, Goro. Ya veo que sabes todo lo que ha pasado y todo lo que va a pasar. Como siempre. Y sabrás también quién es el verdadero padre del niño. Dímelo, porque yo no hago más que pensar en cosas terribles.

—Claro que lo sé, mujer. ¿No voy a saberlo? Y si tú no lo sabes es que la que está en la higuera eres tú. Nosotros hicimos lo posible para que Giorgio no entrara en esa extraña familia de los Duchessi, ¿recuerdas?, pero Giorgio es muy voluntarioso y cuando se le mete una cosa en la cabeza, mejor dicho, cuando se le mete un capricho en el cuerpo, no hay manera de sacárselo. Lo hemos mimado demasiado desde un principio. Ha tenido siempre todo cuanto ha deseado. Nosotros pasamos una juventud de trabajo y de privaciones, ¿te acuerdas?

—Eso no evitó que fuésemos muy felices, Goro. ¿O es que tú no fuiste feliz conmigo cuando trabajábamos doce horas diarias y no teníamos una lira?

—Claro que sí, Leonarda. Fuimos muy felices, pero los dos quisimos que Giorgio no sufriera ninguna escasez, ningún capricho insatisfecho, y lo hemos educado así, en la costumbre de hacer siempre su voluntad, de salirse siempre con la suya, de darse todos los gustos. Se empeñó en casarse con esa chica y se casó. Se casó a sabiendas de todo. ¿Lo entiendes, *nonna*? De todo, de todo. Lo mejor que nos puede pasar es que al niño lo eduquen sus padres verdaderos, y no entre ningún extraño en esa familia. ¿Estás de acuerdo?

—No. Quiero decir, sí. Pero no entiendo nada. O a lo mejor es que no quiero entenderlo, Notti. Tú siempre ves las cosas más enrevesadas mejor que nadie y más claras que nadie. Dios quiera que aciertes, que siempre aciertas. Eres muy inteligente, muy bueno y muy sabio. Pero ¿no te da miedo que el niño salga, no sé, anormal, o que no salga listo? Dicen que los hijos de los primos hermanos nacen tontos, así que los hijos de hermanos...

—Yo no soy sabio, Leonarda. Es la vida la que va poniéndonos delante de problemas y de sucesos tan enredosos que nos obliga a tratar de ver la manera de no quedarnos atrapados en ellos. Dentro de nuestra tristeza, ese niño, sea de quien sea, nos trae una alegría. Y ya son tan pocas las alegrías que nos esperan... Y por lo demás, no tengas miedo. Eso de que salgan tontos los hijos de los hermanos es una cosa que se inventa la sociedad y la religión para disuadir del incesto. La Iglesia te dispensa el parentesco en cuanto pagas unas monedas, y aunque no case a los hermanos, sí que casa a primos hermanos y a tíos y tías con sobrinas y con sobrinos carnales. Mira, tú y yo no somos parientes ni siquiera lejanos, y Gaspere no nos ha salido un Einstein.

—No digas eso del pobre Gaspere. Eres cruel. Gaspere es el hijo más bueno que hay en el mundo. Y a ti te quiere y te respeta como no puede ser más. Está esperando siempre que abras la boca para obedecerte ciegamente. En la vida no todo consiste en ser un genio como eres tú.

—Está bien, mujer. Si no quieres entenderme, no me entiendas. Anda, déjame que me vista y tú descansa un rato, que no has dormido en toda la noche.

Leonarda era una mujer de un gran talento natural. Muchas veces las veía venir antes que su marido, y le ayudaba con una palabra, con un gesto, con una mirada. Pero cuando llegaba una situación intrincada y de difícil solución, la admiración de Leonarda por su marido crecía cada vez más. Giorgio se lo dijo en una ocasión a Totoya: «La *nonna* es muy lista, pero el abuelo es la persona más inteligente y astuta que he conocido.»

Subió a pie por la Avenue Louise hasta el 154 duplicado. Llegó sin avisar. Jamás avisaba cuando visitaba cualquier dependencia de la empresa. Le gustaba sorprender a los empleados en su trabajo. Más que entrar en la letra B de la planta 14, irrumpió en ella, casi arrollando al recadero. Echaba rápidas ojeadas a todo mientras llegaba al despacho de Monteverde, que al verle se quedó paralizado durante unos segundos y enseguida se alzó del sillón como si le hubiese estallado un cohete en el culo y se lo ofreció al amo.

—¿Cómo va todo, Monteverde?

Todo iba bien. Los cobros se realizaban de manera regular. No había impagados. Las ventas se habían incrementado en un 3,4 por ciento.

—Eso es muy poco. Hay que incrementar más las ventas. En relación con el crecimiento de la Comunidad, ésa es una cifra casi irrelevante. Perdona, Monteverde, que sea tan crudo, pero ese incremento es ridículo. Hay que idear otras iniciativas de venta. Ya lo haremos. La competencia se despabila y camarón que se duerme...

—Sí, señor, la corriente se lo lleva. —Monteverde habría oído ese refrán miles de veces de labios de don Gregorio Notti.

—Monteverde, escúcheme con atención. Mi nieto Giorgio está enfermo, internado en la clínica Saint-Paul...

—¿Enfermo don Giorgio? Espero que no sea nada grave, señor Notti.

—Es algo grave, pero no me interrumpa. Tengo instrucciones que darle y poco tiempo para hacerlo. Durante la ausencia de mi nieto, que será larga, se hará cargo de la jefatura de la delegación don Giacomo Grande. Es una aventura y un riesgo. Pero voy a emprender esa aventura y quiero correr ese riesgo. Los informes que usted me ha dado del muchacho son excelentes. ¿Los confirma plenamente de una manera formal?

—Sí, señor Notti. El señor Grande posee...

—Con que se ratifique en sus informes, me basta. Tendremos tiempo de comentar todas las cualidades de don Giacomo. No tengo que decirle que espero de usted le preste al nuevo jefe la máxima colaboración, y que le sirva de guía y de... maestro. —Le costaba trabajo arrancar esta palabra para dedicarla a un empleado, aunque ese empleado fuese tan distinguido como el señor Monteverde—. Ahora, tengo que

hacerle una pregunta delicada y confidencial.

—A sus órdenes, señor Notti. Cuente usted con mi lealtad para el señor Grande y con mi reserva en todo lo que usted me confíe.

—¿Ha advertido usted alguna cosa rara, alguna costumbre extraña, algún gasto extraordinario, algo que le chocara en la conducta de mi nieto?

—Puede que sean imaginaciones mías, señor Notti, pero don Giorgio, sobre todo en los últimos meses, venía menos por el despacho, se interesaba menos por los asuntos y a mi parecer, bueno, es una opinión quizá sin fundamento, me parecía que... gastaba demasiado dinero. Me pedía que ingresara en su cuenta o que le entregara en metálico cantidades que, perdón, señor Notti, a mí me parecían un poco exageradas. Claro que...

—Enséñeme las cuentas, Monteverde.

Monteverde sacó de la gaveta de su escritorio cerrada con llave una carpeta y en ella un resumen de la cuenta personal de Giorgio Notti.

—Esto es un disparate. Estos gastos no tienen justificación normal. Debí avisarme de ello, señor Monteverde. No me explico cómo pudo descuidarse.

—Iba a hacerlo, señor Notti, pero me parecía una oficiosidad. Y por otra parte pensé que quién soy yo para meterme en los gastos de un miembro de la familia Notti. De todas formas, si esto continuaba así, tenía tomada la decisión de avisarle, o de hacerle llegar de manera confidencial el resumen de la cuenta.

—Debí hacerlo. Ya sabe que a mí no me ha valido nunca esa excusa de «iba a hacerlo». Si se va a hacer es porque debe hacerse, y en ese caso, se hace.

—Sí, señor Notti. Alguna vez le pregunté a don Giorgio si tenía algún gasto extraordinario, una compra importante o algo así, y que si deseaba que yo me encargara de los pagos directamente, y me respondió que no metiera la nariz en sus asuntos. Quizá no con esta frase, pero eso entendí yo.

—Está bien. No se hable más de este asunto. Gracias por su interés y gracias también por su condescendencia con mi nieto. Si eso es una culpa, consuélase. Yo he tenido muchas más que usted. —Se pudo oír perfectamente el profundo suspiro que dejó escapar Monteverde—. Y ahora, vamos al despacho de Giorgio y me deja usted allí con su secretaria. Marzia se llama, ¿verdad?

—Marzia, debo hacerle una pregunta confidencial que quizá a usted le resulte difícil de responder con sinceridad.

Marzia se envaró en el asiento. Estaban los dos en el despachito de Giorgio, bastante más pequeño desde que se había dividido para instalar al lado el de Giacomo. El abuelo Notti se había sentado en el sillón de Giorgio, lo mismo que había hecho con el de Monteverde. El empleado le había cedido inmediatamente el lugar de respeto y en este caso no hacía falta, desgraciadamente, ninguna cesión. El abuelo Notti le da mucha importancia a estos pormenores del protocolo. Cuando el

viejo patriarca le anunció que iba a hacerle una pregunta confidencial, Marzia no dijo nada. Simplemente, esperó.

—Don Giorgio está enfermo, muy enfermo... —Espió alguna reacción de ella, que no se produjo. Permaneció muda e impertérrita—. Usted ha sido su secretaria particular, su única secretaria, desde que llegó a Bruselas. Sus conversaciones telefónicas le han llegado a través de usted. Usted ha tenido que conocer quién le llamaba y a quién llamaba él. Su correspondencia ha pasado por sus manos. Ha tenido que conocer usted a sus visitas. Ha debido de tener con mi nieto una relación de confianza, la necesaria entre un jefe cortés y una secretaria eficiente. Marzia, ya sé que el primer deber de su cargo es guardar lealtad al señor Notti, pero tenga usted en cuenta que, además de mi empleado, se trata de mi nieto. Dígame, Marzia, ¿tenía mi nieto amistades..., no sé cómo decirlo..., particulares? ¿Se relacionaba con gentes extrañas, ajenas a su ambiente familiar? ¿Recibía peticiones de dinero poco claras? ¿Observó usted que llevara una vida secreta y... depravada?

—Señor Notti, lo único que puedo decirle a usted, y no me va a ser difícil responderle con sinceridad, es que mi teléfono no ha servido de vehículo para ninguna llamada singular o sospechosa, que por mis manos no ha pasado ninguna correspondencia que no fuese la normal de la oficina y que el señor Notti no ha recibido en este despacho a ninguna persona de apariencia dudosa o cuyo motivo para la visita no estuviese claro. En cierta ocasión se presentó aquí un individuo llamado Daniel Cordonnier, con una pinta singular, no quiso decirme el motivo de su visita a don Giorgio, y cuando le dije que entonces no podría recibirle, me trató con descortesía y con lenguaje rufianesco. Lo eché del despacho y no he vuelto a tener noticias suyas. De lo demás que me pregunta, nada sé ni nada debo saber. Y si lo supiera, que no es el caso, y perdón por lo que voy a decirle, no saldría de mis labios para nadie, ni para otro jefe de esta empresa, ni para la esposa de don Giorgio, ni para un médico, ni para el juez, ni siquiera para usted. La vida familiar y privada de mis jefes no me interesa en absoluto, y si de algo me entero sin querer y sin proponérmelo, lo olvido, y tampoco dejo que ellos se interesen por la mía. El señor Monteverde puede informarle de que ésta fue una de las condiciones indispensables para aceptar este cargo. Por lo demás, el señor Notti, su nieto, es una persona atenta, considerada, que me ha tratado siempre con corrección exquisita y con todo respeto, y yo le he servido lo mejor que he sabido, creo que con eficiencia, diligencia y el máximo interés. Y dentro de esa relación puramente profesional, puedo añadirle que le he tomado un indudable afecto. Giorgio, perdón, el señor Notti, es una persona que enseguida se hace querer y considerar.

—¿Es usted casada?

Sonrió Marzia al oír aquello.

—¿Puedo saber qué le hace reír de mi pregunta?

—Sí, señor. Ésa fue una de las primeras preguntas que me hizo su nieto cuando me conoció. No respondí. Ya le he explicado que no quiero hablar de mi vida privada.

Me produce rubor hablar de mí misma. Pero tampoco deseo que tome usted a mal mi silencio, y mucho menos en estos momentos en que me dice que don Giorgio se encuentra enfermo. Se lo diré. Acabo de quedarme viuda después de dieciocho años de matrimonio.

—Lo siento. La acompaño en el sentimiento. Nada más. Muchas gracias. Es usted una mujer singular. Si yo la tuviese como secretaria me sentiría muy tranquilo por un lado y extremadamente inquieto por otro. Me ha dicho Monteverde que quiere usted dejar la empresa.

—Voy a montar por mi cuenta un gabinete de gestión. Pero permaneceré aquí mientras ustedes me necesiten.

—Giacomo Grande va a sustituir a mi nieto al frente de la delegación de Electrodomésticos Notti. Le ruego que permanezca con él hasta que tome tierra y se familiarice con el cargo. Yo se lo agradeceré especialmente, y cuente usted con nosotros. El primer cliente de su gabinete será Electrodomésticos Notti. —El abuelo estaba acostumbrado a meter en la conversación el nombre de Electrodomésticos Notti con cualquier pretexto. En él era ya un tic incorregible.

De allí se fue a la clínica Saint-Paul. El olor típico a hospital era una de las pocas cosas de este mundo capaces de descomponer la imperturbable serenidad del abuelo Notti. Los hospitales huelen a asepsia artificial, a cloroformo, a flores mustias. Y también a muerte. Se sobrepuso y entró. Salió Matilde de la habitación de Giorgio.

—¿Cómo está?

—Despierto, pero muy postrado.

—Yo me quedaré con él un rato. Aprovecha para tomar algo en la cafetería o para dormir un poco en algún sillón.

—Huy, dormir. ¿Quién puede dormir con esta preocupación? —Lo decía sin cinismo alguno. Ni siquiera se había percatado de que había echado un sueño con la cabeza reclinada sobre la cama de Giorgio.

Al muchacho se le avivaron los ojos cuando vio entrar al abuelo, que lo besó en la frente.

—Tienes muchas cosas que perdonarme, abuelo.

—El abuelo te lo perdona todo de antemano, *figliolo*. Lo único que te reprocho es que no me contaras esto que te ocurre desde el primer momento. El abuelo te habría salvado de las malas tentaciones, de las malas compañías, de las malas costumbres. Te habría llevado a América o al fin del mundo para curarte. Tú, en mis manos, habrías sido un hombre sano y feliz. Pero voy a hacer todo lo que hay que hacer para que te pongas bueno y...

—No me engañes, abuelo. No me engañes y no te engañes. Éste es un momento para que los dos nos hablemos con la verdad por delante. Yo te he engañado hasta este momento. No me engañes tú a partir de ahora. Sé perfectamente que me voy a

morir. Y además es que quiero morir. Sólo mal puedo hacer ya en esta vida. Me he matado yo mismo, por no cuidarme, por no medicarme, por seguir enganchado a la droga, por continuar mis relaciones con lo peor de esta ciudad, y lo mismo habría hecho en cualquier otra. Totoya y Giacomino han hecho todo cuanto podían hacer para arrancarme de esos vicios. Pero tienes que saber que todo esto que me pasa viene de antes. Ya tenía malas inclinaciones cuando iba al liceo, y fumaba porros y tomaba droga antes de casarme. Hice una canallada casándome con una muchacha sana y feliz, siendo como soy. Estoy acostumbrado a coger todo lo que me gusta en cada momento, y después, cuando ya lo he disfrutado, lo tiro como un juguete roto. Así he sido, abuelo, y tengo que pedir perdón por ello. A ti el primero, que todo lo que trabajas y creas lo haces pensando en mí y para mí. Pasé unos días angustiosos temiendo haber contagiado a Totoya y a mi hijo. Eso sí que hubiera sido horrible.

—Hijo mío, no te fatigues y no te atormentes. Ahora, lo que tienes que hacer es descansar y tener ansias de vivir.

—Mira, abuelo. La única satisfacción que me queda es la de confesarme, y eso lo tengo que hacer contigo. Con Totoya ya lo hice. Papá no me entendería. Lloraría nada más. Tienes que escucharme tú. Gracias a Dios, Totoya no está contagiada. La llevé a París a que le hicieran un análisis en el Instituto Pasteur. El niño está sano. Va a ser un niño, abuelo. Va a ser un Notti. No te abandono sin dejarte un Notti que pueda heredar y continuar toda tu vida de trabajo y de sacrificio, y esa idea me consuela en la hora de mi muerte.

—Descansa, hijo, que te ahogas.

—Me ahogo de ganas de llorar nada más, abuelo. Mira, yo pensaba ponerle al niño el nombre de Giulio. Es un bonito nombre y con él no se modifican las iniciales de la firma, GN. Pero le voy a rogar a Totoya, porque yo ya no viviré cuando el niño nazca, que lo bautice con el nombre de Giacomo. Tampoco se pierden las iniciales, GN, y Giacomo es un nombre de su familia. El niño va a necesitar un padre que lo lleve de la mano en los primeros pasos de la vida y que le explique cómo llega uno a ser un hombre. Giacomino puede ser ese padre. Querrá al niño como si fuese suyo, y adora a Totoya, y él le servirá de apoyo, porque ella es formidable, —sonrió al recordar aquella frase suya, «Totoya, eres formidable»—. Pero es frágil, porque todavía es muy niña. Es una niña que va a ser madre. Ellos dos me han dado todas las verdaderas alegrías, todos los gozos que he tenido en estos últimos meses de mi vida. Esto es lo que yo quiero, pero si no estás de acuerdo, organiza las cosas como te parezca.

—Es una crueldad que te hable de eso ahora. Pero tú te refieres a Totoya como una viuda que jamás vaya a volver a casarse. Ella es muy joven y muy bonita, y si tú le faltas, Dios no lo quiera, lo natural es que vuelva a casarse.

Cuando oyó a su abuelo, Giorgio sonrió con ternura. Sin duda, estaba acariciando una idea que le satisfacía, y que en aquella situación de postración en que se encontraba le traía recuerdos placenteros y fantasías agradables.

—No te preocupes, abuelo. Yo te aseguro que Totoya no volverá a casarse. Ha quedado escarmentada. Mi hijo no tendrá más padre que mi recuerdo y su tío Giacomo. Así es como las cosas deben ser y así serán.

Giorgio hablaba cada vez más despacio. Tenía prisa en pronunciar todas las palabras que le cruzaban por la frente y se le agolpaban en la garganta, pero no tenía fuerzas para sacarlas. Estaba excitado, mas también agotado y exhausto. Roncaba para respirar. El abuelo le hacía gestos de que callara y se tranquilizara, pero no lo conseguía. También él lloraba y las palabras se le ahogaban antes de echarlas fuera de la boca. Por fin, pudo hablar:

—Queda tranquilo, *figliolo*, *amore del nonno*, alegría de mi vida. Todo lo haré como tú quieres. Gracias por tu confesión. Tienes un alma hermosa, mucho más hermosa que la de todos nosotros. Una persona que dice las cosas que tú me has dicho no merece el castigo de esa enfermedad que Dios te ha mandado tan severamente. Dios mío, apiádate de nosotros...

En ese momento, la respiración de Giorgio se hizo más agitada, jadeaba con fuerza, cada resuello que lograba meter en sus pulmones era una victoria penosa. De pronto, dio un ronquido más fuerte, abrió mucho la boca y los ojos, se le quebró la respiración y se le dobló la cabeza hacia un lado, sobre el pecho. Quizá fuese ésa la mejor manera que Dios tenía de apiadarse de ellos. Sencillamente, Giorgio estaba muerto. El abuelo Notti llamó a los médicos, pero ya sabía que para su nieto la misión de los médicos había terminado.

Dicen que a veces Dios da a los moribundos veinte o treinta minutos de lucidez, y en esos minutos hablan como si vieran desde lejos y desde arriba más claras y transparentes las cosas que dejan en la tierra, los seres amados, los bienes, las empresas, los proyectos y las esperanzas. Hablan como si les hubiera llegado un pequeño y todavía lejano soplo del Espíritu, o como si ya la Muerte les hubiera despojado de algunas de las torpezas, miserias, servidumbres y menesteres del cuerpo, y el alma estuviese penetrando, poco a poco, en la región de la muda elocuencia suprema. Quedaban temblando en el aire de la habitación unas palabras claras y generosas, y sobre la cama del hospital una piltrafa de carne débil, contagiosa y podrida.

Ya en el tanatorio, el abuelo se había llevado a Totoya a un rincón. La chica lloraba silenciosamente, con las manos cruzadas sobre el vientre, ya abultado. Los hombres se habían puesto una corbata negra, y las mujeres llevaban también algo negro, una chaqueta de lana negra, señales de un luto improvisado, inesperado.

—Totoya, tú eres muy joven, *figliola*, eres casi una niña, y además estás encinta. No son dos situaciones como para que tengas que ponerte a tomar decisiones sobre asuntos tristes y dolorosos. Pero si alguien lo hiciera por ti, estaríamos faltando al respeto y a la consideración que mereces. Por muy niña que seas eres la esposa de

Giorgio, y a ti te toca resolver algunos problemas. Los demás nos encargaremos de cumplir tus instrucciones.

—Estoy muy triste, abuelo, pero tengo fuerzas para resolver lo que sea. Dime lo que tengo que decidir y lo decidiré, siempre con tu consejo y si es necesario con el de mis padres.

—Así me gusta, hija, verte valiente. Tenemos que enterrar a Giorgio. Podemos enterrarlo aquí, en Bruselas, para que tengas su tumba cerca de ti, si es que vas a seguir viviendo en esta ciudad algunos años, mientras terminas tus estudios. No sé si tienes decidido seguir tus estudios aquí, o los vas a abandonar, o vas a preferir continuarlos en la Universidad de Milán. Lo más probable es que ni siquiera se te haya ocurrido pensar en eso. Pero si prefieres esa solución, se compra una tumba y asunto resuelto. Además, luego, en el momento que convenga, se puede hacer un traslado. Parece una idea algo desafortunada, pero tiene la ventaja de que no celebramos un entierro en Milán, donde la gente acudirá con más curiosidad malsana que con sentido de piedad y condolencia, o en el Lago Maggiore, donde también despertaremos la curiosidad del pueblo con el entierro de un miembro de la familia Duchessi.

—Totoya asentía con la cabeza mientras escuchaba al abuelo.

—Lo más natural sería trasladar el cadáver a Milán y enterrarlo en el panteón que yo mandé construir —prosiguió él—, donde ya tenemos un lugar reservado la *nonna* y yo. Jamás pensé que tuviéramos que abrir ese panteón para alguien antes que para nosotros, mucho menos para Giorgio. Y queda la tercera solución, la del lago. Me ha dicho Giacomo que tenéis allí un panteón magnífico, una verdadera obra de arte con dos ángeles de mármol rosa, que mandó construir tu bisabuelo o tu tatarabuelo, no sé...

—Lo construyó mi tatarabuelo el banquero cuando se murió su hija María Luce, la madre de la abuela Vittoria.

—Bueno, pues allí. Tú verás. También tienes que decidir si quieres que se incinere su cuerpo o no. Para el traslado es mucho más cómodo transportar una arqueta con las cenizas que andar metiendo el ataúd en un avión y cruzando media Europa con un cadáver. Perdona que te hable así, pero todos estos penosos problemas son los que plantea la muerte, y hay que resolverlos.

—Abuelo, eso de la incineración me pone los pelos de punta. Tendría que haberlo dejado dicho él, y yo me habría horrorizado ante esa idea. Pero en vista de la enfermedad tan mala que tenía, he cambiado de opinión. Creo que lo mejor es que todo eso tan malo que tiene su carne vaya al fuego. Su espíritu y su recuerdo los guardaré conmigo para siempre, y en la vida de su hijo. Y yo me llevaré la urna con sus cenizas al lago. Viva yo donde viva, en Bruselas o en Milán, el verano lo pasaré en Villa Luce, y podré llevarle al cementerio dalias y jazmines, y tiestos de begonias y de azaleas. El cementerio del lago está lleno de flores, entre árboles, y es un lugar muy bello. Allí tengo a todos los que he amado y ya no están. Y cuando mi hijo sea

mayor lo llevaré una tarde, y le diré: «Tu padre era muy guapo y a ti te quiso mucho, mucho, aun antes de que nacieras, y fue una desgracia muy grande que se muriera tan pronto y no pudiera verte ni jugar contigo.» Le comunicaré a mamá nuestra decisión, no porque vaya a parecerle mal lo del panteón, sino por ofrecerle esa muestra de respeto. También ella está muy afectada y llora a todas horas.

—Muy bien, *figliola*, has tomado, creo yo, la decisión más inteligente y razonable que había que tomar en estos momentos. Ya ves que Dios, que nos quita lo que queremos, nos da fuerzas para darle la cara a la tristeza. Encargaré a Monteverde que me busque una urna de jade para guardar las cenizas de Giorgio. Ahora tengo que contarte proyectos y pedirte un gran favor. Como sabes, he decidido que Giacomo se haga cargo de la representación de la empresa en Bruselas. Lo tengo destinado *in pectore* a ser director general ejecutivo de la firma. Eso será tan pronto como se encuentre preparado para el cargo, momento en que me jubilaré, o cuando yo falte de esta vida, que ya no puedo tardar mucho en irme de ella.

—Abuelo, no digas eso. Estás más fuerte que ninguno de nosotros.

—Bueno, estábamos hablando de la vida. No volvamos sobre la muerte. Tu suegro será el presidente honorario de la firma. A él le agobian las excesivas responsabilidades. Mis planes obligan a Giacomo a permanecer en Bruselas algún tiempo, y quizá sea bueno que tú sigas aquí, con él, cuidándolo y facilitándole una casa familiar, y teniéndolo al lado de tu hijo. Me dijo Giorgio, antes de morir, que él estaba seguro de que Giacomino haría de padre del niño. De ese modo no se rompe la línea y Giacomo preparará a mi nieto para que alguna vez sea el heredero de la empresa y de la fortuna Notti y pueda dar continuidad a mi obra.

—¿Eso te dijo Giorgio, abuelo? Era muy caprichoso y muy débil ante las tentaciones, abuelo, pero tenía un corazón de oro. ¿Sabes lo que nos dijo a Giacomino y a mí en Villa Luce este verano? Dijo que mi niño sería un hijo de los tres, y eso es que él ya sabía que se iba a morir. O que ya había decidido matarse. Porque se ha matado, abuelo, se ha matado, se ha matado a sabiendas de que se mataba.

—Ya lo sé, niña mía. Un hijo de los tres. Qué ángel de nieto. Un ángel díscolo y rebelde, pero un ángel.

Y ahora vamos a lo más difícil para mí. Tienes que hacerme aquí, junto al cadáver de Giorgio, una promesa solemne.

—Dime, abuelo.

—Prométeme que no te volverás a casar nunca. No quiero que le des otro padre a mi nieto. Mira, puedes dividir el año en tres partes. Pasas en Bruselas, con Giacomo y con tu hijo, los meses del curso, y el resto, contando con Navidad y con Pascua florida, lo divides entre Monte Napoleone y Villa Luce. A Monte Napoleone también puede venir Giacomo, si quiere, y así podré charlar con él de la marcha de los negocios.

—No te preocupes, abuelo. Jamás volveré a casarme. He quedado escarmentada.

—Eso es lo mismo que me dijo Giorgio. «Yo te aseguro que Totoya no volverá a

casarse, abuelo. Ha quedado escarmentada.»

20. El placer de los dioses

Mientras se desarrollaba esta conversación entre abuelo y nieta, al tanatorio había llegado Marzia. Monteverde ya estaba allí y llegaban otros empleados de la firma. Marzia y Giacomino, en otro rincón, habían cuchicheado algún tiempo muy en secreto. Si alguien se acercaba a saludar, ellos detenían la conversación, que no reanudaban hasta quedar solos de nuevo. Estaba clarísimo que habían hablado en secreto. En ese momento, Giacomino estaba diciendo algo acerca de Giorgio.

—Totoya dice que a quien realmente quería Giorgio era a sí mismo. Nos quería a todos, pero a su manera, que era una manera especial de querernos. Nos quería como a instrumentos, como a «bártulos», dice Totoya, como a marionetas para su diversión.

—¡Anda! —se asombró Marzia—. ¿Y ahora te desayunas con eso? A Giorgio había que quererlo sin esperar nada de él. Era más generoso que ninguna otra persona que yo haya conocido. Generoso también de sí mismo y de su amor. Pero cuando tenía una generosidad contigo es que él ya había tomado de ti lo que quería y estaba dispuesto a tirarte como un envoltorio, como el envase de un juguete que le había divertido durante un rato y que ya no le servía.

—Yo no amo de esa manera, Marzia. Yo prefiero querer para siempre.

—Ya lo sé, cariño. Yo también. Yo te quiero a ti para siempre. Te quiero para siempre porque te quiero como una hermana... Bueno, digamos mejor como una madre.

Incineraron el cuerpo de Giorgio antes de llevarlo a Villa Luce. Se reunieron todos en el momento de la cremación, y contemplaron con emoción y lágrimas cómo el ataúd entraba en el horno. También todos fueron a Villa Luce. La urna de jade, metida en una bolsa de ante, reposó durante todo el viaje sobre el regazo de Totoya, junto al embrión de Notti, que ya abultaba el vientre de su madre. La muchacha quiso conservar con ella la arqueta durante todo el viaje. Ya en el cementerio del lago, la depositaron en el panteón de los ángeles de mármol rosa. Después, los Notti volvieron a Monte Napoleone y Giacomino y Totoya a Bruselas. Elettra y don Pelayo quedaron en el lago. Los dos se trasladarían a la Avenue Louise al aproximarse la primavera para estar con Totoya cuando diera a luz. Antes, en Navidad, los dos muchachos pasarían ocho o diez días en el lago y Totoya algunos más con los abuelos en Milán. Tras la muerte, vuelve a imponerse la vida.

A la mañana siguiente, mucho más temprano que de costumbre, casi de madrugada, Marzia subió a su utilitario en el garaje del Square Ambiorix. No era todavía hora de llegar a la oficina. En efecto, no se dirigió hacia la Avenue Louise. Ese día, extrañamente, tomó una insólita dirección. Claro está que a esa hora la oficina de Electrodomésticos Notti estaría desierta. En todo caso, estarían trabajando las señoras de la limpieza. Pasó por el apartamento del Square Marie-Louise, recogió todos los

vídeos pornográficos, la ropa de Giorgio que ella misma había comprado, algunos juguetes sexuales, estuches de medicamentos sin consumir, el frasquito de aceite incoloro y fino, todas las huellas del paso de Giorgio por aquel lugar, y las puso en el maletero de su coche, seguramente destinado todo ello a otra cremación. Todo, no. En la mesilla de noche encontró la pitillera de plata con las iniciales en oro que ella le había regalado, y la conservó unos segundos junto a su mejilla. Pero todo lo demás sería condenado al fuego. No sólo su cuerpo, también los vestigios del paso de Giorgio por la ciudad de Bruselas serían entregados a las llamas purificadoras.

Al abandonar el apartamento del Square Marie-Louise, Marzia cogió otro camino desacostumbrado y llegó a los alrededores del edificio de la Bolsa. En las cercanías de L'Hibou Rose, en la Rué des Chartreux, había alguna gente arremolinada. Los gendarmes habían acotado un tramo de calle con unas cintas de papel rojo y blanco y no dejaban acercarse a los curiosos. Marzia bajó del coche y se acercó al grupo. Era difícil avanzar entre las personas apiñadas y hubo de abrirse paso casi a codazos y empujones. Por fin llegó al objeto de la atención de la gente.

En la acera se veía un gran macetero lleno de tierra, uno de esos maceteros usados para decorar con una planta la entrada de algún comercio o para impedir el aparcamiento de automóviles. En el centro del macetero había clavada una estaca de buen tamaño, algo más gruesa y larga que un bastón de monte. Sentado grotescamente sobre la estaca, empalado en ella, se veía el cuerpo de un muchacho joven. Estaba doblado hacia abajo, con la cabeza cayendo sobre las rodillas. Tenía el rostro casi totalmente escondido y no se distinguían sus facciones, pero de las sienes le nacían dos aladares de cabello negro que le colgaban delante de los ojos y de las mejillas, y se meneaban levemente al más suave soplo de viento. Iba vestido extrañamente, con unos pantalones color verde billar y una camisa roja, abierta hasta la cintura, que le dejaba el pecho al aire. Parecía una enorme y grotesca marioneta a la que hubiera abandonado su dueño, flojos los hilos que le daban movimiento y vida.

Por la estaca resbalaba un líquido negruzco, mezcla sin duda de sangre y heces, que iba a enterrarse en el macetero. Encima del cadáver empalado se veía la muestra del cabaret. Tenía pintado un búho con el plumaje de un extraño color rosado. Los ojos redondos, amarillos y brillantes, le daban una expresión inquietante. Marzia creyó ver en esa expresión del original pájaro nocturno un signo de ironía. En caracteres historiados, casi góticos, se leía el cartel: L'Hibou Rose. El búho rosa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Marzia tranquilamente.

—Al parecer es un crimen —le explicó una señora con una cesta de la compra colgada de la mano—. Por lo visto han empalado a un muchacho. Dicen que es un chico homosexual que trabajaba en ese cabaret de enfrente. Es un espectáculo horroroso, ¿verdad? Será una venganza. Para matarlo de esa manera tan horrible tiene que ser una venganza. Creo que están esperando que venga el juez a levantar el cadáver.

—Ah, ya —comentó Marzia sin hacer ninguna demostración de curiosidad o de

horror.

Sonó cerca del lugar del crimen la sirena imperiosa de un coche. Sería el juez, que llegaba. Marzia dio media vuelta, sin prisa, subió a su automóvil y se abrió paso pacientemente entre la muchedumbre de curiosos. Hizo aún otra operación antes de subir a la planta 14 del 154 duplicado de la Avenue Louise. Entró en el hotel Conrad. La floristería de éste aún no estaba abierta, de modo que esperó pacientemente, sentada en el bar, leyendo un periódico que compró en el quiosco de la esquina. Cuando por fin abrieron la floristería, eligió dos rosas rojas, encendidas como el fuego o como la pasión, dos rosas en capullo, a punto de abrir. Entró después en la oficina y con la naturalidad de una costumbre de todos los días, puso agua en el pequeño florero, colocó en él las dos rosas y lo dejó sobre la mesa de Giorgio.



JAIME CAMPMANY (Murcia, 10 de mayo de 1925 - Madrid, 13 de junio de 2005).

Estudió Derecho, Filosofía y Letras en Murcia. En Madrid estudió la carrera de Periodismo. Fue colaborador en *Línea* y *La Verdad*, de Murcia, redactor de *La Hoja del Lunes*, *Juventud*, *Ateneo* y *La Hora*, y redactor de RNE (1955-1977). En 1953 ingresa en *Arriba*, diario de la Falange Española, siendo redactor entre 1957 y 1961, donde tuvo la sección denominada *La pajarita de papel*. Más tarde sería director del mismo (1970-1971). Corresponsal en Roma de la agencia PYRESA del Movimiento Nacional (1964) y más tarde director de la misma (1966-1970). En 1974 fue designado Presidente del Sindicato Nacional del Espectáculo. Durante esa época, en febrero de 1975, los actores iniciaron la negociación de un nuevo convenio que desencadenó una huelga de los artistas; algunos fueron encarcelados. Otros artistas fueron reprimidos durante su mandato, como Joan Manuel Serrat, que fue expulsado de la Agrupación Sindical de Circo, Variedades y Folklore del Sindicato Provincial del Espectáculo, de Barcelona, puesto que las declaraciones del cantautor podrían perjudicar al resto de los artistas españoles que «sólo deben actuar en una línea apolítica. Conforme a esto es loable proponer sanciones según el régimen disciplinario, a los artistas que atenten a la idoneidad profesional».

Dirigió *Carta de España* (1974-1975) y fue columnista habitual en *ABC* desde 1977 hasta el mismo día de su fallecimiento por infarto en 2005. También tuvo columnas en *Informaciones*, *La Vanguardia* de Barcelona y *Hoja del Lunes* de Madrid. Firmaba a veces sus artículos con una pajarita de papel. Fue colaborador en las revistas *Blanco y Negro*, *Gaceta Ilustrada* y *Sábado Gráfico*, y dirigió la agencia Beta Press en 1980.

Fundó en 1985, y dirigió hasta el año 2000, la revista *Época*. Ejerció como profesor de la Escuela Oficial de Periodismo y dictó cursos Internacionales en Santander. Fue consejero nacional de Prensa y miembro de su comisión permanente. Era un habitual columnista no sólo en el diario *ABC* sino también en tertulias radiofónicas (RNE, Onda Cero, últimamente la COPE). Tuvo la columna de Escenas políticas en *ABC*, y la denominada Episodios Nacionales en el semanario conservador *Época*, del que fue fundador y director. Se casó con Concepción Bermejo y tuvo tres hijos; Emilio Campmany, Beatriz Campmany y la poetisa Laura Campmany.

Poseía una aguda inteligencia, mucha ironía y humor, un léxico amplio y variado y una gran inventiva verbal. A veces escribía artículos rimados, bien como romances, bien como raps. Sus columnas, en las que hacía gala de un estilo marcadamente satírico, eran tan admiradas por sus seguidores como denostadas por sus detractores que lo consideraban muy ofensivo como ocurrió, por ejemplo, cuando calificó a la huelga general del 20 de junio de 2002 como «de los gandules, que así prolongan su largo y subvencionado descanso». En ese sentido estuvo varias veces procesado por ilícitos relacionados con el honor, aunque más por su etapa al frente de *Época* que por su columna de *ABC* y en temas más cercanos al corazón que a la política por sus informaciones sobre Alberto Alcocer o Marta Chávarri. Fueron también conocidas sus discrepancias con el historiador Javier Tusell, el periodista Juan Luis Cebrián y el también columnista Eduardo Haro Tecglen.

Obtuvo más de ciento diez premios, entre los que destacan el Jacinto Polo de Medina de poesía por su libro *Alerce*, 1943, el Mariano de Cavia (1965) por su artículo “César o nada”, necrológica sobre otro gran periodista, César González Ruano, el Premio Extraordinario de la Fiesta de las Letras de Barcelona, el Nacional de Crítica de Teatro, el de Cuentos de la revista “Juventud”, el Premio nacional extraordinario de periodismo (1966), el premio Jaime Balmes (1969), el premio Víctor de la Serna (1978), el premio Luca de Tena (1978) y el Premio González-Ruano (1984).